

LA GUERRA DE LOS ESPEJOS I

LA GUERRA DE LOS ESPEJOS



LA VERDADERA HISTORIA DE
ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

FRANK BEDDO  Lectulandia

Alyss es la heredera del trono de Marvilia, pero un día su brillante futuro se rompe en mil pedazos: su malvada tía, que ansía hacerse con el poder, asesina a sus padres. Alyss ha de huir a nuestro mundo, y de pronto se encuentra sola y perdida en el Londres de la época victoriana. Allí entabla amistad con el escritor Lewis Carroll, a quien cuenta su verdadera historia con la esperanza de que alguien la encuentre y la lleve a casa. Pero el autor la confunde, incluso la llama por otro nombre.

Afortunadamente, el guardaespaldas de Alyss conoce la terrible verdad y la busca por todos los rincones de nuestro mundo para devolverla a Marvilia, donde tendrá que luchar contra la Reina Roja por su legítimo lugar como Reina de Corazones.

Atrévete a internarte en el laberinto espectacular: un País de las Maravillas que nunca antes habías imaginado.

Lectulandia

Frank Beddor

La guerra de los espejos

La guerra de los espejos - 1

ePub r1.0

Levemka 25.09.14

Título original: *The Looking Glass Wars*
Frank Beddor, 2004
Traducción: Carlos Abreu Fetter
Diseño de cubierta: Automatic Pictures, Inc.

Editor digital: Levemka
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Advertencia para el lector

Hace unos años, cuando me encontraba en Londres por negocios, visité el Museo Británico y allí me topé con una exposición de naipes antiguos. Al final del recorrido se exhibía una baraja incompleta, que despedía un brillo inusual. Las cartas mostraban escenas de *Alicia en el País de las Maravillas* que yo nunca antes había visto.

A la mañana siguiente, camino del aeropuerto, pasé por una tienda de antigüedades especializada en naipes. Cuando le hablé al anticuario de la insólita exposición, él me reveló que, de hecho, las cartas que faltaban de la baraja estaban en su poder. Acto seguido, me contó el relato de *La guerra de los espejos*. Es el mismo relato que el lector tiene en sus manos.

Pero debo hacer una advertencia: la historia verdadera de Marvilia está teñida de sangre, asesinato, venganza y guerra. Pido disculpas de antemano a quienes puedan ver herida su sensibilidad por algunas escenas de este libro, pero considero importante consignar los hechos tal como se produjeron. Quizá los lectores más impresionables prefieran el cuento de hadas clásico de Lewis Carroll.

FRANK BEDDOR

*Para mi sobrina Sarah
por su capacidad para maravillarse*

Prólogo

Oxford, Inglaterra, julio de 1863

Como todo el mundo pensaba que se lo había inventado, ella había recibido más insultos y burlas por parte de los otros niños, más sermones y castigos por parte de adultos de los que cualquier muchacha de once años debería tener que soportar. Pero ahora, después de cuatro años, se le presentaba la mejor y última oportunidad de demostrarles a todos que decía la verdad. Un profesor universitario se había tomado su historia lo bastante en serio para escribir un libro sobre ella.

Ella estaba sentada en una manta, a orillas del río Cherwell, junto a una cesta que contenía los restos de una merienda campestre colocada junto al codo del pastor Charles Dodgson. La niña sostenía un libro entre las manos. Lo había escrito e ilustrado él mismo, según le había dicho. El volumen tenía un peso agradable, parecía sustancioso. Estaba envuelto en papel de embalar y atado con cinta negra. Dodgson la observaba, ansioso. Edith y Lorina, las hermanas de ella, estaban intentando atrapar pececillos al borde del agua. Ella desató el lazo y desenvolvió el libro con cuidado.

—¡Oh! —¿*Las aventuras de Alicia bajo tierra*? ¿Qué clase de título era ése? ¿Por qué había escrito así su nombre? Le había deletreado su nombre a Dodgson, incluso se lo había escrito para que lo viera—. «¿Por Lewis Carroll?» —leyó en voz alta con inquietud creciente.

—Me pareció más festivo que decir que el autor es un pastor anglicano.

¿Festivo? Poco de lo que ella le había contado era festivo. Su inquietud empezaba a ceder el paso al temor. Lo que importaba de verdad era que él hubiera transcrito fielmente sus experiencias en Marvilia, tal como ella las recordaba.

Abrió el cuaderno y admiró sus páginas toscamente cortadas, la esmerada caligrafía. Pero la dedicatoria era un poema en el que volvía a aparecer su nombre mal escrito, y aquellas rimas alegres no le parecieron apropiadas, teniendo en cuenta el material que introducían. Una de las estrofas le llamó especialmente la atención:

*Esa niña soñada, que recorre un mundo
nuevo e inexplorado, de hermosas maravillas,
en el que hasta los pájaros y las bestias hablan
con voz humana, y casi nos parece real.*

¿«Niña soñada»? ¿Y a qué se refería con eso de que «casi nos parece real»? Comenzó a leer el capítulo primero y de inmediato sintió que la vaciaban por dentro, como uno de los medios pomelos que el decano Liddell se comía cada mañana en el desayuno, y de los que sólo dejaba la piel hueca y unos restos pulposos. ¿Por la madriguera de un conejo? ¿De dónde había salido ese conejo apresurado?

—Alice, ¿ocurre algo?

Ella saltaba de un párrafo a otro al tiempo que pasaba las páginas rápidamente. El estanque de las Lágrimas, la oruga, su tía Roja... Todo aparecía deformado, reducido a una sarta de disparates.

—Ha convertido al general Doppelgänger, el comandante del ejército real, en dos gorditos con gorros de colegiales.

—Reconozco que me tomé algunas libertades con tu historia, para que fuera nuestra, de los dos, tal y como te prometí. ¿Reconoces al mentor que me describiste una vez? Es el personaje del conejo blanco. Se me ocurrió la idea al descubrir que las letras del nombre del mentor se podían cambiar de lugar para formar las palabras «conejo blanco». Mira, te lo enseñaré.

Dodgson sacó un lápiz y una libreta pequeña del bolsillo interior de su abrigo, pero ella no quería mirar. En efecto, él le había prometido que el libro sería de los dos, y esto le había dado fuerzas a ella; fuerzas para sobrellevar las humillaciones que implicaba sostener una verdad en la que nadie más creía. Pero lo que tenía en sus manos era algo totalmente ajeno a ella.

—¿Quiere decir que lo ha hecho a propósito? —preguntó.

El sonriente gato de Cheshire. La merienda de locos. El pastor había transformado sus recuerdos de un mundo henchido de orgullo, posibilidades y peligros en un universo de fantasías, en tonterías para niños. No era más que uno de tantos incrédulos, y esto (este libro absurdo y ridículo) era su forma de burlarse de ella. Nunca se había sentido tan traicionada en toda su vida.

—¡Ahora nadie me creerá! —chilló—. ¡Lo ha echado todo a perder! Es usted el hombre más cruel que he conocido, señor Dodgson, y si creyera usted una sola palabra de lo que le conté, sabría que eso significa que es terriblemente cruel. ¡No quiero volver a verle! ¡Nunca, nunca, nunca!

Arrancó a correr, dejando a Edith y Lorina, que tendrían que apañárselas solas para regresar a casa, y dejando al pastor Dodgson —quien consideraba que los niños eran espíritus recién modelados por las manos de Dios, seres de sonrisa divina, y creía que no había empeño más noble que el de concentrar todas sus energías en una tarea cuya única recompensa era el susurro agradecido de una niña y el roce ligero de sus labios puros— atónito, preguntándose qué había ocurrido.

El pastor recogió el libro, que aún conservaba el calor de los dedos de Alice Liddell, sin saber que ya nunca volvería a estar tan cerca de ella.

PRIMERA PARTE

1

El reino llevaba doce años disfrutando de una paz provisional, desde la época en que la violencia y la sangre derramada salpicaban el umbral de todos los marvilianos. La guerra civil no había sido la más larga según las fuentes históricas, pero sí una de las más sangrientas. Quienes habían participado sin dudar demasiado en las matanzas y la destrucción tenían dificultades para adaptarse a la vida en tiempos de paz. Cuando cesaron las hostilidades, corrían por las calles de la capital de Marvilia, robando y saqueando la ciudad de Marvilópolis hasta que la reina Genevieve los capturó y los envió a las minas de Cristal, una telaraña de túneles excavados en una ladera lejana, donde aquellos que se negaban a obedecer las leyes de una sociedad decente vivían en dormitorios sin ventanas y bregaban en la extracción de cristal de la implacable montaña. Incluso después de que esta gente desapareciera de las calles, la paz que imperaba en Marvilia no era comparable con la que reinaba antes de la guerra. Una tercera parte de los edificios de Marvilópolis, que parecían de cuarzo, debían ser reconstruidos. El anfiteatro de lisa turquesa había sufrido daños en un ataque, al igual que incontables torres y chapiteles que lucían un exterior brillante y encendido de pirita. Pero las cicatrices de la guerra no siempre estaban a la vista. Aunque la reina Genevieve gobernaba su reino juiciosamente, velando por el bienestar de su pueblo, la monarquía había quedado debilitada para siempre. La coalición de las dinastías Diamantes, Tréboles y Picas, que integraban el Parlamento, empezaba a resquebrajarse. Las matriarcas de las familias envidiaban la autoridad de Genevieve. Cada una de ellas se creía más capacitada que la Reina para gobernar Marvilia. Todas permanecían atentas, esperando una oportunidad para arrebatarle el poder y con un ojo no demasiado amistoso puesto en las otras familias, por si se les ocurría adelantarse.

Al cabo de doce años, la vida cotidiana en Marvilia había recuperado lo que cabría llamar «normalidad». Si hubieras deambulado por las relucientes calles de Marvilópolis, contemplando las siluetas de sus edificios de cristal y las fachadas de las tiendas, si hubieses pasado por las estaciones a las que acudían los marvilianos que se dirigían a su trabajo, en tubos brillantes de vidrio que flotaban sobre colchones de aire, si te hubieras detenido a comprar una tartitarta a un vendedor ambulante y hubieses paladeado la explosión de sabor en la lengua, no habrías sospechado siquiera que en algunos callejones y en algunas explanadas se estaban tomando ciertas precauciones: regimientos de naipes soldado efectuaban maniobras militares, se fabricaban nuevos medios de transporte, se estaban diseñando y poniendo a prueba armas ofensivas y defensivas. Y no habrías sido el único.

Ajena a cualquier pensamiento sobre la guerra, la princesa Alyss de Corazones se encontraba en el balcón del palacio de Corazones con su madre, la reina Genevieve. La ciudad se hallaba en plenos festejos. Marvilianos procedentes de todos los rincones del reino, desde el bosque Eterno hasta el valle de las Setas, habían acudido a celebrar el séptimo cumpleaños de su futura Reina, quien en esos momentos se aburría como una ostra. Alyss sabía que había muchos destinos peores que ser Reina de Marvilia, pero incluso una futura soberana a veces no tiene ganas de hacer lo que se espera de ella, como por ejemplo soportar sentada varias horas de ceremonias. Habría preferido esconderse con su amigo Dodge en una de las torres de palacio, arrojando juergatinas desde una ventana abierta para verlas reventar en las cabezas de los guardias que estaban abajo. A Dodge no le habría gustado esto —habría opinado que los guardias merecían un trato más digno—, pero sus reproches habrían sido un motivo más de diversión.

Y ya que lo mencionaba, ¿por dónde andaba Dodge? Ella no lo había visto en toda la mañana, y no estaba bien eso de rehuir a la homenajeadada el día de su cumpleaños. Lo buscó con la mirada entre la multitud de marvilianos que había acudido a ver el Desfile de Inventores, que discurría por la calle empedrada de abajo. Ni rastro de él. Probablemente estaba en otro sitio, haciendo algo divertido; cualquier cosa tenía que ser más divertida que permanecer allí, contemplando los ridículos artilugios que exhibían algunos marvilianos. Jacob Noncelo, el preceptor real, le había explicado que casi toda Marvilia se enorgullecía de su Desfile de Inventores, el único acontecimiento del año en que los ciudadanos desplegaban su habilidad y su ingenio ante la Reina. En el caso de que algo llamara especialmente la atención de Genevieve, lo enviaría al Corazón de Cristal, una roca transparente que medía diez metros de altura, dieciséis de ancho, se alzaba en terreno del palacio y constituía la fuente de toda creación. Los objetos que se introducían en el cristal se proyectaban al universo para estimular la imaginación de los habitantes de otros mundos. Si un marviliano se ponía a saltar sobre un palo accionado por un resorte con manillar y reposapiés, y ella mandaba tan curioso artilugio al cristal, en alguna civilización u otra se inventaba el potro saltarín al cabo de poco tiempo.

Aun así, Alyss se preguntaba a qué venía tanta ceremonia. La obligación de quedarse ahí de pie hasta que le doliesen los pies era una tortura.

—Ojalá padre estuviera aquí.

—Regresará de su viaje a Confinia de un momento a otro —le aseguró la reina Genevieve—, pero, ya que el resto de Marvilia está aquí, te aconsejo que intentes divertirte para no defraudarlos. Mira, qué interesante, ¿no te parece?

Observaron a un hombre que bajaba flotando del cielo con un artilugio semejante a una seta abombada sujeto a la espalda.

—No está mal, supongo —respondió Alyss—, pero estaría mejor si fuera peludo. En cuanto ella pronunció estas palabras, el artefacto que parecía una seta quedó recubierto de pelo, y su inventor cayó al suelo con un golpe sordo.

La reina Genevieve frunció el entrecejo.

—Llega tarde —protestó Alyss—. Me prometió que estaría aquí para la celebración. Además, no entiendo por qué se fue de viaje cuando faltaba tan poco para mi cumpleaños.

Lo cierto es que tenía sus razones, y la Reina las conocía bien. Los servicios de información le habían dado a entender que habían esperado demasiado: según informes no confirmados, el poder de Roja aumentaba día a día, y estaba pertrechando sus tropas para el ataque. Genevieve ya no estaba segura de que su propio ejército estuviese en condiciones de repeler una ofensiva. Ansiaba tanto como Alyss que regresara el rey Nolan, pero igualmente pensaba disfrutar de los festejos del día.

—Oh, fíjate en eso —exclamó, señalando a una mujer que se contoneaba al andar para mantener un aro girando sin parar alrededor de su cintura—. Parece de lo más entretenido.

—Lo sería más sí tuviera surtidores de agua —replicó Alyss, y al instante varios chorros brotaron de agujeros diminutos abiertos en la superficie del aro, para gran sorpresa de la inventora, que seguía contoneándose para evitar que el artilugio cayese al suelo.

—Por más que sea tu cumpleaños, Alyss —la reprendió la reina Genevieve—, no está bien que presumas de esa manera.

El pelo que recubría el primer paracaídas se desvaneció. Los surtidores del recién inventado hula-hop se secaron. El poder imaginativo de Alyss los había hecho aparecer y desaparecer. La imaginación formaba una parte importante de la vida en Marvilia, y Alyss poseía la imaginación más poderosa que jamás hubiera desplegado una marviliana de siete años. Sin embargo, como ocurre con cualquier don extraordinario, la imaginación de Alyss podía ser usada tanto para el bien como para el mal, y a la Reina no le faltaban motivos para estar ligeramente preocupada. Apenas se había completado un ciclo de la luna de Turmita desde el último incidente protagonizado por Alyss: exasperada con el joven Valet de Diamantes a causa de alguna indiscreción infantil, había imaginado que los pantalones se le llenaban de gombrices resbaladizas y ondulantes. El Valet de Diamantes comentó que notaba «algo raro», bajó la mirada y vio que sus pantalones se movían como si hubiesen cobrado vida. Desde entonces lo asaltaban pesadillas con frecuencia. Alyss afirmó que no lo había hecho a propósito, pero Genevieve no estaba segura de que dijera la verdad. Alyss todavía no había alcanzado el control total sobre su imaginación, pero no tenía el menor empacho en mentir para evitar regañinas.

—Serás la reina más poderosa de la historia —le aseguró a su hija—. La fuerza de tu imaginación será el mayor triunfo del reino. Pero debes esforzarte para desarrollarla de acuerdo con los principios por los que se ha regido la dinastía de los Corazones, Alyss: amor, justicia y voluntad de servir al pueblo. Tener una imaginación indisciplinada es peor que carecer de ella. Puede resultar mucho más dañino. Recuerda lo que le sucedió a tu tía Roja.

—Lo sé —respondió Alyss, enfurruñada. Aunque no conoció a su tía Roja, había oído hablar de ella desde que tenía uso de razón. No se molestaba en intentar entenderlo todo; se trataba de datos históricos, y a ella la historia la aburría soberanamente. Aun así, sabía que parecerse a la tía Roja no era bueno.

—Bueno, creo que la princesa del cumpleaños ya ha oído suficientes sermones por hoy —dijo la reina Genevieve. Dio una palmada, y tanto el paracaídas como el hula-hop pasaron al interior del Corazón de Cristal, para gran alegría de sus respectivos inventores.

Un par de botas del rey Nolan salió flotando en el aire por la puerta del balcón y comenzó a ejecutar una danza delante de la malhumorada Princesa.

—Alyss —la reconvino la reina Genevieve, observando esta nueva muestra de una imaginación extraordinaria.

Algo en su tono hizo que la niña interrumpiese su demostración. Las botas cayeron al suelo con un golpe seco y ahí se quedaron, inmóviles.

—Todo está en tu cabeza —suspiró la Reina—. No lo olvides, Alyss. Pase lo que pase, todo está en tu cabeza.

Se trataba de una advertencia, pero también de una manifestación de esperanza: la reina Genevieve, consciente de las fuerzas oscuras que actuaban en algún lugar inhóspito del desierto Damero, no ignoraba que, en Marvilia, el júbilo y la felicidad no duraban eternamente; tarde o temprano el reino sufriría un ataque, y para garantizar su supervivencia necesitarían todo el poder imaginativo de Alyss, e incluso algo más.

Hacia dos días que el rey Nolan había emprendido el viaje de regreso a través de la Ferania Ulterior con su séquito, y ahora, sobre la estrecha cresta de una montaña, espoleaban a sus maspíritus para que continuasen galopando. Los maspíritus, seres cuadrúpedos con un cuerpo que visto por delante semejaba el de un *bulldog* y que se angostaba por detrás hasta terminar en una parte posterior desprovista de cola, tenían el morro chato, ojos soñolientos y parpadeantes, fosas nasales grandes como puños y la boca torcida en una mueca socarrona. No constituían el medio más veloz para desplazarse por Marvilia, pero sí el más eficiente para viajar a Confinia y regresar. Eran los únicos seres capaces de recorrer a una velocidad aceptable el terreno accidentado de la Ferania Ulterior cargados con un jinete y con objetos de regalo como cristales o botellas.

El rey Nolan no había partido a ese viaje por gusto. Lo había hecho por el bien del reino. Debía entablar una negociación de último momento con el rey Arch de Confinia para intentar forjar una alianza contra Roja. Como es natural, correspondía a Genevieve llevar la iniciativa en las negociaciones, pero ella había estimado prudente enviar a su esposo en su lugar: Confinia estaba gobernada por un hombre; el rey Arch no creía en los matriarcados. Solía afirmar que el trono no era lugar para una mujer.

El rey Arch recibió a Nolan como si su mera presencia le causase fatiga.

—¿Por qué habría de aliarme contigo? —preguntó una vez que Nolan hubo expuesto sus razones—. Roja no se atreve a atacar Confinia.

—Porque somos vecinos, Arch. Si Roja llega a invadir Marvilia, sin duda se tornará más ambiciosa y fijará Confinia como siguiente objetivo.

—Bueno, me considero perfectamente capaz de defenderme de cualquier mujer, con o sin alianza. —Arch chasqueó los dedos, y una cortesana de cuerpo curvilíneo salió de detrás de una cortina de cuentas brillantes para darle un masaje en los hombros—. Además, eso de pactar con un reino que está en manos de una mujer va un poco en contra de mis principios. No quisiera que las extrañas costumbres de tu pueblo influyesen en la población femenina de Confinia. Si hay algo que no necesito es que alguien les inculque ideas sobre metas más ambiciosas en la vida que las lleven a descuidar sus deberes conyugales.

—A mí me preocuparía más la influencia que una Marvilia sojuzgada por Roja podría tener sobre toda la población de Confinia —apuntó Nolan.

El rey Arch emitió un sonido gutural, un gruñido de incredulidad.

—Te seré sincero, Nolan. No me mereces la mejor de las opiniones, por el modo en que te dejas mangonear por tu mujer.

El rey Nolan no tenía la sensación —jamás la había tenido— de que Genevieve lo mangoneara. Precisamente si amaba a su esposa era, en parte, por su fuerza y por su

estimable capacidad para hacerse cargo de las responsabilidades que, según Arch, debían recaer en un hombre. Para Nolan no había nada comparable al amor de su bondadosa y tenaz mujer.

—Así que tú recibirías apoyo militar para defenderte de tus enemigos —dijo Arch—. ¿Y qué recibiría yo a cambio? ¿En qué beneficiaría al pueblo de Confinia esta alianza que me propones?

—Te ofrezco derechos de explotación de las minas de cristal en nuestro territorio, así como un pago bianual de un millón de gemas de howlita y la plena disposición de nuestro ejército a prestarte ayuda en caso necesario.

El rey Arch se puso en pie, con lo que daba por terminada la entrevista.

—Lo pensaré y te comunicaré mi decisión seguramente en el transcurso de esta semana.

Ansioso por llegar al palacio de Corazones a tiempo para la fiesta de cumpleaños de Alyss, Nolan estaba decidido a recorrer el trayecto de regreso cabalgando con sus hombres a toda velocidad y sin pararse a descansar o a comer. Aun así, les faltaba todavía día y medio de camino. La cresta de la montaña quedaba ahora muy atrás, y avanzaban a galope por una llanura polvorienta. En la cima de una colina desde la que ya se divisaba el palacio de Corazones en el horizonte, Nolan refrenó a su maspíritu. Una ráfaga de viento traía consigo —o eso se imaginaba él, pues se hallaba todavía a una distancia considerable del palacio— voces de regocijo, música y risas. Sus hombres se detuvieron a su lado.

—¿Qué ocurre, mi señor?

—Nunca me perdonará que me haya perdido su fiesta.

—Creo que la Reina os lo perdonaría todo, señor.

—No me refiero a la Reina, sino a la Princesa.

—Ah. Ella sí que os dará problemas.

Los hombres estallaron en carcajadas. No cabía duda de que Alyss le daría problemas al rey Nolan, pero serían problemas de lo más llevaderos. Incluso cuando hacía pucheros, su hija era una criatura encantadora.

—¡Vamos! —Con renovado apremio, el Rey arreó a su maspíritu para que lo llevase cuanto antes a su hogar, con su familia.

3

Jacob Noncelo estaba reuniendo unos cuantos libros y papeles para preparar la clase que impartiría a su alumna al día siguiente. Ahora que Alyss había cumplido siete años, iniciaría los estudios formales que la capacitarían para ser reina.

—Y ser reina no es fácil —murmuró Jacob Noncelo—. La dignidad real trae consigo enormes responsabilidades. Debes estudiar leyes, el arte de gobernar, ética y moral. Debes ejercitar la imaginación con el fin de promover la paz, la armonía y los preceptos de la Imaginación Blanca, pues la Imaginación Negra es sumamente nociva. Y, por si fuera poco, debes recorrer el laberinto Especular. —Jacob Noncelo, solo en la biblioteca del palacio de Corazones, citó de memoria un fragmento de un antiguo texto marviliano titulado *In Regnum Speramus*—: «Existe un laberinto Especular de apariencia distinta para cada aspirante a reina. Ésta debe conseguir orientarse en dicho laberinto para desarrollar al máximo el potencial de su imaginación y ser apta para gobernar». —El preceptor recuperó su tono habitual—. Y sólo las orugas saben dónde está el laberinto Especular.

El señor Jacob Noncelo era un albino de metro ochenta de estatura, con unas venas de color azul verdoso que le palpitaban de forma visible bajo la piel y unas orejas ligeramente grandes para el tamaño de su cabeza, tan sensibles que podían captar los susurros de alguien situado a tres calles de distancia. Era un hombre inteligente, pero tenía la costumbre de hablar solo, cosa que extrañaba a no pocos marvilianos, sobre todo entre los miembros de las familias de Diamantes, Picas y Tréboles, quienes no le perdonaban que llevara años educando a las hijas de los Corazones y no a las de las otras dinastías. No es que a Jacob le preocupase demasiado lo que los demás pensarán de él. Hablaba solo porque no había muchas personas tan instruidas como él, y le gustaba hablar con personas instruidas.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz!

Jacob abrió de par en par las puertas que daban a los jardines reales, y aquel coro le habría resultado dolorosamente estridente si su canto de felicitación hubiese estado dedicado a cualquier otra princesa. Sin embargo, nada le parecía excesivo si se hacía en alabanza de Alyss. Entre los invitados reunidos para cantar en el jardín bajo la dirección de los numerosos girasoles, tulipanes y margaritas (las flores de voz más melodiosa que había en Marvilia), Jacob vio a varios miembros de las familias de naipes (le hizo una reverencia a la Dama de Diamantes cuando sus miradas se cruzaron), así como al general Doppelgänger, jefe del ejército real, quien de pronto se dividió en dos y se convirtió en las figuras gemelas de los generales Doppel y Gänger, para contribuir a la canción con dos voces en lugar de una. Jacob saludó con otra inclinación a la oruga azul —ese oráculo entre oráculos, sabio entre los sabios—, que estaba enroscada en un rincón del jardín, fumando su narguile mientras un

güinuco —un ser pequeño con cuerpo de pingüino y rostro de anciano— se bamboleaba sobre su lomo.

—El arte del bamboleo está minusvalorado —oyó Jacob que el güinuco le comentaba a la oruga—. Oye, déjame darle una calada a eso.

—Ejem, humm, ejem —carraspeó la oruga, que nunca compartía su pipa con los güinucos, ni siquiera en fechas tan señaladas como el cumpleaños de Alyss de Corazones—. Fumar te hace mal.

—No cabe duda de que es un día especial cuando una oruga acude desde el valle de las Setas para participar en las celebraciones —musitó Jacob Noncelo, observando a dos maspíritus que tiraban de un pastel para Alyss en el que, a modo de velas, había varios pájaros lucirgueros que emitían destellos y batían las alas. Junto a la homenajeadada estaba la Reina, y tras ella, Somber Logan, jefe del cuerpo de seguridad de Marvilia, conocido como la Bonetería, y guardaespaldas personal de la Reina. Llevaba una mochila típica de los militares a la espalda, una chaqueta larga, brazaletes y la chistera que sólo se quitaba en tiempos violentos. Era el único miembro de la multitud que mantenía una actitud circunspecta, alerta.

La canción terminó. Los invitados aplaudieron.

—Pide un deseo, Alyss —dijo la reina Genevieve.

—Además de desear que padre no se hubiese ido de viaje —declaró Alyss—, deseo ser reina por un día.

La corona de su madre se elevó y flotó en el aire hacia la cabeza de la pequeña. Todos los presentes prorrumpieron en carcajadas, salvo Somber Logan, que nunca se reía.

—Somber Logan —suspiró Jacob—. Hasta tú deberías relajarte y pasarlo bien de vez en cuando.

—Ya te llegará el momento de ceñirte esta corona —le dijo Genevieve a su hija. La imaginación de la Reina, que no era precisamente débil, hizo que la corona regresara flotando y se depositara sobre la cabeza de su legítima dueña.

Alyss advirtió que Jacob los observaba a través de las puertas de la biblioteca y decidió divertirse un poco. Era lo mínimo que podía hacer mientras no encontrase a Dodge.

—¿Quieres un poco de pastel, Jacob Noncelo? —susurró.

El preceptor asintió con la cabeza, y ella le llevó una porción de tarta en un plato comestible de chocolate.

—Feliz no cumpleaños —dijo—. Es de caramelo con pasas, mantequilla de cacahuete, malvaviscos y barritas de regaliz. Está buenísimo.

Jacob se quedó mirando el trozo de pastel.

—Eh, bueno... Gracias, Alyss, pero me temo que no serás tan amable conmigo después de mañana, cuando hayamos comenzado con las clases.

—Yo no necesito clases —replicó Alyss—. Simplemente me imaginaré que lo sé todo y entonces lo sabré todo de verdad, así que no tienes por qué enseñarme nada.

Jacob removió la porción de tarta en el plato, examinándolo con los ojos entrecerrados.

—Querida —dijo—, no puedes imaginarlo todo porque no conoces todo lo imaginable. Justamente ésa es la razón de ser de las lecciones. Créeme, sé de lo que hablo. Eduqué a tu abuela y a tu madre cuando tenían tu edad, y sí, intenté educar a la mujer que no debe ser nombrada (es decir, tu tía Roja), pero más vale que no sigamos por ese camino.

No muy seguro de que fuera lo más conveniente, Jacob se llevó un pedazo de pastel a la boca. Masticó una vez, dos veces y notó que algo no iba bien; lo que estaba masticando se movía. Alyss rompió a reír. Jacob se escupió el bocado de pastel en la mano y cayó en la cuenta de que aquello ya no era pastel; se había transformado en un puñado de gombrices.

—¡Has picado! —gritó Alyss, y arrancó a correr.

Eso de las gombrices había sido una broma de mal gusto, de pésimo gusto, de hecho, pero Jacob estaba dispuesto a perdonar. Alyss era muy joven, le quedaba mucho que aprender. Si bien era verdad que le recordaba a Roja en ciertos aspectos, el preceptor confiaba en que la chiquilla no llegara a ser nunca como su tía. Él no lo permitiría. Por otro lado, no podía reprocharle a Alyss que buscara maneras de entretenerse. Apenas había niños de su edad en el palacio.

Jacob paseó la mirada por los jardines. La oruga azul se había marchado reptando a algún sitio. Los generales Doppel y Gänger se habían fusionado de nuevo en un solo cuerpo y estaban, o mejor dicho, el general Doppelgänger estaba conversando con el juez Anders, jefe de los guardias de palacio. Somber Logan, que seguía a la Reina como una sombra protectora, estaba más inexpresivo que nunca.

Jacob se retiró al interior de la biblioteca, donde los libros ilustrados que Alyss hojeaba en su más tierna infancia descansaban en estantes junto a los diez tomos de la crónica de la guerra civil escrita desde los puntos de vista de sus distintos participantes; los naipes soldado que habían luchado en primera línea del frente, los milicianos del Ajedrez, el general Doppelgänger y sus sargentos, la mismísima reina Genevieve. Incluía listas de quienes habían caído en cada batalla y explicaciones de las estrategias que habían requerido el sacrificio de tantas vidas de marvilianos. Jacob cogió el primer tomo de la crónica y lo colocó junto a los otros libros y papeles que había juntado para las clases de Alyss. El volumen contenía un catálogo de atrocidades cometidas por Roja: torturas, matanzas de prisioneros, fosas comunes. El preceptor siempre se había considerado responsable de la degeneración de Roja, pues la atribuía a una educación deficiente.

—Nunca es demasiado tarde para que una futura reina se familiarice con la cara

más fea de lo que implica ser reina —dijo para sí.

El rey Nolan y sus hombres habían dejado atrás la Ferania Ulterior. Atravesaron una franja estrecha del bosque Eterno y, a galope tendido, llegaron al límite oriental de Marvilópolis, la zona más rural de la capital, donde residían algunos campesinos y quienes buscaban una vida tranquila. Sus maspíritus se detuvieron de pronto y se encabritaron. Diseminadas por el apacible paisaje, con apariencia inofensiva y parcialmente ocultas entre las sombras que se alargaban cada vez más, estaban varias barajas de Roja, cada una de ellas formada por cincuenta y dos naipes soldado apilados uno encima de otro, aguardando órdenes.

—Las cartas de Roja están preparadas.

De modo que ya no tenía importancia lo que decidiese el rey Arch; Marvilia no podía permitirse el lujo de esperar una o dos semanas a que él comunicara su respuesta.

—Debemos poner al palacio sobre aviso —dijo el rey Nolan.

Uno de sus hombres extrajo un comunicador especular de su alforja y comenzó a introducir un mensaje cifrado en su teclado. Si hubiera tenido tiempo de pulsar el botón Enviar, dicho mensaje habría aparecido en una pantalla de cristal situada en la sala de seguridad del palacio de Corazones. Sin embargo, con un chasquido como el de unas tijeras de acero al abrirse y cerrarse rápidamente, una baraja escondida en la maleza se desplegó y rodeó al Rey y a sus hombres. El aire vibró con los exaltados gritos de guerra de los soldados de Roja y con los guturales alaridos de agonía de los hombres del rey Nolan. El comunicador especular cayó sobre una piedra y se hizo añicos. Su propietario estaba muerto antes de que el dispositivo tocara el suelo.

Los marvilianos se encontraban en una inferioridad numérica de cinco a uno. En el centro de la escaramuza estaba el rey Nolan, blandiendo la espada a izquierda y derecha, aún a lomos de su fiel maspíritu, cuando una figura embozada en una capa escarlata pasó por entre los combatientes sin sufrir un rasguño y le atravesó el corazón con la aguzada punta de su cetro.

—Mi Reina... —gimió él, encorvándose, moribundo, con hilillos de sangre en las comisuras de la boca—. Mi Reina...

«¡Ha picado, ha picado, ha picado!». Sin dejar de reír, Alyss dejó a Jacob Noncelo mirando con el ceño fruncido las gombrices medio masticadas que tenía en la mano y corrió hasta el salón Issa del palacio, donde (¡por fin!) encontró a Dodge Anders, que la esperaba en posición de firmes. A juzgar por su aspecto, la habría esperado toda la vida, en caso necesario.

—No sabía dónde te habías metido —resopló ella—. He llegado a creer que me estabas rehuyendo.

—Tenía que conseguiros un regalo, ¿no? ¿Por qué corríais?

—Por nada.

—Ajá. —Dodge supuso que ella había estado haciendo de las suyas. Alyss siempre estaba haciendo de las suyas, así que él prefirió no insistir en el tema. Le entregó una cajita atada con una cinta roja y le dedicó una reverencia—. Feliz cumpleaños, Princesa.

—No hagas eso.

A Alyss le molestaba que su mejor amigo se inclinase ante ella, y él lo sabía.

¿Acaso no se lo había dicho un montón de veces, recalcándole que no le importaba que él fuese un plebeyo y que detestaba esas muestras de sumisión? Dodge era tres años y cuatro meses mayor que ella. ¿Le gustaba hacerle reverencias a una niña más pequeña? Y, a todo esto, ¿qué tenía de terrible o de degradante ser plebeyo? Le daba a Dodge la libertad para salir del terreno del palacio, cosa que a Alyss no le hubiera importado hacer. Pese a su espíritu rebelde e independiente, nunca había puesto un pie fuera de los lujosos dominios del palacio de Corazones.

Abrió el regalo y se encontró con un diente afilado, reluciente y triangular sobre un soporte acolchado.

—Un diente de galimatazo —señaló Dodge.

—No lo habrás matado tú, espero.

Los galimatazos eran unos seres enormes y feroces que vivían en las llanuras Volcánicas, una tierra de volcanes activos, ríos de lava y géiseres de gases tóxicos, demasiado peligrosa para que un marviliano se adentrase en ella. Sin embargo, nunca sabía qué esperar de Dodge. Desde el día en que, con tres años de edad, se envolvió torpemente en la chaqueta de guardia real que pertenecía a su padre, su camino estaba marcado. Dodge no aspiraba a otra cosa que a ser como su padre, el juez Anders, que había destacado por su valor en la guerra civil y que había sido designado para su cargo actual por la Reina en persona. Ahora que se encontraba frente a Alyss, lucía su propio uniforme de guardia, con todo y su insignia de flor de lis.

—No, yo no maté al galimatazo —respondió—. Compré el diente en una tienda.

—Lo conservaré toda la vida —aseguró Alyss.

Ensartó el diente en la cadena que llevaba al cuello. Se había criado con Dodge, no recordaba una época de su vida en que no hubieran sido compañeros de aventuras. Tenía junto a la cama un cristal holográfico en el que aparecía él, a los cuatro años, dándole un beso en la mejilla a ella, que estaba sentada en su cochecito real. Al fondo se entreveía a unos ceñudos funcionarios de la corte. Alyss nunca había entendido qué era lo que les parecía mal, pero apreciaba mucho aquel cristal de todos modos.

Dodge se ruborizaba cada vez que ella se lo mostraba, y por eso se lo mostraba a menudo. Él sabía por qué los funcionarios estaban ceñudos: era importante respetar las diferencias de clase, que cada uno supiese cuál era su lugar. Aunque quizás a Alyss esas cosas la traían sin cuidado, el juez Anders le había expuesto la situación a su hijo, quien comprendió que para medrar como guardia real debía mantener una conducta aceptable para la sociedad, y no permitir que sus sentimientos por alguien —especialmente por Alyss— lo llevaran a descuidar sus obligaciones.

—Jamás podrás casarte con la Princesa, Dodge —le había explicado el juez, comprensivo, incluso un poco orgulloso de que la Princesa se hubiese encariñado con su hijo—. Un día ella será tu Reina. Puedes demostrarle tu afecto sirviéndola lo mejor que puedas, pero ella debe casarse con un miembro de las familias de naipes, y el Valet de Diamantes es el único muchacho de edad próxima a la suya que posee el rango apropiado. Lo siento, Dodge, pero lo tuyo con la Princesa... es una carta que no puedes jugar.

—Lo comprendo, padre —le había contestado Dodge, aunque esto sólo era cierto en parte; su cabeza comprendía, su corazón no.

—¿No tienes que hacer ejercicios militares? —preguntó Alyss.

—Nunca está de más ejercitarse, Princesa.

—No me llames así. Sabes que no me gusta.

—No puedo olvidar lo que sois, Princesa.

Alyss chasqueó la lengua. A veces la solemnidad de Dodge la exasperaba.

—Hay un ejercicio militar que quiero que hagas. Vamos a fingir que lo pasamos bien en una fiesta. Imagínate que hay música, montones de comida deliciosa, y que tú y yo nos ponemos a bailar. —Le tendió la mano.

Dodge vaciló.

—Ahora.

Rodeó la cintura de Alyss con el brazo y comenzó a dar vueltas con ella lentamente. Nunca había tocado a la Princesa, al menos de ese modo. Ella despedía un olor dulce a tierra y pólvora. Era un aroma puro, delicado. ¿Olerían así todas las chicas, o sólo las princesas? Un girasol que crecía en una maceta en el rincón de la sala entonó una melodía para acompañarlos.

—Esto no es un ejercicio militar —protestó él, haciendo un tímido intento de liberarse.

—Te ordeno que no te vayas a ningún sitio. Mientras bailamos, Roja y sus soldados entran de golpe en la habitación. Es un ataque sorpresa. La gente chilla y corre por todas partes. Pero tú conservas la calma y prometes protegerme.

—Sabes que te protegería, Alyss. —Lo invadió una sensación de calidez y se sintió algo mareado. Tenía a la Princesa sujeta muy cerca de sí. Notaba su respiración en la mejilla. Era el chico más afortunado del reino.

—Y luego luchas contra Roja y sus soldados.

Él no quería soltarla, pero lo hizo, para blandir su espada. Lanzaba mandobles a izquierda y derecha contra sus enemigos imaginarios, girando y agachándose a imitación de Somber Logan, cuyos ejercicios con las armas observaba y estudiaba a menudo.

—Y después de salvarte por los pelos varias veces —continuó Alyss— y de jugarte la vida a cada segundo, vences a los soldados y atraviesas a Roja con la espada.

Dodge, la vehemencia personificada, tiró una estocada al aire, allí donde imaginaba que se hallaba Roja. Fingió contemplar su obra, los enemigos derrotados dispersos por el suelo, ante él. A continuación, envainó la espada.

—Me has salvado —prosiguió Alyss—, pero estoy muy alterada por lo que he visto. Para calmarme, bailas conmigo.

El girasol del rincón se puso a cantar de nuevo. Esta vez sin dudarle, Dodge tomó a Alyss entre sus brazos y evolucionó con ella por la sala. Había bajado la guardia, a pesar de sí mismo y de que sabía lo que su padre opinaría de su comportamiento. Se estaba dejando llevar por unos sentimientos que ni siquiera habría debido tener.

—¿Serás mi Rey consorte, Dodge?

—Si así lo deseáis, Princesa —dijo, intentando aparentar despreocupación—. Seré...

—¡Eh, tú, límpiame las botas! —gritó una voz procedente del pasillo—. ¡Haz lo que te mando, criado!

Dodge se apartó de Alyss inmediatamente y se puso rígido, en posición de firmes.

—¡Lávame el chaleco, hazme la cama, empólvame la peluca! —exigió la voz.

El Valet de Diamantes, un muchacho de once años, heredero de la finca de la familia de Diamantes, irrumpió en el salón Issa. Se detuvo al ver a Alyss y Dodge.

—¿Qué haces? —le preguntó Alyss.

—Practico para ser una figura de la realeza, ¿a ti qué te parece que hago?

El Valet de Diamantes habría sido un chico apuesto de no ser por su personalidad matonesca y por el hecho de que tenía el trasero más grande y redondo de todo Marvilia. Era como si llevase un cojín inflado en la parte de atrás de los pantalones. Además, había adoptado la ridícula costumbre de ponerse una peluca larga, blanca y empolvada porque alguien le había contado que los nobles de otros mundos las

llevaban. Se fijó en la caja y la cinta que estaban en el suelo. Se fijó en el diente de galimatazo que pendía del cuello de Alyss.

—La pregunta es —dijo—: ¿Qué estáis haciendo vosotros?

Ni Alyss ni Dodge contestaron.

—A hacer manitas con la Princesa, ¿eh? —Se rió, se acercó a Alyss y extendió la mano hacia el diente de galimatazo que colgaba bajo su garganta.

—No toques eso —le advirtió Dodge.

—Dulce Princesa, cuando crezcas y seas mi esposa, te obsequiaré con diamantes y más diamantes, no con dientes podridos de animales asquerosos.

—Vete, por favor —le rogó Alyss.

—Déjala en paz —dijo Dodge—. Hablo en serio.

El Valet de Diamantes se volvió para encararse con el hijo del jefe de la guardia. Se llevó un dedo a los labios y fingió estar abstraído en sus meditaciones.

—Veamos... Ah, ya lo tengo. A, e, i, o, u, soy más importante que tú.

Los puños de Dodge salieron propulsados y derribaron al Valet, que se quedó despatarrado en el suelo con la peluca torcida, en una posición de lo más impropia de una persona de alto rango. Dodge se preparó para pelear, pero el Valet se puso en pie trabajosamente, salió del salón y se alejó corriendo por el pasillo en dirección a los jardines reales.

—Más vale que nos vayamos o nos meteremos en líos —dijo Alyss—. Irá a contárselo a su padre.

Dodge hizo algo que un guardia real no debía hacer: cogió a Alyss de la mano y la llevó ante una estatua de tamaño natural de la reina Issa, bisabuela de Alyss. Pulsó el rubí engastado en la parte frontal de la corona, y en la pared se abrió una puerta que comunicaba con uno de los numerosos túneles de servicio que discurrían bajo el palacio de Corazones.

—¿Adónde vamos? —preguntó Alyss.

—Ya lo verás.

Y, cogidos de la mano, avanzaron a toda prisa por el túnel, cruzándose con guardias que se dirigían a sus puestos de vigilancia y criados que llevaban fuentes con juergatinas, marvitostes y tartitartas.

6

Para las reinas, incluso la conversación más banal mantenida en un día de fiesta puede degenerar en una discusión sobre asuntos delicados. En los jardines reales, Genevieve acabó hablando con las damas de Tréboles y de Picas sobre la influencia negativa que ejercían las sociedades de Imaginación Negra sobre la juventud marviliana.

—Me han contado que beben sangre de galimatazo —dijo la Dama de Picas.

—Pues a mí me parece indignante que los chicos de hoy den por sentada la armonía que reina actualmente en Marvilia —declaró la Dama de Tréboles—. Parece que quisieran echar abajo el estado de las cosas sólo por el placer de hacerlo.

—Tenemos a agentes secretos de la Bonetería infiltrados en muchos de esos grupos —les informó la reina Genevieve.

—¿De verdad?

La Dama de Tréboles apoyaba cualquier iniciativa que minase el poder de Genevieve. Le dedicó una sonrisa a la Reina y decidió, de mala gana, dejar de patrocinar las sociedades de Imaginación Negra. Mientras ella tomaba esta determinación, el Valet de Diamantes, que corría por un pasillo en forma de corazón, se vio levantado en el aire, de nuevo con la peluca torcida. Forcejeó para soltarse, pataleando.

—¿Qué prisa tienes, hombrecito? —preguntó Jacob Noncelo—. ¿Cuál es el problema?

—¡Hombrecito lo seréis vos! —espetó el Valet.

—Humm, bueno... Es verdad que, en el orden superior del cosmos, no soy más que un hombrecito. En ese sentido, todos somos insignificantes. Buena observación, Valet.

El Valet no entendía ni jota de lo que el tipo pálido le decía, y le importaba un comino.

—¡Soltadme, preceptor!

Una vez que sus pies se posaron de nuevo sobre tierra firme, el Valet, intentando enderezarse la peluca, pero poniéndosela prácticamente al revés, explicó que iba por ahí, ocupándose de sus asuntos cuando, de improviso, Dodge había salido de detrás de una estantería, lo había tirado al suelo y le había percutido los gregüescos. El Valet sólo pretendía salvar a la Princesa de Dodge, el plebeyo, que estaba empeñado en besarla, y ahora iba a contárselo todo a su padre y a la reina Genevieve para que deportasen a Dodge a las minas de Cristal, castigo leve para tan graves delitos.

—Son delitos graves, en efecto —convino Jacob Noncelo—. Aun así, Valet, ¿no crees que ya es hora de que empieces a asumir las responsabilidades que conlleva tu rango?

—Tal vez —respondió el muchacho con suspicacia.

—A tu edad, no deberías necesitar la ayuda de tu padre para administrar correctivos. Atraparé al culpable y lo traeré ante ti. Tú ve y cómete una buena porción de tartitarta sin comentar con nadie este terrible incidente hasta que yo vuelva. Sin duda sorprenderás a la Reina cuando propines a Dodge su justo castigo.

Jacob siguió al chico con la mirada mientras se alejaba pavoneándose por el pasillo, meneando las posaderas de izquierda a derecha y de derecha a izquierda en dirección a los jardines reales. Con sus oídos ultrasensibles, Jacob Noncelo había escuchado todo lo ocurrido en el salón Issa. Sólo cuando estuvo seguro de que el Valet no diría una palabra a la Reina de aquel asunto sin importancia, cuando oyó al muchacho masticar con glotonería un trozo de tartitarta, salió en busca de Alyss y Dodge. Ladeó la cabeza, como un perro al percibir un ruido extraño y agudo, y escuchó los sonidos lejanos. Oyó que un matrimonio hablaba de su próximo safari en la Ferania Ulterior. Oyó a un hombre que susurraba a tres calles de allí. Y luego oyó un murmullo de voces humildes. Guiándose por el oído, se dirigió hacia una de las salidas del palacio.

Alyss y Dodge corrían por una sucesión de túneles de servicio. Alyss, encantada de la vida, se reía a carcajadas, mientras que Dodge iba serio, concentrado en lo que hacía. Al final, él abrió una puerta empujándola con el hombro y los dos salieron a la luz de Marvilópolis. Por primera vez en su vida, Alyss de Corazones se encontraba fuera de los límites del palacio.

—Vaya.

Ante sus ojos se desarrollaba una escena festiva: una multitud de marvilianos bailaba, tocaba instrumentos musicales y representaba sainetes. Un tendero reconoció a Alyss y, expresándole cortésmente deseos de buena salud, se arrodilló ante ella. Al percatarse de quién se hallaba entre ellos, un marviliano tras otro siguió el ejemplo del tendero hasta que, medio minuto después, Alyss y Dodge ocupaban el centro de una muchedumbre reverente y postrada a sus pies.

—Eh, sí... —dijo Dodge en voz alta sin dirigirse a una persona en particular—. Se parece un montón a la princesa Alyss, ¿verdad? Pero se llama Stella. No es nadie.

Los marvilianos levantaron la cabeza e intercambiaron miradas. ¿Cómo era posible que esta hermosa niña de ojos dulces y cabello negro arreglado como el de la Princesa no fuese Alyss de Corazones? Sus dudas se disiparon cuando apareció Jacob Noncelo. Si el preceptor real la buscaba, la chica tenía que ser la princesa Alyss.

—¡Corramos! —exclamó Alyss en cuanto vio a Jacob, pero el albino erudito era un hombre bastante veloz y les habría dado alcance enseguida de no ser porque su toga quedó cubierta de plumas fluorescentes de lucirguero, se hinchó en torno a él y lo elevó en el aire.

—¡Alyss, nooo!

Dodge echó un vistazo hacia atrás.

—Pero ¿qué...?

—No era ésa mi intención —se disculpó Alyss, consciente de que no debía emplear su imaginación de ese modo—. Lo único que quería era que no nos pillara. —Le había venido a la mente un atisbo de idea para evitar que Jacob se acercara, y de golpe y porrazo se había hecho realidad.

Jacob cayó del cielo sobre hierba lodosa. Resbaló varias veces al intentar seguir a Alyss y Dodge, pero éstos ya se habían perdido de vista. Recorrieron a toda prisa calzadas de ladrillos, atajaron por callejones y cruzaron varias vías principales. Al cabo, los escaparates brillantes de las tiendas y las calles esplendorosas de la ciudad capital dieron paso a un bosque. Los árboles y las flores soltaron chirridos de sorpresa ante la presencia de la Princesa, y se esforzaron por adoptar el aspecto más frondoso posible mientras apartaban de su camino sus ramas y pétalos. Ella y Dodge corrían y saltaban sobre piedras y cauces hasta que llegaron al borde de un acantilado y tuvieron que detenerse. Alyss bajó la mirada desde lo alto de la elevada pared de roca. Abajo se extendía una masa de agua contenida por una barrera de cristal.

—¿Qué es? —musitó, en parte porque estaba impresionada y en parte porque no quería que Jacob los localizara por medio del oído.

—Lo llaman el estanque de las Lágrimas —respondió Dodge, también en susurros—. Dicen que, si te caes dentro, te transporta fuera de Marvilia, pero nadie lo sabe con seguridad. Algunas personas han entrado en él, pero ni una sola ha salido.

Alyss guardó silencio.

—A veces viene gente a esperar que regresen quienes se zambulleron allí. Lloran y dejan caer sus lágrimas en el agua. Por eso se llama así.

Alyss contempló la superficie. Aquello no era justo. ¿Cómo podía ser tan triste el mundo el día de su cumpleaños? Intentó imaginar qué haría ella si Dodge o uno de sus padres cayese en el estanque de las Lágrimas. ¿Cómo sería su vida sin ellos? Sin embargo, no lo consiguió. Le falló la imaginación.

—Deberíamos volver —dijo Dodge.

—Sí, sí —corearon los árboles y arbustos más próximos a ellos.

Alyss sabía que alguien vendría a buscarlos, quizás incluso Logan en persona. Ella, por ser quien era y lo que era, no podía escapar.

—A lo mejor si regresamos y nos comportamos como si no hubiera pasado nada —aventuró—, será realmente como si nada hubiera pasado.

Dodge le prestó su chaqueta de guardia, todo un gesto por su parte, teniendo en cuenta lo que significaba para él, y Alyss lo sabía. Ella se la puso sobre la cabeza a la manera de un chal para que no la reconocieran los marvilianos, y completó el disfraz con una máscara de oruga que creó al imaginarla.

Con el fin de evitar que Jacob los encontrara, permanecieron callados durante el camino de vuelta al palacio, un trayecto que les pareció considerablemente más corto que el de la huida. Mucho antes de lo que habían previsto, se encontraban caminando entre la hilera de fuentes espléndidas que conducían a la puerta principal. Al otro lado de la verja cerrada, Alyss divisó el iridiscente Cristal de Corazones y las nubes blancas de energía imaginativa que irradiaba.

—Miau. —Un gatito de pelaje dorado se frotó contra su pierna.

—¿De dónde sales tú? —Cogió al gatito en brazos. Llevaba una cinta a modo de collar, y, colgada de ella, una tarjeta con una felicitación sencilla: ¡FELIZ CUMPLEAÑOS, ALYSS!—. Me ha reconocido a pesar de mi disfraz.

—¿Quién te lo envía?

—No lo pone.

Dodge miró en derredor, buscando al autor de tan generoso regalo, pero ninguno de los numerosos marvilianos que disfrutaban la celebración fuera de las puertas del palacio les prestó la menor atención.

—Está sonriendo —señaló—. No sabía que los gatos sonriesen.

—Sonríe porque le gusta estar conmigo. —Alyss no quería dejar en el suelo a su nueva mascota.

Los guardias de la verja identificaron a Dodge Anders, pero le advirtieron que no podían permitir la entrada a su amiga sin la debida autorización. Alyss se quitó la máscara.

—Nuestras más humildes disculpas, Princesa —dijeron los guardias, abriendo las puertas rápidamente—. No esperábamos veros. Le rogamos que nos perdone.

—Os perdonaré con una condición —anunció Alyss—: Que no le comentéis a nadie que nos habéis visto a Dodge y a mí fuera de palacio. ¿Puedo confiar en vuestro silencio?

—Por supuesto, Princesa.

—No diremos una palabra.

Los guardias se inclinaron ante ella. Alyss y Dodge entraron en el palacio. Cuando las puertas de la verja se cerraron a sus espaldas, el gatito saltó de los brazos de la Princesa y se alejó por el vestíbulo dando brincos.

—¡No, gatito!

Pero el gatito corría y corría, como si supiese exactamente adonde iba y tuviese cosas que hacer, compromisos que cumplir. Y, de hecho, los tenía.

La reina Genevieve se escabulló a sus aposentos para descansar un poco y dejó que los invitados se ocupasen de sí mismos. Sin una palabra, Somber Logan la siguió y se apostó en el pasillo para montar guardia.

Las habitaciones de la Reina consistían en tres salones comunicados entre sí. Uno de ellos estaba repleto de sofás mullidos y almohadones enormes sobre los que Su Majestad solía tumbarse cómodamente; otro era un vestidor en donde se guardaban los numerosos y regios vestidos de la Reina; el tercero era un baño, en el que colgaban unas cortinas adornadas con borlas y hechas de una tela más voluptuosa que cualquier género que pudiese encontrarse fuera del reino.

Genevieve estudió su imagen en el espejo del baño. Los cumpleaños de su hija siempre la hacían sentirse vieja. No hacía tanto tiempo que ella misma había iniciado su aprendizaje para convertirse en reina. Vio que le habían salido en las comisuras de los ojos y de los labios unas arrugas que el año anterior no estaban ahí. Era una pena que la imaginación tuviese sus límites, que sólo pudiese modificar la realidad física hasta cierto punto y que ella no pudiese imaginar que volvía a ser joven.

¿Qué era ese olor? Un aroma familiar, picante pero dulzón. Vio un rastro de humo azul y lo siguió hasta la sala de estar, donde encontró a la oruga azul enroscada en torno a su narguile, fumando con aire soñador. En otras circunstancias, Genevieve se habría enfadado al descubrir que alguien (que además era una larva gigante) había profanado su santuario privado sin que ella la invitara. Sin embargo, la oruga no era una larva gigante cualquiera. Había ocho orugas en Marvilia, cada una de un color distinto. Eran los grandes oráculos de la región, y ya eran vetustas en los albores del reino. Servían al Corazón de Cristal, y no les importaba mucho quién ocupase el trono, siempre y cuando el cristal estuviese a salvo. Se decía que podían ver el futuro porque se negaban a juzgarlo, pero cada vez más miembros de las familias de naipes restaban importancia a las profecías de las orugas, alegando que la fe en ellas no era más que una superstición absurda, un vestigio de una época primitiva. Las orugas no intervenían activamente en el funcionamiento del gobierno ni en las disputas entre las familias de naipes, pero no tenían inconveniente en dejar que Genevieve vislumbrase fugazmente el futuro si el Corazón de Cristal corría peligro, a fin de que pudiese tomar medidas para protegerlo.

—Gracias por venir hoy, oruga —la saludó—. Es un honor recibir en mis aposentos a un ser tan sabio. Todos te estamos humildemente agradecidos, sobre todo Alyss.

—Ejem, hum, hum —carraspeó la oruga, exhalando una vaharada de humo.

Las volutas adoptaron la forma de una mariposa con las alas extendidas y acto seguido se transformaron en una confusa sucesión de escenas. Genevieve vio un gato

grande que se acicalaba. Vio lo que parecía un relámpago. Vio el rostro de Roja. Luego, el humo adquirió de nuevo la forma de una mariposa. Ésta plegó las alas, y Genevieve despertó en un sofá con un olor a tabaco rancio en la nariz. La oruga había desaparecido. Somber Logan y una morsa que llevaba un esmoquin que le venía dos tallas pequeño se encontraban de pie ante ella.

—Creo que se ha desmayado, señora —dijo la morsa mayordomo—. Le traeré un poco de agua. —Y salió de la habitación a toda prisa.

La Reina guardó silencio por unos instantes, y luego...

—La oruga azul ha estado aquí.

Somber Logan frunció el entrecejo y se llevó una mano al ala del sombrero, escudriñando la estancia con la mirada.

—No estoy muy segura de qué es lo que me enseñó —añadió Genevieve.

—Se lo notificaré al general Doppelgänger y al resto de los boneteros. Prepararemos una defensa contra lo que se avecina, sea lo que fuere.

A la reina Genevieve le habría gustado poder bajar por una vez la guardia que se veía obligada a mantener alta en todo momento para garantizar la seguridad de Marvilia. Las profecías de las orugas siempre eran muy vagas. A veces, sus visiones sólo reflejaban posibilidades, los deseos oscuros de quienes no pensaban ponerlos en práctica jamás. Con todo, no podía correr ese riesgo estando Roja de por medio.

—Procura no alarmar a los invitados —indicó.

—Por supuesto. —Logan se despidió con una reverencia y se marchó.

Genevieve se consideraba afortunada de tenerlo como guardaespaldas. Somber Logan era capaz de blandir una espada (o varias a la vez) con mayor rapidez y precisión que nadie. Era diestro y ágil para las acrobacias. Podía girar y dar volteretas en el aire sin que lo tocara una sola araña obús en medio de un ataque masivo de dichos animales. Sin embargo, a pesar de sus habilidades, no podría proteger a la Reina siempre. ¿Cómo iba a saber que las medidas que se disponía a tomar no servirían de nada, pues ya era demasiado tarde?

A la hora del té la fiesta se había trasladado al comedor Sur, y la mayoría de los invitados se había ido a casa. La morsa atendía la mesa alargada ante la que estaban sentadas la reina Genevieve y las familias de naipes.

—¿Un terrón de azúcar en su té, señora? ¿Una gota de miel en el suyo, señor? Genevieve sonreía cortésmente, sin prestar mucha atención a lo que sucedía alrededor. Debido a la advertencia de la oruga y a que hacía horas que esperaba al rey Nolan sin tener noticias de él, no podía concentrarse. Ah, pero ahí estaban Alyss y Dodge. Sólo el espíritu de Issa sabía en qué líos se habían metido.

—Vaya, vaya, pero si es la chica del cumpleaños —dijo—. ¿Puede saberse dónde has estado?

—En ningún sitio.

Intentando adoptar el aire más inocente posible, Alyss se sentó. Miró rápidamente a Dodge, como para indicarle que no dijera nada, y él, con la mayor serenidad posible, volvió a su puesto de guardia, en el extremo opuesto de la sala a aquél en que se encontraba su padre. El Valet de Diamantes, con migajas de tartitarta en las mejillas, el chaleco y la peluca, los fulminó con la mirada. Abrió la boca para anunciar el castigo de Dodge, pero en ese momento entró Jacob, embadurnado de lodo, con plumas aquí y allá.

—¡Jacob! —exclamó la reina Genevieve—. ¿Qué te ha pasado?

—No gran cosa, en realidad. Mi toga adquirió ciertas propiedades... cómo decirlo... aviarias, y me encontré flotando en el aire. Por fortuna, enseguida caí sobre un barrizal, del que logré salir, no sin necesidad de cierto ingenio.

La reina Genevieve permaneció muda por unos instantes, parpadeando.

—¡Alyss!

—No era mi intención —alegó Alyss—. Han empezado a pasar cosas, sin más...

El Valet de Diamantes saltó sobre su silla y apuntó con un dedo regordete a Dodge.

—¡Ha osado golpear mi augusta persona y secuestrar a la princesa Alyss, y la tierra que llevan en los zapatos demuestra que han salido del palacio! ¡Exijo que deporten al plebeyo a las minas de Cristal!

Todos los miembros de las familias de naipes rompieron a hablar a la vez; unos soltaban gruñidos de indignación, y otros risotadas de incredulidad.

—Por favor, cálmense —dijo la reina Genevieve—. Jacob, ¿es eso cierto?

—No exactamente —respondió Jacob—, pero me temo que es verdad que los niños salieron por un momento de los terrenos del palacio.

—¡Dodge Anders! —bramó el juez—. ¡Ven aquí ahora mismo!

—¡Sí, señor!

—¡A las minas de Cristal! —insistió el Valet, escupiendo migajas de tartitarta sobre el cabello de la Dama de Picas.

El Señor de Diamantes se levantó, como para hacer una declaración a la corte.

—Mi bondadosa y gentil Reina, espero que se me concedan más tierras y un incremento de los diezmos en compensación por tan desafortunado incidente. ¡El buen nombre de mi familia ha quedado manchado de forma ultrajante por el trato que ha recibido mi hijo a manos de este... este... mozo! —espetó, gesticulando en dirección a Dodge.

—Si alguien ha manchado repetidamente el buen nombre de su familia ha sido este chico —susurró la Dama de Tréboles al oído de su marido.

El Señor de Tréboles rió con un resoplido.

—¡Un momento, un momento! —gritó el Señor de Picas, levantándose de su silla—. ¡Si los Diamantes han de recibir más tierras y dinero, nosotros también!

A la reina Genevieve empezaba a dolerle la cabeza.

—No se concederán más tierras ni diezmos a nadie.

Las familias protestaron y se pusieron a discutir acaloradamente. El gatito de Alyss entró en la sala con paso ligero.

—¡Mi gato! —exclamó Alyss. El silencio se impuso en la estancia.

—¿Tu...? —alcanzó a decir la reina Genevieve justo antes de que un ruido sordo y profundo estremeciera el palacio. Las copas y los candelabros temblaban, y el gatito comenzó a experimentar una transformación terrible: sus patas se alargaron y ensancharon hasta que quedó de pie sobre dos piernas musculosas; sus patas delanteras ahora eran dos brazos poderosos y en las zarpas tenía las uñas largas y anchas como cuchillos de carnicero. Su cara seguía siendo la de un felino con la nariz chata y rosada, bigotes y colmillos de los que goteaba baba. No era un gatito adorable. Era el Gato, el principal sicario de Roja, en parte humano, en parte felino.

Antes de que el general Doppelgänger o el juez Anders tuviesen tiempo de reaccionar, antes incluso de que Somber Logan pudiese desenvainar y ponerse en acción, se oyeron gritos y detonaciones fuera del comedor. La maciza puerta doble saltó en pedazos, una pared se desmoronó y una horda de naipes soldado de Roja irrumpió por la abertura con las espadas en alto.

Erguida entre los escombros y astillas estaba una versión terrorífica de Genevieve, una mujer a quien Alyss nunca había visto antes.

—¡Que les corten la cabeza! —chilló la mujer—. ¡Que les corten su apestosa y aburrida cabeza!

Adiestrar a los soldados había requerido tiempo y esfuerzo. A Roja la indignaba el gran número de idiotas que aseguraban dominar la Imaginación Negra, sin ser conscientes de la cantidad de trabajo que hacía falta para llegar a practicarla de forma mínimamente aceptable. O bien carecían de la ambición, el acicate de la venganza y el odio ciego que habrían nutrido la Imaginación Negra en su interior. Sin embargo, estas personas no eran precisamente los súbditos más disciplinados del reino. Roja no sólo había sido desterrada de Marvilia hacía años y obligada a instalarse en una sórdida fortaleza que se alzaba en el monte Solitario, en medio del desierto Damero —donde hectáreas recubiertas de nieve se alternaban con hectáreas de brea y roca negra, en una disposición que desde el aire parecía un damero gigantesco—, no sólo eso, sino que había tenido que crear un ejército integrado por desertores, mercenarios y asesinos. Muchos de ellos habían sido Doses y Treses en la Baraja de Marvilia, naipes soldado utilizados principalmente como carne de cañón en primera línea contra los ataques de arañas obús y esferas generadoras. Por fortuna para ella, Roja también tenía a su disposición Cuatros, Cincos y Seises, así como a un grupo abigarrado de exmarvilianos que jamás habían pertenecido a la Baraja pero que no se habían sentido a gusto en la alegre y luminosa Marvilia.

¿Cuántas veces en los últimos pocos años había visitado los campos de adiestramiento con la esperanza de presenciar la gloria naciente de una máquina de guerra compuesta por soldados bien entrenados y sedientos de sangre?

¿Y cuántos chascos se había llevado al ver a un atajo de inadaptados realizar torpemente maniobras militares ineficientes?

En una ocasión se topó con un Seis, un teniente, que estaba gritándole a un Dos corto de entendederas, quien, a su vez, acunaba en sus brazos a una cobaya adorable y peluda.

—¿Te he ordenado que concibieses pensamientos negros y me sales con esto? —bramó el teniente—. ¿Es que una cobaya es perversa? ¿Consideras que una cobaya encarna todo aquello que es maligno?

—Tal vez... si es una cobaya maligna.

—¿A ti te parece maligna esta cobaya?

El teniente y el Dos fijaron la vista en la cobaya, que, acurrucada en el brazo del soldado, movía la nariz de un lado a otro, ajena a la conversación.

—¡Ésta no es una cobaya maligna! —rugió el teniente.

Aunque Roja necesitaba contar con el mayor número de soldados posible, ordenó al teniente que matase al Dos.

Gracias a su intenso afán de venganza y a la dura instrucción que habían recibido los soldados durante diez horas por cada ciclo lunar, su ejército por fin estaba

preparado. Eligió el séptimo cumpleaños de Alyss como fecha para el ataque. Marvilia rendiría homenaje a su futura reina. ¿Qué mejor momento para recuperar por la fuerza lo que le pertenecía? Los marvilianos tendrían una futura reina, en efecto, pero no sería la que ellos esperaban.

Envió a varios rastreadores —seres mortíferos con cuerpo de buitre y cabeza de mosca— en misión de reconocimiento aéreo. Ella misma los había criado y adiestrado. Sus tropas se distribuyeron por palos, afilaron sus armas, cargaron sus esferas y pistolas de cristal. Roja se presentó ante ellos en lo alto del escarpado promontorio del monte Solitario. Extendió los brazos como para abarcar todo lo maligno y lanzó la voz al viento.

—Hace años, mi propia familia me exigió que abandonase la comodidad de mi hogar. Me arrebataron el poder que me correspondía por derecho de nacimiento. Todos vosotros habéis tenido que abandonar vuestros hogares por un motivo u otro, y juntos hemos soportado muchas penalidades en esta tierra yerma. ¿En qué otro lugar habríamos podido sobrevivir? Pero todo eso ha terminado. Hoy regresaremos a nuestra patria y la reconstruiremos a nuestra imagen y semejanza... Es decir, a mi imagen y semejanza. Hoy haremos historia. Sin embargo... —bajó la mirada hacia la soldadesca concentrada ante ella, al pie de la montaña—, si hay escépticos entre vosotros, si alguien no está plenamente dispuesto a morir por mi causa, que dé un paso al frente. Se les dispensará de participar en la batalla de hoy hasta que se sientan preparados para luchar, y se les permitirá disfrutar de una taza de té.

A continuación, Roja hizo algo insólito: sonrió. Por desgracia, sus músculos faciales no estaban acostumbrados a semejante uso, de modo que a los soldados les pareció que su expresión se tornaba aún más feroz. Se guardaron mucho de dar un paso al frente.

—Entonces, ¡hacia la victoria! —gritó Roja.

Una cosa tenía que reconocer en favor de los rufianes de sus soldados: quizá no fueran los más imaginativos, ni muy experimentados en la práctica de la Imaginación Negra, pero todos y cada uno habían aprendido perfectamente a matar. Igual de diestros en el manejo de la espada, las dagas, las mazas con púas, las lanzas, las esferas y las pistolas de cristal, aniquilaron fácilmente a los guardias fronterizos de Marvilia que les salieron al paso, y Roja en persona se encargó de que el palacio no recibiese un solo mensaje de alerta, haciéndolos desaparecer con el poder de la imaginación. Les costó poco masacrar a los guardias del interior. Marcharon sobre Marvilópolis sin apenas sufrir bajas, levantando a su paso nubes de color rojo sangre y vendavales. En cuanto los marvilianos, que unos momentos antes estaban de celebración, los divisaron abandonaron sus juegos y corrieron a refugiarse en sus casas. Todos los mayores de doce años recordaban la devastación que había causado

la guerra civil entre Roja y Genevieve. Sabían por qué había aparecido Roja.

Los invasores llegaron a la vista del palacio. Sólo el Corazón de Cristal despedía una luz intensa en medio de la penumbra que Roja había traído consigo. Ella ordenó a sus soldados que rodeasen la plaza. Con el ojo de su imaginación, vio a su esbirro más imponente, que había adoptado la apariencia de un gatito, recorrer en silencio los pasillos en forma de corazón y pasar junto a puestos de vigilancia en los que los guardias decían «fíjate, qué gato tan mono» y «ven aquí, minino». Pero el minino tenía una misión, de modo que no se detenía. Cuando se encontró cerca de la sala de seguridad, recuperó el aspecto de asesino. El Gato echó abajo la puerta, que estaba cerrada con llave, para sorpresa de los cinco guardias que estaban tranquilamente sentados junto a los controles y los cristales de observación. Le bastaron unos pocos movimientos de sus musculosos brazos para derribarlos como muñecos de trapo y dejarlos tumbados en el suelo, sangrando. Arrancó la llave maestra que el guardia principal llevaba sujeta a la pretina y la introdujo en la consola de seguridad. Le dio la vuelta y procedió a pulsar un interruptor tras otro; por todo el palacio de Corazones, se descorrieron cerrojos, se abrieron puertas y verjas, lo que permitió que las tropas de Roja irrumpieran en el edificio. El Gato se transformó de nuevo en gatito y se dirigió dando saltitos hacia el comedor Sur, donde se hallaban los Corazones y sus invitados, ignorantes de lo que estaba sucediendo.

Roja entró en palacio por primera vez desde que era una muchacha. Había nacido y pasado buena parte de su infancia en ese palacio, su palacio, y todo el dolor y el resentimiento que había reprimido durante tantos años empezaron a bullir en su interior. Con cada paso que daba hacia su hermana, su ira aumentaba. Sí, ella había sido una «niña mala», ¿y qué? Había experimentado con cristales y estimulantes artificiales de la imaginación, ¿y qué? Nunca le habían importado un comino la justicia, el amor, el bienestar del pueblo, bla, bla, bla, ¿y qué? Ella tenía su propia forma de ser. ¿Por qué no habían sido capaces sus padres de respetar este hecho y dejarla en paz en vez de empeñarse en convertirla en la princesa que nunca sería?

¿Por qué no habían sido capaces de quererla tal como era?

El día que la excluyeron de la sucesión al trono le vino a la memoria con toda la amargura de la hiel que se le derramaba por dentro.

Ese día, la sapientísima reina Theodora anunció que no podía permitir que una hija suya tan indisciplinada tuviese acceso al poder real. ¡Genevieve heredaría el trono, en lugar de ella! La fuerza de la rabia hizo que las facciones de Roja comenzaran a cambiar, a torcerse y a afilarse. Siempre había sido proclive a los celos, la cólera y el odio más feroz, pero ahora albergaba rencor suficiente para alimentar estos sentimientos durante toda una vida, y los avivaría hasta que...

Dejándose llevar por la furia, entró en el vestidor de su madre.

—Ni siquiera tú podrías arrebatarme lo que me pertenece por derecho de

nacimiento —espetó, depositando una seta rosada y mortífera en la lengua de su madre. Al contacto con la saliva de la Reina, las raíces del hongo crecieron, descendieron por la garganta de la dormida soberana y le constriñeron el corazón. El sombrerete de la seta asomó a su boca, lo que significaba que el corazón había dejado de latir.

En cuanto a su padre, lo dejó con vida, pues nunca había sido más que un hombrecillo débil y bueno para nada. Tras el asesinato de su querida Theodora, Tyman perdió el juicio. Hablaba con su difunta esposa mientras vagaba por el palacio arrastrando los pies. Roja se habría convertido en reina, habría gobernado con todo el poder que poseía, de no haber sido por la osadía de su hermana. Casi resultaba risible: la buenaza de Genevieve, incapaz de matar una mosca, creía realmente que la corona le correspondía a ella. Roja armó a sus seguidores, y Genevieve organizó a los suyos. Se enfrentaron. Hubo muertos, casas destruidas. Roja sabía que su imaginación era más poderosa que la de Genevieve, pero sus fuerzas estaban en inferioridad numérica, y no contaba con el apoyo de un solo miembro de la Bonetería ni de nadie capaz de hacer frente a Somber Logan. Sin embargo, ahora el Gato estaba a su servicio, al igual que los rastreadores. Aun así, la rotunda derrota que le infligió su hermana pequeña y el destierro de Marvilia eran humillaciones imposibles de olvidar.

Roja hervía de indignación. Se dirigió a grandes zancadas hacia el comedor Sur, sin prestar atención a los proyectiles que estallaban a derecha e izquierda, mientras los guardias de palacio caían a manos de sus soldados. Una esfera generadora hizo explosión justo delante de Roja, pero, sin aflojar el paso, ella atravesó el humo y las llamas. En medio de las ruinas, se encontró por fin cara a cara con su hermana y prorrumpió en alaridos.

Los mataría a todos.

La onda expansiva derribó a Alyss de su silla. Cuando yacía en el suelo, tosiendo a causa de la polvareda que se levantó de los escombros, vio que un atajo de naipes soldado de Roja y varios exmarvilianos sanguinarios atacaban a un grupo de cortesanos y civiles inocentes.

—¡No!

De pronto, una mano le tapó la boca. Era de Dodge, que la arrastró debajo de la mesa consigo.

—No hagas ruido o irán a por ti también. Quédate aquí y no te muevas.

Alyss no tenía intención de moverse, y menos aún de salir de debajo de la mesa. Estaban sucediendo muchas cosas, ninguna de ellas buena. Sin embargo, Dodge estaba a su lado. Podía contar con él. «Mientras Dodge y yo estemos juntos...».

Instantes después de la explosión, el general Doppelgänger corrió hacia una cortina gruesa y tiró de la palanca oculta detrás y acoplada a un eje que sobresalía del suelo. Al momento, las baldosas negras que lo cubrían giraron y dejaron al descubierto un ejército de milicianos del Ajedrez blancos: caballeros, alfiles, torres, peones. Los milicianos entablaron combate con los naipes soldado. Los aceros entrechocaron, y varios cuerpos cayeron sin vida. El general Doppelgänger se dividió en las figuras gemelas de los generales Doppel y Gänger, que a su vez se partieron en dos, de manera que ahora había un par de generales Doppel y un par de generales Gänger luchando contra los soldados de Roja. En realidad, Alyss no había caído en la cuenta de que la mujer de aspecto ponzoñoso que había gritado «que les corten la cabeza» era su tía Roja. Aún no había atado cabos porque... ¿Dónde estaba su madre? Allí, haciendo retroceder a los soldados de Roja, de dos en dos, incluso de tres en tres. Hasta ese momento, Alyss no sabía que su madre supiese combatir. Se estremecía cada vez que Genevieve estaba a punto de recibir un golpe, y se fijaba en las armas que imaginaba para protegerse —espadas, sables, mazas— cada vez que le arrancaban una de las manos. En todo momento manejaba cuatro armas a la vez, dos de ellas con la imaginación, a fin de rechazar a los enemigos que atacaban por detrás.

Pero ¿por qué no se imaginaba simplemente que los naipes soldado morían? Alyss intentó hacerlo ella misma: cerró los ojos y visualizó a los soldados amontonados sin vida en el centro de la sala. Sin embargo, era imposible matar a alguien con voluntad de vivir valiéndose únicamente del poder de la imaginación. Cuando Alyss abrió los párpados, el caos aún reinaba en la estancia, y varios peones y torres y algún que otro caballero blanco sucumbían a manos del enemigo. Los alaridos de dolor y desesperación le herían los oídos.

Un cuerpo cayó violentamente sobre el tablero de la mesa. Dodge rodeó a Alyss con el brazo, como si eso bastara para protegerla del peligro.

—No te muevas, quieta —le susurró.

Ella se acurrucó contra él. No quería seguir contemplando la batalla, sólo hundir el rostro en el hombro de Dodge para que, cuando mirase de nuevo, aquella espantosa escena hubiese desaparecido y todo hubiese vuelto a ser como antes.

Somber Logan se quitó la chistera. La sujetó por el ala e hizo un movimiento de muñeca brusco y rápido; el sombrero se aplanó y se dividió en una serie de hojas cortantes en forma de S y unidas por su parte central. Lanzó el arma, que atravesó la sala girando y tajando enemigos antes de clavarse en la pared del fondo.

Un naípe soldado Cuatro extrajo el arma de la pared. Sin embargo, arrojar la chistera de Somber requería una técnica difícil de dominar, por lo que cada vez que el soldado intentaba ejecutar el movimiento rápido de muñeca que le había observado hacer a Somber, el arma caía al suelo con gran estrépito.

Somber se abrió paso hacia la chistera, luchando, dando vueltas en el aire, con la chaqueta de la Bonetería flameando como una capa. Sus brazaletes de acero se abrieron de golpe y se convirtieron en armas en forma de hélice que giraban por la parte exterior de sus muñecas. De su mochila brotaron cuchillas y tirabuzones de diversas longitudes y grosores, como si de una navaja suiza gigantesca se tratara.

A medida que Somber se acercaba, el naípe Cuatro se ponía más y más nervioso. La chistera cayó al suelo una última vez. Somber recogió el arma y la examinó para asegurarse de que no estuviera dañada.

—Hay que aprender a usarla —aseguró—. Mira, te enseñaré cómo se hace. —Éstas fueron las últimas palabras que oyó el soldado en su vida.

Roja se paseaba en medio de la confusión de la batalla sin sufrir el menor daño. Cada vez que un peón blanco cometía el error de atacarla, ella le daba un golpecito con el dedo que lo hacía salir despedido contra una pared o la punta de alguna lanza. No era poco el orgullo que sentía al ver lo bien que se desenvolvía el Gato en combate: asestaba zarpazos mortales a los milicianos, y producía tantas bajas entre ellos como Somber entre los naipes soldado. También le complacía la rapidez con que los cabezas de familia se habían doblegado ante ella. No bien había ordenado que despojasen a todos de sus respectivas cabezas, el Señor de Diamantes dio con gran valentía un paso al frente, se inclinó hacia delante y dijo: «Majestad, lamentamos habernos visto privados de vuestra presencia durante tanto tiempo, y celebramos jubilosos vuestro regreso». De inmediato, los de Picas y Tréboles le dedicaron a su vez profundas reverencias y expresiones de afecto a Roja. Así pues, ella les perdonó la vida. Por el momento. Además, había algo en el joven de Diamantes que la intrigaba. Allí, bajo el brazo protector de su padre, con su aspecto atildado, parecía más interesado que temeroso, como intentando aprender lo máximo posible de la violencia que presenciaba. ¿Quién sabe? Tal vez le sería útil en el futuro.

El juez Anders lanzaba cuchilladas a diestro y siniestro contra los soldados invasores. Consiguió salvar a varios milicianos que se habían visto rodeados por una cuadrilla de naipes Dos y, en cuanto vio que tenía el camino despejado hacia el Gato, arrancó a correr en dirección a la criatura, con la espada en alto para descargar un golpe mortal.

Dodge se percató de lo que estaba a punto de ocurrir.

—Fíjate en eso —le dijo a Alyss, orgulloso de la destreza y el arrojo de su padre.

Sin embargo, el Gato se desembarazó del jefe de la guardia palatina fácilmente. Con el dorso de la mano, derribó al juez Anders, cuya espada se deslizó por el suelo hasta quedar fuera de su alcance. El Gato levantó al hombre y le abrió la garganta con una garra.

—¡Nooo! —Antes de que Alyss pudiese detenerlo, Dodge salió disparado de debajo de la mesa, recogió la espada de su padre y arremetió contra el Gato—. ¡Yaaah!

El asesino, con una sonrisa burlona, lo tumbó de un golpe leve. Seis milicianos del ajedrez cargaron contra él para evitar que rematase al muchacho.

Sangrando por los cuatro cortes paralelos que le había hecho el Gato en la mejilla con la zarpa, Dodge se encorvó sobre su padre muerto, sollozando.

Alyss, sola bajo la mesa, rompió a llorar también. Las lágrimas le bañaban el rostro desde la irrupción de Roja y sus esbirros, pero tenía la impresión de que eran de otra persona, de que no formaban parte de ella, como si su cuerpo hubiese reaccionado ante el horror de aquella escena cuando su cerebro aún no lo había asimilado. Entonces dio rienda suelta a su congoja, estremeciéndose con la fuerza de sus sollozos. «El juez Anders ha muerto. Dodge me ha abandonado. ¿Por qué se marchó padre, para empezar? ¿Y dónde está mamá? ¿Dónde...?».

Un rostro apareció ante ella; tenía los ojos negros y hundidos, la piel ajada, de aspecto enfermo, y el cabello apelmazado.

—Hola, sobrina.

Alyss notó que algo la arrastraba para sacarla de debajo de la mesa y la sostenía en vilo. Era la cabellera negra y larga de Roja.

—¿Así que se suponía que tú ibas a ser reina? —resopló la mujer, no precisamente impresionada.

—¿Tía Roja?

—Nada más y nada menos.

—Suéltala, Roja. —Era la voz de Genevieve.

—¿Pretendes decirme lo que debo hacer? —inquirió Roja, con una expresión de absoluto desdén—. Echa un vistazo alrededor. La época en que podías dar órdenes ha llegado a su fin.

—Por favor, suéltala.

Roja perdió la paciencia.

—Sabes que no lo haré. Eres la causante de tu propia desgracia, «reina» Genevieve. No puedo permitirme el lujo de dejar con vida a uno solo de los Corazones, excepto a mí misma, claro está.

—Tómame prisionera a mí en su lugar.

—Hermana estúpida. A ti ya te tengo. Por cierto, por si aún esperabas a tu Rey consorte, lamento comunicarte que no volverá a casa. Jamás.

Del cetro de Roja salió una nube de humo rojo, y en medio de ésta comenzó a parpadear una serie de imágenes: la emboscada tendida al rey Nolan y sus hombres en las cercanías del palacio de Corazones, el Rey, traspasado por el cetro puntiagudo y nudoso de Roja.

—¡Padre! —chilló Alyss.

—Mi dulce Rey —gimió Genevieve, y acto seguido dieciocho conos, cada uno de ellos con una punta de metal afilada como una daga, salieron zumbando hacia Roja. Ésta alzó la mano con displicencia: los conos se detuvieron en el aire y, al momento, cayeron al suelo, amontonados. La pesada araña de luces que pendía encima de la cabeza de Roja se soltó y se precipitó sobre ella. Roja hizo un gesto como para espantar un mosquito frente a su cara, y la araña de luces se desintegró, reducida a polvo.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer, hermana? —rió Roja.

Varias lanzas con hoja de doble filo volaron girando en dirección a ella. Las desvió hacia los lados, una tras otra, aburrida de su propia fuerza, cansada de este hostigamiento por parte de Genevieve.

—Ya está bien de juegucitos —siseó. Acto seguido, se apretó la base del pulgar con la punta del índice y Alyss empezó a ahogarse; sentía que la garganta se le había hinchado hasta cerrarse. Si su madre había fracasado, ella tendría que dar con una solución por sí misma, imaginar algo que la sacara del aprieto. Sin embargo, no lograba concentrarse. Un queso redondo rodó hasta topar con el pie de Roja. Un par de zapatillas danzaba en el aire.

Roja soltó una risotada.

—¿Y con esa imaginación ibas a heredar el trono?

Alyss creyó que iba a estallar debido a la falta de aire. Buscó a tientas el diente de galimatazo que llevaba al cuello e hincó la aguzada punta en el antebrazo de Roja con todas sus fuerzas. El diente se quedó clavado.

—¡Ah!

Roja soltó a Alyss, que cayó al suelo. Antes de que alcanzara a aspirar una bocanada de aire, recorría un pasillo a toda prisa junto a su madre, casi sin tocar el suelo con los pies. Irrumpieron en los aposentos privados de la Reina, corrieron entre los sofás y los sillones, dejaron atrás el guardarropa en el que colgaban los ropajes reales y entraron en el tocador, donde...

El Gato les salió al paso y arremetió contra ellas. Ambas creyeron que había llegado su fin, pero algo pasó zumbando junto a la cabeza de la Princesa y se hundió en el pecho del Gato. El sicario se desplomó a sus pies. Somber se agachó sobre la bestia y extrajo su chistera de la herida mortal.

—Llévate a Alyss —ordenó la reina Genevieve, señalando el espejo—, lo más lejos posible.

—Pero, Majestad...

—Me reuniré con vosotros en cuanto pueda, si es que puedo. Debes mantener a la Princesa a salvo hasta que tenga edad para gobernar. Ella es la única esperanza de que Marvilia sobreviva. Prométemelo.

Somber inclinó la cabeza. Su deber primordial era proteger a la Reina. Mientras Genevieve viviese, él debía permanecer a su lado y combatir contra el enemigo. Aun así, comprendía que el futuro de Marvilia dependía de la supervivencia de Alyss. El reino era más importante que la vida de una Reina. Alzó la vista y la posó en Genevieve.

—Lo prometo —dijo.

Genevieve se arrodilló delante de su hija.

—Pase lo que pase, siempre estaré cerca de ti, cariño. Al otro lado del espejo. Nunca olvides quién eres, ¿entendido?

—Quiero quedarme contigo.

—Lo sé, Alyss. Te quiero.

—¡No! ¡Me quedo! —Alyss se abrazó a su madre.

Una pared se vino abajo, y allí estaba Roja, a la cabeza de una sección de naipes soldado.

—Oh, qué tierno. ¿Por qué no nos abrazamos todos juntos? —dijo, acercándose a ellos con un aire en absoluto cariñoso.

Somber cogió a Alyss en brazos y saltó al interior del espejo. Genevieve hizo añicos el cristal con su cetro y se volvió hacia Roja. Para su sorpresa, vio con el rabillo del ojo que el Gato, que yacía en el suelo con un agujero considerable en el pecho, abría los párpados. Su herida se cerró, y él se abalanzó sobre ella. Todo sucedió muy deprisa: Genevieve materializó un rayo blanco de energía con la imaginación y fulminó con él al Gato, que cayó muerto por segunda vez. Los naipes soldado dieron unos pasos al frente para atacar a la Reina, pero Roja les indicó que se detuvieran. Arrancó el rayo dentado del pecho del Gato y comenzó a hacerlo girar en la mano como un bastón, hasta que se puso al rojo vivo.

—Bueno, hermana, no sé qué decir. Mentiría si no reconociera que me hace una ilusión tremenda despedirme de ti.

Estampó el rayo violentamente contra el suelo. En la zona del impacto brotaron docenas de rosas negras, cuyos tallos espinosos comenzaron a enrollarse rápidamente

en torno a Genevieve, pinchándole la piel e inmovilizándola. Los pétalos se abrían y cerraban; bocas de dientes afilados, ávidas de carne real.

—Que te corten la cabeza —ordenó Roja, levantando el rayo de energía del suelo.

—¡No! —Genevieve forcejeaba por liberarse de los tallos de las rosas. Su pueblo quedaría a merced de Roja. Y Alyss... era sólo una niña.

Roja lanzó el rayo con fuerza. La cabeza de Genevieve cayó por un lado, el cuerpo por otro, y la corona rodó por el suelo como una moneda. Roja la recogió y se la ciñó sobre la frente.

—La Reina ha muerto. ¡Viva la Reina! O sea, yo.

La unidad de naipes soldado prorrumpió en vítores.

Roja le propinó un puntapié al Gato, que estaba tumbado con la lengua colgando, la viva imagen de la muerte.

—¡Arriba! Todavía te quedan siete vidas. Los ojos del Gato se abrieron de golpe.

—Encuentra a Alyss y máatala. —Hizo un pase con la mano, y el espejo volvió a estar entero. El Gato saltó a través de él, en pos del último miembro de la familia de Corazones que quedaba con vida, aparte de Roja.

El catoptransporte, también conocido como transporte por medio del cristal, era bastante común en Marvilia. Cada espejo era un portal que daba acceso al Continuo de Cristal, una red de caminos que permitía a cualquier marviliano entrar por un espejo y salir por otro. Había espejos enfocados que conducían a lugares específicos (como la esquina de vía Marvilia con la calle Tyman). Los espejos desenfocados permitían a los viajeros elegir su destino, siempre y cuando hubiera en el sitio adonde deseaban viajar otro espejo que los reflejase al exterior. Un pasaje de *In Regnum Speramus* dice: «Así como un cuerpo sumergido tiende a subir a la superficie, un cuerpo que penetra en un espejo desea ser reflejado hacia el exterior». Se necesitaba práctica para permanecer en el interior del Continuo y dominar los principios básicos de navegación. Un viajero inexperto podía entrar en un espejo de su propia casa, con la intención de visitar a un amigo que vivía en el otro extremo de la ciudad, y acabar reflejado al exterior por el espejo de su vecino.

—Eh... Usted perdone.

Entonces quizás el viajero entraría en el espejo de su vecino, sólo para salir por el del vecino de su vecino, y así sucesivamente, hasta llegar a casa del amigo que vivía en el otro extremo de la ciudad. Con algo de tiempo y experiencia, aprendería a realizar el desplazamiento en un número menor de pasos. Recorrer distancias largas en el Continuo resultaba complicado, prácticamente imposible excepto para los viajeros más experimentados. Por otro lado, los trayectos cortos no requerían una preparación extraordinaria.

No obstante, el espejo de los aposentos privados de la Reina no comunicaba con el resto del Continuo. Era un cristal enfocado, una salida de emergencia para la familia real y sus amigos más cercanos. Depositaba al usuario en lo más profundo de un bosque. El espejo de destino se encontraba bien oculto tras un arbusto de lo más discreto.

Una vez dentro del Continuo, Alyss volvió atrás la mirada y vio la imagen trémula de su madre, cada vez más pequeña entre las superficies relucientes y cristalinas junto a las que avanzaban Somber y ella. Genevieve estalló en mil fragmentos de forma irregular que salieron volando en todas direcciones —«¡mamá!»—, y luego la oscuridad lo invadió todo. Parecía que había llegado el final. Un vacío negro se expandía tras ellos, como cuando alguien destruía un espejo enfocado y el camino a un destino concreto se borraba por completo.

¿Adónde la llevaba Somber? ¿Adónde, adónde, adónde?

El vacío ganaba terreno, cada vez más cerca, y de repente... Alyss despertó, aún en brazos de Somber, con la mejilla golpeteando contra el hombro de él. El sueño de portal era un efecto secundario del catoptransporte entre los jóvenes y los inexpertos.

Alyss y Somber ya no estaban en el Continuo; corrían por un bosque sumido en tinieblas. Alyss no veía absolutamente nada de lo que tenía delante o detrás, y ni siquiera habría caído en la cuenta de que se hallaban en un bosque si no hubiese oído el susurro de los árboles que los rodeaban. Comenzó a llover con rayos y truenos. Arreció el viento. ¿Cómo podía ver Somber por dónde iba?

Desde lo alto les llegó lo que sonaba como alaridos de almas en pena.

—Rastreadores —dijo Somber, más para sí que para Alyss.

Sí, rastreadores, que alertaban a quien los perseguía sobre su posición. Y es que no cabía la menor duda de que alguien los perseguía. Somber lo oía aproximarse a ellos a toda velocidad a través del sotobosque, desgajando ramas y esparciendo el agua de los charcos en su atropellada carrera.

Después de lo que a Alyss le pareció una eternidad, el bosque Susurrante dio paso a un extenso claro, y al final llegaron al borde de un precipicio. Ella tardó un segundo en percatarse de dónde estaba: en la pared de roca que se alzaba sobre el estanque de las Lágrimas que ella y Dodge habían contemplado hacía sólo un rato. Cómo le habría gustado que Dodge estuviese a su lado ahora. El agua estaba oscura y turbia. De pronto, lo comprendió todo.

—Nadie regresa jamás —murmuró, mirando el estanque con tristeza.

—Pero tú regresarás —aseguró Somber—. Tienes que regresar.

En ese momento, el Gato irrumpió en el claro y se lanzó sobre ellos, con los brazos extendidos. Somber saltó. El Gato enganchó con una zarpa la manga del vestido de cumpleaños de la Princesa y se la arrancó, pero fue todo cuanto consiguió. Alyss de Corazones, agarrada con fuerza a Somber Logan, se precipitó hacia la superficie del estanque.

—¡Apunta los pies hacia abajo! —gritó Somber, manteniéndose lo más vertical posible. Sabía que si Alyss y él no minimizaban al máximo el impacto al caer al agua, el golpe sería tan violento como chocar contra una superficie de diamante, y los dos se matarían.

Alyss apenas tuvo tiempo de hacer lo que le indicaban antes de zambullirse hasta las profundidades del estanque. Se soltó sin querer del capitán de la Bonetería. Él extendió la mano hacia Alyss, pero ella, presa del pánico, comenzó a agitar brazos y piernas, hundiéndose cada vez más hasta quedar fuera de su alcance. Cuando abrió los ojos, no vio más que espuma y una masa de burbujas, de modo que los cerró de nuevo, negándose a afrontar lo desconocido. Justo cuando le parecía que no podía aguantar la respiración un segundo más y que perecería ahogada, se detuvo y comenzó a moverse en sentido contrario, arriba, hacia la superficie, con la misma fuerza y velocidad con que había descendido.

Salió disparada del agua, un charco sucio en medio de una calle por la que discurría un desfile. Desde las aceras, una multitud de personas de rostro anónimo y extraño, vestidas en varios tonos de colores apagados, la aplaudían.

«Toda esta gente que salta, da volteretas y hace malabarismos... ¿Y éstos son soldados?». La habían tomado por una integrante de la *troupe* de gitanos que ejecutaba piruetas y trucos de magia junto al regimiento que desfilaba por la calle.

—¡Bravo, bravo! —aclamaba el público.

Cinco bombines, un bastón con punta de marfil, un par de gafas con montura de concha, un periódico enrollado, una patata y dos platos de pastel de ternera y riñones se elevaron y comenzaron a describir círculos en el aire. El periódico enrollado golpeó a un niño que iba sentado sobre los hombros de su padre, y una mujer recibió un pastelazo en la cara. Alyss, aturdida, ni siquiera era consciente de que los objetos habían echado a volar impulsados por su imaginación. No le quitaba ojo al charco sucio, con la esperanza de que Somber apareciese. Entonces una carroza dorada descubierta, tirada por ocho caballos ricamente enjaezados, pasó sobre el charco, salpicando. Alyss atisbo en su interior a una mujer —¡una reina, sin duda una reina! — que saludaba a la muchedumbre.

—¿Mamá?

Era posible. Quizá Genevieve había llegado a ese mundo antes que ella. Si existía alguien capaz de ello... Por otra parte, tal vez a quien era reina en un mundo la reconocían como tal en otros, ¿no? Alyss se olvidó del charco sucio y arrancó a correr tras la carroza, y al instante los bombines, las gafas, el bastón, la patata y el pastel de riñones cayeron al suelo.

—Mamá. ¡Mamá, espera!

Se abrió camino en zigzag por entre los soldados que marchaban, en dirección al carruaje de la Reina. Los militares topaban con ella y la apartaban a codazos.

—Piérdete, mocosa.

—Largo de aquí, zarrapastrosa.

Ella apenas se fijaba; estaba alcanzando la carroza. Su madre la vería, ordenaría que la subieran al vehículo dorado y la depositaran en el mullido asiento de cuero, y le explicaría los horribles sucesos de la última media hora. Todo había sido únicamente una prueba, le diría Genevieve, la primera prueba que Alyss debía pasar como futura Reina.

Se hallaba a treinta metros del carruaje cuando éste llegó al final del recorrido del desfile y viró bruscamente para enfilarse en una calle lateral. Mientras se alejaba a toda prisa, una hilera de soldados cortó el acceso a la calle para evitar que la gente siguiera la carroza. Con toda la dignidad que fue capaz de reunir y envalentonada por su fe inquebrantable en su propia autoridad (al fin y al cabo, era una princesa), Alyss se acercó a los soldados que montaban guardia.

—¿Adónde va esa carroza?

No obtuvo respuesta. A lo mejor no la habían oído. Se disponía a repetir la pregunta cuando uno de los guardias se dignó bajar la vista hacia ella. A juzgar por su expresión (parecía que alguien le hubiera acercado un rábano apestoso a la nariz), el aspecto desastrado de Alyss no le había causado una impresión muy buena. Ella echó un vistazo a su vestido, desgarrado por el Gato y empapado por el estancamiento de las Lágrimas; no presentaba un porte precisamente regio.

—Al palacio de Buckingham, ¿o qué te pensabas? —espetó él.

Sin embargo, Alyss no estaba pensando, pues los acontecimientos se sucedían con demasiada rapidez para que ella pudiera asimilarlos. Para ella, el palacio de Buckingham no era ni más ni menos que el lugar adonde se había ido su madre.

—¿Y dónde está ese palacio? —preguntó.

—¿No sabes dónde está el palacio de Buckingham?

—Si no me lo dices, puedo hacerte la vida imposible.

La amenaza le hizo gracia al soldado.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué he de decirte dónde está el palacio? Lo más seguro es que quieras hacerle algo malo a la Reina.

—Soy la princesa Alyss de Corazones. La Reina es mi madre y...

—¿Tu ma...? Vaya, vaya. —El soldado se volvió hacia el individuo que tenía al lado y que había seguido toda la conversación—. Eh, George. Esta chica dice que su madre es la Reina.

—¡No me digas! —exclamó George, y se dirigió a otro soldado que se encontraba junto a él—. ¿Lo has oído, Timothy? La madre de esta niñita es la Reina. Supongo que es nuestro deber protegerla con la vida.

—Llor a Su Alteza Real —dijo Timothy, con una reverencia. Los otros soldados prorrumpieron en carcajadas.

Alyss sabía que no hay nada más peligroso que la imaginación puesta al servicio de la ira, pero aquellos soldados le habían demostrado muy poco respeto. Quizá se debió a las propiedades deformadoras de su rabia, o a la mugre de aquella ciudad extraña, pero cuando imaginó que los labios de los soldados quedaban cosidos, lo que ocurrió en cambio fue que se les deshicieron las costuras de las chaquetas y los pantalones.

Los guardias, que creyeron que los uniformes se les habían descosido a causa de la risa, se rieron con más ganas.

La furia de Alyss se disipó, y ella se quedó triste y confundida. ¿Cabía la posibilidad de que no fuera su madre quién iba en la carroza? ¿No había visto a su madre estallar en mil pedazos y dejar paso a la más absoluta negrura? Además, ¿por qué le había fallado la imaginación?

Sin darse cuenta, se había alejado de los soldados.

—¿Somber? —llamó.

Pero sólo la rodeaban desconocidos; unos conversaban en pequeños grupos, otros caminaban a toda prisa para llegar quién sabe adonde. La calle estaba cubierta de mugre y hollín, y el aire apestaba a excrementos de caballo.

—¡Somber!

Tenía que encontrar el charco por el que había salido a ese mundo. De ese modo se reencontraría con Somber, tal vez incluso regresaría a Marvilia. Volvió sobre sus pasos, pero la calzada estaba salpicada de charcos. ¿Y si había ido demasiado lejos y lo había pasado de largo? Nada de aquello le resultaba familiar. ¿Y si había recorrido una distancia mayor de la que pensaba al perseguir el carruaje? ¿Y si no daba jamás con el charco? ¿Qué sucedería cuando el sol asomara por entre las nubes?

Si se paraba a pensar en la situación que estaba atravesando... No, más valía que no. Su padre había sido asesinado. Su madre, con toda probabilidad, había muerto. Al juez Anders lo habían degollado. Y Dodge, su mejor amigo... «Pero no pienses en ello. Ni se te ocurra». Se había quedado atrapada en ese lugar extraño. Sola. «No pienses...».

Debía armarse de valor. Era una princesa, la futura Reina de Marvilia. No sería muy decoroso que se pusiese a llorar como un bebé.

Tomó impulso, corrió hacia el charco más cercano, pegó un salto y cayó justo en medio, mojándose y salpicando a una pareja de mediana edad que pasaba por ahí.

—¡Qué bruta, cielo santo! —protestó la señora.

El hombre hizo ademán de perseguir a Alyss, pero ésta ya había salido pitando del charco y se dirigía hacia otro. Se plantó en él de un brinco y salpicó de lleno a un joven atildado recién salido del taller de su sastre.

—¡Puaj! ¡Este fular por sí solo vale más que tú, bestezuela inmunda!

Alyss se lanzaba de charco en charco. Cerraba los ojos con fuerza al elevarse en el aire y concentraba toda su energía en imaginar que se encontraba de vuelta en Marvilia; al bajar abría los ojos, el agua saltaba en todas direcciones, y ella descubría que continuaba en aquel mundo desconocido. Las responsabilidades que traía consigo ser Princesa... Tal vez nunca la habían seducido del todo, pero sin duda eran preferibles a esto.

«Nunca encontraré la manera de volver a casa. ¡Nunca, nunca JAMÁS!». Desesperanzada, comenzó a dar saltos sobre el mismo charco, gritando «¡no, no, no!» hasta que resultó imposible distinguir sus lágrimas de las salpicaduras del agua de la calle.

—¿Te estás bañando o qué? —inquirió un niño que la observaba desde una distancia prudencial para no mojarse.

Ella dejó de saltar y se sorbió los mocos. El chico llevaba pantalones grises con parches en las rodillas y los muslos, una levita que le venía demasiado grande y cuyo faldón le llegaba prácticamente a los talones, y unas botas de piel agrietada, sin cordones.

—Soy la princesa Alyss de Corazones, de Marvilia —dijo con aire desafiante.

—Sí, y yo soy el príncipe Quigly Gaffer, de Chelsea. Vaya un vestido más raro que llevas.

Ella bajó la vista hacia su vestido de cumpleaños empapado y sucio, recargado de volantes, ceñido en la cintura, con un vuelo circular engorrosamente amplio de las rodillas para abajo, y un cuello alto, blando y fruncido. Estaba decorado con aplicaciones en forma de corazón, de unos colores que sólo se encontraban en Marvilia. Incluso allí el vestido resultaba de lo más llamativo, pues procedía del guardarropa de la Princesa, quien sólo lo lucía un día al año, después de que los sastres reales lo ajustasen a las medidas de su cuerpo en crecimiento.

—Es todo lo que tengo —repuso, y al oír sus propias palabras se deshizo en llanto de nuevo.

Quigly la contempló por un momento. Incluso con las manchas de tierra y suciedad y las lágrimas que derramaban sus ojos, había algo en la chica que lo intrigaba. Parecía más brillante que todo lo que la rodeaba. Era como si la iluminase desde dentro una lámpara cuya luz dejaba traslucir de forma muy tenue los poros de su piel.

—Más vale que vengas conmigo si quieres ponerte ropa seca, Majestad —dijo Quigly, y echó a andar.

Alyss estaba indecisa. A media manzana de distancia, Quigly se volvió hacia ella.

—¡Venga! —gritó, animándola por señas a que lo siguiera.

Ella echó una última ojeada en torno a sí, buscando a Somber, y abandonó el

charco en que estaba. No podía permitirse el lujo de quedarse sin un amigo.

Ni siquiera el adiestramiento más duro en la Bonetería habría preparado a Somber para la experiencia de verse arrastrado por las aguas del estanque de las Lágrimas. Tras salir de un charco con un salto mortal y caer de pie con la agilidad de... bueno, de un gato, se dejó llevar por su instinto de autoprotección. De su mochila brotó su arsenal habitual de armas. Sus brazaletes de acero se abrieron de golpe y comenzaron a girar como hélices. Somber se llevó la mano a la cabeza para coger su chistera, pero no la encontró, lo cual era una mala noticia. Una muy mala noticia. La chistera era su arma principal, la que se había esforzado más por dominar. Y seguramente iba a necesitarla, a juzgar por las expresiones de sorpresa y de alarma que veía en los rostros que lo rodeaban. Había emergido del portal de salida en París, Francia, en 1859, y se encontraba en medio de una gran avenida conocida como los Campos Elíseos. Varios parisinos derramaron sus cafés ante aquella visión. La súbita aparición de Somber perturbó el tráfico, y los carros viraban bruscamente a derecha e izquierda. Uno de ellos volcó un puesto de fruta, otro aplastó unas cestas de *baguettes* y hogazas. Los caballos relinchaban y se encabritaban, nerviosos.

¿Quién era aquel hombre ataviado de un modo tan extraño y de cuya mochila sobresalían cuchillos y tirabuzones? ¿Qué eran esas hojas giratorias que llevaba en las muñecas?

Somber no apartaba la vista del charco, pues esperaba que el Gato o los soldados de Roja surgieran de él en cualquier momento.

—¿Alyss?

Pero no la veía por ninguna parte. Eso era peor que haber perdido la chistera. Había estado sumergido en el estanque de las Lágrimas sólo por unos instantes, con una sola misión, una misión sencilla —cuidar de la futura Reina de Marvilia—, y había dejado que la corriente se la llevara. Seguramente el agua la había arrastrado a un portal que se abría a otro sitio.

Unos hombres uniformados con unas gorras pequeñas y rígidas, que parecían confundidos y bastante asustados, se dirigían hacia él. Somber cerró rápidamente las cuchillas de sus muñecas y arrancó a correr, no porque temiese a esos hombres, sino porque temía lo que podía llegar a hacerles. Incluso en este mundo extraño para él, se regiría por el código de la Bonetería, que sólo permitía el uso de técnicas de combate contra personas que fuesen enemigos probados, y aun en esos casos, sólo en la medida justa. Por otro lado, le convenía pasar lo más inadvertido posible y perderse de vista para encontrar a la princesa Alyss.

Con los faldones de su chaqueta de la Bonetería ondeando tras él, cruzó los Campos Elíseos y enfiló una calle residencial. Era más rápido y ágil que los franceses, y le habría resultado fácil dejarlos atrás si hubiera sabido orientarse por

París. En un par de ocasiones creyó que había logrado burlarlos, sólo para descubrir que habían atajado por un callejón y ahora se encontraban delante de él.

Debía librarse de ellos definitivamente. Aminoró el paso y dejó que se acercaran. Cuando se encontraban a unos diez pasos de él, abrió con un chasquido las cuchillas de sus muñecas, hizo amago de atacarlos y ellos se dispersaron a toda velocidad para refugiarse en cafés, *brasseries*, *pâtisseries*, *boulangeries*, allí donde podían. Somber cerró sus brazaletes y continuó corriendo. Esta vez, nadie lo siguió.

Se escondió debajo de un puente, a la orilla del Sena y aguardó a que anocheciera, pues sabía que entonces le costaría menos moverse por la ciudad sin llamar demasiado la atención. Tenía la intención de peinar las calles, de echar un vistazo a cada pasadizo y cada callejuela en busca de la Princesa antes de trasladarse a otro pueblo u otra ciudad. Conseguiría mapas, rastrearía el mundo entero en caso necesario, se familiarizaría con las vías interurbanas, cruzaría las fronteras como un fantasma. La promesa que le había hecho a Genevieve, la Reina que había dejado atrás, así lo exigía.

Protegido por el manto de la oscuridad, Somber comenzó su recorrido de las calles en un extremo de la ciudad y avanzó poco a poco hacia el extremo opuesto. Ahora que se le presentaba la oportunidad de fijarse en ello, Somber advirtió que a algunas personas las rodeaba una especie de aura. Supuso que estaban dotadas de la luminiscencia de la imaginación, de modo que siguió a un hombre que despedía este brillo por la *rué* de Rivoli hasta una tienda modesta que tenía un letrero de madera en forma de sombrero de copa encima de la puerta. Quizá fuera la jefatura de los hombres y mujeres de la Bonetería local. Tal vez encontraría ayuda y compañerismo allí. Siguió al hombre al interior del local. Dentro había sombreros de todas clases: bombines, sombreros hongos, boinas escocesas, feces, gorras; todo un despliegue de tocados que impresionó incluso a Somber. Cogió una de las chisteras y le aplicó un movimiento de muñeca, pero el sombrero conservó su forma inocua.

Un caballero diminuto con un bigote ralo se le acercó.

—*Bonjour, monsieur. Est-ce que je peux vous aider?*

—Vengo de Marvilia —explicó Somber—. Soy el capitán de la Bonetería de allí. —Hizo una pausa, esperando que el dependiente captara la significación, la importancia de sus palabras.

—*Cela est un bon chapeau* —dijo el hombrecillo, señalando la chistera. Somber dejó el artículo donde estaba.

—Busco a la princesa Alyss de Corazones, de Marvilia. Ha emergido en alguna parte de este mundo, al igual que yo, a través de un portal, y...

Sin embargo, la mirada del dependiente no mostró la menor señal de reconocimiento al oír el nombre de Alyss, ni de entender lo que Somber le decía. Cuando el hombre empezó a ponderarle las cualidades de una gorra en particular,

Somber se marchó de la tienda. Ya probaría suerte en otras, pensó. Confiaba en los vendedores de sombreros más que en nadie.

Unas puertas más allá, tres hombres salían de un café, algo achispados. Se detuvieron en seco, con expresión de soñolienta sorpresa, al fijarse en Somber y en su extraño atuendo.

—*Je n'aime pas les étrangers* —dijo uno de ellos.

A Somber no le hacía falta entender francés para captar la hostilidad en su voz. El hombre amagó un puñetazo a Somber, y sus acompañantes se rieron. Somber no parpadeó.

—No quiero pelear contigo —dijo.

—*Non?*

—No.

El hombre le propinó un empujón. Somber permaneció firme donde estaba, conteniéndose de manera ejemplar.

—*Qu'est-ce qu'il y a dans le sac?* —inquirió el hombre, señalando la mochila de Somber—. *Donnez-moi le sac.* —Dio un paso hacia él, extendiendo el brazo hacia la mochila.

Sólo un enemigo intentaría apoderarse de las armas de Somber. El bonetero activó las cuchillas de sus muñecas y ejecutó un salto mortal hacia atrás para disponer de más espacio. Llevó las manos a su mochila y lanzó un puñado de dagas. Se oyeron tres golpes sordos y uno de los hombres quedó clavado a una carreta de madera por las mangas de la camisa. Somber esperaba que esta demostración de destreza marcial les diera a entender que podía matarlos a los tres si así lo deseaba.

Varios hombres más salieron de los cafés cercanos, alertados por el ruido. Rodearon a Somber; eran quince. Uno de ellos le apuntó a la cabeza con una pistola.

Somber identificó vagamente aquel objeto como algo que había inventado un marviliano cuando él era niño. Para refrescarse la memoria respecto a su utilidad, clavó la mirada en el hombre y dijo:

—¡Bu!

Presa del pánico, el hombre abrió fuego.

Una bala redonda de acero salió disparada hacia Somber, quien, veloz como la lengua de un galimatazo, se agachó para esquivarla. Acto seguido, pulsó un botón en su hebilla, y una serie de hojas curvas de sable se desplegaron a lo largo de su cinturón. Sin embargo, antes de que éstas se pusieran en movimiento, el grupo se dispersó. Cada hombre corría para alejarse lo máximo posible de Somber, lo que no impidió que más tarde asegurasen que habían visto a aquella figura amenazadora masacrar a más de veinte civiles con su sofisticado armamento, y que ellos se habían salvado de milagro.

Los sables del cinturón de Somber se retrajeron. Cerró las cuchillas de sus

muñecas con un chasquido y se permitió una breve sonrisa, aliviado por no haber tenido que matar a nadie. No reparó en la alfombra grande y primorosamente decorada que se le venía encima, sujeta por seis de los más valientes comerciantes de tapices de la ciudad. La alfombra lo derribó, y los hombres lo enrollaron en ella apretadamente. Las armas de su mochila traspasaron el grueso rollo, pero Somber tenía los brazos inmovilizados contra los costados; no llegaba con las manos a su hebilla ni podía sacudir las muñecas para activar sus brazaletes mortíferos.

Los tapiceros se echaron al hombro la alfombra en la que estaba aprisionado Somber y lo llevaron al Palais de Justice. A pesar de todo, mientras él respiraba a través de las fibras de la alfombra, lo que le preocupaba no era su seguridad, sino la de Alyss de Corazones, una princesa perdida en un mundo hostil.

El Gato, de pie en el borde del precipicio, contemplaba las ondas y la espuma que se habían formado abajo, en el agua, cuando Alyss y Somber se zambulleron en el estanque. En el cielo, los relámpagos destellaban, retumbaban los truenos y la lluvia caía a espuestas. Si había algo que no le gustaba al Gato, era el agua. Daba igual que se tratara de lluvias, duchas, o baños; detestaba mojarse. Dio media vuelta y se internó de nuevo en el bosque con el jirón del vestido de Alyss en el puño.

—Los has dejado escapar —dijo una voz. El Gato se detuvo en seco, tenso.

—Han huido —añadió otra voz.

Giró en redondo, pero no vio a nadie. El bosque estaba hablándole, los árboles, las plantas, las flores.

—¿Qué pasa? —preguntó un lilo cercano—. ¿Te da miedo remojarte un poco?

El bosque estalló en carcajadas al oír esto, pero al Gato no le hacía mucha gracia que le tomaran el pelo. Se agachó, arrancó el lilo de raíz y lo arrojó al suelo. El silencio se apoderó del bosque. El Gato se acercó a un árbol.

—¿Me hablabas a mí? El árbol no contestó.

El Gato miró a su izquierda, luego a su derecha.

—No veo a nadie más por aquí, así que debías de estar hablándome a mí.

El árbol continuó callado. No le sirvió de nada. El Gato le pasó las garras por el tronco, descortezándolo.

—¡Aaaaaaaaah! —gritó el árbol.

El Gato entró de nuevo en el Continuo de Cristal a través del espejo del bosque (su guardián, el arbusto mudo, estaba más mudo que nunca) y reapareció en la sala de estar de Genevieve. Se abrió paso pesadamente a través de los restos de la destrucción hasta un pasillo en forma de corazón que conducía al comedor Sur, pasando por encima de los cadáveres de naipes soldado y miembros de la guardia como si jamás hubieran sido personas vivas que reían, lloraban o se alegraban, como si no tuviesen seres queridos que los esperaban en casa.

A pesar de la explosión que había sacudido el palacio y de los cuerpos que yacían en las diversas posturas en que los había sorprendido la muerte sobre las mesas y en el suelo, en el comedor Sur reinaba un ambiente festivo. Los soldados de Roja se servían marvizcochos, lirones fritos y todas las exquisiteces que encontraban, y se las metían en la boca con modales poco elegantes. Como no les interesaba demasiado el té, habían tomado por asalto la bodega, y ahora se hinchaban la barriga tomando una copa tras otra del mejor vino de la Reina.

—¡A la salud de la reina Roja!

—¡A la muerte de la reina Genevieve!

Estos brindis significaban exactamente lo mismo para Roja, que estaba

repantigada en un sillón, luciendo la corona ensangrentada.

—¿Y bien? —dijo al ver al Gato—. ¿Dónde están sus cabezas?

Nadie reconocía un fracaso ante Roja sin sufrir un castigo doloroso o algo peor. El Gato le mostró el trozo de tela arrancado del vestido de Alyss.

—Esto es todo lo que queda de ellos. Lo lamento, Majestad. No he podido controlarme.

—No es prudente controlarse en situaciones como ésa —repuso Roja—. Bien hecho.

Sin embargo, las mentes maquinadoras y deshonestas como la de Roja siempre malician las maquinaciones y la deshonestidad ajenas. Intentó ver a Alyss con el ojo de su imaginación, para descubrir la verdad por sí misma: nada. La imaginación no podía penetrar en el estanque de las Lágrimas, por suerte para el Gato.

—¿Está muerta? —preguntó una voz desde detrás de una cortina—. ¿Alyss ha muerto?

Roja hizo un pase con la mano y la cortina se descorrió, dejando al descubierto a Jacob Noncelo.

—Pero si es mi sabio y docto preceptor —dijo ella.

Jacob Noncelo era un hombre leal, y fue por lealtad a Genevieve, a Alyss y a la Imaginación Blanca que decidió, en ese momento, velar por su propia supervivencia apaciguando a Roja. Aunque era un intelectual, se juró a sí mismo que un día derrocaría a esa maestra de la Imaginación Negra y devolvería a Marvilia la gloria y la paz. Inclino la cabeza.

—A vuestras órdenes, Su... Malignidad Imperial.

Roja torció la boca con desdén.

—¿«Su Malignidad Imperial»? ¡Ja! Sí, es perfecto. A partir de hoy todo el mundo se dirigirá a mí como «Su Malignidad Imperial» o morirá. ¡Eh, tú!

—Sí, mi Rei... —empezó a contestar un naipes Dos, pero una de las garras del Gato le traspasó inmediatamente el pulmón.

—¡Eh, tú! —llamó Roja a un Tres.

—Esto... ¿sí, Su... Su Malignidad Imperial?

—Quiero una lista de los posibles simpatizantes de la reina anterior que no estén muertos en esta sala. Me he percatado de que el general Doppelgänger no se encuentra entre los cadáveres que hay desperdigados por aquí. Poned su nombre en el primer lugar de la lista. En cuanto a los demás, preguntádselo a ellos. —Volvió la vista hacia las familias de naipes nobles, que estaban apiñadas, intentando ocupar el menor espacio posible—. Estoy segura de que cooperarán.

—Desde luego —declaró el Señor de Diamantes, sin quitar la mano del hombro del Valet de Diamantes.

—Por supuesto —añadió la Dama de Picas.

—Claro, sin lugar a dudas —apostillaron la Dama de Tréboles y su marido.

Roja no era una idiota. Sabía que el miedo y la intimidación no bastarían para gobernar el reino. Las familias nobles se codeaban con gobernantes de principados y comerciantes influyentes, así como con miembros destacados de lo que quedaba del ejército. Estos contactos podían explotarse en provecho y exaltación de Roja.

—Se introducirán algunos cambios en el reino que quizá resulten beneficiosos para todos —anunció su Malignidad Imperial—. Y uno de ellos, de no poca importancia, es el siguiente: puesto que no tengo herederos del linaje de Corazones ni deseo tenerlos, elegiré a mi sucesor entre los miembros de las familias nobles. No puedo garantizarle nada a quien mejor me sirva de vosotros, pero tendréis más posibilidades de heredar la corona que los demás. —Se aventuró a sonreír, un gesto que al menos a la Dama de Picas le pareció más horripilante que la visión de los numerosos cuerpos sin vida que la rodeaban, y que, a decir verdad, Roja consiguió esbozar no sin cierto dolor físico—. No os importa que abuse de vuestra ambición de este modo, ¿verdad?

—Claro que no —respondió el Señor de Diamantes.

—En absoluto —agregó la Dama de Picas.

—De ninguna de las maneras —apostillaron la Dama de Tréboles y su marido.

Las familias nobles se esforzaron por recordar quién había escapado, y mencionaron a varios peones, una torre, un caballero y varios naipes soldado.

—¡Dodge Anders ha huido! —aseveró el Valet de Diamantes, hablando en voz más alta que los demás.

—¿Y quién es ese tal Dodge Anders? —inquirió Roja.

—Está enamorado de la princesa Alyss, pero no quiere reconocerlo. Es el hijo de un miembro de la guardia. Su padre es ése de ahí. —El Valet señaló al juez Anders, que yacía muerto en el suelo.

Roja se acercó al muchacho. Los soldados interrumpieron sus ruidosas celebraciones. El Gato se quedó inmóvil. Nadie sabía qué iba a hacer Roja.

—Eres un chico muy servicial, ¿verdad? —dijo, pellizcándole los carrillos como una abuela cariñosa.

El Valet no podía responder, con la cara sujeta entre las manos de Roja.

—Añadid el nombre de Dodge Anders a la lista —ordenó, y soltó al muchacho, dejándole las mejillas amoratadas. Se quitó la corona de la cabeza y se la arrojó a Jacob—. Organiza mi coronación al pie del Corazón de Cristal. De inmediato. Todos los miembros de las familias de rango deben asistir, a menos, por supuesto, que prefieran la comodidad del sueño eterno.

Rodeada por Jacob Noncelo, el Gato, las familias de naipes y los soldados de su ejército que no estaban demasiado borrachos para tenerse en pie, además de algunos

que sí lo estaban, se encontraba Roja, de pie en el patio del palacio, ante el Corazón de Cristal. Alzó la voz al cielo tormentoso:

—Estoy dispuesta a perdonar a quienes medraron durante mi exilio y no hicieron gran cosa por propiciar mi regreso, con una excepción: cualquiera que cobije o ayude a un simpatizante de la reina anterior o de la Imaginación Blanca será perseguido, encarcelado, sometido a torturas indecibles y ejecutado. Ahora, ceñidme la corona.

Jacob Noncelo dio un paso al frente para cumplir la orden, pero, pese a su rapidez, no resultó lo bastante rápido para ella. Le bastó con curvar un dedo para que la corona saltara de las manos del preceptor y se posara sobre la cabeza de Roja.

—Reclamo mi reino —declaró, tocando con ambas manos el Corazón de Cristal. Una descarga de energía la sacudió. El cristal blanco se tornó rojo; un rojo tan intenso y penetrante que Jacob y los demás tuvieron que apartar la mirada o cerrar los ojos para evitar que se les quemaran las pupilas.

Roja había reivindicado el poder del Corazón de Cristal como propio.

Los generales Doppel y Gänger, al igual que aquellos pocos que habían sobrevivido al ataque de Roja, evitaron el Continuo de Cristal ante la posibilidad de que la fuerza invasora se hubiese hecho con el control de los caminos de cristal. Llegaron a pie al bosque Eterno y decidieron resguardarse en un claro pequeño cercado por árboles que les avisarían de la proximidad del enemigo. Los que estaban ilesos cargaban con los heridos, pero todos sufrían por la derrota y por la pérdida de los seres queridos que habían quedado atrás.

—Debemos organizarnos rápidamente —instó el general Doppel a los demás.

—Antes de que Roja se arrellane en el trono —convino el general Gänger. El caballero blanco asintió con la cabeza.

—Si queremos reunir un ejército tenemos que hacerlo cuanto antes —prosiguió el general Doppel—, por muy inoportuno que sea este momento para el reclutamiento.

Los tres volvieron la vista hacia los naipes soldados aturdidos por la batalla que llegaban arrastrándose a aquel refugio en medio del bosque.

—Mis alfiles y yo estamos dispuestos a arriesgarlo todo por el reino —afirmó el caballero—. Encontraremos marvilianos que quieran luchar a nuestro lado contra Roja, de eso puedes estar seguro. —El caballero congregó a sus alfiles y a los peones de éstos—. Dispersaos por la ciudad capital —ordenó—. Encontrad a gente dispuesta a defender la Imaginación Blanca e indicadles dónde hemos acampado. Deben llegar hasta nosotros por su cuenta, extremando precauciones. Pero aseguraos de que sus deseos de unirse a nuestra causa sean sinceros, o nos delatarán y estaremos perdidos.

Entre los soldados que se agrupaban en el bosque había alguien que en realidad no era un soldado, sino un muchacho abatido, derrumbado contra un árbol, que sollozaba sin importarle si la mismísima Roja lo oía. A los generales les habría resultado más fácil dominar a un galimatrazo rabioso que a un niño desconsolado.

—No deberíais haberme traído —gimió Dodge—. Yo no debería haberlos abandonado.

—No podías hacer nada, hijo —dijo el general Doppel.

—Te habrían matado —señaló el general Gänger.

—¡Por lo menos habría muerto junto a mi padre! ¡Podría haber protegido a Alyss!

—Si Somber no ha sido capaz...

—... entonces mucho me temo que nadie habría podido proporcionarle una protección suficiente.

Dodge se secó la nariz.

—Lo sentimos, de verdad —dijeron los generales Doppel y Gänger al unísono.

—He perdido a mi padre y... ¡a Alyss!

Los generales agacharon la cabeza e hicieron una pausa antes de hablar.

—Todos hemos perdido a la princesa Alyss...

—... y compartimos tu aflicción por ello.

Dodge lo dudaba. Era imposible que supieran lo que sentía; el dolor, la soledad repentina y desgarradora. Quizás habían perdido a su Princesa, pero para él Alyss era mucho más que eso. ¿Acaso nunca volvería a ver a la alegre y fragante Alyss de Corazones? ¿Nunca volvería a confiarle sus sueños de gloria militar? ¿Qué sentido tenían los sueños ahora? Y luego estaba su padre... Apenas podía asimilarlo todo: no volvería a ver a su padre. Allí donde antes estaban sus dos seres más queridos no había ahora más que un vacío, la nada.

—Lo sentimos —repitieron los generales. Sin embargo, tenían que confortar a lo que quedaba de su ejército; se apartaron de su lado y echaron a andar entre sus soldados, para ofrecer palabras de consuelo a los heridos y elogiar la valentía de todos.

Dodge no recordaba haber cerrado los ojos, no era consciente de haber estado durmiendo hasta que despertó a la mañana siguiente sobresaltado, con una idea dándole vueltas en el cerebro y la firme determinación de llevarla a la práctica. Cuando los generales se le acercaron, él estaba arrancándose la insignia de la flor de lis de su chaqueta de guardia, que acto seguido se puso del revés. A continuación, se frotó con puñados de tierra hasta que prácticamente no se notaba que llevaba un uniforme de la guardia.

—¿Qué pretendes? —preguntó el general Doppel.

—Si es demasiado tarde para ayudar a Alyss, al menos todavía hay algo que puedo hacer por mi padre.

Los generales intercambiaron una mirada de preocupación.

—Voy a recuperar su cuerpo —anunció Dodge—. El jefe de la guardia palatina merece un entierro digno de su rango, y yo me encargaré de que lo tenga.

—No puedes regresar allí —replicó el general Gänger.

—¿Por qué no?

—Pues... —titubeó el general Doppel— no podemos saber si el cuerpo del juez Anders continúa allí, y...

—... y los soldados de Roja están por todas partes —terminó el general Gänger—. Es imposible que te salgas con la tuya.

—Me voy.

—¡Te lo prohibimos!

Dodge Anders siempre había respetado las cadenas de mando, pues la vida militar requería disciplina, pero de pronto saltó.

—¿Quiénes sois vosotros para prohibírmelo? ¿Acaso os corre sangre de los Anders por las venas?

—Yo lo acompañaré, si así estáis más tranquilos, generales.

La torre blanca. Dodge notó que el corazón le latía con fuerza en la garganta. Respiraba agitadamente y de forma entrecortada. El miliciano del Ajedrez se acercó y se colocó a su lado. Dodge se lo agradeció en su fuero interno. No conocía bien a la torre, pero se alegraba igualmente. Le vendría bien un poco de compañía.

Los generales sacudieron la cabeza, impresionados a su pesar por el carácter del muchacho, aunque la misión que se había impuesto era una locura. Con silenciosa sincronía, cada uno extrajo de su uniforme una medalla en forma de corazón de cristal y piedras preciosas idéntica a la del otro, y se la tendió a Dodge.

—Con todo nuestro respeto hacia tu padre —dijo el general Doppel.

—Por favor, entrégale esto —pidió el general Gänger.

Dodge cogió las medallas y se las guardó con todo cuidado en el bolsillo. Notó que le temblaba el labio inferior. Se volvió y se internó a toda prisa en el bosque.

—Cuida de él —le encomendaron los generales al miliciano.

El soldado torre sabía que en la ciudad capital llamaría demasiado la atención, así que, en cuanto dejó el campamento, cogió una manta y se tapó con ella las almenas, lo que le daba la apariencia de un mendigo anónimo. Alerta y en silencio, Dodge y él se encaminaron hacia el palacio de Corazones.

Al llegar a Marvilópolis, la encontraron prácticamente desierta. Grupos pequeños de soldados de Roja pasaban el rato delante de los cafés abandonados, borrachos de vino, molestando a los pocos marvilianos que se atrevían a salir a la calle y se dirigían a su destino a paso rápido con la cabeza gacha, decididos a ocuparse únicamente de sus asuntos.

Dodge y la torre atajaban por callejuelas de la ciudad, evitando a los soldados. Llegaron al palacio sin incidentes y les sorprendió descubrir que estaba desguarnecido, que nadie lo vigilaba.

—¿Dónde está el Corazón de Cristal? —preguntó el miliciano torre.

Dodge se detuvo a escrutar el patio. Qué aspecto tan lúgubre presentaba, abandonado y desprovisto de la luz del poderoso cristal. De pronto, una figura salió corriendo del palacio. Dodge y la torre se disponían a desenvainar la espada, pero no fue necesario. La figura —un hombre— no pareció reparar en ellos; cargado con copas y platos, pasó de largo y se marchó. Otro hombre se escabulló del palacio y cruzó el patio, llevándose consigo una caja de música y varias almohadas.

Dodge miró a la torre. ¿Qué estaba pasando?

En los lóbregos pasillos del palacio, descubrieron a varios saqueadores que andaban de un lado a otro sin hacer ruido, acumulando objetos de recuerdo de la

derrocada familia real. Un hombre pasó corriendo por su lado con uno de los juguetes viejos de Alyss en los brazos; una colección de gombrices de luz. Dodge hizo amago de echarle la zancadilla al ladrón, pero la torre le puso una mano en el brazo y negó con la cabeza: Dodge debía concentrarse en lo que había venido a hacer.

Tan sigilosos y ágiles como los ladrones, Dodge y la torre recorrieron las salas de banquetes y los salones. Vieron a muchos soldados de Roja inconscientes en el suelo y sobre las mesas, pero ni rastro de Roja o del Gato. Se aproximaban al comedor Sur, pasando por encima de los cadáveres de naipes soldado y miembros de la guardia.

—Ese olor... —Dodge se tapó la nariz con una mano.

—Será peor dentro —le advirtió la torre.

El comedor estaba vacío, pues se respiraba un aire demasiado pestilente para los saqueadores. El miliciano torre se detuvo al cruzar el umbral y sacudió la cabeza almenada mientras contemplaba el resultado de aquella carnicería. No obstante, en medio de aquella escena dantesca, Dodge sólo veía el cuerpo de su padre. De pie ante el juez Anders, lloró en silencio.

—Hay que darse prisa —le dijo la torre con suavidad.

Dodge se enjugó las lágrimas y asintió con la cabeza, más para sí que para la torre, como queriendo convencerse de que tenía las fuerzas suficientes para seguir adelante con aquello.

Llevaron al juez Anders al jardín y, utilizando respaldos de sillas rotas a manera de palas, comenzaron a cavar. No era tarea fácil. Sudaban a mares; les dolían los músculos. Pero al final consiguieron hacer el agujero lo bastante grande. Una vez que el juez Anders yació en el suelo, Dodge se sacó del bolsillo las medallas que le habían dado los generales y las depositó sobre el pecho de su padre. Con manos vacilantes y temblorosas, empezó a palear tierra sobre la sepultura.

¡No! Era imposible, peor que todas las experiencias que había vivido, ver caer la tierra sobre su padre, el hombre que le había dado la vida. Un alarido le brotó del pecho. Dejó caer su pala improvisada y corrió a ocultarse en un rincón del jardín.

¿Cómo iba a seguir viviendo? ¿Por qué habría de seguir viviendo, cuando sus seres más queridos ya no vivían? Se quedó callado, derrotado. ¿Cómo y por qué iba a seguir viviendo? Éstas eran preguntas que debían ser contestadas. Las únicas preguntas.

Cuando por fin salió de su escondite, el juez ya estaba enterrado. La torre se había encargado de todo, o casi.

—¿Quieres hacer tú esto? —le preguntó el miliciano, tendiéndole una semilla a Dodge: la semilla de la Otra Vida.

Dodge la cogió y la dejó caer sobre la tumba de su padre. Al instante, la semilla germinó en un hermoso y exuberante ramo de flores, cuyo arreglo guardaba semejanza con la figura del juez Anders; un monumento viviente.

—Gracias —murmuró Dodge.

La torre aceptó el agradecimiento en silencio y se percató de que no había lágrimas en las mejillas del muchacho. La expresión de Dodge, tensa y con los ojos entrecerrados, parecía más de rabia que de tristeza.

Permanecieron unos instantes de pie ante la tumba como un homenaje final.

—Era un hombre bueno —aseveró la torre—, valiente y honorable.

Dodge se sorbió la nariz con amargura.

—Sí, y ésta ha sido su recompensa.

A Alyss le pareció que Quigly Gaffer era el más simpático de la pandilla de chicos huérfanos o que se habían escapado de casa y no tenían dónde vivir. No sólo se mostraba atento con ella, sino con todo el mundo. Era el menos huraño, el menos depresivo, y tenía una actitud jovial y lanzada con la que animaba a los demás cuando no había comida suficiente, cuando hacía frío o llovía y ya habían perdido la cuenta de todos los portales resguardados de los que los habían echado. En otras palabras, Quigly Gaffer les infundía esperanza cuando más desesperados estaban. Y eso que él las había pasado tan moradas como el que más.

—Bueno, Princesa, háblenos de usted —le había dicho él mientras caminaba a su lado, el día que ella llegó a Londres. Entonces Alyss había expuesto su lamentable situación con una crudeza que la sorprendió.

—Vi cómo asesinaban a mi padre, el Rey de Marvilia. Mi madre, la Reina, está muerta. Mi tía los mató a ambos. Pero, aunque estuvieran vivos, daría igual, porque nunca podré volver a casa.

—Yo también vi cómo mataban a mis padres, igual que tú —comentó Quigly—. Íbamos en nuestro coche de dos caballos cuando un par de ladrones decidieron que no les gustaba nuestra pinta y entonces le partieron la cabeza a mi padre de un garrotazo. Los vi matar a mi madre con el mismo garrote, mientras ella les suplicaba que tuvieran piedad. Y a mí también me habrían dado un buen recibimiento con el garrote si no hubiera corrido a esconderme en las sombras mientras los ladrones intentaban quitarle los anillos a mi madre. Así que supongo que usted y yo tenemos algo en común: mis padres están tan muertos como los suyos.

A Alyss se le ocurrían otras cosas que preferiría tener en común con él. Aunque entonces no lo sabía, y Jacob Noncelo desde luego no se lo habría enseñado así, Alyss estaba aprendiendo a través de Quigly Gaffer algo que le sería útil cuando fuera reina.

Lección número 1b del plan de estudios cuidadosamente preparado por Jacob: para la mayoría de los habitantes del universo, la vida no es todo tartitartas y barritas de regaliz, sino una lucha contra las dificultades, la injusticia, la corrupción, el abuso y la adversidad en todas sus formas, en la que la mera supervivencia —por no hablar de una supervivencia digna— constituye una heroicidad. Seguir adelante tras el fracaso es el acto valeroso que muchos llevan a cabo. Para gobernar con benevolencia, una reina debe participar de los sentimientos de aquellos menos afortunados que ella.

—Aunque no llevara usted ese vestido, me habría bastado con oírla hablar para darme cuenta de que no es de por aquí —aseguró Quigly—. No reconozco su acento. No tengo idea de dónde es.

—Es maraviliano, supongo.

—Ah, sí, claro. Usted era del País de las Maravillas, ¿no? —Quigly se rió—. ¿Por qué no nos habla de ese lugar, Princesa?

Y ella así lo hizo. Notó que, a medida que hablaba, el tono frío e impersonal que había empleado para narrar la muerte de sus padres daba paso a la tristeza y la añoranza por todo aquello que, tan rápida y repentinamente, de forma tan inesperada, se había convertido en cosa del pasado. Estaba segura de que el Desfile de Inventores ya no le parecería tan aburrido, si al menos pudiera regresar al balcón del palacio para contemplarlo.

—¿Ves esa luz? —preguntó, señalando una de las farolas de gas que flanqueaban la calle—. La inventaron en Marvilia, pero en lugar de una llama descubierta tenía una ampolla de vidrio dentro y sólo había que pulsar un interruptor para encenderla.

A continuación describió el palacio de Corazones, las flores cantarinas de los jardines reales y el Continuo de Cristal.

—Y no es por presumir —agregó—, pero tengo una imaginación muy poderosa.

—Ya lo veo.

—¿Crees que me lo he inventado todo?

Quigly no respondió. Alyss se fijó en un diente de león solitario que sobresalía del lodo. Clavó la vista en la flor e imaginó que se ponía a cantar. Al parecer esto requería un esfuerzo mayor del que le habría hecho falta en Marvilia, y también más tiempo. Aun así, los pétalos del diente de león se movieron, y del centro de la flor salió una voz aguda y débil.

—La la la la, la la la la, la la la la, laaaaaaa.

Eso fue todo lo que Alyss consiguió, pero bastó para impresionar a Quigly. Él había oído hablar de magos que «proyectaban» la voz de tal manera que daba la impresión de que una persona u objeto situados en el otro extremo de la habitación estaban hablando cuando en realidad quien hablaba era el propio ilusionista que estaba a tu lado.

—Buen truco.

—No es un truco. —Acto seguido, al acordarse de algo, añadió, apesadumbrada—: Es mi cumpleaños.

—Feliz cumpleaños, señorita.

Alyss sintió que se le humedecían los ojos y que la pena se apoderaba de ella.

—Oh, no se llora en los cumpleaños —dijo Quigly—. Tiene que conocer a algunos de mis amigos. Ya verá cómo se anima.

Llegaron a un callejón sin salida a la sombra del puente de Londres, donde se encontraron con un grupo variopinto de niños de entre cinco y doce años que holgazaneaban repantigados en unos cajones viejos.

—Escuchad, escuchad —voceó Quigly—. Traigo a una persona recién

incorporada a nuestras filas.

Los niños miraron a Alyss con poco interés. No era la primera vez que veían a una persona recién incorporada. De hecho, la composición del grupo variaba constantemente; era común que un chico o una chica se uniese a ellos un buen día, comiese de su pan durante unas semanas y luego desapareciese sin dejar huella, de modo que nadie sabía si lo habían detenido por robar, si lo habían encerrado en un orfanato o si lo habían matado.

Quigly presentó a Alyss.

—El grandullón es Charlie Turnbull. El de al lado, que tiene un lunar en la nariz, es Andrew MacLean, un huérfano también. Ése de allí es Otis Oglethorpe, que se escapó de su casa, aunque su madre está muerta. Por lo que se refiere a las señoritas, tenemos a Francine Forge, Esther Wilkes y Margaret Blemin, todas ellas huérfanas. Damas y caballeros, os presento a la princesa Alice del País de las Maravillas. Ha llegado hasta aquí a través de un charco de agua, y os recomiendo que os comportéis como corresponde ante la realeza.

—¿Un charco de agua? —dijo Charlie Turnbull con una risotada—. ¿Princesa del País de las Maravillas?

Quigly no se molestó en dar más explicaciones. Hurgó en lo que parecía un montón de harapos, sacó unos pantalones, una blusa y un abrigo de hombre y los sujetó en alto para someterlos a la consideración de Alyss.

—Supongo que esto le vendrá bien.

¿Dónde iba ella a quitarse la ropa mojada para ponerse aquello?

—Lo siento, Princesa —dijo Quigly—. No hay aposentos privados para usted aquí, en las calles de Londres.

Alyss se desnudó, intentando aparentar que despojarse de la ropa delante de todo el mundo no era algo fuera de lo normal. La blusa le quedaba bastante bien, pero los pantalones y el abrigo eran demasiado grandes para ella. Tiró su vestido de cumpleaños sobre la pila de harapos y mantas por si alguien quería utilizarlo una vez que estuviese seco. Se calzó un par de botas que Quigly había encontrado por ahí y se deshizo de sus zapatos de cumpleaños de Marvilia.

—Bueno, bueno, vamos a ver qué tenemos —dijo Quigly a los demás.

Extrajeron de sus bolsillos varias monedas y cosas de comer: algunos peniques, una cartera prácticamente vacía, algo de queso, salchichas, un muslo de pollo. Otis Oglethorpe aportó un pan que escondía bajo su abrigo y Charlie Turnbull se sacó media empanada de carne de debajo del sombrero.

—¿Y tú? —le preguntó Otis a Quigly—. ¿Qué has traído?

—He traído a la Princesa, ¿te parece poco?

—No podemos comérmola —objetó Charlie Turnbull—, y será otra boca que alimentar con comida que podría ir a parar a la barriga de los demás.

—Os compensaré mañana. La Princesa y yo traeremos comida de sobra para todos, no te preocupes.

Charlie fulminó a Alyss con la mirada. Conocer a los amigos de Quigly no la había animado en absoluto.

Los alimentos se repartieron equitativamente entre ocho. El queso y las salchichas no eran precisamente tan sabrosos como los de Marvilia; el queso estaba pastoso, las salchichas insípidas. A Alyss le pareció que la empanada de carne sabía como un calcetín usado y relleno.

Después de comer, Andrew, Francine y Margaret —los huérfanos más jóvenes— se acurrucaron juntos sobre el montón de harapos y se durmieron. Charlie se fabricó una cama con tres cajas y un edredón viejo. Otis simplemente se acostó en el duro suelo, envolviéndose en su abrigo como en una manta. Esther Wilkes se quedó dormida sentada, con la espalda apoyada en una pared y las piernas extendidas ante sí en el callejón.

Alyss no podía conciliar el sueño. Probó a contar güinucos. «Un güinuco, dos güinucos, tres güinucos». No sirvió de nada.

—¿Está inquieta, Princesa? —Quigly se ofreció a hacerle compañía durante un rato—. De día nos dispersamos —le explicó—, para pedir limosna, tomar prestado o robar, según se tercie. Francine, Andrew y Margaret trabajan en equipo. Dos de ellos distraen a un tipo mientras el tercero le vacía los bolsillos. Hay días en que alguno de nosotros recorre las tiendas, buscando alimentos pasados que los tenderos tiran a la basura. Y cada noche nos reunimos aquí y compartimos el botín. No sé si colaborar nos hace la vida más fácil, y Charlie no siempre contribuye con todo lo que ha conseguido durante el día (no sabe que yo lo sé, así que no se lo diga), pero a la mayoría le alivia saber que pertenece a un grupo. Uno puede llegar a sentirse bastante solo cuando no tiene una familia como Dios manda.

—De eso estoy segura —convino Alyss.

—Bueno. —Quigly se enroscó en el suelo y apoyó la cabeza en los brazos—. Tengo que dormir. Les he hecho una promesa a los otros, y mañana será un gran día, se lo garantizo. Tengo planes para nosotros, para usted y para mí. Buenas noches, Princesa.

—Buenas noches, Quigly Gaffer.

Al poco rato, Alyss estaba sola, escuchando la respiración pausada y rítmica de los golfillos dormidos. Francine murmuró algo en sueños y hundió la cara en la parte interior del codo de Andrew. Charlie se puso a roncar. Alyss volvió el rostro hacia el cielo, aquella extensión ilimitada que, desde que tenía memoria, le recordaba las posibilidades maravillosas que se abrían ante ella. «Cuatro güinucos, cinco güinucos, seis...». Ahora, encapotado y sin estrellas, el cielo se le antojaba vacío. «Siete güinucos, ocho güinucos, nueve güinucos...».

Alyss, que había sido la última en dormirse, fue también la última en despertar. Todavía estaba frotándose los ojos para quitarse las legañas cuando Quigly le tendió una flor blanca con las raíces enredadas en una bola de barro que sostenía en las manos.

—¿Cree que podría volver a hacer ese truco?

Ella tardó unos segundos en entender lo que le pedía: que hiciera cantar a la flor.

—No es un truco.

—Bueno, pero ¿cree que podría hacerlo de nuevo?

—No lo sé... Supongo.

—Hágalo.

Le llevó más tiempo que el día anterior, e incluso más esfuerzo y concentración, pero al final la flor rompió a cantar con alegres gorgoritos.

—¡Yujuuu! —celebró Quigly, saltando por el callejón.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Alyss.

—Se han ido a cumplir sus deberes del día, Princesa. Y es hora de que nosotros nos ocupemos de los nuestros.

Eligió una esquina muy transitada. Le explicó a Alyss que lo único que tenía que hacer era sentarse en un cajón colocado boca abajo y encargarse de que la flor cantara en cuanto él le guiñase un ojo.

—¿Qué es esto, damas y caballeros? —gritó, alzando la voz para llamar la atención de los londinenses que pasaban a toda prisa—. ¡Pues nada menos que la única flor cantarina del mundo! La moza aquí presente ha venido desde África con la flor más rara que hayan visto jamás. ¡Sí, parece una flor común y corriente, en eso les doy la razón! Pero no es común ni corriente, se lo aseguro. ¡Canta! ¿Les apetece oírla cantar? ¡Vamos, acérquense!

Cuando ya se había reunido un grupo de curiosos lo bastante numeroso, Quigly le dirigió un guiño a Alyss, y ella hizo cantar a la flor. Fueron sólo unos compases, pero con eso bastó. Al público le pareció una magnífica demostración de magia. Quigly se paseaba entre los espectadores, convenciéndolos a todos y cada uno de que echaran unos peniques en su sombrero.

—Unas monedas, damas y caballeros, pues no todo el mundo ha tenido la oportunidad de ver la asombrosa flor cantarina de África. Vamos, que el viaje desde África no sale barato.

Alyss consiguió realizar cuatro actuaciones más, una por hora, y cada una más agotadora que la anterior. Al final tuvo que parar, pues no podía más. Sin embargo, para entonces ya habían ganado más dinero del que Quigly jamás había visto junto. Se encaminaron de vuelta al callejón para reunirse con los otros, que se vaciaron los bolsillos: un puñado de peniques, un reloj estropeado, queso, salami, unas patatas

hervidas.

—¿Y vosotros dos qué nos habéis traído? —preguntó Charlie.

—Casi nada —respondió Quigly, sacándose las monedas de los bolsillos.

Los chicos no daban crédito. ¿Dónde habían conseguido Quigly y Alyss tanto dinero? Quigly no desveló el secreto; quería ser el único que conociera el poder de Alyss.

—Pero mañana os traeré otro tanto —prometió—. La Princesa y yo hemos descubierto un método para ganar dinero, eso es todo lo que necesitáis saber. Charlie, Otis, venid conmigo. Vamos a comprar comida para darnos un banquete que no olvidaréis en mucho tiempo. A ver, ¿qué quiere cada uno?

Cuando los demás se fueron a dormir, Alyss le dijo a Quigly que no tenían que pasarse todo el día en una esquina para ganar dinero.

—Puedo imaginar todo el que necesitemos —aseveró.

—Gastaré con gusto el dinero que consiga usted, Princesa, sin importar de dónde lo saque.

De modo que Alyss intentó imaginar una pila de las distintas monedas que había visto ese día. Intentó imaginar el peso de esas monedas en los bolsillos de su abrigo.

Por desgracia, seguía fatigada por el trabajo que le había costado hacer cantar a la flor, y antes de que pudiera materializar una sola moneda, Quigly comenzó a reírse de ella.

—¡Qué cara pone! —exclamó. Trató de imitar su expresión, con el rostro crispado por el esfuerzo y la obstinación.

A Alyss no le hizo gracia.

—Bueno, olvídale —dijo—. No imaginaré un montón de dinero para ti, nunca.

—Oh, vamos, Princesa, no sea así. No estaba tomándole el pelo. Todos tenemos un aspecto gracioso a veces. Algunos tenemos un aspecto gracioso siempre. Ahora imagine lo que quiera.

Sin embargo, a Quigly se le escapaba la risa, de modo que Alyss ya no volvió a tratar de imaginar una pila de monedas esa noche ni ninguna otra. «Haremos las cosas por la vía difícil, si eso es lo que él quiere».

Se pasaban las horas en las esquinas; ella hacía cantar a la flor con la fuerza de la imaginación mientras él pedía la voluntad al público. No obstante, cada día el poder de Alyss sobre la flor parecía disminuir y sus actuaciones se volvían menos frecuentes. Cuanto más tiempo pasaba en aquella ciudad húmeda y gris, menos tenía en su imaginación. «No es tan poderosa como creía mamá. Nunca lo fue».

Al menos dos veces al día, entre una función y otra, intentaba imaginar el

paradero de Somber. Nunca conseguía ver nada. ¿El ojo de la imaginación? No había recibido una formación suficiente para utilizarlo. Al final, sólo le quedaban fuerzas y ganas suficientes para realizar una actuación al día con la flor, por lo que Quigly procuraba que fuera a una hora en que pudiesen atraer al mayor número de espectadores posible: el atardecer, cuando las calles estaban más abarrotadas que nunca de gente que regresaba a casa después de trabajar.

Cada noche, después de las cenas que se pagaban gracias a las actuaciones de Alyss, Andrew, Margaret y Francine le pedían que les hablara de Marvilia.

—Anda, anda, anda —le rogaban.

Al representarse en su mente el mundo luminoso y cristalino que Alyss les describía, con sus palacios en forma de corazón, sus morsas mayordomos y sus orugas gigantes y fumadoras, se evadían por unos momentos de su vida de pobreza, privaciones y mendicidad. Ni Otis, ni Quigly ni Esther se quedaban tan fascinados por las historias de Alyss sobre Marvilia como los huérfanos más jóvenes, pero disfrutaban lo bastante con ellas como para escucharlas en un silencio melancólico. Charlie Turnbull, por su parte, dejaba bien claro que no se creía una sola palabra.

—No son más que una sarta de estupideces —gruñía.

Alyss les habló a Andrew, Francine y Margaret de Somber Logan y de lo desafortunado que había sido perder a su guardaespaldas, pues era un experto luchador. Dijo que, si el capitán de la Bonetería hubiera permanecido a su lado, ella nunca habría conocido a Quigly o a los demás. Para demostrar de qué era capaz un hombre como Somber, describió a los naipes soldado que se retorcían agónicos en el suelo del palacio de Corazones, apretándose las heridas con las manos, entre cuyos dedos manaba la sangre a borbotones.

—¿De verdad conoces a un hombre capaz de combatir contra tantos enemigos a la vez?

—Sí.

—Eso es mentira —repuso Charlie.

—Pero Dodge Anders será el mejor miembro de la guardia que jamás haya habido en Marvilia —prosiguió Alyss—. Es guapo y valiente y amable e inteligente. Llegará a ser un luchador casi tan bueno como Somber. A veces lo ayudo a realizar sus ejercicios de esgrima. Sujeto ante él escudos de colores distintos, y cuando yo nombro un color él tiene que lanzarle una estocada al escudo que toca mientras yo lo sacudo y lo muevo en todas direcciones para ponérselo lo más difícil posible. Es mi mejor amigo y... No... es decir, era. —Paseó la vista por el callejón—. Era mi mejor amigo.

—Continúa, Alice —la alentó Andrew cuando ella llevaba un rato callada.

—No —murmuró Alyss—. No quiero hablar más de Marvilia.

Y, un día, su imaginación dejó de funcionar por completo. Fue una tarde, a la hora en que Quigly, con su profesionalidad de hombre del espectáculo, solía reunir a una multitud de londinenses deseosos de ver a la flor cantarina de África. Quigly le hizo a Alyss la señal del guiño y ella visualizó los pétalos abriéndose y cerrándose como labios, y la flor tomando aire para entonar algunos compases de una canción de cuna, quizás, o de...

Pero nada ocurrió. Ella hizo un esfuerzo aún mayor y soltó un gruñido. Algunos de los presentes creyeron que se encontraba mal.

«¡Canta, flor!».

Transcurrió un minuto, y después otro. Alyss comenzó a sudar bajo su ropa sucia y harapienta.

«¡Canta, flor, canta!».

El público empezó a dispersarse, refunfuñando y maldiciendo entre dientes.

—¡Sólo necesita que le den ánimos, eso es todo! —gritó Quigly, tendiendo el sombrero para pedir limosna—. ¡Dos peniques por persona y les garantizo que esa flor africana cantará como los ángeles!

Nadie echó dinero en el sombrero. Un caballero amenazó con ir a buscar a un policía. En cuanto Quigly lo oyó, agarró a Alyss de la mano y arrancó a correr, dejando atrás la flor y el cajón.

—Lo siento —se disculpó Alyss una vez que se hallaban a salvo y se habían parado a recuperar el aliento.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —respondió ella. Estaba asustada. Era como si hubiera perdido la vista o el oído—. Quizá cuanto más tiempo paso fuera de Marvilia, más se debilita mi imaginación.

—Hummm —dijo Quigly, escéptico.

—Lo siento, Quigly.

—Yo también lo siento, Princesa.

Era la primera vez que Alyss lo veía enfadado. Le había fallado. Les había fallado a Francine, Margaret, Andrew, Esther, Otis y Charlie. Nunca antes le había fallado a alguien que contara con ella, y no le gustó nada la sensación que eso le producía.

Sin mediar palabra, ella y Quigly regresaron andando al callejón para reunirse con los otros huérfanos. Por el camino, se pasaron por los *pubs* La Olla de Pescado y El Marinero Canoso para pedir caridad. Sólo consiguieron una bolsa de mendrugos.

—Estábamos pensando en cenar pato esta noche —les informó Andrew, que había salido corriendo a recibirlos cuando doblaron la esquina del callejón—, relleno y a la naranja. Francine, Margaret, Otis y yo jamás hemos probado el pato.

Al llegar al fondo del callejón, Quigly miró a Alyss, adoptó un tono despreocupado y declaró que el pato estaba malísimo.

—No os perdéis gran cosa, os lo aseguro. No por nada «pato» rima con «putrefacto». Bueno, supongo que es un momento tan bueno como cualquier otro para anunciaros... que tendremos que volver a vivir como antes durante un tiempo, es decir, que cada uno de nosotros habrá de conseguir lo que pueda durante el día y después traerlo para compartirlo con los demás.

—Pero ¿qué dices? —inquirió Charlie.

Por toda respuesta, Quigly se volvió del revés sus bolsillos vacíos, pálidas lenguas de pobreza.

—Bueno, ¿qué tenemos?

—¡Yo no tengo nada! —contestó Charlie—. Lo que he robado me lo he comido para desayunar, y no me queda nada más porque creía que cenaríamos como hasta ahora...

Los demás estaban en la misma situación.

—Bueno, al menos tenemos estos mendrugos —suspiró Alyss.

—Un manjar succulento donde los haya —comentó Quigly, intentando no parecer demasiado descorazonado—. Dividió los mendrugos en ocho porciones y aseguró que estaba satisfecho, incluso antes de comerse toda su parte. A pesar de todo, Alyss notaba que su actitud alegre y animada era forzada, incluso un poco sarcástica.

Permaneció despierta cuando los otros ya se habían dormido.

«Tengo que pensar algo. ¿Por qué no puedo hacer cantar a esa flor? Porque a fin de cuentas mi imaginación no era nada especial, por eso. Así que debo pensar algo. Lo haré. Lo haré, lo haré, lo haré, lo haré».

—Ya sé cómo podemos conseguir tanta comida como antes —le dijo a Quigly a la mañana siguiente—, pero necesitaremos la ayuda de Charlie, Otis y Esther.

—Lo que usted diga, Princesa. —No se mostraba muy entusiasmado; no parecía tener demasiadas ganas de hablar con ella. «Ya se pondrá contento, una vez que tengamos la barriga llena».

Alyss se puso el abrigo más elegante que encontró en la pila de ropa del callejón tras rebuscar durante un buen rato, y se quitó la mugre de la cara y las manos con su propia saliva. Cogió el cabo de un lápiz, escribió una lista de carne en un cuadrado pequeño de papel y guió a los demás a una carnicería por la que había pasado varias veces con Quigly.

—Escondeos detrás de este carro y esperad a que os haga una señal —les dijo, y acto seguido entró en el establecimiento.

—¿Qué se le ofrece a la damita? —El carnicero era un hombre corpulento y fornido de rostro rubicundo. Llevaba un delantal manchado de sangre.

—Debo llevarle esto a mi madre. —Le tendió la lista de carnes.

—Hummm. Parece demasiado para que lo lleves tú sola.

—Tenemos el carruaje fuera, pero el cochero se ha ido a hacer otro recado. —Le dedicó su sonrisa más radiante y él no pudo sino creer lo que le decía. Las circunstancias en que se encontraba no bastaban para deslucir su cordial mirada de princesa.

—A ver qué dice aquí... Cuatro kilos de filete de cadera...

Pasó a la trastienda, y Alyss les indicó con señas a Quigly y a los demás que entraran a toda prisa. Agarraron los pollos que colgaban ante la ventana, los embutidos y los jamones. Alyss les colocaba más piezas de carne en los brazos cuando ya iban demasiado cargados para cogerlas por sí mismos.

—¡Eh!

El carnicero dejó caer el filete y se abrió paso trabajosamente desde detrás del mostrador. Los huérfanos salieron disparados de la carnicería y se desperdigaron en todas direcciones.

—¡Ya te tengo!

Un *bobby* que pasaba por allí asió a Alyss por el cuello del abrigo. Ella se despojó de la prenda, dejando al descubierto su ropa de niña de la calle, pero sólo consiguió avanzar unos pasos antes de que el policía la atrapara de nuevo.

—¡Suéltame! —chilló ella, imaginando que un lucirguero aleteaba muy cerca de la cara del hombre o le asestaba un picotazo en la mano con que la sujetaba, pero ninguna de las dos cosas sucedió.

Quigly se había detenido al final de la calle y miraba a Alyss, con un pollo debajo de cada brazo y los bolsillos henchidos de salchichas. ¿Había decidido acudir en su rescate? ¿Arriesgaría su propia seguridad y pondría en práctica un astuto plan para liberarla, de forma que ambos pudiesen huir?

Pues no. Dio media vuelta, torció la esquina a toda velocidad y desapareció.

Alyss nunca supo si fue la única del grupo a quien pillaron ese día (lo fue), pero ya antes de que la llevaran con muy poca delicadeza a la Inclusa de Charing Cross, donde viviría hasta que la adoptaran los Liddell, e incluso antes de que comprendiera que nunca volvería a ver a Quigly Gaffer, había empezado a pensar que tal vez no valiese la pena encariñarse con la gente. No hacían más que traicionarte. Te traicionaban al abandonarte.

Alyss intentó no escuchar cuando una celadora de Charing Cross abrió la puerta de una habitación muy amplia con dos filas de catres alineados contra las paredes y decenas de niños que chillaban, gritaban y se peleaban, y le dijo: «Bienvenida a tu nuevo hogar».

Seguidos por una muchedumbre enfurecida, los franceses llevaron a su prisionero al tribunal de primera instancia del Palais de Justice. La gente se propinaba codazos y empujones para abrirse paso hasta un sitio desde donde ver mejor lo que sucedía. El recinto, de dimensiones modestas, estaba tan atestado que al cabo de poco rato se respiraba un ambiente viciado y sofocante. Los hombres colocaron la alfombra enrollada verticalmente en el centro de la sala, ante el juez.

A los fiscales, los abogados defensores y los periodistas de tribunales se les escapó una risita.

—*Quel est ceci?* —preguntó el juez, a quien aquello no le hacía ninguna gracia.

El fiscal, un caballero con toga y bigote, se levantó y soltó una retahíla de palabras ininteligibles en francés, que, aunque amortiguadas por la alfombra que lo envolvía, Somber alcanzó a oír.

—*Où est le prisonnier?* —preguntó el juez.

El fiscal señaló la alfombra. De nuevo, los asiduos del tribunal se rieron. El juez exhaló un suspiro profundo y pidió al caballero que hiciera el favor de no ridiculizar al tribunal. El fiscal se disculpó y explicó que no era ésa su intención, pero que el detenido era *très dangereux* y sólo habían conseguido reducirlo valiéndose de la alfombra.

Un hombre dio un paso al frente y declaró que el detenido poseía poderes violentos y sobrenaturales. La multitud de curiosos, ninguno de los cuales había presenciado la escaramuza en la *rue* de Rivoli, confirmó lo dicho con voces de «*C'est vrai! C'est vrai!*».

Sin embargo, el juez, que había visto desfilar a seres de lo más variopintos desde su posición privilegiada en el tribunal, simplemente se preguntó si se daría el capricho de acompañar su trozo de *brie* y su botella de burdeos habituales con un poco de cordero frito en su café favorito, Le Chien Dyspeptique.

—*Je voudrais voir le prisonnier* —dijo.

El fiscal carraspeó varias veces y replicó que, con el debido respeto, no le parecía que liberar a Somber de la alfombra fuera buena idea. El juez resopló y ordenó al fiscal que sacara a Somber de la alfombra, pues de lo contrario lo encerraría por desacato. Tendieron la alfombra en el suelo. La multitud de curiosos se abalanzó hacia delante, apretujándose, con la sensación de que estaba a punto de ocurrir algo espectacular.

No se equivocaban. En cuanto Somber se vio libre de la alfombra que lo tenía inmovilizado, se puso en pie de un salto y...

Zuinc.

Las cuchillas de sus muñecas hendieron el aire, borrosas a causa de la velocidad.

Somber extrajo una daga de su mochila y la lanzó. El arma se clavó en un cuadro que colgaba en la pared, junto a la cabeza del juez, lo que ocasionó que el sabio señor se acurrucara bajo su banco para protegerse.

Antes de que los policías del tribunal reunieran valor suficiente para intentar capturarlo de nuevo, Somber dio una voltereta y se precipitó por la ventana más próxima. Cayó en la acera y se alejó a toda velocidad. Los curiosos se aglomeraron frente a la ventana, tratando de vislumbrar por última vez al hombre misterioso. El juez se asomó por encima del banco para ver si su vida aún corría peligro. Después de sobrevivir a un día como ése, decidió que se había ganado con creces un plato de cordero frito en Le Chien Dyspeptique.

Empezaron a circular rumores sobre un hombre armado con cuchillas giratorias que emergía de los charcos. Con el paso de los meses, y tras una serie de supuestos avistamientos de Somber que nunca se demostraron oficialmente, los rumores se fosilizaron y se convirtieron en leyenda. Los civiles aseguraban que era capaz de vencer a un regimiento entero sin ayuda. Los militares se preguntaban en voz alta hasta dónde habrían llegado las conquistas de Napoleón si aquel hombre hubiese servido en sus filas. Los muchachos se imaginaban que eran él y representaban el papel de superhéroe. En los salones elegantes, damas y caballeros pudientes y educados dejaban de lado sus modales mesurados e intentaban imitar sus acrobacias, sus piruetas y, en ocasiones, incluso sus saltos mortales. Sirvientas de toda Francia se reunían en cocinas sombrías y se contaban unas a otras historias sobre el legendario personaje, de quien se habían enamorado. Se figuraban que una mujer debía de haberle roto el corazón, pues, ¿acaso había algún otro motivo para que un hombre se comportara de ese modo que el sufrimiento por un amor no correspondido? Antes de irse a la cama, estas criadas enfermas de amor dejaban velas encendidas en la ventana, de modo que, si Somber hubiera sido capaz de volar sobre París en plena noche, habría visto una ciudad dormida tachonada de aquellas trémulas lucecitas, símbolos de un anhelo, puntos de calidez en la fría oscuridad que iluminaban el camino hacia el corazón de las mujeres. Sin embargo, Somber no se habría sentido digno de tanta admiración, pues estaba lidiando con una sensación nueva para él: la impotencia. No había podido cumplir la promesa que le había hecho a la reina Genevieve. Le había fallado.

Alyss no se llevaba bien con el resto de los niños que vivían en la inclusa, niños que habían sufrido su cuota de penalidades y de dolor, como ella, pero que no por ello dejaban de entregarse a juegos como la taba, el tejo y el escondite. «Qué ridículos e inmaduros». Los pensamientos sobre Roja, sobre la suerte que habría corrido Dodge, le nublaban la mente. No estaba en condiciones de mostrar el menor entusiasmo por los juegos.

Había despertado un interés especial en las celadoras de Charing Cross, cosa que sólo la distanciaba más de los otros huérfanos. Saltaba a la vista que de mayor sería una mujer preciosa. Era como si su belleza pudiera darle acceso a estratos sociales normalmente vedados a los huérfanos, lo que beneficiaría a Charing Cross, que sin duda recibiría donativos de familias acaudaladas ansiosas por encontrar una criatura de hermosura sobrenatural que adoptar. Cada vez que Alyss mencionaba Marvilia, las celadoras la hacían callar con una brusquedad que no habrían demostrado de no haber estado tan interesadas en ella.

—Todo eso existe sólo en tu cabeza, señorita, y nadie quiere tener una hija que diga tonterías todo el tiempo. Si no quieres pasar aquí el resto de tus días, desecha de tu mente todas esas fantasías absurdas.

El doctor Williford, el médico residente en Charing Cross, escuchaba pacientemente las fantasías absurdas de Alyss.

—Estoy seguro de que has vivido experiencias por las que ninguna niña debería pasar —le dijo—. Pero no puedes refugiarte en tu imaginación, Alice. Acepta lo que te ha ocurrido y sé consciente de que no estás sola en tu desgracia. Intenta concentrarte en las imágenes y los sonidos que te rodean, porque ésa es la realidad. Todavía hay esperanzas de que llegues a tener una vida normal y productiva.

Ella dejó de confiarle sus secretos al doctor Williford y comenzó a pasarse los días mirando por la ventana que daba a un patio descuidado y recubierto de hojas secas. Fue ante esa ventana donde una de las celadoras la encontró una tarde en que las cosas dieron un vuelco (una vez más).

—Alice, saluda al pastor Liddell y a su señora.

Alyss apartó la vista del cristal grasiento para mirar a la pareja: una mujer de mirada severa y un hombre de aspecto resuelto y audaz con guantes y un sobretodo.

Todos los desconocidos le parecían iguales: extraños, lejanos, incapaces de conectar con ella.

—Es bonita —observó la señora Liddell—, pero creo que un corte de pelo y un buen baño no le vendrían mal.

—En efecto —convino el pastor Liddell.

Los Liddell vivían en Oxford, donde el pastor era decano del colegio universitario de Christ Church. Al parecer, todo lo que ocurría traía consigo un elemento de infortunio. Tan pronto como Alyss dejó Charing Cross, se vio en circunstancias no menos desagradables.

«¡Ni una palabra más!», la reprendía la señora Liddell cuando Alyss describía el Desfile de Inventores a sus nuevas hermanas.

«Los animales no hablan, porque son bestias sin inteligencia», replicaba cuando Alyss aseguraba lo contrario.

—Las flores no cantan porque no tienen laringe —insistía cuando Alyss hablaba de las voces maravillosas de algunas flores—. Si sigues diciendo tonterías, te lavaré la boca con jabón.

—Soy una princesa y estoy esperando a que Somber venga a rescatarme —aseveró Alyss—. Ya lo veréis.

—Alice, si quieres llegar a ser alguien en la sociedad —le advirtió la señora Liddell—, o por lo menos mostrar tu agradecimiento hacia nosotros por haberte acogido en nuestro hogar, debes dejar de avergonzar a esta familia y vivir con los pies firmemente plantados en el suelo, como todo el mundo.

Para castigar a Alyss, la señora Liddell la encerraba en su habitación, a veces durante días, a veces durante una semana entera; ordenaba que le llevaran las comidas allí. La primera vez, Alyss se alegró. Supuso que de ese modo al menos no tendría que verlos a ellos. Se equivocaba. Aunque no la dejaban salir, no prohibían a sus nuevas hermanas que la visitaran, y una tarde, cuando ella llevaba un día encerrada, Edith y Lorina entraron en su dormitorio, se sentaron en su cama y clavaron la vista en ella. Alyss intentó no hacerles caso y se esforzó por recordar cada piedra preciosa del palacio de Corazones, cada recodo de cada pasillo en forma de corazón. Había innumerables dibujos del palacio clavados con tachuelas a las paredes. «Catorce pasos desde el patio inferior hasta el salón de baile, diecisiete cuartos de baño en total y...».

—¿Por qué no dibujas otra cosa para variar? —le preguntó Lorina.

—Porque no quiero olvidar de dónde vengo.

—¡Entonces mejor dibuja el orfanato! —chilló Edith, y echó a correr, seguida por Lorina, riendo a carcajadas.

Alyss se quedó sentada, sosteniendo el lápiz encima de su dibujo. «No debería importarme lo que piensen. No me importa». Sin embargo, sus risas burlonas le habían provocado una punzada de... ¿qué? ¿Humillación? ¿Vergüenza? A las princesas les gusta tan poco que se mofen de ellas como al resto de los mortales. Alyss apartó de sí el dibujo, que quedó inacabado para siempre.

—Muy bien, chicas —anunció la señorita Prickett, institutriz de las hermanas Liddell —, puesto que es el primer día que Alice asiste a nuestra clase, deseémosle suerte y animémosla a aplicarse a fondo.

Alyss estaba sentada a la mesa del comedor junto a Edith, Lorina y Rhoda, con papel y lápiz cuidadosamente dispuestos ante ella. Había una pizarra colocada en lo alto del aparador, y en ella se leían las palabras «Bienvenida, Alice Liddell».

—Mi nombre no se escribe así —soltó Alyss.

La señorita Prickett miró la pizarra, y luego a Alyss.

—¿Ah, no? ¿Serías tan amable de acercarte y mostrarme cómo se escribe? Te lo paso por esta vez, Alice, pero en adelante no debes hablar a menos que yo te lo indique. Tienes que levantar la mano y esperar a que te dé la palabra.

Alyss mantuvo la cabeza bien alta y la mirada al frente mientras caminaba hacia el aparador. Cuando llegó ante la pizarra, borró las letras «ice» de su nombre y escribió «yss» en su lugar. Edith, Lorina y Rhoda prorrumpieron en risotadas.

—¡Basta! —las reconvino la señorita Prickett—. Alyss, vas a escribir cien veces tu nombre en la pizarra. A-L-I-C-E. Ya puedes empezar.

Así que Alyss hubo de quedarse allí, enfrente de ellas, mientras la señorita Prickett daba comienzo a la clase. Edith, Lorina y Rhoda la observaban disimuladamente desde detrás de sus libros e intercambiaban miradas socarronas. Alyss deseó que el cabello se les llenara de gombrices, que los párpados se les quedaran pegados, que se les anudara su riente lengua.

Nada sucedió.

«Es inútil. Tanto da la Imaginación Blanca como la Negra, no puedo utilizar ni una ni otra». Había escrito A-L-I-C-E noventa y nueve veces. Como la señorita Prickett no la miraba en ese momento, trazó las letras A-L-Y-S-S en la pizarra y se dirigió hacia su asiento.

La señorita Prickett se volvió hacia la pizarra.

—¡Un momento, por favor! Estoy segura de que te crees muy astuta, señorita Liddell, pero ahora verás lo que les pasa a las chicas que se pasan de listas. Borra la pizarra y empieza de nuevo. Escribirás A-L-I-C-E otras cien veces. Ya puedes empezar.

Alyss obedeció, pues se le habían quitado por completo las ganas de ser el centro de atención.

—Tal vez así hayas aprendido cómo se escribe tu nombre correctamente —la aleccionó la señorita Prickett cuando terminó.

Cuando Alyss se sentó de nuevo, oyó a Lorina susurrar «Alice la Rara», y el mote se le quedó. Seguramente tampoco ayudaba a mejorar su imagen el hecho de que, cada vez que los hijos de amigos de la familia se le acercaban para charlar con Alyss,

ella les taladraba los oídos con historias sobre Marvilia.

«Debe de pensarse que es mejor que nosotros —refunfuñaban los niños—; se hace llamar princesa y todo».

Alyss se metía en peleas e intercambiaba insultos con sus acosadores. A menudo llegaba a casa con moratones y raspaduras, humillada. Intentaba hacer oídos sordos a todo, pero la asaltaba una duda: «¿Es posible que todo el mundo esté equivocado?». Empezaba a cansarse de porfiar en sus convicciones contra los Liddell, sus amigos, todo el mundo. «¿De verdad es posible que todas y cada una de las personas que conozco estén equivocadas y yo esté en lo cierto? Sería mucho más fácil para mí si pudiera olvidar». ¿Su vida anterior como princesa de otro mundo era un mero producto de su imaginación? «¿Y si lo soñé todo cuando estaba enferma en cama?».

Y entonces sucedió algo de lo más sencillo pero milagroso. Alyss encontró a alguien dispuesto a prestar oído, o más bien los dos oídos, a lo que ella tenía que contar. Se trataba del pastor Charles Lutwidge Dodgson, profesor de matemáticas en Christ Church. Era un tipo amable, más bien retraído, que vivía en el colegio universitario y en ocasiones acudía a casa de los Liddell a tomar el té. Aficionado a la fotografía, hacía retratos de las niñas. Alyss posó para él en un rincón del jardín con un vestido de color claro con las mangas abombadas, calcetines blancos y zapatos de charol. En la imagen, aparecía mirando a la derecha de la cámara, dirigiéndole una sonrisa tímida pero orgullosa al fotógrafo, como si compartiera un secreto con él. Pero no fue sino hasta que dieron un paseo en barca a Godstow cuando ella le habló de Marvilia. Habían hecho una escala para descansar, y estaban tumbados en la hierba mientras Edith y Lorina jugaban en los bajos del río Isis, que es el nombre que recibe aquel tramo del Támesis.

—¿No quieres jugar con tus hermanas? —preguntó el pastor Dodgson.

Alyss ya no se molestaba en explicarle a la gente que ella no tenía hermanas.

—No —contestó.

A Dodgson esta respuesta le pareció encantadora.

—Pero ¿por qué no?

—Cuando has sido princesa y te han arrebatado tu reino, no te entusiasmas fácilmente con un revoltijo de peces y hierbajos en un río.

El pastor Dodgson se rió.

—Alice, ¿de qué diantres estás hablando?

«¿Se lo digo? ¿Me creerá? Parece distinto de los demás. ¿Lo intento, por última vez?». Y entonces dejó salir todo lo que había estado guardándose. Los recuerdos fluían de ella como si la obligaran a expresarlos en voz alta, rápidamente, para convencerla de su veracidad o caer para siempre en el olvido. Cuando nombró a Dodge, Charles Lutwidge Dodgson empezó a tomar notas. Dodge. Dodgson. Él era el muchacho. El pastor se sentía halagado de formar parte del mundo imaginario de

Alyss.

—Jamás había conocido a alguien con una imaginación tan asombrosa como la tuya —le aseguró.

Alyss sabía que eso no era cierto. No había conseguido materializar nada desde hacía mucho tiempo.

—A ver si te he entendido bien —dijo Dodgson—. ¿La gente puede viajar por medio de los espejos, entrar por uno y salir por otro?

—Sí. Lo he intentado aquí, pero ningún tipo de cristal funciona. Ella lo observó mientras garabateaba algo en su libreta.

—¿De verdad va a escribir un libro sobre Marvilia, señor Dodgson?

—Puede que sí. Y será nuestro libro, Alice, tuyo y mío.

El libro demostraría que ella decía la verdad. No se daría por vencida. Aún no.

SEGUNDA PARTE

En una región situada entre el bosque Eterno y la Ferania Ulterior, notable únicamente por su desolación, varios marvilianos que hasta hacía poco habían sido gente respetuosa de la ley y amante de la familia bregaban sin descanso en el más temido de los campos de trabajo de Roja, Blaxik. Por haber incurrido en la desaprobación de la Reina, trabajaban en naves industriales sin ventilación diecisiete horas al día y sustentándose a base de agua e inflarroz, un alimento muy popular entre los pobres porque cada grano se hinchaba en el estómago, de manera que quien lo ingería se sentía saciado.

Se había decretado que todos los marvilianos tuvieran en su casa una estatua de porcelana y cristal de un metro de alto con la efigie de Roja, la pieza principal en un altar dedicado a la soberana del reino. Las inspecciones realizadas sin previo aviso por soldados de Roja no eran infrecuentes. Todo aquél que incumpliese el decreto o que no mantuviese su estatua inmaculada daba con sus huesos en Blaxik, donde —en un toque de ironía que complacía a Roja— los obligaban a dejarse la piel fabricando esas estatuas.

Sin embargo, aquella noche algo no iba bien. La producción de estatuas se había visto interrumpida por un ataque de los rebeldes. Explosiones periódicas sacudían los dormitorios del campo. Los destellos iluminaban las figuras enzarzadas en combate cuerpo a cuerpo. Los naipes soldado del ejército ultramoderno y tecnológicamente avanzado de Roja, conocido como el Corte, intentaban repeler el asalto, cosa que no habría debido resultarles tan difícil puesto que las tropas rebeldes no eran más que un batiburrillo de exsoldados de Corazones y civiles marvilianos. No obstante, tenían a su favor la ira justificada, un arma más eficaz que las habilidades de combate, y entre ellos había uno que de pronto se dividió en dos para aportar un hombre más a la batalla: los generales Doppel y Gänger, que luchaban junto a un caballero blanco, una torre blanca y varios peones. Los rebeldes se hacían llamar alysianos, en honor de la joven princesa que había muerto prematuramente, sin haber accedido al trono. La princesa Alyss de Corazones: pese a que había perecido, seguía viva como símbolo de una época más inocente (aunque imperfecta), como un icono de esperanza en el retorno de la paz.

Entre los alysianos destacaba un soldado por su creciente destreza militar y su temeridad suicida. Si bien este renegado no siempre se relacionaba con los otros rebeldes, si se encerraba en sí mismo cuando no estaba enfrascado en la batalla, al menos luchaba en su mismo bando. Todos los que lo habían visto combatir sabían que más valía tenerlo como aliado que como enemigo. Fue este renegado quien abandonó la protección de sus compañeros en la batalla de Blaxik. Sin preocuparse por su propia seguridad y blandiendo la espada relumbrante, se abrió paso por entre

las huestes de Roja, que semejaban naipes normales (pero más grandes) cuando no estaban en batalla, pero que ahora se abrían en abanico como si la mano de un tahúr gigantesco estuviese extendiéndolos sobre el paño verde de una mesa de juego. Cada naipe se desplegaba para formar un soldado casi el doble de alto que un hombre marviliano medio, con extremidades de acero y un cerebro apenas lo bastante desarrollado para obedecer órdenes en combate. El renegado apuntaba con su espada a la parte superior del pecho de los soldados, su único punto vulnerable (una zona situada encima del esternón, en la base del cuello con tendones de acero); un golpe directo atravesaba componentes vitales, que despedían chispas, y el soldado moría. El renegado disparó una araña obús contra las puertas de la fábrica; en el aire, el proyectil esférico se transformó en una enorme araña negra y atravesó las puertas. Mientras el renegado asestaba estocadas y mandobles a los soldados de Roja, los trabajadores esclavizados consiguieron huir a través de la llanura hasta el bosque Eterno.

El resplandor de un dormitorio en llamas iluminó el rostro del renegado: apuesto y de facciones duras, con cuatro cicatrices paralelas en la mejilla derecha. Dodge Anders. Con sólo catorce años, luchaba como un hombre hecho y derecho.

Habían transcurrido unos pocos años desde el asalto inicial de Roja al palacio de Corazones, y el caos que se había desatado tras su toma de poder en el reino había dado paso a un nuevo orden. Al enterarse del golpe de Roja, temerosos del régimen que pudiera instaurar, muchos ciudadanos habían hecho las maletas de inmediato e intentado emigrar a Confinia, aquel país independiente separado de Marvilia por la agreste extensión de la Ferania Ulterior y gobernado por el rey Arch. Sin embargo, quizá porque quienes deseaban emigrar no pagaron un soborno lo bastante generoso a los funcionarios de aduanas de Confinia, o quizá porque Roja había previsto que se produciría un éxodo de cobardes y había llegado a un acuerdo con el rey Arch, nadie consiguió abandonar el país. Todos se quedaron atrapados en Marvilia, sometidos a la saña de Roja. Familias enteras fueron enviadas a campos de trabajo o, en casos peores, exterminadas. Otros, que no habían intentado huir del país pero que se oponían al reinado de Roja, se enteraron de la existencia de los alysianos y renunciaron a la vida normal para unirse a la resistencia.

Roja decidió gobernar el reino desde su fortaleza del monte Solitario. El castillo constituía un recordatorio permanente de los años que ella había pasado en el exilio y del injusto destierro ordenado por su querida y difunta hermana, lo que servía de justificación de sus brutales métodos represivos. Poco después de la coronación, Roja mandó trasladar el Corazón de Cristal a la fortaleza, y ahora notaba su presencia luminosa en su cámara secreta, mientras caminaba de un lado a otro de la habitación, escuchando a Jacob Noncelo recitar fragmentos de *In Regnum Speramus*. Ella estaba

reescribiendo el libro con la ayuda del preceptor, que hacía las veces de secretario.

—«El reino siempre había sido una tierra de ingenuidad y optimismo» —leyó Jacob—. «Era como si estuviese regido por niños y niñas...».

—Por niños —corrigió Roja.

—«... por niños que aún no habían dejado de lado sus juguetes infantiles para afrontar la dura realidad del universo».

—Bien —dijo Roja—. Seguimos: «Un universo en que sólo sobreviven los más crueles, un universo en que el galimatazo grande se come al pequeño, valga la expresión».

La aguda plumilla de Jacob se deslizó sobre el papiro real. El Gato entró en la habitación.

—¿Sí? —preguntó Roja.

—Blaxik ha caído y los esclavos han escapado —siseó el Gato—. Ha sido obra de los alysianos.

Roja apretó los puños. Un temblor sacudió los objetos de la habitación. Los alysianos: un punto negro en la cara de su reino, una aguja clavada en el puño de su régimen. ¿Por qué no había acabado con ellos el Gato? Las armas y los muebles que no estaban sujetos al suelo vibraban con su creciente cólera. Jacob Noncelo y el Gato, que conocían su escasa tolerancia para con el fracaso, salieron a toda prisa de la habitación.

—¡Yaaaaaaaah! —bramó Roja, de pie en el centro de un torbellino de sillas, lámparas, espadas, lanzas, platos y libros, un tornado surgido del pozo sin fondo de su imaginación cargada de odio.

¿Blaxik en manos del enemigo? ¿Los esclavos, libres? Rodarían cabezas.

Al finalizar la batalla de Blaxik, todavía con adrenalina en las venas, Dodge y la torre blanca se aventuraron a recorrer las concurridas calles de la zona urbana deprimida en que se había convertido Marvilópolis para refrescarse la memoria sobre por qué luchaban. La torre se camufló con un abrigo con capucha, pero Dodge se negó a hacer otro tanto. No estaba dispuesto a ocultar su rostro a la vista de sus enemigos.

—Me acuerdo de cuando los marvilianos le tenían cariño a esta ciudad —comentó la torre mientras andaban con cuidado por una acera repleta de basura—. Las calles estaban limpias, el suelo barrido. Los arbustos y las flores del bordillo siempre tarareaban melodías alegres. —Bajó la mirada al bordillo: no había más que matojos y hierbas secas; toda la vegetación estaba en silencio, muerta, rociada con Naturicida, una sustancia química que Roja había concebido expresamente con ese fin—. Y podías comprarte una tartitarta calentita y acabada de hacer en cualquier esquina. Echo de menos las tartitartas.

Dodge asintió con la cabeza. Guardaba sus propios recuerdos: los edificios

relumbrantes como el cuarzo de la época de Genevieve, los titilantes colores de las torres y las agujas que se mantenían limpias y bruñidas. Marvilia había sido un lugar rutilante, esplendoroso, incandescente, habitado en su mayor parte por ciudadanos trabajadores y respetuosos de la ley. Ahora, todo estaba recubierto de mugre y hollín. La pobreza y la delincuencia habían rezumado de las callejuelas para adueñarse de las vías principales. Todo aquello que fuera brillante y luminoso debía ocultarse en lo más recóndito de la ciudad.

—Crucemos la calle —propuso el miliciano torre.

Dodge entendió por qué: delante de ellos, se había desatado una pelea. Dos marvilianos escuálidos atacaban a un tercero. Seguramente una venta de estimulantes de la imaginación se había torcido. Cuando Dodge y la torre caminaban por la calle, no podían avanzar más que unos pasos sin toparse con alguna trifulca. Procuraban mantenerse apartados para no llamar demasiado la atención.

Atravesaron la calle y llegaron a una esquina atestada de parrillas en que se asaban kebabs de gombrices y donde los traficantes de cristales ofrecían su mercancía de contrabando. Dodge intentó evocar en sus sentidos el aroma de las tartitartas recién horneadas. ¿No le había comprado su padre una en esa misma esquina? Su memoria sensorial le falló. Le resultaba imposible revivir el pasado. Por encima de los gritos y otros ruidos de la calle, oyó una voz incorpórea que repetía consignas y alabanzas de Roja, procedente de unos altavoces instalados en lo alto. «El camino de Roja es el camino correcto. En el principio estaba Roja, por lo que, cuando llegue el final, estará Roja». Rostros tridimensionales proyectados en vallas holográficas informaban sobre las campañas y los impuestos más recientes. De fondo, emitida desde Dios sabe dónde, sonaba una música enlatada, la banda sonora de la caída en picado de Marvilópolis hacia la más absoluta decadencia. Parecía provenir de cada grieta de la acera, de cada bache de la calle, de cada fisura en los edificios deteriorados por el tiempo; era una melodía basada en la repetición infinita, con letra escrita por la propia Roja, que la ensalzaba como salvadora de Marvilia.

—Me encantaría experimentar el silencio de nuevo —dijo Dodge—. Pasarme un día entero rodeado de silencio.

—Sí, pero ya sabes cómo es esto. —La torre hizo su mejor imitación de Roja—: «De ahora en adelante, el silencio queda prohibido. El silencio da pie al pensamiento independiente, que a su vez da pie a la disidencia».

En realidad, ambos sabían que no había demasiados disidentes de verdad. Todos los detractores de Roja habían sido rápidamente extirpados de la población general y nadie había vuelto a saber de ellos.

La batalla de Blaxik quedaba cada vez más lejos, y los ánimos de Dodge y la torre empezaban a templarse. Podían elegir entre muchos sitios para pasar el rato, siempre y cuando tuvieran cuidado.

—¿Qué tal si vamos a una pelea de galimatazos? —sugirió la torre. En el anfiteatro, las bestias descomunales y feroces arremetían unas contra otras con un odio incontenible que sólo podía compararse con el que se tenían entre sí los miembros del público.

Dodge negó con la cabeza.

—Siempre se arma alguna bronca, y no me gusta la sensación que me queda cuando nos escabullimos sin haber herido siquiera a los soldados de Roja.

—¿A la estatua, entonces?

Dodge sacudió la cabeza de nuevo. La estatua de la reina Roja se alzaba en el límite occidental de la ciudad. Desde su mirador, Dodge contemplaba a través de los ojos de aquella enorme réplica de ágata la ciudad que se extendía a sus pies. A veces, su sed de venganza remitía un poco al imaginar que se encontraba dentro del cráneo de la Reina. Pero aquel día no tenía ganas.

—Demos un paseo ya —dijo.

Pasaron por delante de los escaparates tapados con tablas de la explanada de Roja, las casas de empeños y los locales de los prestamistas de la plaza de Roja, y los colosales bloques residenciales Torres de Roja, cuyo lema publicitario «Si usted viviera aquí, ya estaría en casa» no ayudaba precisamente a vender apartamentos Ubres. Hicieron una escala en el hotel y casino de Roja, donde, además de apostar cristales, los marvilianos podían jugarse la vida a un solo lanzamiento de dados. Dodge apretó el paso cuando pasaron frente al palacio de Corazones —ahora caído en el abandono y habitado por ocupantes ilegales atontados por los estimulantes— camino del solar donde se estaban construyendo las Cinco Agujas de Roja. Su Malignidad Imperial había prometido que las Cinco Agujas de Roja serían la estructura más alta del universo; una columna vertical de acero revestida de cristal anguloso y vetado que se elevaría majestuosa hacia el cielo y estaría rematada por cinco agujas puntiagudas como los dedos de la mismísima Reina.

—¿Crees que llegará a terminarla? —preguntó la torre.

Dodge se puso tenso.

—Creo que no debemos darle la oportunidad.

Por todas partes veían letreros que exhortaban a los marvilianos a asistir a las reuniones de las innumerables sociedades de la Imaginación Negra que proliferaban ahora en todos los salones de banquetes, mientras que las sociedades de la Imaginación Blanca se veían obligadas a reunirse en la clandestinidad. A los defensores de la Imaginación Blanca que eran descubiertos los condenaban a una muerte lenta y dolorosa; los enviaban a las minas de Cristal, tal como se hacía con los practicantes de la Imaginación Negra durante el reinado de Genevieve, pero si antes se ponía énfasis en el trabajo duro y el arrepentimiento con vistas a su futura vida en libertad, ahora se obligaba a los presos a trabajar hasta más allá del límite de sus

fuerzas.

—¿Qué clase de mundo es éste —preguntó el miliciano torre, disgustado—, en que vecinos y amigos se delatan mutuamente? ¿Un mundo en que los hijos, enfadados con sus padres porque no les regalaron un juego de iniciación a la Imaginación Negra por su cumpleaños, pueden denunciarlos al teniente del Corte más cercano y declarar que oyeron a sus padres decir que Roja no es la soberana legítima del reino, para que los arresten y los sometan a torturas inenarrables? Estoy seguro de que a Roja le da igual si dicen la verdad o no.

—Probablemente prefiere que no —dijo Dodge. La torre asintió y volvió a imitar la voz de Roja:

—«Porque la mentira es mucho más acorde con la Imaginación Negra. Mi reino prospera gracias al engaño y la violencia».

—Y la incertidumbre.

La torre resopló de indignación.

—Leyes distintas para gente distinta. Los miembros de la familia de Picas o de Tréboles evitan que los manden a las minas haciendo donativos generosos a la cuenta personal de cristal de la Reina; en cambio, para el marviliano de a pie, no hay esperanza: se los llevan a la mina.

Dirigieron sus pasos hacia el bosque Eterno. Ya habían visto bastante.

—Yo te diré qué clase de mundo es éste —prosiguió la torre, respondiendo a su propia pregunta—. Es un mundo que no puede durar.

—No —repuso Dodge, pero ya no estaba pensando en el ascenso y la caída de las reinas, ni en la corrupción general de la población. Pensaba en algo más personal, en su motivación para levantarse cada mañana: la idea de matar al Gato.

Treinta y dos horas después de escapar del Palais de Justice, Somber Logan estaba fuera de París, rastreando la campiña con la intención de encontrar a Alyss. Al cabo de unas semanas de búsqueda infructuosa, llegó a la ciudad de Cannes, en la Riviera francesa. Corría el mes de agosto, y el verano estaba en su apogeo. Somber no había visitado aún una sola tienda de sombreros cuando iba caminando por una calle próxima a la playa y oyó que un caballero que pasaba por allí le comentaba a su acompañante: «*Ah, regardes cela! Pauvre petit chapeau haut-de-forme!*».

Somber había aprendido el suficiente francés para saber que «*chapeau*» significaba «sombrero». Mientras los dos hombres proseguían su camino, él se volvió para echar una ojeada al sombrero en cuestión y vio una chistera que flotaba en el centro de un charco. En un milisegundo cayó en la cuenta de que era su sombrero. ¿Cómo había llegado hasta allí? Somber examinó el charco. El agua debía de estar evaporándose por el calor, pero al fijarse en el borde descubrió que no era así. Un charco en evaporación estaría rodeado por un cerco de humedad que indicaría el tamaño que tenía antes de sufrir los efectos del sol.

Somber había estudiado unos cuantos charcos desde que había llegado a este mundo, preguntándose si alguno de ellos lo llevaría de vuelta a Marvilia una vez que se reencontrara con la princesa Alyss. No había percibido ningún detalle revelador en ellos, nada que señalara su posible uso como portal de retorno.

En cambio, éste... Con cuidado de no meter el pie en él, se agachó y recogió el sombrero. Estaba empapado, pero, a juzgar por su aspecto, en buenas condiciones. Hizo un movimiento rápido con la muñeca. Las cuchillas en forma de S aparecieron al instante. De modo que la chistera aún funcionaba. Con otro giro de la muñeca, las cuchillas se transformaron de nuevo en una prenda chorreante que Somber se puso en la cabeza. Dio unos golpecitos a la copa del sombrero como un dandi que añade el toque final a su atuendo antes de salir a pasar una noche de juerga y diversión. Como experimento, Somber cogió una piedra y la dejó caer en el charco.

Con un sonido de succión, el agua la arrastró velozmente hacia abajo hasta que no quedó rastro de ella.

Seguramente era un portal de retorno. Somber supuso que, si bien el estanque de las Lágrimas era la única vía para salir de Marvilia, había muchos portales para regresar, como aquél, lo que parecía indicar que había varios caminos conectados al estanque de las Lágrimas como tentáculos a la cabeza de un pulpo. En adelante se mantendría alerta por si topaba con otros charcos o masas de agua en sitios donde no podían existir de manera natural.

Tres días después, en Mónaco, se encontró con otro, en el borde de un paseo marítimo blanqueado por el sol. Entonces lo asaltó una duda: ¿y si Alyss había

descubierto un portal de retorno y había viajado de vuelta a Marvilia? No era probable, pues nadie que se hubiese zambullido en el estanque de las Lágrimas había regresado jamás. Por otro lado, Alyss no era como los otros que habían caído en el estanque de las Lágrimas. No era como los demás en nada. Si había vuelto, no sobreviviría durante mucho tiempo. No había recibido la formación necesaria, no había ejercitado su músculo imaginativo lo suficiente, y Roja no tendría contemplaciones con ella. Para poner a prueba el portal que tenía delante, extrajo una de las dagas que llevaba en la mochila y la dejó caer en el agua.

Desapareció en el acto, con el mismo sonido de succión.

Somber aplanó su chistera y apiló las cuchillas de la forma más compacta posible. Se guardó el arma en la chaqueta, en un bolsillo seguro, revestido de una tela gruesa; no tenía la menor intención de perderla de nuevo.

¿Y si su teoría estaba equivocada? ¿Y si ese charco no era un portal que conducía a Marvilia, sino a un destino desconocido? Entrar en él implicaba un riesgo importante. Por el bien de Alyss y del reino, debía asumirlo.

Cuando uno recupera la calma y se toma unos momentos para reflexionar, no es raro que las declaraciones espetadas en un arranque de furia le parezcan desafortunadas, y cómo es posible que hiriesen a familiares, amigos, amantes, maridos o esposas, uno desearía no haberlas pronunciado. Sin embargo, no era éste el caso de la chica de once años Alyss de Corazones, que había aguardado con impaciencia a que el pastor Charles Dodgson terminara el libro que describía su vida en Marvilia, siempre imaginando que aquellos que habían dudado de ella tendrían que tragarse sus palabras. Cuando Dodgson finalmente le entregó un ejemplar del libro, un día de *picnic*, mientras comían pollo frío con ensalada junto al río Cherwell, y ella descubrió que tenía muy poco que ver con ella y que el hombre había desfigurado todo lo que ella le había contado y lo había convertido en una sarta de disparates —¿cómo había podido hacerle esto?, ¡qué broma tan despiadada!—, la ira se apoderó de ella hasta la punta de los dedos. Si sus historias sobre Marvilia no eran meras fantasías, más habría valido que lo fuesen, pues no le habían causado más que penas y disgustos. «¡Mi última oportunidad se ha perdido! ¡Me la han arrebatado!».

Lo que dijo era exactamente lo que pensaba, y ni una sola vez, en los años que siguieron, se arrepintió de decirlo.

—Es usted el hombre más cruel que he conocido, señor Dodgson, y si creyera usted una sola palabra de lo que le conté, sabría que eso significa que es terriblemente cruel. ¡No quiero volver a verle! ¡Nunca, nunca, nunca!

Dejó a Dodgson en la ribera, perplejo, y corrió hasta llegar a su casa. Irrumpió en el vestíbulo y cerró la puerta de un golpe, lo que sobresaltó a la señora Liddell.

—Vuelves temprano, ¿no?

Pero Alyss, con el rostro crispado de aflicción y rabia, no se detuvo. «¡Qué hombre tan cruel e inhumano! ¿Qué se supone que debo hacer? No puedo vivir como Alice la Rara». Subió los escalones de dos en dos hasta su habitación y cerró la puerta con pestillo.

—Alice —la llamó la señora Liddell, que la había seguido—. ¿Dónde están Edith y Lorina? ¿Dónde está el señor Dodgson? ¿Qué ha pasado?

Alyss no contestaba, ni salía de su alcoba. No escuchaba los golpes que la señora Liddell daba a la puerta, ni su forcejeo furioso pero inútil con el pomo de la puerta, ni su imperiosa exigencia:

—Alice, abre la puerta ahora mismo.

La sangre le rugía en las venas, y de pronto comenzó a arrancar a puñados los dibujos del palacio de Corazones de las paredes y a hacerlos trizas. «Nunca más. No recordaré nada. Lo borraré todo. Ya no seré Alice la Rara. Alice la Rara debe morir». Sí, ésa era una solución: renunciar a sus delirios ridículos y fantásticos, e integrarse

sin reservas en el mundo que la rodeaba. Ser como todos los demás.

Se puso a escuchar.

La señora Liddell ya no aporreaba la puerta de su habitación. Oyó unas voces procedentes de abajo. Sin duda Dodgson había vuelto con sus hermanas. ¡Aquel desalmado!

—¡Alice, ven, baja! —le gritó la señora Liddell—. ¡El señor Dodgson está aquí!

—¡No quiero verlo!

Al pensar de nuevo en lo que él había hecho y recordar el tacto de su estúpido libro en las manos, se encolerizó otra vez —«¡Me engañó! ¡Tiene el corazón de hielo!»— y asestó una patada a los montones de papel rasgado que había en el suelo.

Pero ¿qué...? Algo se había movido en el espejo; no era su reflejo ni el de ningún objeto de la habitación. ¡No! Era Genevieve, vestida tal como Alyss la había visto por última vez, pero sin corona.

—Nunca olvides quién eres, Alyss —dijo Genevieve.

—¡Cállate! —chilló Alyss y lanzó una almohada contra el espejo.

Su madre —o quien fuera la mujer del espejo— nunca había tenido que pasar por experiencias como las que Alyss había vivido durante los últimos cuatro años. De pronto, el espejo estaba vacío, sólo reflejaba la habitación. Pero, por supuesto, nunca había habido nadie dentro del espejo. ¡Qué absurdo! Su imaginación le había jugado una mala pasada.

Agotada, Alyss se dejó caer en el suelo, sollozando. Poco después, se quedó dormida entre los trozos de castillos de papel. Cuando salió de su habitación a la mañana siguiente —una habitación impecable, sin papeles rotos en el suelo ni rastro de los actos de destrucción cometidos en ella unas horas antes—, los Liddell estaban desayunando en el comedor. De inmediato advirtieron un cambio en Alyss, aunque no habrían sabido señalar exactamente de qué se trataba. Edith y Lorina se quedaron quietas, con la comida a medio masticar y la boca abierta, que dejaba a la vista un amasijo de huevos revueltos. El decano Liddell dejó de untar mantequilla en su bollo, y la señora Liddell continuó sirviéndose té en la taza incluso después de que el líquido sobrepasara el borde y se derramara en el platillo. No se dio cuenta de lo que había hecho hasta que la criada se acercó para limpiarlo.

—Llevas puesto el vestido —observó la señora Liddell. Lo había comprado hacía meses y Alyss se había negado a ponérselo por miedo a que le diera un aspecto común y corriente.

—Sí, madre.

Eso no era todo, había cambiado en algo más.

—Estás... bastante guapa —dijo el decano Liddell.

—Gracias, padre.

El cambio residía en detalles más sutiles; el ángulo en que Alyss tenía inclinada la

cabeza, el suave movimiento de sus brazos, su andar cuidadoso. Los Liddell estaban tan fascinados con su aspecto que no se percataron de que era la primera vez que los había llamado por los apelativos más íntimos: padre y madre.

Somber introdujo un pie en el charco, pero la suela de su zapato no llegó a tocar el fondo. Se precipitó hacia abajo, hacia las profundidades, hasta que se detuvo por unos instantes en lo más hondo, para luego salir disparado hacia arriba tan rápidamente como había caído. Cuando emergió, se encontraba en el estanque de las Lágrimas.

Las nubes se arremolinaban violentamente en lo alto, y el agua estaba agitada. Somber nadó hasta la orilla de cristal, aguzando los sentidos por si Roja o sus hordas andaban cerca. Salió del agua y caminó sigilosamente hasta el árbol más cercano, un ejemplar viejo y maltratado por el tiempo con el tronco cubierto de cortes y las ramas peladas y nudosas.

—¿Ha regresado a Marvilia la princesa Alyss? ¿La has visto salir del estanque?

—¡La princesa Alyss ha muerto! —respondió el árbol en voz muy alta, como para que lo oyese una fuerza invisible pero omnisciente capaz de infligir un daño muy grande a la menor provocación.

—No tengo pruebas de su muerte.

—¡La princesa Alyss de Corazones ha muerto! —repitió el árbol, más alto que antes, pero añadió en un susurro—: Los vitróculos de Roja están por todas partes. Hablar es peligroso. La Princesa no ha vuelto.

Somber no sabía qué eran los vitróculos —Roja los había enviado a vigilar el reino hacía poco tiempo—, pero no pensaba quedarse por ahí para averiguarlo. Su sentido del deber le dictaba que regresara al otro mundo para buscar a la Princesa mientras le quedaran fuerzas. La encontraría, la adiestraría para que se convirtiera en Reina guerrera, del mismo modo que había adiestrado a su madre, y después ambos podrían regresar a casa para enfrentarse con la miríada de problemas que plagaban el reino. Los vitróculos no eran más que uno de ellos.

Se zambulló de nuevo en el estanque de las Lágrimas. La gravedad del portal, que lo arrastró hacia abajo, empezaba a resultarle familiar, al igual que la pausa en el fondo, la suspensión momentánea, seguida del ascenso vertiginoso. Emergió en un charco situado detrás de un establo, a las afueras de Budapest, Hungría. Tres cabras impasibles fueron los tres únicos seres que vieron a la figura salir despedida del charco calentado por el sol y caer ágilmente de pie.

Somber se preguntó si algún día aprendería a controlar el estanque de Lágrimas tal como navegaba por el Continuo de Cristal, de modo que pudiese elegir su destino en la Tierra. Le resultaría difícil: el agua era un medio denso; maniobrar en ella requería destreza, equilibrio, resistencia y fuerza tanto física como mental. No obstante, dejó estas consideraciones para otro día, para otro año, pues Somber emprendería la búsqueda de Alyss por todo el mundo muy en serio.

Estaba convencido de que si seguía la pista de personas rodeadas del aura de la

imaginación, una de ellas lo conduciría hasta la Princesa de Marvilia, que con toda seguridad resplandecería en este mundo.

El capitán de la Bonetería pasó por tiendas de sombreros en ciudades de España, Portugal, Bélgica, Suiza, Austria, Baviera, Italia, Prusia, Grecia y Polonia, entre otros países. En 1864, cuando llevaba cinco años de búsqueda y había recorrido dos veces el continente europeo, subió a bordo del ferry de Calais con destino a Dover, Inglaterra. Si *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas* se hubiese publicado ya cuando llegó a la isla, a cualquiera de los dependientes de las tiendas de sombreros y mercerías que visitaba le habría sonado de algo el nombre de Alyss de Corazones, Princesa de Marvilia, cuando él lo pronunciara, aunque sin duda lo habrían tomado por loco; un hombre que buscaba a un personaje de ficción. Como éste no era el caso, simplemente intentaban venderle sombreros que él no necesitaba y alababan el que llevaba puesto. Un año después, cuando el libro del pastor Charles Dodgson saliese a la luz, Somber se hallaría lejos de Inglaterra.

Conforme erraba por el mundo en busca de la Princesa de Marvilia, con mapas sobresaliéndole de todos los bolsillos disponibles, desgastados por el uso y llenos de notas garabateadas que indicaban dónde había estado, la leyenda de Somber crecía. Aunque las lenguas en que se transmitía eran tan diversas como los territorios que cubría —lenguas que iban desde el afrikáans hasta el hindi, pasando por el japonés y el galés—, y los detalles del relato diferían con frecuencia, la premisa básica era la misma: un hombre solitario dotado de poderes físicos aterradores y equipado con una curiosa colección de armas cruzaba continentes en una búsqueda misteriosa que lo llevaba hasta todos los lugares del mundo donde se vendían sombreros, ya fuera la tienda de campaña de un beduino norteafricano que ofrecía gorros tejidos a mano o una sombrerería exclusiva en el corazón de Praga.

Hubo supuestos avistamientos de Somber en Estados Unidos, que se encontraba en los últimos meses de una guerra civil; lo vieron merodear por las calles de Nueva York, avanzar pesadamente por las colinas nevadas de Vermont, los caminos cubiertos de hielo de Delaware, Rhode Island, New Hampshire y Maine. Viajó hacia el sur hasta México y América del Sur, bordeó la península Antártica y enfiló de nuevo hacia el norte hasta California y Oregón. Llegó a Canadá y desde allí se trasladó a los países asiáticos y Extremo Oriente.

Entonces, la tercera semana de abril de 1872, trece años después de haber perdido a Alyss, Somber entró en una tienda en un bazar muy concurrido de Egipto, al pie de la gran pirámide de Gizeh.

—Busco a Alyss de Corazones, Princesa de Marvilia —le dijo al mercader—. Pertenezco a la Bonetería de Marvilia. Le agradeceré toda información que pueda facilitarme sobre la princesa Alyss y, a su debido tiempo, le recompensaré por ello.

Había pronunciado estas mismas palabras tantas veces y sin éxito que un hombre

normal habría perdido toda la fe en su poder para dar pie a una respuesta significativa. Lo cierto es que no albergaba la menor esperanza de que el mercader tuviese información útil, por lo que se sorprendió cuando el hombre lo llevó hasta un estante elevado en el que descansaba un libro, entre una reproducción de la esfinge tallada en arenisca y una cesta de lenguas de camello secas. El hombre le quitó el polvo con la manga y se lo pasó a Somber. Era una edición inglesa de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Su nombre estaba mal escrito, pero... ¿«el País de las Maravillas»? Tenía que ser su Alyss. ¿Quién más podía ser? La niña de las ilustraciones no se le parecía en absoluto, pero no era imposible que se tratase de una mera coincidencia. El siguiente paso de Somber ahora estaba muy claro: para encontrar a Alyss, primero tendría que localizar al autor del libro, Lewis Carroll.

Rápido como una bala, Dodge atravesaba a toda velocidad el brillo caleidoscópico del Continuo de Cristal lanzando gritos de júbilo.

Los marvilianos que se apresuraban a apartarse de su camino acababan succionados por las vías del cristal y expelidos a través de espejos en casas de desconocidos o en restaurantes de mala muerte; espejos por los que nunca habían planeado salir, pues se dirigían hacia otros destinos.

—¡Sí, sí, sí! —gritaba Dodge—. ¡Vamos!

Cuatro vitróculos lo perseguían. Su aspecto era el de marvilianos comunes y corrientes salvo por los implantes de cristal incoloro y reflectante que tenían en las cuencas de los ojos. Los vitróculos, una raza artificial con visión, fuerza y velocidad sobrehumanas, estaban diseñados para el combate cuerpo a cuerpo y patrullaban el Continuo de Cristal con la orden de aniquilar a todos los sospechosos de ser alysianos. Su vigilancia había conseguido limitar la movilidad de los rebeldes y prácticamente había bloqueado un canal de comunicación importante utilizado por la resistencia. Los comunicadores especulares portátiles nunca habían sido prácticos más que para remitir mensajes breves y crípticos, pues éstos podían ser interceptados en cualquier momento. Para los alysianos, la forma más eficaz de enviar y recibir información delicada era por medio de mensajeros interportales que se desplazaran por el Continuo de Cristal. Ahora bien, ser un mensajero interportal significaba exponerse a una muerte prematura. Las carreras interportales estaban a un paso de ser consideradas misiones suicidas. Dodge Anders había llevado a cabo más carreras interportales que cualquier alysiano y siempre se ofrecía voluntario para transmitir los mensajes, las advertencias y las noticias más importantes. El motivo de esta carrera era que se había registrado actividad entre las tropas de Roja, y el general Doppelgänger sospechaba que atacarían pronto un puesto de los alysianos situado en las estribaciones de la montaña Snark. Había que ponerlos sobre aviso.

Zuuuuuuuum.

Dodge volaba a través del Continuo, con los vitróculos pisándole los talones, cada vez más cerca. Los momentos como éste, que ponían a prueba sus habilidades de navegación y su fuerza, eran los únicos en que experimentaba algo remotamente parecido a la felicidad. El grave peligro de muerte que corría le era indiferente. Hacía algo útil y sentía que la consumación de la venganza estaba mucho más cerca.

Ante él, el Continuo se dividía en varias direcciones. Lanzó el peso de su cuerpo hacia la izquierda y ejecutó un viraje cerrado en el último segundo. Volvió la vista atrás: uno de los vitróculos no había girado a tiempo. Quedaban tres, y debía burlarlos de inmediato, antes de que otros se sumaran a la persecución.

Girando para esquivar los disparos de los vitróculos, Dodge desenfundó su espada

y la sujetó firmemente con ambas manos. Haciendo un gran esfuerzo de voluntad, se paró en seco. Los vitróculos, que no se lo esperaban, se precipitaron hacia él, y el que iba delante quedó ensartado por la espada de Dodge. Antes de que los dos vitróculos que quedaban recuperasen el equilibrio, Dodge se relajó y se dejó arrastrar por la fuerza de atracción del espejo más cercano. Salió del Continuo al vestíbulo de un bloque de apartamentos. En menos de lo que un maspíritu al galope daba un solo paso, se pegó todo lo que pudo a la pared, junto al espejo. Los vitróculos salieron disparados de él y se alejaron corriendo. Dodge hizo añicos el espejo con la empuñadura de la espada: mientras los fragmentos de vidrio caían y se desparramaban, Dodge regresó al Continuo a través de una esquirla reflectante no más grande que el espolón de un galimatazo, una técnica que los vitróculos no habían logrado dominar, pues, cuando lo intentaban, no conseguían introducir todo su cuerpo en el Continuo, sino sólo las partes reflejadas en el fragmento. Recorriendo como un bólido la vía cristalina del espejo, que desaparecía rápidamente, con el vacío ganando terreno a su espalda, Dodge volvió la mirada hacia atrás por última vez y vio a uno de los vitróculos con media cara, un hombro y poca cosa más, y al otro con la cabeza y el torso pero sin brazos. No le quedaban fuerzas, y el vacío se lo tragó enseguida. Dodge también habría pasado a formar parte de la nada si no hubiese enfilado la arteria principal del Continuo en el momento justo.

Prosiguió su camino, en dirección a un espejo concreto que no estaba muy lejos de la montaña Snark. Emergió del Continuo y cubrió el resto del trayecto a pie. La euforia que lo había invadido durante la persecución se desvaneció antes de que él llegara a su destino. Para cuando avisó al comandante del puesto de los alysianos de que Roja posiblemente planeaba un ataque, ya volvía a ser el Dodge extremadamente contenido de siempre.

Misión cumplida. ¿Y ahora qué? Podía encaminarse de vuelta al bosque Eterno, pero seguramente no encontraría ahí más que al general Doppelgänger y a los demás, discutiendo estrategias. Cualquier cosa era preferible a quedarse sentado, de brazos cruzados.

De modo que decidió emprender otra carrera interportal. Emergió cerca del bosque Susurrante y lo atravesó hasta llegar al estanque de las Lágrimas. De cuando en cuando iba allí y se quedaba de pie al borde del precipicio, contemplando el estanque, pensando en la vida que le había tocado en suerte. Al igual que su padre, había creído alguna vez en los principios de la Imaginación Blanca: el amor, la justicia y la voluntad de servir al prójimo. Pero ahora se daba cuenta de lo ingenuo que había sido: la adhesión a principios elevados no llevaba a ningún sitio en este mundo. Esta observancia no era una recompensa en sí misma, como predicaba su padre. ¿Qué clase de recompensa permitía que otros subyugaran, asesinaran e hicieran desaparecer a nuestros seres más queridos?

Había sido una temeridad ir al estanque. No habría debido correr ese riesgo innecesario. Tenía que permanecer con vida. Su sed de venganza así lo exigía. Y satisfaría esa sed.

Alice se esforzaba por integrarse en el mundo en que se encontraba y se negaba a ver a Dodgson cada vez que él se presentaba en la casa. Dolido por su rechazo, el pastor espació sus visitas hasta que éstas cesaron por completo. El libro que había escrito para ella se editó para el disfrute del público bajo el título de *Las aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*. Todo el mundo sabía que las historias que contaba Alice habían servido de inspiración —lo que daba pie a un sinfín de burlas—, pero ella se había adaptado tan bien a las costumbres y creencias de la época y había interiorizado las inclinaciones de las otras chicas de su edad hasta tal punto que había acabado por trabar amistad con los que se mofaban de ella sin piedad. Y aunque la señora Liddell nunca averiguó el motivo de la rabieta que le había dado a Alice aquella fatídica tarde junto al río Cherwell, estaba más que complacida con la conducta que observaba su hija desde entonces. Las tonterías que había escrito Dodgson, lejos de envanecer a la muchacha, parecían haberla ayudado a sentar la cabeza, cosa que ninguna otra cosa había conseguido, como si le hubieran abierto los ojos a lo insana que era su palabrería sobre Marvilia. Alice se distanció del libro y de su autor, y la señora Liddell lo interpretó como señal de que estaba madurando. Y no se equivocaba.

Recién cumplidos los dieciséis años, cuando salía a dar un paseo el domingo por la calle principal con su madre y sus hermanas, empezó a ocurrir lo que las celadoras de Charing Cross habían predicho: los jóvenes de la alta sociedad se paraban a admirarla, movían cielo y tierra para indagar quién era, la invitaban a fiestas y una vez allí se esforzaban por impresionarla con su ingenio y su experiencia de la vida. Descubrían que la señorita Liddell no estaba precisamente falta de inteligencia. Para algunos incluso tenía demasiada. Era una joven reflexiva, instruida, que tenía opiniones propias sobre una amplia gama de temas que iban desde la política del Gobierno hasta la responsabilidad que entrañaba el poderío militar británico, la naturaleza del comercio y la industria en una monarquía, la asistencia a los pobres y desfavorecidos, el sensacionalismo de la prensa de Fleet Street y los entresijos del sistema jurídico puestos en evidencia por el célebre escritor Charles Dickens.

Muchos dandis acomodados —incluso aquellos que no se sentían a gusto con mujeres que parecieran más listas que ellos— se lamentaban de que Alice fuera adoptada, pues eso significaba que no podían casarse con ella. Por supuesto, ellos daban por sentado que la señorita Liddell se habría considerado muy afortunada de contraer matrimonio con cualquiera de ellos. Sin embargo, ella no se dejaba impresionar fácilmente, y no se enamoraba de cualquiera. Las vicisitudes de su vida la habían llevado a reprimir sus sentimientos por otras personas; era peligroso encariñarse con alguien, pues al final, inevitablemente, acababas sufriendo. Charlaba con los jóvenes, aceptaba sus invitaciones a fiestas y galas, pero más para hacer feliz

a su madre que por interés en los hombres.

El pastor Dodgson publicó una segunda parte de *Alicia en el País de las Maravillas* titulada *A través del espejo*. De nuevo, el público acogió con entusiasmo sus disparates. La propia Alice no leyó el libro, pero poco antes de su publicación, y contra su voluntad, estuvo en la misma habitación que el autor. Oxford no era una ciudad grande, y ella se había cruzado varias veces con Dodgson en la calle, o en algún prado de la universidad, pero había tenido cuidado de rehuir toda conversación con él; lo saludaba tal como exigía la buena educación, pero eso era todo. Cuando hubo cumplido los dieciocho años, la señora Liddell estimó oportuno fijar para la posteridad la imagen de la joven en que se había convertido su hija. Quería que Alice posara para un retrato fotográfico y le pidió a Dodgson que fuera el fotógrafo.

—Madre, por favor. Sabes que no quiero verlo —protestó Alice.

—Una dama puede tenerle aversión a un hombre —la aleccionó la señora Liddell —, pero no debe manifestarla de forma tan explícita.

Así pues, Alice accedió a posar para el retrato. El día señalado para ello, oyó a Dodgson entrar en la casa y preparar su equipo en el salón.

«Hombre detestable, ¿cómo es posible que no seas consciente de lo que me hiciste? ¿Debería perdonarlo? No puedo, no puedo. Debo mostrarme cortés. Pero despachar el asunto en un momento. Visto y no visto».

Alice no era capaz de disimular por completo sus sentimientos, y cuando la señora Liddell la llamó para que bajara, acudió con la prisa de quien está agobiado por los compromisos.

—Buenas tardes, señor Dodgson —dijo y se dejó caer en una silla.

Se quedó ahí, encorvada, con las manos en el regazo y la cabeza ladeada sobre su hombro derecho, mirando a Dodgson con el entrecejo fruncido hasta que él —lo más rápidamente posible, pues el comportamiento de Alice lo incomodaba— le sacó la fotografía. Acto seguido, ella se levantó de la silla.

—Gracias, señor —dijo, sin posar la vista en él sino en algún punto situado por encima de su cabeza, y salió de la estancia.

Cuando Alice contaba ya veinte años, la señora Liddell empezaba a estar ansiosa por que eligiera a un marido entre sus numerosos pretendientes.

—Pero es que no siento nada por ninguno de ellos —se quejó Alice, sacudiendo la cabeza para desterrar el recuerdo de un muchacho que había dejado atrás hacía años.

«¡No pienses en él! ¡No pienses, no pienses!».

Un sábado, la familia Liddell asistió a un concierto al aire libre de un cuarteto en el prado de Christ Church. Se disponían a sentarse cuando un joven caballero se acercó, con la intención de hablar con el decano Liddell. Era el príncipe Leopoldo, hijo menor de la reina Victoria, y lo habían enviado a Christ Church para que el

decano Liddell se encargara de su educación. Era la primera vez que veía a la familia.

La señora Liddell se puso nerviosa y emocionada cuando la presentaron.

—Y estas señoritas —dijo el decano, refiriéndose a sus hijas—, son Edith, Lorina y Alice. Chicas, salud al príncipe Leopoldo.

Alice le tendió la mano para que se la besara. El Príncipe no parecía muy dispuesto a soltársela.

—Me temo que no podéis quedaros con ella, Alteza —dijo ella. Al advertir que él no la había entendido, añadió—: La mano. La necesito todavía.

—Ah. Bueno, si debo devolvérsela, se la devuelvo, pero si alguna vez necesita que alguien se la guarde en un lugar seguro...

—Pensaré en vos, Alteza.

El príncipe Leopoldo insistió en que los Liddell se sentaran con él. Se situó entre Alice y la señora Liddell, y cuando el concierto dio comienzo con un popurrí de Mozart, se inclinó para susurrarle a Alice al oído:

—No me fascinan los popurrís. Saltan superficialmente de una obra a otra sin ahondar en ninguna de ellas.

—También existen muchas personas así —le respondió Alice, también en susurros. La señora Liddell, ajena a este diálogo, le dirigió a su hija una mirada que Alice no tenía idea de cómo interpretar. El Príncipe se pasó todo el concierto hablándole, tocando toda clase de temas, desde el arte hasta la política. La señorita Liddell le parecía distinta de otras jóvenes, que sólo hablaban de colgaduras de terciopelo, estampados del papel tapiz y la última moda, mujeres que esperaban que él se desmayase sólo con ver su caída de ojos. La señorita Liddell no intentaba deslumbrarlo; de hecho, daba la impresión de que no le importaba mucho lo que el Príncipe pensara de ella, y eso despertaba en él una franca admiración. En cuanto a su belleza... Sí, poseía una belleza innegable. En conjunto, le parecía una criatura deliciosamente enigmática.

En cuanto finalizó el concierto y Leopoldo se hubo marchado, la señora Liddell enunció lo que había estado tratando de comunicarle a Alice con la mirada.

—¡Es un príncipe! ¡Un príncipe! ¡Y se ha quedado prendado de ti, de eso estoy segura!

—Sólo hemos conversado, madre. He hablado con él como lo habría hecho con cualquier otro.

Sin embargo, costaba no hacer caso del entusiasmo y el arrobamiento de su madre, y Alice empezó a toparse con Leopoldo por toda la ciudad. Si visitaba la galería de pinturas de Christ Church, lo encontraba contemplando ensimismado un óleo de uno de los antiguos maestros. Si acudía a la biblioteca Bodleiana, lo encontraba hojeando un volumen de *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, de Gibbon (que ella había leído entera). «Es bastante guapo, supongo. Y

obviamente es de buena familia». Ciertamente, pero también lo eran muchos de los hombres que rivalizaban por su atención. Por lo menos él no se acariciaba el bigote con impaciencia cuando ella le hablaba de la necesidad de asistir a los pobres de Gran Bretaña.

—Los países deberían juzgarse por el cuidado que proporcionan a sus hijos más desfavorecidos —explicaba—. Si Gran Bretaña aspira verdaderamente a ser el reino más grande del mundo, no basta con hacer ostentación del poderío militar o de la superioridad de nuestra industria. Debemos servir de ejemplo y ser más caritativos y protectores con los nuestros.

El príncipe Leopoldo siempre la escuchaba atentamente, sopesando sus argumentos y consideraciones con seriedad. Nunca se mostraba de acuerdo ni en desacuerdo con ella.

«Quizá mamá tenga razón. Casarme con un príncipe desde luego no es lo peor que me podría pasar». Sin embargo, por más que Alice se esforzaba por enamorarse de ese hombre, su corazón no se dejaba convencer.

Tres meses después del concierto en el prado de Christ Church, ella y Leopoldo iban en el carruaje del príncipe, que se dirigía a Boar's Hill.

—Tu padre me ha dicho que visitarás el orfanato de Banbury mañana por la tarde —comentó Leopoldo—. Me gustaría acompañarte, si me lo permites. Nunca se sabe con qué problemas se puede topar allí una joven.

—Lo que creáis más conveniente, Alteza.

Él se ofreció a llevarla en su carruaje, pero Alice respondió que prefería ir a pie.

—Uno descubre muchas más cosas de la ciudad cuando va caminando; una pequeña tienda de curiosidades, o un rincón ajardinado donde uno nunca había sospechado que pudiera haber un jardín, en medio de la aglomeración urbana. Cuando uno va en un carruaje, pasa junto a esos tesoros a toda prisa, sin fijarse en ellos.

Las peculiaridades más nimias de la humanidad, lejos de parecerle insignificantes, eran para ella pequeños milagros dignos de celebrarse, y el Príncipe empezaba a amarla por ello.

En Banbury, los huérfanos se arremolinaron en torno a Alice, abrazándose a su falda y gritando todos a la vez. Alice se reía y mantenía cuatro conversaciones simultáneas, y, a los ojos de Leopoldo, en contraste con las paredes manchadas de hollín, la ropa demasiado holgada de los huérfanos y el rostro pálido y desvaído de las celadoras, estaba más radiante que nunca. Mientras recorrían el orfanato, seguidos por una procesión de chiquillos, un niño se negaba a soltarle el pulgar izquierdo a Alice.

Ella pidió un informe detallado de las dificultades que atravesaba el orfanato de

Banbury. Las celadoras le mostraron los entarimados podridos a causa del desbordamiento de aguas negras, el techo combado de la enfermería, los colchones raídos y finos como galletas. Le enseñaron la despensa, que estaba vacía salvo por dos sacos de judías y arroz crudo.

—Los niños no comen más que arroz y judías desde hace dos semanas —le informó una de las mujeres—. Se supone que deberíamos recibir un suministro de costillas de ternera, pero de momento... nada. Este tipo de cosas ocurre con cierta frecuencia, desgraciadamente.

El príncipe Leopoldo llevaba un rato en silencio. Se aclaró la garganta.

—¿Qué hay de la persona encargada de que Banbury reciba los alimentos y la ropa que necesitan los niños?

—El director decide con mucho cuidado quién debe recibir qué y en qué cantidad, Alteza —explicó la celadora—. Dice que acogemos a demasiados niños y que quizá no todos lo merecen. Por ejemplo, ése de ahí... —apuntó con el dedo al niño que se aferraba al pulgar de Alice— tiene mucho talento para robar, aunque la mitad de las veces lo que roba es comida por el hambre que tiene. Todos pasan hambre. —Señaló con un gesto a los huérfanos que los rodeaban.

Alice miró al chiquillo agarrado a su dedo y se acordó de Quigly Gaffer. «¿Qué habrá sido de él? ¿Y de los demás? Andrew, Margaret y Francine, que apenas tenían edad para vestirse sin ayuda, por no hablar de vivir en la calle sin el cariño ni el apoyo de la familia».

La expresión melancólica y distante de Alice causó una honda impresión en el Príncipe.

—Hablaré con la Reina —anunció al cabo de unos instantes—. Creo que instituiremos una comisión para que investigue este asunto y, mientras tanto, haremos las gestiones necesarias para aumentar las raciones de comida. ¿Qué le parece?

—Me parece de una generosidad muy poco corriente en este mundo —aseguró la mujer.

—Y si puedo evitarlo, aquí nadie estará tampoco en condiciones de averiguar si es corriente en el otro mundo.

Los huérfanos se quedaron callados, pestañeando, sin dar crédito a lo que acababan de oír. ¿La reina Victoria y el príncipe Leopoldo iban a interceder por ellos? Las celadoras reiteraron su agradecimiento al Príncipe varias veces, mientras Alice observaba con una sonrisa, que era la única recompensa que él deseaba.

En el camino de regreso, se detuvieron a descansar en el jardín botánico de la universidad. Allí, Alice se vio de pronto sentada en un banco con Leopoldo arrodillado ante ella.

—Decidas lo que decidas, Alice —le decía—, quiero que sepas que en los próximos años te apoyaré encantado en tus obras de beneficencia. Pero deseo con

todo mi corazón que me permitas hacerlo en calidad de tu marido.

Alice no entendía.

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo —aclaró Leopoldo.

—Pero... Alteza, ¿estáis seguro?

—Ésa no era precisamente la respuesta que yo esperaba, Alice. Lo menos que puedo decir de ti es que eres una plebeya muy poco común, y me sentiría muy orgulloso de ser tu marido. Sin duda sabes, claro está, que no podrás llevar el título de Princesa, ni tendrás derechos sobre el patrimonio real, ¿verdad?

—Por supuesto. —¿Matrimonio? De nuevo, notó la punzada de un afecto enterrado tiempo atrás, del afecto que sentía por alguien que... «¡No, no no! Piensa en otras cosas. Sé realista». Ese matrimonio complacería a su madre. Lo haría por ella, por el bien de su familia.

—¡Acepto, Leopoldo!

Se dejó besar mientras notaba que el frescor del ocaso la envolvía.

—Ya he hablado con la Reina y he pedido su bendición a tu padre, que me la ha dado —dijo el Príncipe—. Ofreceremos una fiesta para anunciar nuestro compromiso.

Si hubiera tenido tiempo para reflexionar, quizás Alice se habría reprimido, por considerar que la idea que se le había ocurrido era demasiado caprichosa. Sin embargo, las palabras poseían una fuerza propia, y sólo cuando las hubo pronunciado en voz alta, se percató de lo apropiada que era la idea.

—Organicemos un baile de disfraces.

Sí, era muy adecuado: una mascarada para celebrar la inminente boda de la joven huérfana con el príncipe Leopoldo de Gran Bretaña.

El largo y tortuoso rastro de editores y traductores llevó a Somber hasta el colegio universitario de Christ Church, en Oxford, Inglaterra. Llegó ante la puerta de un apartamento de soltero en el patio conocido como Tom Quad. Eran las 12.30. Por primera vez en trece años, estaba muy cerca de encontrar a Alyss de Corazones. Al otro lado de la puerta: Charles Dodgson, de seudónimo Lewis Carroll. Somber llamó.

—¿Quién es? —preguntó una voz.

—Me llamo Somber Logan. Soy miembro de la Bonetería de Marvilia, y he venido en busca de la princesa Alyss de Corazones.

Hubo una larga pausa, y al final la voz del otro lado de la puerta dijo:

—No... no sé quién le envía, pe... pero esto no tiene gra... gracia. Es do... domingo, señor, un día poco ade... adecuado para gastar bromas.

Somber permaneció frente a la puerta durante el tiempo suficiente para comprender que Dodgson no iba a abrirla.

Con un chasquido metálico, las cuchillas de su brazalete izquierdo hendieron el aire y Somber las hincó en la puerta. Ésta se partió en dos despidiendo astillas en todas direcciones, y Somber pasó a través de la abertura a una habitación pequeña y caldeada por el fuego que ardía en la chimenea. Dodgson, que estaba sentado a su escritorio trabajando, se puso en pie de un salto, sorprendido y asustado por la entrada de Somber. Derramó su té sobre la alfombra y su pluma estilográfica cayó y manchó de tinta las páginas de un diario abierto sobre el escritorio.

—¿Con qué de... derecho...? —empezó a protestar Dodgson, retrocediendo hasta un rincón de la habitación.

Somber plegó sus cuchillas. El hombre que tenía delante poseía el aura más brillante que había visto.

—¿Dónde está la princesa Alyss?

—¿Qui... quién?

—La princesa Alyss de Marvilia. Sé que ha estado usted en contacto con ella. Estoy en posesión de su libro.

Cuando Somber se llevó la mano a un bolsillo de la chaqueta de la Bonetería, Dodgson soltó un gemido.

—¡N... no, p... por favor!

Pero Somber sólo pretendía sacar su ejemplar de *Alicia en el País de las Maravillas*. Se guardó el libro de nuevo, se dirigió a grandes zancadas al escritorio y se puso a hojear el diario de Dodgson.

—¿Sabe quién soy?

—C... creo que sé qui... quién se s... supone que es. Pe... pero lea... aseguro que n... no me hace ni pizca de gra... gracia. ¿Le ha en... enviado Alyss pa... para

burlarse de mí?

—He buscado a la Princesa durante años, durante más de la mitad de su vida, y he obtenido muy pocos resultados. Pero ahora le he encontrado a usted...

—¿N... no hablará en se... serio?

—Oh, hablo muy en serio. Y daré con ella aunque no me diga dónde está. Sin embargo, será mejor para su salud que me ayude.

—Pero si apenas la he vi... visto en los últimos n... nueve años. Se ni... niega a re... relacionarse co... conmigo.

Somber percibió en la voz del pastor una profunda tristeza y la pesadumbre provocada por recuerdos dolorosos. El hombre decía la verdad.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Vi... vive en... en el decanato de aquí, de Christ Ch... Ch... Church.

Somber se disponía a preguntar dónde estaba el decanato cuando se fijó en un periódico abierto sobre la mesa de centro. Le llamó la atención un titular:

ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS SE CASA

Alice Liddell, musa de Lewis Carroll, contraerá matrimonio con el príncipe Leopoldo.

«¿Alice Liddell?».

—¿Se ha cambiado el nombre? —preguntó Somber en voz alta, aunque más para sí que para Dodgson, quien guardó silencio—. ¿Dónde está el decanato? —preguntó el capitán de la Bonetería, esta vez en un tono apremiante.

—En... en el patio de al lado. La... la casa de la pu... puerta azul, pero...

—Pero ¿qué?

—Ahora mi... mismo está en el pa... palacio de Kensington, p... p... preparándose para...

Somber cogió el periódico bruscamente y salió disparado del apartamento, leyendo por encima el artículo mientras corría a toda velocidad hacia Londres. ¿Por qué había cambiado de nombre la Princesa? ¿Cómo podía hacerse pasar por una joven corriente de aquel mundo y dar palabra de matrimonio? No había sabido qué esperar cuando encontrara a la Princesa: había imaginado a una muchacha no del todo preparada para asumir su destino, una mujer a la que haría falta convencer de sus propios poderes, que aún no reaccionaba por instinto con el arrojo de una reina guerrera, pero no estaba preparado en absoluto para encontrarse con aquello.

El palacio de Kensington. Somber corrió hasta la puerta frontal de la verja y no parecía tener la menor intención de detenerse.

—¡Alto! —ordenó uno de los guardias.

Somber se elevó en el aire, dio una voltereta por encima de la verja y cayó en

cuclillas, sobresaltando a un guardia de rostro aniñado que patrullaba el recinto. El joven tropezó, su fusil se disparó y...

Somber se volvió con la fuerza de la bala. Nunca había recibido un tiro. Incrédulo, se llevó la mano a la herida ensangrentada. El guardia se quedó mirándolo, sin saber qué hacer.

Sonaron unos toques de silbato y, poco después, las pisadas de botas que corrían procedentes de todas direcciones. Se oían también ladridos furiosos de perros sueltos. A Somber no le quedó otro remedio que huir. La bala lo había alcanzado en el hombro, le había desgarrado tendones y ligamentos y le había astillado el hueso. No podía mover el brazo derecho. Le colgaba laxo, golpeándose contra su costado, dejando un rastro de sangre. Con su mano sana, Somber aplicó una presión constante a la herida para frenar la hemorragia. No sin dificultad, trepó por la pared del palacio y enfiló a toda prisa una calle en penumbra, pero, no bien hubo recorrido dos tercios de su distancia, descubrió que era un callejón sin salida.

La jauría de perros se encontraba ya muy cerca de él cuando tres guardias aparecieron en la entrada del callejón, se aproximaron, empuñando fusiles y bayonetas, escrutando con los ojos entrecerrados las sombras en que se había refugiado el capitán de la Bonetería, acorralado. Sin duda una daga o un tirabuzón habría salido zumbando de la oscuridad en dirección a sus órganos vitales si Somber no hubiera tenido elección. Sin embargo, cuando los guardias llegaron al final del callejón, lo encontraron vacío, desierto. Sólo vieron un charco en el suelo que no se habría formado allí de manera natural, rodeado por los perros, que le gruñeron durante un rato hasta que, después de olisquearlo cautelosamente, se pusieron a beber de su agua sucia.

Después de trece años, los alysianos tenían muy baja la moral. Malvivían en condiciones apenas aceptables para gombrices que se retorcían en el barro, ¿y todo para qué? Cada día se producían deserciones y se ponía en peligro la seguridad de la organización. Aunque nadie lo expresaba en voz alta, todos compartían la convicción de que nunca volverían a obtener una victoria significativa como la de Blaxik. Expulsar a Roja de Marvilia parecía una meta alcanzable en un primer momento, pero los alysianos se habían visto reducidos a un puñado de células separadas que atacaban objetivos insignificantes en zonas remotas; un puesto de avanzada que observaba los movimientos de galimatazos en las llanuras Volcánicas o de una estación de pesaje de vehículos de transporte terrestre ordinario cargados de cadáveres a la orilla del desierto Damero.

Roja había anunciado que recompensaría a todo aquél que traicionase la causa de los alysianos. De uno en uno y de dos en dos, varios alysianos se entregaban a miembros del Corte y revelaban la localización de las posiciones rebeldes. Se bombardeaban los campamentos con arañas obús y esferas generadoras refulgentes, y luego los arrasaban por completo con repisadoras rosales de Roja, unos vehículos de ónice semejantes a tanques con bandas de rodadura en forma de rosas negras y espinosas. Nunca se volvió a saber de los desertores, pero los alysianos que acariciaban la idea de desertar preferían creer que sus excamaradas estaban tan entregados a los placeres con que Roja los había recompensado que no daban señales de vida. Lo cierto es que a los alysianos que se rendían los ataban de pies y manos, les hacían cortes en las extremidades y el pecho para estimular el apetito de las rosas carnívoras y los arrojaban a fosas en que las rosas se los comían vivos.

En el más antiguo de los campamentos alysianos, enclavado en lo más profundo del bosque Eterno, el general Doppelgänger había convocado una reunión de consejeros. El campamento estaba protegido por una serie de espejos gigantes colocados unos encima de otros en una disposición intrincada de manera que reflejaban el cielo y el bosque, un panorama interminable de nubes y follaje, a fin de engañar al ojo de la imaginación de Roja, que en realidad no lo veía absolutamente todo, así como a cualquier miembro del Corte con quien hubiese que lidiar en el bosque. Los espejos no comunicaban con el Continuo de Cristal, y los alysianos los habían rescatado de los campos de trabajo que habían asaltado durante su primer año de actividad. Varios guardias patrullaban el perímetro, y había un técnico responsable de mantener el delicado equilibrio de los espejos, que desplazaba ligeramente en una u otra dirección según los cambios de luz, el movimiento de las nubes y la estación del año. Para el ojo inexperto, y a menos que uno se situara justo delante de un espejo y viera su propia imagen reflejada —cosa harto improbable, dado el complicado

solapamiento de espejos colocados en ángulos distintos—, el campamento era invisible.

—Ella nos ofrece una pequeña parte de Marvilia, seguramente de la Ferania Ulterior, aunque eso todavía está por decidir, a cambio del cese de toda actividad rebelde —dijo un hombre gordo apretujado en una silla y vestido con el largo manto característico de los jóvenes de las familias de naipes—. Seremos libres para vivir y organizamos como nos plazca, pero debemos dar nombres de alysianos. No tendremos que jurar lealtad a Roja ni a los preceptos de la Imaginación Negra, pero no podremos practicar la Imaginación Blanca. Ella ha propuesto celebrar una cumbre para tratar los detalles del acuerdo.

—¿Por qué te eligió a ti como mensajero? —preguntó el miliciano torre. Si él se hubiera encontrado cara a cara con Roja, habría sabido aprovechar la situación. Le habría dado a Roja la respuesta de los alysianos a su oferta por medio de la espada.

El señor obeso se colocó bien la peluca blanca empolvada. No era otro que el Valet de Diamantes, que al crecer se había convertido en aquel hombre seboso y sobrealimentado. Su prominente trasero se desparramaba a ambos lados de la silla, y pliegues de carne sobresalían entre los brazos y el asiento.

—No lo sé —contestó—. Yo estaba empolvando mi peluca cuando su imagen apareció en mi espejo. Debí de suponer que yo sabría reconocer una propuesta razonable cuando la oyera, pues vengo de una familia de rango.

—A mí me parece sospechoso —aseveró el miliciano caballero—. ¿Estás seguro de que ninguno de los rastreadores de Roja te ha seguido hasta aquí?

—Por favor. No soy un novato en el arte del sigilo y el subterfugio, ¿sabes? La torre soltó un gruñido.

—Es una trampa, en cualquier caso.

El Valet de Diamantes había duplicado su fortuna familiar desde el ascenso de Roja al trono. Su poder de observación le había resultado muy útil en una sociedad donde sólo medraban los más taimados, los más oportunistas, los más egoístas y los más desleales con sus amigos. De niño solía acompañar a la Dama de Diamantes a la fortaleza de Roja en el monte Solitario. Fue la mejor formación que podía haber recibido: ver a su madre alabar a la Reina y entregarle cristales preciosos para conseguir las pequeñas concesiones que le pedía; estudiar las negociaciones de Roja con los traficantes de armas y empresarios del mundo del espectáculo que solicitaban licencias para cazar galimatazos vivos en las llanuras Volcánicas y enfrentarlos entre sí en el anfiteatro de Marvilópolis.

En sentido estricto, no era un alysiano, más bien un «valetiano» interesado únicamente en su propio bienestar y provecho. Con el permiso de Roja, suministraba alimentos a los alysianos; a cambio, él le facilitaba información secreta de la que omitía detalles importantes, pues si diezmaban a los alysianos, él dejaría de ser tan

rico. Sus métodos, aunque indirectos y laberínticos, le proporcionaban el doble de beneficios que otras operaciones comerciales más simples. Averiguaba cuándo saldría de fábrica un envío de arañas obús y, utilizando como intermediario a un vitróculo reprogramado a fin de proteger su identidad, vendía dicha información a ciertos sujetos de intenciones aviesas. Una vez perpetrado el robo, su vitróculo lo denunciaba a las autoridades de Roja, pero para cuando éstas interrogaban a los delincuentes y averiguaban dónde estaba el alijo de arañas obús, el Valet ya se las había llevado de allí y se las había vendido a los alysianos.

—¿Crees que deberíamos participar en la cumbre? —le preguntó el general Doppelgänger.

—No veo que tengamos alternativa.

—Caballero, ¿tú qué opinas?

—No se puede confiar en ella. Pero yo obedeceré tus órdenes, sean las que sean.

El general Doppelgänger suspiró y —del mismo modo que una gota de agua se dividiría por la mitad para formar dos gotitas idénticas— se separó en dos. Los generales Doppel y Gänger se pusieron a caminar de un lado a otro, inquietos.

Había otros que habrían debido asistir a la reunión. Al secretario real, Jacob Noncelo, le había resultado imposible; eran contadas las ocasiones en que podía apartarse de Roja sin correr riesgos. En cuanto a Dodge Anders..., bueno, nadie sabía dónde estaba. Con frecuencia se marchaba solo, sin decir adonde, y a nadie le parecía adecuado preguntárselo.

—General Doppel...

—¿Sí, general Gänger?

Los generales se quedaron quietos, mirándose, por unos instantes, y luego asintieron con la cabeza; habían llegado a una conclusión. El general Doppel habló.

—Obviamente, nosotros tampoco nos fiamos de Roja, pero estamos de acuerdo con el Valet de Diamantes. Nuestras tropas se están debilitando. Dentro de poco, Roja no tendrá que molestarse en fingir que quiere llegar a un acuerdo con nosotros.

—Bien, entonces yo me encargo de todo —dijo el Valet de Diamantes, forcejeando por liberarse de la silla—. Estoy deseando que llegue el día en que pueda sentarme con todos vosotros en unos muebles decentes. Y ahora, si alguien... tuviera la bondad de ayudarme...

Los generales no mencionaron su plan de contingencia, que consistía en llevar clandestinamente a los alysianos clave a Confinia y conspirar con el rey Arch para derrocar a Roja: podrían pedir soldados y armas a cambio de la promesa de instalar a un hombre en el trono. Por el momento, decidieron guardar en secreto dicho plan y ocultárselo incluso a sus consejeros, con la esperanza de que no fuera necesario ponerlo en práctica.

Dodge se encontraba al borde del precipicio, contemplando el estanque de las Lágrimas. La brisa agitaba y rizaba ligeramente la superficie. Él jamás habría reconocido que la lágrima que resbaló por su mejilla, se precipitó en el vacío y cayó al agua no fue efecto del viento. Echaba mucho de menos a su padre. Deseaba con toda el alma poder seguir creyendo en el reino gobernado por Genevieve, aquél en que Dodge había vivido hacía una eternidad, cuando Alyss y él utilizaban el palacio como patio de juegos. Pero aquellos años de inocencia y de alegría pertenecían a otra persona, a otro Dodge, y no al hombre que estaba allí.

Se disponía a dar media vuelta para marcharse cuando avistó algo en la superficie del estanque: una persona nadaba con dificultad hacia la cerca de cristal de la orilla. Los árboles, arbustos y flores se pusieron a parlotear y Dodge bajó a toda prisa por un sendero abrupto y pedregoso que conducía al borde del estanque, dando traspiés, sin importarle el riesgo de caerse. El hombre nadaba sólo con un brazo; no era de extrañar que le costase tanto esfuerzo. A pesar de todos los años que habían pasado, Dodge lo reconoció.

—Eres Somber Logan.

—Sí.

Ayudó a Somber a salir del agua y advirtió que estaba herido. Tenía la camisa desgarrada y el hombro derecho bañado en sangre. A través de un orificio irregular en la piel y el músculo, Dodge alcanzaba a ver trozos de hueso. Se quitó la chaqueta e improvisó un torniquete con ella, para frenar la pérdida de sangre de Somber.

—Soy Dodge, hijo del juez Anders, que fue jefe de la guardia real.

—Me acuerdo de ti.

—Se nos dijo que habías muerto, que el Gato...

—Poco importa si estoy vivo o muerto excepto por lo que concierne a la Princesa. Podré cumplir al menos parte de la promesa que le hice a la reina Genevieve. La princesa Alyss de Corazones vive. Ha crecido y es una mujer de edad suficiente para volver y reclamar el trono como Reina legítima.

Hacía tiempo que a Dodge habían dejado de sorprenderle los golpes de la vida.

Pero que Somber Logan hubiese regresado a Marvilia a través del estanque de Lágrimas, que la princesa Alyss estuviese viva...

—Hacía mucho tiempo que no ocurría algo bueno —comentó, con la vista fija en Somber hasta que cayó en la cuenta de que tenía que llevarse al hombre de allí, a un lugar donde estuvieran a salvo y pudiesen examinarle el hombro.

Dodge decidió no emprender una carrera interportal. El capitán de la Bonetería se

apoyaba en él para desplazarse por el método más arcaico de Marvilia: caminar a través del bosque Susurrante y después por los suburbios de Marvilópolis.

—No reconocerás este lugar —lo previno Dodge.

Somber reconoció algunos de los edificios pese a su estado ruinoso, pero no se encontraba en condiciones de apenarse por los cambios que había sufrido la ciudad capital desde el golpe de Roja. Estaba agotado, quería dormir. Tuvo que detenerse en varias ocasiones a descansar. Había perdido la sensibilidad en el brazo derecho.

—Ya falta poco —dijo Dodge cuando se adentraron en el bosque Eterno.

Llegaron ante unos guardias alysianos que patrullaban lo que a Somber le pareció una zona de bosque, indistinguible del resto. Los guardias se quedaron parados, sin dar crédito a sus ojos, alternando la mirada entre el rostro de Somber y sus brazaletes. Hicieron una reverencia y se apartaron para dejarlos pasar.

—Os habéis convertido en leyenda —le explicó Dodge—. Tú y la princesa Alyss.

Entraron en el campamento alysiano por una abertura entre dos espejos. Los soldados alysianos enmudecieron al ver a Somber. La noticia de que el capitán de la Bonetería había regresado se propagó rápidamente por el campamento, entre susurros. Los dos hombres pasaron al interior de la tienda, donde los milicianos caballero y torre, junto con el general Gänger, observaban al general Doppel, que sujetaba una silla mientras el Valet de Diamantes intentaba desprenderse de ella de un tirón.

—¡Ah! ¡Humf!

Al reparar en la presencia de Somber, una mezcla de asombro, incredulidad, júbilo y confusión asomó a los rostros de los milicianos y del general Gänger.

El general Doppel lo vio justo en el momento en que...

—¡Fuuuaaah! —El Valet de Diamantes se levantó de la silla tambaleándose y se frotó los maltrechos glúteos, maldiciendo aquel mueble detestable que lo había aprisionado entre sus brazos—. ¡Sólo alguien del tamaño de un güinuco cabría en esa cosa!

Y entonces él también posó la vista en el hombre mítico.

—Somber Logan —dijeron a la vez los generales Doppel y Gänger.

—Llamad a la cirujana —dijo Dodge.

El caballero salió a toda prisa de la tienda y volvió al cabo de unos segundos con la cirujana. Aunque el retorno de Somber la había sobrecogido tanto como a los demás, hizo un esfuerzo encomiable por disimularlo y concentrarse en su tarea. Dio varios toques a la herida de Somber con una varilla candente para limpiársela y detener la hemorragia. Luego le colocó una manga en forma de U con nodos de energía interconectados y núcleos fundidos sobre el hombro, y esperó durante un rato a que sanara el hueso roto, así como los ligamentos, músculos, venas y tendones desgarrados. Retiró la manga y cauterizó una porción de piel cultivada en el

laboratorio sobre la herida abierta.

Somber puso a prueba su hombro haciendo girar el brazo en círculos. Mientras recuperaba las fuerzas poco a poco, explicó lo que había ocurrido después de que se zambullera con Alyss en el estanque de las Lágrimas.

—¿O sea que Alyss de Corazones vive? —preguntaron los generales Doppel y Gänger boquiabiertos.

—Eso es ridículo —farfulló el Valet de Diamantes, que había escuchado el relato de Somber con preocupación creciente—. Señor Logan, soy el Valet de Diamantes, sin duda me recuerda. Yo era un muchacho cuando usted se marchó intempestivamente de Marvilia. Espero no ofender a nadie si digo que, aunque lamento la pérdida de la princesa Alyss tanto como el que más, aquí las cosas están en un momento crítico. No tenemos tiempo de ir a perseguir fantasmas.

—A mí me daban por muerto, y sin embargo, aquí estoy —repuso Somber—. Os digo que Alyss de Corazones sigue con vida y que tiene edad suficiente para regresar y ejercer la dignidad de Reina, que le corresponde por derecho. —Se puso en pie—. Volveré allí y la traeré de vuelta.

—No, deja que vaya yo —dijo Dodge.

—Es mi deber proteger a la Princesa.

—Para garantizar que Marvilia tenga un futuro que valga la pena, si mal no recuerdo. Pero ¿tú te has visto? No estás precisamente en plena forma.

Somber, sin abrir la boca, se limitó a hacer girar el brazo en torno a su nueva articulación.

—Dadas tus habilidades y tu experiencia, eres más valioso para los alysianos que yo —señaló Dodge—. Quédate y ayuda a los generales. Hay preparativos por hacer. Alyss necesitará un ejército que la respalde.

—¿No estáis todos olvidando algo? —dijo el Valet de Diamantes en tono quejumbroso—. Hemos acordado que cesará toda actividad por parte de los alysianos.

—Si contamos con Alyss, puede haber otras opciones —contestaron los generales Doppel y Gänger.

Somber recapacitó: aunque la cirujana había hecho un buen trabajo, su hombro tardaría al menos un día o dos en volver a la normalidad. Quizá, por su propio bien y, sobre todo, por el del reino, le convenía dedicar un tiempo a planear estrategias y a meditar un poco. Le alargó a Dodge el periódico empapado en que se anunciaba la fiesta de compromiso de Alyss.

—Para encontrar un portal de retorno, busca agua donde no debería haberla. Dodge asintió con la cabeza y se detuvo cuando se disponía a salir de la tienda.

—Por aquí se han producido muchos cambios, ninguno de ellos bueno. Hay cosas que deberías saber. Pide a los generales que te pongan al día.

Había, en efecto, cosas que Somber tenía que saber: la disolución de la Bonetería, la ilegalización de sus clases. La Bonetería siempre había sido una defensora a ultranza de la Imaginación Blanca, por lo que representaba un peligro demasiado grande como para que Roja permitiera que siguiese existiendo. Todos los alumnos y titulados del centro —Gorros, Alas, Zapateros y Corseteros— habían caído una noche en una emboscada que les tendieron los vitróculos, y habían sido masacrados sin ceremonias. Entre ellos se encontraba una plebeya que, aunque no formaba parte de la Bonetería, se encargaba de las labores administrativas de la institución, y que había significado para Somber más que ninguna otra.

Alice Liddell, de veinte años de edad, se deslizaba garbosamente de un grupo de invitados a otro, arrastrando tras de sí la larga cola de su vestido de seda sobre el suelo de parqué del salón de baile. Su cabellera negra y ondulada le llegaba por debajo de los hombros, y su piel semejaba marfil liso e inmaculado a la luz de las arañas de cristal. Los miembros más destacados de la sociedad británica habían acudido a su fiesta de compromiso —duques, duquesas, caballeros, condes, vizcondes y señores rurales—, todos ellos con el rostro oculto tras una máscara, al igual que Alice. A la mañana siguiente, los periódicos publicarían toda clase de detalles sobre la mascarada para que los leyera las lavanderas, los lacayos, los taberneros, los cocineros y las sirvientas de la ciudad; la gente de clase baja que luchaba día tras día para llegar a fin de mes y que gustaba de chismorrear sobre un mundo en el que apenas creía, el mundo de lujos y comodidades en que ahora vivía Alice Liddell.

«No puedo evitar sentir... ¿qué? ¿Que sigo representando un papel? Sí. Después de todos estos años. Al menos en una mascarada, los demás representan un papel también».

—Vaya, señorita Liddell. —La duquesa de Devonshire interceptó a Alice cuando estaba cruzando el salón—. Lleva usted un vestido tan deslumbrante como cabría esperar de usted. Y una máscara estupenda. Sólo que... ¿de qué se supone que va usted disfrazada, querida?

La máscara de Alice era de lo más simple: un armazón de alambre cubierto de papel parafinado con unos agujeros para los ojos, la nariz y la boca.

—Soy una mujer del montón —respondió Alice—. Ni fea ni hermosa. Ni rica ni pobre. Podría ser cualquier mujer, absolutamente cualquiera.

Leopoldo se acercó para pedirle que bailara con él. Llevaba una máscara similar a la de Alice en su sencillez, aunque no dejaba tan perplejos a los invitados. Era una máscara de su propio rostro, pintada al óleo por un artista del lugar.

—Querida —dijo, tendiéndole la mano.

La orquesta atacó los compases de un vals, y la pareja evolucionó por todo el salón, mientras los presentes los contemplaban reclinados contra la pared. Entre los numerosos pares de ojos clavados en ellos, estaba otro: el de un extraño que miraba por la ventana. El príncipe Leopoldo no era buen bailarín; le faltaba agilidad en las piernas y fluidez en sus giros. Para Alice esto era casi un alivio; en cierto modo atenuaba su sentimiento de culpa por no amarlo. Al menos cuando él bailaba no parecía perfecto.

El vals terminó, y el Príncipe advirtió que la Reina estaba en un rincón de la sala, con el entrecejo fruncido.

—Creo que más vale que vaya a saludar a mi madre —dijo y le besó la mano a Alice.

Leopoldo se quitó la máscara y la depositó sobre una mesa. El extraño que había estado mirando por la ventana entró en la sala y, sin que nadie lo viera, cogió la máscara.

Alice apenas se había refrescado un poco con unos sorbos de vino cuando notó unos golpecitos en el hombro. Al volverse vio a su futuro esposo con la máscara puesta de nuevo y la mano tendida para pedirle que le concediera otro baile.

—¿Otra vez? —preguntó ella—. Pero ¿y la Reina?

El hombre enmascarado guardó silencio. La orquesta empezó a ejecutar otra pieza y él la condujo a la pista de baile. Con un brazo en torno a la cintura y una mano en la parte inferior de la espalda, la llevó con soltura de un lado a otro, haciéndola girar o agacharse en momentos determinados. Los pasos de los dos estaban perfectamente coordinados, como si hubiesen bailado juntos toda la vida. Los invitados no pudieron por menos de percatarse de ello; le hicieron sitio a la pareja y aplaudieron.

Alice cayó en la cuenta de que su pareja de baile, fuera quien fuese, no era su prometido.

—Tú no eres Leopoldo —se rió—. Halleck, ¿eres tú? —preguntó, mencionando a un amigo del Príncipe.

El extraño no respondió.

—¿Quién se oculta tras esa máscara?

El extraño continuó callado. Alice alzó las manos y le quitó la máscara, dejando al descubierto el rostro de un joven apuesto de ojos almendrados, con una nariz que seguramente se había roto más de una vez, y el cabello polvoriento y despeinado.

—¿Te conozco?

—Me conocías hace tiempo —dijo el extraño. Volvió el rostro para mostrarle la mejilla derecha, surcada por cuatro cicatrices paralelas que brillaban rosadas e irregulares contra su pálida piel.

Ella dejó de bailar, sobresaltada.

—Pero...

Oyó que se producía una agitación entre los invitados que tenía detrás. La señora Liddell y el príncipe Leopoldo se situaron junto a ella. Cuando ella devolvió la vista al frente, el extraño había desaparecido.

—¿Quién era ese hombre? —inquirió Leopoldo en tono exigente.

—Qué grosero. Estoy segura de que no era nadie —aseguró la señora Liddell, inquieta. Nunca había visto al Príncipe tan alterado—. Díselo, Alice. Dile que ese hombre no era nadie.

—No... no lo sé —titubeó Alice—. No sé quién era. Por favor, disculpadme, necesito tomar el aire.

Salió al balcón apresuradamente. No podía tratarse de él. El hombre de las cicatrices. Era imposible que se tratara de él. No existía.

El Gato lanzó un zarpazo a la cuerda que colgaba del techo de la sala de Inventos.

Estaba rodeado de prototipos de los numerosos inventos de Roja expuestos en hornacinas e iluminados con luces direccionales: un rastreador con cuerpo de lucirguero y cabeza de gombriz; un arbusto seco y marchito, la primera víctima del Naturicida; un soldado número Dos del Corte, mitad acero y mitad carne y hueso, más vulnerable y dotado de menor movilidad que los naipes soldado que finalmente se habían llegado a producir en serie; un modelo primitivo de repisadora rosal; un vitróculo con un cristal alargado y horizontal como receptor visual en vez de las dos esferas incrustadas en las cuencas oculares, de aspecto más humano; incluso una versión anterior del Gato, con garras más pequeñas y (al menos eso pensaba el Gato) no tan guapo como había quedado el sicario definitivo.

Podía pasarse horas jugando con la cuerda, enganchándola con las zarpas, soltándola, asiéndola de nuevo. Se había puesto a ronronear cuando la voz de Roja resonó en la sala.

—Gato, acude a la cúpula de observación de inmediato.

Por lo general, cuando Roja lo llamaba era para proferir una avalancha de insultos contra él y recriminarle sus fallos a gritos. Sin embargo, en esta ocasión el tono de Roja sonaba distinto, casi afectuoso, como si planeara darle una sorpresa agradable. Y ya era hora. Él merecía elogios y recompensas, pues era el responsable de imponer la disciplina al populacho de Marvilia.

La cúpula de observación ocupaba la planta superior de la fortaleza del monte Solitario. Tenía suelos de piedra pulidos y brillantes, paredes de paneles telescópicos de vidrio que ofrecían una vista de 360 grados de Marvilia. El Gato entró en la cúpula dando saltitos y soltó un maullido retozón, pero, con la brusquedad de un coletazo, su estado de ánimo se ensombreció. El mayordomo morsa y el Valet de Diamantes estaban en la habitación. El Gato no lograba entender por qué Roja insistía en tolerar al Valet de Diamantes.

—He estado rememorando tiempos pasados, Gato —dijo Roja—, y me gustaría que me contaras de nuevo cómo rompiste el corazón de Alyss en pedacitos pequeños y carnosos que arrojaste al estanque de las Lágrimas hace tantos años.

Al Gato le dio en la nariz que algo no marchaba bien. La sonrisa burlona del Valet de Diamantes destilaba más autosuficiencia que de costumbre, y la morsa no lo había mirado ni una vez desde que se había presentado en la cúpula, pues estaba demasiado ocupada quitándoles el polvo a las varas de cristal del centro de una mesa alargada y espolvoreándolo sobre los objetos y las superficies que lo necesitaban. La morsa había estado limpiando la misma vara de cristal desde la llegada del Gato, y se estaba formando un montículo de polvo sobre la mesa.

—Seguí a la Princesa y a Somber Logan por el Continuo de Cristal —empezó a relatar el Gato—, les di alcance en un precipicio...

Un volumen de *In Regnum Speramus* voló hacia él desde un lado de la sala y lo golpeó en la cabeza.

—¡Ay! El caso es que... les seguí la pista por el bosque y di con ellos en un precipicio sobre el estanque de...

La bolsa de polvo de la morsa salió disparada hacia él. El Gato la vio, se apartó en el último momento y la bolsa reventó contra el panel de vidrio que tenía a su espalda.

—... sobre el estanque de las Lágrimas. Entonces Somber...

Pedazos de roca volcánica salieron despedidos hacia él. Se agachó para esquivar uno, pero una piedra procedente de otra dirección lo acertó de lleno.

—¡Au! Derribé a Somber de... ¡ay!... de un golpe, y luego... ¡uy!... los reduje a él y a Alyss a trocitos carnosos y... ¡ay!... los arrojé al estanque de las Lágrimas.

Se desplomó, cansado y maltrecho. Roja se acercó y se quedó de pie, frente a él.

—Mientes, Gato. Me has hecho creer una mentira durante trece años. Acaban de informarme de que Somber Logan está en Marvilia y Alyss de Corazones vive.

El Gato vio al Valet de Diamantes detrás de ella, tomando con gran deleite sorbos de licor de una copa transparente, con el meñique extendido en una postura afectada.

—Por supuesto, está bien que mientas —prosiguió Roja—, siempre y cuando no me mientas a mí. Por lo visto, si uno es lo bastante astuto para descubrir la manera, puede regresar a Marvilia a través del estanque de las Lágrimas.

Su mano izquierda se transformó en una zarpa felina. Le clavó en el vientre las garras de sus dedos índice y medio. El Gato, entre gorgoteos y fuertes convulsiones, sangrando por la boca, murió.

La morsa, haciendo lo posible por fingir que no se había enterado de lo ocurrido, esparció polvo por toda la mesa con movimientos nerviosos de las dos aletas. El Valet de Diamantes soltó una risita, pero calló de golpe cuando su copa saltó de su mano y vertió su contenido en la cara del Gato.

Éste escupió, tosió, y sus párpados se abrieron, vacilantes.

—No hagas tanto teatro —lo reprendió Roja—. Todavía te quedan seis vidas. Si me vuelves a mentir, no te quedará ni una. Y ahora, levántate y límpiarte el mentón.

El Gato se puso en pie, se lamió la pata y se frotó con ella la barbilla y los bigotes para quitarse las manchas de sangre.

—Esto es lo que vas a hacer —dijo Roja—. Te zambullirás junto con un pelotón de naipes sicarios que elegiré personalmente en el estanque de las Lágrimas. Encontrarás a mi sobrina y le arrancarás, cortarás o serrarás la cabeza; me da igual cómo lo hagas, lo importante es que le separes la cabeza del cuerpo y me la traigas. Si regresas sin ella, daré por sentado que Alyss sigue con vida y que tú has fracasado, y será tu fin. Si no regresas a Marvilia por miedo a lo que yo pueda hacerte, que no te

quepa la menor duda de que enviaré a otros a buscarte y morirás seis veces seguidas.

El Gato hizo una reverencia.

—Agradezco vuestra clemencia, Su Malignidad Imperial. Esta vez no os fallaré.

—No, supongo que no.

Informado sobre el paradero de Alyss por un petulante Valet de Diamantes, el Gato guió a sus naipes sicarios al precipicio que se alzaba sobre el estanque de las Lágrimas. Sin otra fanfarria que el susurro del viento entre los árboles enmudecidos y el martilleo de sus negros corazones, saltaron, se dejaron arrastrar hacia abajo por la succión del portal, experimentaron un fuerte empuje ascendente y salieron proyectados de un charco que estaba en el interior del Parlamento. Volando, atravesaron unas ventanas y cayeron en la acera, en medio de una lluvia de cristales rotos.

Ataviada con su vestido de novia, Alice se encontraba de pie ante un espejo de cuerpo entero en la sacristía de la abadía de Westminster. Menos de media hora después, estaría casada con un príncipe y gozaría de la más alta consideración de los estratos sociales superiores sin haber tenido que sacrificar su corazón a un hombre a quien no detestaba pero tampoco amaba. Sin embargo, el futuro se le antojaba tan incierto como su pasado más remoto.

La habitación comenzó a vibrar con las notas del órgano, pero Alice apenas se percató de ello. Extendió un brazo hacia el espejo. Posó sus dedos contra la superficie fría y reflectante, y permaneció así, con la mano tocando la de su imagen reflejada.

¿Acaso esperaba otra cosa? ¿Que su mano atravesara el espejo? Ridículo. Alguien llamó a la puerta. La señora Liddell irrumpió en la sacristía, levantándose la falda del vestido para evitar que le arrastrara por el suelo, y Alice se alegró de que alguien la rescatase de su soledad.

—Es la hora, querida. Es la hora. ¡Casi no me lo creo!

—Ni yo —respondió Alice, aparentando una emoción y un ansia que no sentía.

Le dio un beso en la mejilla a su madre, y juntas se dirigieron al atrio de la abadía. Allí, las damas de honor y los padrinos de boda aguardaban a que llegara el momento de hacer su entrada, junto con el decano Liddell, que estaba preparado para llevar a su hija al altar.

—Y pensar que, cuando volvamos a hablar, estarás casada con un príncipe —suspiró la señora Liddell.

—Y tú serás su suegra.

—¡Me siento tan contenta sólo de pensarlo...! Me has hecho inmensamente feliz, Alice.

Tras un último abrazo, la señora Liddell fue a sentarse junto al resto de la familia, cerca del altar.

La marcha nupcial empezó a sonar, y las damas de honor y los padrinos echaron a andar por el pasillo de dos en dos. Alice echó un vistazo a los invitados. La reina Victoria y su séquito ocupaban los bancos de las primeras filas en la parte derecha de la iglesia. Una barrera de soldados separaba a la Reina del resto de los invitados, que llenaban la abadía por completo. Al fondo de la iglesia, varios periodistas garabateaban notas en sus libretas. Todos estaban en sus asientos, vueltos hacia la entrada, esperando expectantes a que apareciese Alice. Pero ella había querido aprovechar la oportunidad para espiar a sus invitados. ¿Por qué? Porque buscaba a alguien, un rostro en particular. Había estado preguntándose si él se presentaría el día de su boda de un modo tan misterioso como en la fiesta de compromiso. ¿No era él aquella figura medio oculta entre las sombras bajo la galería izquierda? No alcanzaba

a verle las facciones con claridad, pero...

El decano Liddell le tendió la mano. Alice se dio cuenta de que estaba comportándose como una tonta. ¿Por qué obsesionarse por un desconocido sólo porque tenía cicatrices en la cara? Eso no significaba nada. Probablemente, el hombre de la fiesta de compromiso sólo fuera un rival de Leopoldo que quería demostrar que bailaba mejor que él. Tomó a su padre del brazo.

—Alice, cariño —dijo el decano—. Si fuera cualquier otra persona la que está a punto de emparentar con una familia tan destacada, me preocuparía que quizá no supiera estar a la altura. Pero contigo no. Estoy convencido de que no sólo seguirás dando al príncipe Leopoldo motivos de orgullo y que mantendrás su amor siempre vivo, sino que le enseñarás cómo hacer el bien en el mundo de una forma que yo, como simple decano de su colegio universitario, jamás habría soñado con enseñarle. Es muy afortunado de tenerte.

—Gracias, padre.

Con pasos acompasados, padre e hija comenzaron a caminar por el pasillo. El rostro de Alice no mostraba el menor rastro de inquietud ni de la consternación que la había asediado desde la fiesta de disfraces. Cualquiera que la hubiese visto habría dado por sentado que no pensaba más que en el momento trascendental que estaba viviendo, y eso es desde luego lo que creía el príncipe Leopoldo. Vestido con uniforme militar completo y una espada ancestral al costado, aguardaba ante el altar mayor con el arzobispo. El decano Liddell rozó con los labios la mejilla de Alice, la dejó al lado de Leopoldo y se dirigió sin hacer ruido al asiento en que se encontraba su esposa.

Leopoldo le sonrió a su novia. Su sonrisa rezumaba timidez, admiración, alegría y tal sobrecogimiento que ella misma quedó sobrecogida al verla. Alice temía que él estuviese sobrevalorándola, y que lo más duro de su matrimonio no sería el hecho de que no lo amaba, sino intentar ser digna de su estimación. Se volvió hacia el arzobispo. A su espalda, los bancos crujieron, los invitados carraspearon. El arzobispo se puso a hablar, pero Alice apenas lo escuchaba.

—Si alguien presente tiene alguna razón para que esta boda no se celebre, que hable ahora o calle para siempre —recitó el arzobispo.

A Alice la asaltó el deseo imperioso de dirigir la vista a la galería de la izquierda, donde imaginaba que se encontraba el hombre de las cicatrices, cuyo nombre ella se había esforzado mucho por borrar de su memoria y que aún no se atrevía a formular en su mente, como si al hacerlo corriese el riesgo de hacer aparecer un ser cuya inexistencia era crucial para su felicidad actual y futura en Inglaterra.

Se oyó a sí misma repetir las palabras del arzobispo sin comprender su significado. «Los votos. He pronunciado los votos». Se quedó escuchando los timbres y resonancias de las voces masculinas que se alternaban.

Y entonces sucedió algo extraño. Fue como si una tormenta que había estado incubándose y estaba a punto de desatarse hubiese aspirado todo el oxígeno de aquella enorme sala, sólo para soltarlo con mucha más fuerza. Más tarde, Alice juraría que había tenido una corazonada de que algo iba a ocurrir, que había sentido algo antes de que los vitrales a ambos lados de la abadía estallaran hacia dentro cuando seres de lo más extraños los atravesaron y cayeron entre cristales rotos de colores distintos. Los invitados se lanzaron en masa hacia las salidas, atropellándose unos a otros. Otros se arrodillaron para rogarle a Dios que los librara de todo mal.

En los segundos que transcurrieron entre la rotura de cristales y la primera muerte, los soldados rodearon a la reina Victoria y la escoltaron a través de una puerta de uso normalmente reservado al arzobispo, que la siguió a toda prisa rezando con voz entrecortada. El príncipe Leopoldo ciñó a la novia con un brazo protector, pero ella se soltó en un acto reflejo, y clavó la vista en la bestia de aspecto felino que se abría paso hacia ella, apartando de su camino a soldados y policías con zarpazos que les desgarraban la piel. Ella lo reconoció, del mismo modo que uno se acuerda de lo que ha soñado horas después de haber despertado, y este reconocimiento trajo consigo un alivio perturbador, y es que si esa cosa era real...

Se quedó inmóvil e indefensa en medio del caos. Ésos no eran los naipes soldado que recordaba. «Pero no debería recordar lo que se supone que no existe».

Leopoldo y Halleck luchaban contra cuatro de las criaturas de gran estatura y extremidades de acero cuya parte posterior estaba formada por escudos protectores que llevaban grabados palos de la baraja: tréboles, picas y diamantes. Los dos hombres habían practicado la esgrima, pero Alice veía que tendrían suerte si salían con vida. «Por favor, que Leopoldo esté bien. Pase lo que pase, que él...».

El Gato se elevó en el aire y se abalanzó sobre Alice. Ella siguió sin moverse de donde estaba. Extendió el brazo como para tocar a aquella bestia para comprobar de una vez por todas si era real, cuando...

«¡Lo sabía!».

No se había equivocado: la figura entre las sombras era el hombre de las cicatrices, pues allí estaba, corriendo hacia ella desde el perímetro. La tomó en brazos y la apartó una fracción de segundo antes de que el Gato cayese y destrozase el altar con un golpe de sus brazos, gruesos como muslos. Ahora Alice corría, de la mano de aquel personaje cuyo nombre aún no se atrevía a articular para sí. El hombre la condujo al exterior a través de uno de los vitrales rotos. El Gato y los naipes sicario salieron de la abadía de un salto para perseguirlos. En aquella calle de Londres reinaba una confusión de gritos y empujones. Un naipe sicario cayó sobre la cola del vestido de Alice y la frenó en seco. El hombre de las cicatrices cortó de un tajo la cola del vestido, se dio la vuelta y cortó con la espada las correas que sujetaban un caballo a su carruaje.

—¡Eh! —protestó el conductor del carruaje.

Pero el hombre de las cicatrices ya se había montado sobre el caballo y aupó a Alice de un tirón mientras espoleaba al animal para que galopara por las calles. El Gato arrancó a correr tras ellos, tan veloz como cualquier ser cuadrúpedo de la Tierra gracias a sus poderosas piernas.

Los naipes sicario llevaban consigo esferas generadoras brillantes, de manera que, mientras el hombre de las cicatrices guiaba el caballo a izquierda y derecha, de la acera a la calzada y viceversa, zigzagueando para convertirse en un blanco más difícil, las explosiones sacudían los edificios de los alrededores. A Alice, mareada por tanta agitación, le daba la impresión de que su compañero se dirigía hacia un destino específico, pues cada vez que el caballo resbalaba y pasaba de largo alguna calle, él lo hacía dar la vuelta y enfilarla a galope, entre peatones aturridos y los insultos de los cocheros.

En efecto, el hombre sabía adonde iba. Había memorizado la ruta que había seguido desde su portal de salida hasta la abadía de Westminster y la estaba recorriendo en sentido inverso. Se encontraban cerca. Sólo les faltaba cruzar unas pocas calles cuando una esfera generadora impactó en un carro vacío de la policía situado a menos de veinte metros, ocasionando que estallara en llamas. El caballo en que cabalgaban Alice y el hombre de las cicatrices se empinó y los derribó. Cayeron sobre un montón de coles que llevaba un vendedor callejero en una carreta. Saltaron al suelo y el hombre de las cicatrices echó a correr, arrastrando a Alice del brazo.

—¿Adónde vamos? —jadeó ella.

—¡Ya lo verás! —Y apuntó con el dedo: un charco.

Ella se avergonzó de lo que dijo a continuación, lo primero que le vino a la cabeza cuando ese hombre y ella tomaron impulso y saltaron al charco, agarrados con fuerza de la mano:

—Se me estropeará el vestido —protestó, y entonces...

Zuum.

Se hundían a toda velocidad, cada vez más hondo. A Alice se le soltó la mano de la del hombre. Esto no podía estar ocurriendo, no podía... Sin embargo, ocurría. Y mientras ascendía rápida como una bala hacia la superficie, después de haber hecho lo imposible por convencerse de que el lugar que estaban a punto de ver sus incrédulos ojos no existía, pronunció el nombre —Dodge Anders—, y los pulmones se le llenaron de agua.

TERCERA PARTE

Jacob Noncelo, con las venas azul verdoso palpitándole en su docta cabeza, aguardaba a la orilla del estanque de las Lágrimas con dos maspíritus maneados a su lado. No le había resultado fácil llegar hasta allí. Desde que se había enterado del regreso de Somber Logan, Roja actuaba de forma más tiránica que nunca y le exigía que se pasara horas al día reescribiendo *In Regnum Speramus*, sin dejar de mirar por encima de su hombro para asegurarse de que transcribiese sus ponzoñosas palabras tal y como ella se las escupía. Lo había obligado a tachar páginas enteras del antiguo texto para sustituirlas por consignas favorables al nuevo régimen, como si Su Malignidad Imperial creyera que, al suprimir pasajes que habían infundido fuerza y ánimos a la reina Genevieve en otro tiempo, estaba eliminando a la propia princesa Alyss.

—¿Que no te encuentras bien? —bramó Roja tras oír su excusa para desatender sus deberes ese día—. ¿Y a mí qué me importa que no te encuentres bien? ¡Te enseñaré lo que es no encontrarse bien!

—Pero es que tengo la mano terriblemente agarrotada, y me vendría bien descansar un poco del esfuerzo diario —alegó Jacob—. Con el debido respeto, os sugiero... ¿No podría Su Malignidad Imperial crear las páginas nuevas con la imaginación de forma que no tenga que escribirlas yo?

Roja soltó una carcajada, mostrando sus dientes negros y puntiagudos.

—Jacob Noncelo, no eres tan cobarde como yo creía. Si no te dejara seguir vivo por la posibilidad de que me sean útiles todos esos conocimientos que has acumulado en esa cabeza paliducha y calva que tienes, casi me daría pena verte morir. Antes de que salga la Luna de Roja deberás reunirte conmigo en la cúpula de observación.

De modo que Jacob se había dirigido rápidamente al estanque de las Lágrimas, consciente del riesgo que corría: si a Roja se le ocurría visualizarlo con el ojo de la imaginación, sería su fin. Pero el asunto que se traía entre manos era demasiado importante; tenía que acudir.

Se formaron ondas en la superficie del estanque; algo se agitaba en el fondo.

—Por el bien de la Imaginación Blanca, esperemos que Dodge haya tenido éxito —murmuró el sabio preceptor, y uno de los maspíritus le respondió con un gruñido.

Las ondas del estanque, que se propagaban a partir de un centro burbujeante, se hicieron más grandes y numerosas. Dodge emergió de golpe y aspiró una gran bocanada de aire. Al percatarse de que estaba solo, miró en derredor, desesperado.

—¿Está ella aquí?

—No. Yo creía...

Algo asomó a la superficie y se quedó flotando: el cuerpo de la princesa Alyss, laxo e inerte. El preceptor corrió hasta el borde del agua y ayudó a Dodge a llevar a la

Princesa a la orilla y depositarla en el suelo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Dodge.

Jacob acercó una de sus orejas grandes y sensibles a la boca flácida de Alyss.

—Ha tragado agua. La oigo moverse dentro de ella.

Como buen preceptor real, Jacob llevaba diversos instrumentos educativos ocultos en los pliegues de su toga. Sacó de un bolsillo interior un tubo blando y flexible, introdujo un extremo por la boca de Alyss hasta poco más allá de la garganta y succionó con fuerza por el otro extremo. Llenó cuatro veces el tubo de agua que escupió sobre el suelo. Alyss se convulsionó ligeramente, respiró, vomitó agua y tosió hasta recuperar la conciencia por completo. Al ver que había abierto los ojos, un amate de lilas entonó una jubilosa canción de bienvenida. Aturdida y desconcertada, Alyss se incorporó con los músculos del pecho doloridos a causa de la tos que le sacudía toda la caja torácica.

—Jacob Noncelo —susurró.

Las orejas del preceptor le temblaron de gusto.

—A tus órdenes, Princesa.

Ella se volvió hacia su amigo de la infancia, y una sonrisa lánguida y vacilante asomó a sus ojos y sus labios.

—Dodge Anders.

Dodge se puso rígido. Oír a Alyss decir su nombre... fue como acordarse de una herida olvidada.

—¿De dónde viene esa música? —preguntó ella. Las lilas subieron el volumen de voz y ella las vio balancearse alegremente con sus tallos, abriendo y cerrando los pétalos al cantar—. Pero si las flores no tienen laringe...

—¿Qué es la laringe? —preguntaron las flores y rompieron a reír.

Alice tuvo la sensación de estar viviendo en un sueño reconfortante y por unos momentos se deleitó con él, pero entonces su semblante se endureció en un gesto de determinación y ella intentó no dejarse embelesar por los colores vivos, casi palpables que la rodeaban.

—Esto no es real —afirmó—. No debería recordar tan vívidamente algo que en teoría no existe. En cuanto a vosotros... a todo esto... es imposible que exista.

Jacob frunció el entrecejo, preocupado.

—¿Por qué no?

—Porque no. —No era una respuesta muy buena, era consciente de ello—. Nadie puede entend...

—Debemos darnos prisa —la cortó Dodge.

Alguien se aproximaba; se habían formado nuevas ondas en la superficie del estanque.

Dodge y Jacob ayudaron rápidamente a Alyss a ponerse en pie y a montar en un

maspíritu, demasiado rápidamente, tal vez, pues a punto estuvo de caerse por el otro costado del animal.

Recuperó el equilibrio y se sentó firmemente, pero de cara a la grupa del maspíritu.

Dodge y Jacob intercambiaron una mirada. ¿Se suponía que aquélla iba a ser su reina guerrera?

—Más vale que te sientes mirando hacia delante —señaló Dodge.

Las ondas en el estanque se habían hecho más pronunciadas y hacían espuma. Dodge y Jacob le echaron una mano a Alyss para que se sentara como era debido sobre el maspíritu. Dodge montó de un salto delante de ella y tomó las riendas mientras Jacob subía sobre el otro animal. Justo cuando se oyeron chapoteos en la superficie del agua, los tres se adentraron en el bosque a galope. Alyss volvió la vista atrás y vio que el Gato y lo que quedaba de su cuerpo de sicarios los perseguían. Quizá todavía le quedaba una oportunidad de regresar a Londres para casarse con Leopoldo, seguir siendo la afectuosa hija del decano Liddell y su esposa, y abandonarse a aquella vida ordenada y tranquila que tanto se había esforzado por forjarse. No tenía idea de cómo serían las cosas en este otro mundo. Tenía gracia que lo que tanto había anhelado cuando era más joven —regresar a Marvilia— ahora le produjese tal desasosiego. Pero ¿a quién pretendía convencer? La idea de que podía volver a su existencia relativamente inocente en Inglaterra era pura fantasía. El estanque de las Lágrimas, Roja y el Gato... Le darían caza estuviera donde estuviese.

Los susurros de los árboles y arbustos circundantes se atenuaron, el crujido de ramas que se rompían y de pisadas sobre hojas secas sonó más intenso, más cercano, y se oía incluso por encima del martilleo de las pesadas patas de los maspíritus. No conseguirían dejar atrás al Gato. Alyss, convencida de ello, se aferró con fuerza a la cintura de Dodge.

—Son más rápidos que nosotros —dijo.

—¡Bien! ¡Entonces tendremos que luchar! —Dodge hizo girar al animal en redondo y apenas tuvo tiempo de alzar la espada antes de entablar combate con dos de los naipes sicario.

Alyss perdió el equilibrio y cayó al suelo.

—¡Alyss! —gritó Jacob.

Pero ella tenía al Gato prácticamente encima, sonriendo con su boca dentada.

—Cómo has crecido —siseó el asesino—. La última vez que te vi eras sólo así de alta. —Alzó la zarpa a la altura de la cintura y se rió.

Ella intentó correr, pero de un empujón la derribó de nuevo ante sí. Se le erizó la cola y él soltó un escupitajo. Ella trató de huir otra vez, y él volvió a tumbarla de espaldas, jugueteando con ella como un gatito con una cucaracha antes de rematarla. Alyss sabía lo que debía hacer: imaginar algo, invocar una defensa, pero hacía tanto

tiempo que no ejercitaba su imaginación que... Tenía que intentarlo de todas maneras. Y así lo hizo, temblando y con el ceño fruncido por el esfuerzo. Pero fue inútil. Nada sucedió.

El Gato alzó la zarpa para asestar el golpe. Alyss grabó en su retina la que creía que sería la última imagen que vería: Dodge atravesando con su espada a un naipe sicario, que se dobló en dos y se desplomó en el suelo, muerto; los demás asesinos, atacándolo con furia redoblada; Jacob Noncelo, corriendo hacia ella, diciendo «soy un académico, no un guerrero. En una batalla de ingenio quizá podría...», mientras se interponía entre el Gato y ella.

—A Roja no le parecerá bien este comportamiento por parte de su secretario —siseó el Gato, y sus garras centellearon.

Jacob apretó mucho los ojos.

—Una nanosfera en reposo tiende a permanecer en reposo, y una nanosfera en movimiento tiende a permanecer en movimiento mientras no actúe sobre ellas una fuerza externa —farfulló, como si de verdad pretendiese combatir la fuerza física del Gato con la fuerza superior de su intelecto. A continuación pasó a recitar una retahíla de enseñanzas eruditas, sorprendido de que le diera tiempo de expresar tantas, dadas la eficacia y la velocidad con que el Gato solía masacrar a sus infortunadas víctimas.

Alyss estaba tan asombrada como Jacob, aunque por otras razones. Tenía los ojos abiertos de par en par y, justo cuando el Gato se preparaba para descargar un zarpazo sobre el preceptor, cinco peones blancos saltaron de los árboles, y dos de ellos recibieron el golpe destinado a Jacob. Una unidad de milicianos del Ajedrez surgió de la espesura, y una baraja camuflada de soldados del Corte de Roja se repartieron con el chasquido de unas tijeras que se abren y se cierran rápidamente. Estaba a punto de librarse una escaramuza en el bosque Susurrante.

Alyss tiró de la manga de Jacob.

—Ah —dijo él después de abrir los ojos y hacerse cargo de lo que estaba ocurriendo.

—¡Marchaos! —les gritó un miliciano torre—. ¡Nosotros los mantendremos a raya! ¡Pero marchaos! ¡Ahora! —Aunque estaba enzarzado en combate mortal con un naipe número Tres, se las arregló para dedicarle una reverencia a Alyss—. Princesa —dijo.

Dodge se acercó galopando en un maspíritu y aupó a Alyss a la silla, detrás de él. Jacob se encaramó con dificultad a la grupa del animal y los tres se alejaron a toda velocidad. El entrechocar de aceros, los gruñidos guturales y los roncos gritos de batalla se apagaron en la distancia. Alyss se volvió para echar un último vistazo al enfurecido Gato y a los valientes milicianos que estaban jugándose la vida por ella.

—La mayoría de ellos no sobrevivirá —dijo Dodge, espoleando al maspíritu en dirección a Marvilópolis, que cruzarían evitando las arterias principales para llegar al

bosque Eterno—. Pero tú estás a salvo. Por el momento.

—Ya deberían haber vuelto.

—Os lo advertí —dijo el Valet de Diamantes, con aire despreocupado, llevándose a la boca un puñado de patas de lirón saladas y secas—. Había que esperar lo mejor, pero estar preparados para lo peor.

—Ya deberían haber vuelto —repitió el general Doppelgänger, caminando de un lado a otro de la tienda de campaña, actividad que al parecer no aliviaba del todo su ansiedad, pues se dividió en las figuras gemelas de los generales Doppel y Gänger, que continuaron caminando de un lado a otro; pero esto tampoco los tranquilizó, de modo que los generales volvieron a fusionarse en uno solo.

—No me sorprendería demasiado que Dodge fracasara —comentó el Valet de Diamantes—. Deberíamos planear un futuro que aún estemos en condiciones de moldear.

Lanzó una mirada inquieta a Somber Logan, que había estado sentado en silencio en un rincón de la tienda, con un cristal holográfico de bolsillo en la mano, desde que el general Doppelgänger lo había informado del sangriento fin de la Bonetería. De vez en cuando, Somber pulsaba el dorso del cristal con el pulgar, y su imagen cobraba vida: una mujer que se reía y decía algo en tono burlón. La presencia de Somber incomodaba al Valet. ¿Qué bullía dentro de esa cabeza ensombrecida? ¿Y si había enloquecido poco a poco durante sus trece años de exilio, a causa de las penalidades y los desafíos misteriosos que había tenido que afrontar? Un hombre desquiciado con habilidades tan mortíferas... Para paliar sus temores, el Valet intentó entablar una charla insustancial con el capitán de la Bonetería.

—Somber, cuéntame: en tus viajes, ¿tuviste tiempo de probar las tartas de frutas?

Con suma lentitud, Somber se volvió hacia el Valet y parpadeó varias veces, como para adaptar sus ojos a la visión de aquel caballero con peluca.

El Valet soltó una risita tensa.

—Sólo intento romper la monotonía de la espera. —Le tendió un puñado de patas de lirón a Somber—. ¿Quieres una?

Somber apartó la vista sin decir nada. Se oyeron gritos de alegría procedentes del exterior. Somber se puso en pie, se guardó el cristal holográfico en el bolsillo y salió rápidamente de la tienda. El general Doppelgänger y el Valet de Diamantes lo siguieron a toda prisa. Si había una escena capaz de animar a un miembro de la Bonetería que estaba de duelo, sin duda era aquélla: la princesa Alyss, salva y aparentemente sana, rodeada por alysianos, güinucos y lucirgueros felices, en medio de un jolgorio al que los árboles del bosque contribuían con sus voces para celebrar su regreso. Era una escena muy grata, en efecto, y sin embargo Somber no exteriorizó una gran emoción; apenas una ligera elevación de las comisuras de la boca. Su

mirada se cruzó con la de Dodge, y los dos hombres inclinaron levemente la cabeza en un gesto de mutuo respeto.

—¿Es... es Somber? —preguntó Alyss al avistar la chistera en medio de la multitud.

Los alysianos le abrieron camino a Somber para que pudiera pasar.

—Me complace ver que estáis bien, Princesa.

Alyss echó una ojeada en derredor.

—¿Estoy bien? A mí no me lo parece.

Somber agachó la cabeza.

—Sí, es imperdonable que os perdiera en el estanque, y asumo toda la responsabilidad. Si decidís degradarme como castigo por mi fracaso, espero saber aceptarlo con dignidad. No obstante, queda mucho por hacer, Princesa, si queréis vencer a Roja.

Alyss suspiró y, cuando habló, sus palabras sonaron más regias de lo que ella había imaginado posible.

—No me sorprende, Somber, que te culpes de ese «fracaso», como tú lo llamas. Pero yo no te culpo. ¿Cómo sabemos que no fui yo quien te perdió a ti hace ya tantos años? Lo que quería decir es que ver todo esto... —señaló el cuartel general de los alysianos— me impresiona mucho después de haber pasado tanto tiempo lejos de aquí.

Somber se hizo a un lado, y el general Doppelgänger se acercó a grandes zancadas, le dedicó varias reverencias a Alyss y se partió en dos.

—¡Princesa Alyss! —exclamaron a la vez los generales Doppel y Gänger—. Nos llena de euforia comprobar que habéis vuelto con nosotros. ¡Bienvenida, bienvenida!

La muchedumbre estaba demasiado ocupada celebrando su vuelta para reparar en la expresión que le ensombreció el rostro al Valet de Diamantes cuando posó la vista en la Princesa desaparecida hacía años. A pesar de todo, el Valet siempre estaba más que dispuesto a aprovechar cualquier circunstancia imprevista en su beneficio. Forzó a sus labios a dibujar una sonrisa y, al notar que la algazara se atenuaba un poco, se abrió paso por entre el gentío.

—Abran paso a una persona de categoría —dijo—. Apártense, apártense.

Su prodigioso trasero derribaba a la gente a diestro y siniestro con cada paso. Se plantó ante Alyss.

—¡Ah, Princesa! Sin duda os acordaréis del Valet de Diamantes, vuestro compañero de juegos preferido de la infancia, ¿verdad?

Alyss miró a Dodge, que se puso a toquetear la punta de su espada con interés inusitado.

El Valet la tomó de la mano y se la besó.

—Llevo una eternidad padeciendo por vos, Princesa mía. ¿Os acordáis de que

íbamos a casarnos? Pues he permanecido soltero para honrar vuestra memoria, y me congratularía que me tomaseis por marido, siempre y cuando mi cuerpo varonil os guste tanto como a mí. —Giró a derecha e izquierda, para mostrarle su físico a Alyss.

Alyss no supo si fue la poco apetecible figura que el Valet de Diamantes exhibía como un hada, los rostros joviales y expectantes de la multitud que la rodeaba, o ambas cosas, pero de pronto sintió que todo era demasiado para ella.

—Creo que... me gustaría echarme un rato —murmuró.

—¡La Princesa quiere una cama! —gritó un güinuco cercano.

—¡La Princesa quiere una cama! —repitió un naipe número Dos y, mientras el caballero blanco y su peón se afanaban en prepararle un lecho a Alyss, los alysianos, uno tras otro, comentaban este hecho como si se tratara de un motivo de celebración en sí mismo, otro suceso extraordinario que ni siquiera se habían atrevido a soñar.

Mientras Alyss descansaba en su tienda, el general Doppelgänger convocó una reunión para planificar las tácticas. Jacob Noncelo, el caballero blanco, el Valet de Diamantes y Somber Logan se juntaron en la sala de guerra de los alysianos, que más que una sala era un claro situado en lo más tupido del cuartel general del bosque, amueblado con una Mesa Aérea con tablero de cristal y sillas a juego, así como con cuatro tableros de escritura de piedras semipreciosas Borrafácil® que hacían las veces de paredes y en los que se habían trazado, discutido y organizado todas las campañas militares de los alysianos de los últimos siete años.

—Pero ¿puede dirigimos ella? —preguntó el general Doppelgänger.

—Tiene que hacerlo —respondió Somber.

—¡Qué locura! —estalló el Valet de Diamantes, pero, al ver la mirada inexpresiva de Somber, añadió—: Es decir... qué locura, con el debido respeto, señor.

—No cabe duda de que le hace falta todo el entrenamiento y la instrucción que podamos darle en el poco tiempo de que disponemos —aseveró Jacob Noncelo.

—Yo sólo veo a una jovencita que no está preparada para hacer aparecer ni una juergatina con la imaginación, y mucho menos luchar contra Roja por el control del reino —dijo el Valet de Diamantes.

Los generales asintieron con la cabeza, pensativos.

—Caballero, ¿tú qué opinas?

—Es la Princesa. Le corresponde el primer puesto en la línea de sucesión. Si está dispuesta a acaudillarnos...

—Si está capacitada para ello, querrás decir —masculló el Valet.

Dodge, cuando asistía a aquellas reuniones, solía guardar silencio y escuchar las propuestas estratégicas, las discrepancias respecto al protocolo y las interpretaciones de los informes de inteligencia con exasperación y rabia contenidas: ellos eran los autoproclamados defensores del reino; tendrían que estar enfrentándose a Roja en batalla, no hablando de ello.

—Me pregunto —dijo, sin fijar la vista en un punto concreto, y el mero hecho de que tomase la palabra impuso un silencio repentino entre los demás— cómo se enteró Roja de dónde se encontraba Alyss. —Clavó la mirada en el Valet de Diamantes.

—¿Estás acusándome de algo?

—Supongamos que lo estoy haciendo.

—¡Caballeros! —los reprendió el general.

—Entonces no me hará falta suponer que eres un bobalicón —espetó el Valet de Diamantes—, porque tendré la certeza de que lo eres.

Dodge se puso de pie, llevándose la mano a la empuñadura de la espada.

—Bastante tenemos con luchar contra Roja —se interpuso Jacob Noncelo—. No

mejorarán nuestras posibilidades de triunfar si nos peleamos entre nosotros.

El Valet de Diamantes dejó escapar una risita petulante y desdeñosa.

—Caballeros, yo no tengo el menor deseo de pelear. Respeto profundamente los éxitos del señor Anders en el campo de batalla, pero el hombre no sabe nada de política. Estoy seguro de que ustedes convendrán conmigo en que es demasiado proclive a usar la espada cuando convendría más que empleara la lengua.

—Y tú eres demasiado proclive a empolvacar esa peluca en lugar de combatir a nuestro lado cuando hace falta.

El Valet hizo un gesto displicente con la mano.

—Que el señor Anders crea lo que quiera. Lo único que me preocupa es Alyss. No me cabe duda de que es nuestra Princesa perdida, pero dudo que esté dotada mental o físicamente para dirigir un ataque contra Roja.

—Le llevará tiempo —convino Jacob.

—Y tendrá que recorrer el laberinto Especular —agregó Somber.

—Sí, eso también —asintió Jacob.

El Valet de Diamantes se dio un manotazo en la frente, incrédulo.

—¿Esa vieja patraña? Se demostró que el laberinto Especular no servía para nada hace ya tiempo. La propia Roja nunca recorrió ningún laberinto.

—Razón por la que es posible derrotarla —señaló Jacob.

—General, te lo pido encarecidamente... Accedamos a participar en la cumbre y acabemos con esta locura antes de que llegue demasiado lejos. Una oportunidad como la que nos ofrece Roja no volverá a presentarse.

—Ninguna reina puede desarrollar al máximo su fuerza ni su poder sin pasar por el laberinto —dijo Jacob.

El Valet de Diamantes perdió la paciencia que le quedaba.

—¡Bien, estupendo, corramos todos al laberinto! ¡Deprisa, vayamos al importantísimo laberinto Especular mientras nuestra supervivencia está en juego!

—No podemos simplemente «ir corriendo», como usted dice —puntualizó Jacob Noncelo—. Sólo las orugas conocen el emplazamiento del laberinto. Alyss debe entrevistarse con las orugas.

—Pero si no han salido del valle de las Setas desde que Roja usurpó la corona —repuso el caballero blanco.

—Entonces ella tendrá que desplazarse hasta allí.

—Necesitará una escolta militar —dijo Dodge.

El Valet de Diamantes tiró de la peluca hasta taparse la cara y habló a través de sus espesos y empolvados rizos. Aunque amortiguada, la voz resultaba audible.

—Si queréis obligarla a entablar una lucha para la que no está preparada, sólo me queda desear que el espíritu de Issa guarde a todo aquél que caiga bajo vuestro cuidado. Los haréis marchar hacia su muerte.

—¿Y por qué estás tan ansioso por convencernos de que pactemos con Roja, digo yo?

Era Dodge quien había planteado la pregunta. Pero el Valet se limitó a hundir más el rostro en su peluca y soltó un gruñido.

—Jacob —dijo el general—, ¿no deberías ir camino de regreso al monte Solitario por si Roja empieza a sospechar algo?

—No voy a regresar. El Gato me ha visto con Alyss. Ahora mi puesto está aquí, a su lado.

Aunque habría sido útil mantener a un espía en la corte de Roja, el general comprendió sus razones.

—Bien, sea como fuere, nos alegramos de contar plenamente contigo.

A Jacob se le movieron las orejas, y unos instantes después, todos lo oyeron: alguien se acercaba a paso veloz. Somber se levantó, con la mano en el ala de la chistera, y Dodge se puso en pie de un salto, listo para pelear. Pero no era más que el miliciano torre, que venía maltrecho y magullado de su escaramuza con el Gato en el bosque Susurrante.

—Has conseguido llegar hasta aquí —dijo, sonriéndole a Dodge.

—Tú lo has conseguido. Vamos a buscar a la cirujana.

La torre le quitó la mano que le había posado en el hombro.

—Estoy bien, sólo tengo heridas superficiales. Pero hemos perdido cuatro quintas partes de nuestros hombres. Ni siquiera hemos conseguido arrebatarle una sola vida al Gato. Aun así, la Princesa está a salvo.

Dodge asintió con la cabeza.

—Ya es algo. —La torre se sentó trabajosamente en una silla libre—. Bueno, ¿qué me he perdido?

—Pues aquí la mayoría cree que Alyss debe recorrer el laberinto Especular para poder enfrentarse a Roja con éxito —explicó el general Doppelgänger—. Sin embargo, yo aún no he expresado mi opinión.

El Valet de Diamantes echó un vistazo desde detrás de su peluca, esperanzado.

—Creo que deberíamos darle a Alyss la oportunidad de entrevistarse con las orugas en el valle de las Setas —dijo el general Doppelgänger—. Dejemos que ponga a prueba sus capacidades con el laberinto.

—Nooo —gimió el Valet y volvió a ocultar la cara tras la peluca.

—Pero mientras tanto... —el general le arrancó la peluca al Valet de Diamantes — debes informar a Roja de que asistiremos encantados a su cumbre, si todavía está dispuesta a celebrarla pese al regreso de Alyss. —Se volvió hacia los demás y agregó —: Nuestra responsabilidad para con la causa nos exige que tengamos planes alternativos por si la Princesa fracasa.

—No fracasará —aseveró Dodge—. Yo no se lo permitiré.

La Luna de Roja había salido. Su luz sanguínea ardía sobre el desierto Damero a través de un cielo cuajado de nubes, y las chimeneas de la fábrica donde se producían las máquinas de guerra de Roja expelían continuamente vaharadas de vapores tóxicos.

El Gato avanzaba temeroso por los pasadizos de la fortaleza del monte Solitario, con una inquietud que quedó eclipsada por el aspecto amenazador del cielo sobre el tórrido desierto, un cielo que él sólo pudo ver cuando enfiló el pasillo en forma de espiral que conducía a la cúpula de observación, donde Roja aguardaba a que él le presentase pruebas de que su sobrina ya no se contaba entre los vivos.

No era una entrevista que el Gato estuviese ansioso por mantener. Entró en la cúpula de observación y encontró a su Reina de pie, contemplando Marvilópolis a través de un panel telescópico, mientras la morsa mayordomo sacaba brillo a los otros cristales con un trapo.

Roja estaba de espaldas al Gato. Sin volverse, dijo:

—Te veo a ti, pero no veo la cabeza de mi sobrina. —Y, antes de que él pudiera pronunciar media palabra, el cetro de la Reina lo traspasó.

La morsa dio un respingo y se dirigió a la salida.

—¡Oh! Más vale que vaya a ver si...

—¡Quédate dónde estás! —gritó Roja.

—Sí, todavía me queda mucho trabajo por hacer aquí, Su Malignidad Imperial. —Y el mayordomo morsa regresó para continuar limpiando los paneles telescópicos.

El Gato se tambaleó sobre sus patas traseras, con el cetro de Roja clavado. En teoría era afortunado de haber nacido con nueve vidas, pero todas sus muertes resultaban dolorosas. A veces deseaba tener sólo una vida.

Se cayó al suelo, muerto.

Roja se puso a caminar arriba y abajo junto a su cadáver. Extrajo su cetro del cuerpo. Los ojos del Gato se abrieron de golpe y la herida de su pecho se cerró. Se levantó despacio, lamiéndose para limpiarse la sangre.

—Explícame cómo te las has arreglado para fracasar esta vez —exigió Roja.

—Los alysianos la encontraron primero. Volvieron aquí a través del estanque de las Lágrimas y los perseguimos, pero...

—¿Alyss está en Marvilia? ¡Inaceptable! —chilló Roja, y el Gato sintió de nuevo la estocada punzante y mortal de su cetro.

El mayordomo soltó un sollozo y se le cayó el trapo al suelo. Al agacharse para recogerlo, se dio un golpe en la cabeza contra un panel telescópico.

Roja intentó localizar a Alyss con el ojo de su imaginación, pero no vio más que una masa confusa de árboles y follaje. Era una especie de bosque. Pero había muchos

bosques en el reino.

—¿Dónde está Jacob Noncelo? Quiero que el secretario real se presente aquí de inmediato.

—Lo siento, Su Malignidad Imperial —dijo la morsa, frotándose la cabeza—, lo lamento muchísimo, pero Jacob Noncelo no está aquí. Nadie lo ha visto desde...

—Ahora está con los alysianos. —El Gato, que había vuelto en sí, yacía en el suelo, mirando cómo se le curaba la herida.

—Ya basta de noticias desagradables, mi felino amigo —lo amenazó Roja. Agitó el cetro, y una fuerza invisible levantó al Gato y lo colocó de pie—. Ven conmigo.

Salió rauda de la sala, con los tacones repiqueteando sobre el suelo pulido. El Gato, tras lanzar una mirada a la morsa con los ojos entornados, siguió a Roja por el pasillo en espiral, atravesó varias habitaciones de uso incierto hacia el pozo de vacío en el que descendieron velozmente hacia las entrañas de la fortaleza. Entraron en una cámara enorme en que un ejército de vitróculos aguardaba órdenes, formado en columnas. Cuando Roja abrió la boca para hablar, proyectó la imagen holográfica de su rostro crispado de rabia en las vallas de Marvilia y los cristales para anuncios pagados por el gobierno. Los marvilianos interrumpieron sus diversas labores y actividades para escucharla vomitar unas palabras dirigidas a los vitróculos del monte Solitario.

—Leales súbditos, hay entre nosotros una pretendiente al trono. Se hace llamar Alyss de Corazones. Vuestra ayuda para capturarla o darle muerte será obligatoria a partir de ahora. Ella se encuentra en uno de nuestros bosques. Encontradla antes de que mi Luna se ponga, o quemaré todos los bosques de Marvilia. Quien lo consiga será recompensado con la certeza de haberse ganado mi favor eterno.

El rostro de Roja desapareció de los carteles y las vallas de la ciudad, cediendo el paso a los anuncios habituales del hotel y casino de Roja, los bloques residenciales de Roja, peleas de galimatazos y recompensas ofrecidas a quienes denunciaran a algún partidario de la Imaginación Blanca. Los marvilianos reanudaron sus quehaceres, aunque desde luego no faltaba quien consideraba que valía la pena ganarse el favor eterno de Roja y estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para encontrar a Alyss de Corazones.

En el monte Solitario, los últimos vitróculos salieron de la fortaleza al desierto. Roja se volvió hacia el Gato, y su voz retumbó en la cámara vacía.

—Dile al Valet de Diamantes que ha llegado el momento de que demuestre su lealtad de una vez por todas.

En realidad ella no tenía intención de dormir; sólo quería estar sola para reflexionar. «¿Cuánto tiempo hace que estuve en el altar de la abadía de Westminster, al lado de Leopoldo?». Parecía que hubiese transcurrido una eternidad, un espacio terriblemente largo de tiempo. «¿Qué habrá sido de él? ¿Y de los Liddell? ¿Qué pensarán que me ha pasado? ¿Qué estarán haciendo justo en este momento?». Había llegado a quererlos, quizá del mismo modo que una persona secuestrada se encariña con sus secuestradores, pero no cabía duda de que era amor. Alyss lo había comprendido.

Pensar tanto no solucionaba nada, y Alyss respiró aliviada cuando Jacob entró en la tienda con unas prendas de ropa pulcramente dobladas.

—Ponte esto —dijo él—. Te espero fuera.

Era un uniforme alysiano, de factura rudimentaria como todo lo que los alysianos podían hacer fuera de las zonas controladas por Roja. La camisa y los pantalones no eran del mismo color. El tejido de nanofibras era basto comparado con los que solían fabricarse en Marvilia, pero aun así, al frotar el dobladillo de la camisa entre los dedos índice y pulgar, Alyss comprobó que era más suave y fino que la mejor seda de Inglaterra. Sí, eran prendas corrientes, tan corrientes como las que vestían los pobres bajo el remado de Genevieve, con una diferencia: llevaban la insignia desteñida de un corazón blanco en el extremo de la manga derecha.

Alyss se despojó de su vestido de novia y, pese a los desgarrones que tenía, lo extendió con cuidado sobre el catre del general. Se enfundó el uniforme alysiano y le entraron ganas de saber qué aspecto le daba esa ropa tan poco familiar para ella, pero no había espejos en la tienda.

«No queda otro remedio. Debo afrontar el futuro, sin importar lo que me depare». Tras tomar aliento y erguir la espalda con decisión, salió de la tienda. Jacob fue a su encuentro con una sonrisa radiante y la tomó de las manos. La miró de arriba abajo, complacido por lo que veía.

—Aunque tuvieras que ir vestida con el sudadero de la silla de un maspíritu, Alyss, tendrías un porte majestuoso.

—Gracias, Jacob, pero...

—Ah, no, nada de peros. Acabas de volver a nuestro lado, y es demasiado pronto para expresar las dudas que seguramente te han asaltado con esa palabra tan cobarde, «pero».

Alyss le dedicó una sonrisa, más un movimiento mecánico de los músculos faciales que un reflejo de sus sentimientos.

—Me alegra ver que sigues siendo el mismo Jacob Noncelo —comentó—. Después de nuestro reciente enfrentamiento con el Gato, pensaba que quizá te habías convertido en un héroe de acción y que ya no te interesaban las sutilezas del intelecto.

—¿Un héroe de acción, yo? ¿Y qué más? Prefiero dejar la acción a otros. Claro que soy el Jacob Noncelo de siempre, Alyss; soy el mismo precisamente porque soy viejo. Fui el preceptor de la abuela de tu bisabuela, y...

—Sí, lo recuerdo.

—He sido testigo de tantos conflictos políticos que bastarían para llenar varias cabezas. Nada de eso me ha hecho cambiar. Reconozco que este asunto de Roja es lo peor que he vivido, pero soy demasiado viejo para cambiar. Pero no hablemos más de mí, por muy fascinante que sea como tema de conversación. Vamos.

La guió hasta una zona de descanso en la que había unos contenedores de municiones gastados y vacíos que hacían las veces de asientos. Jacob se sentó en uno que había servido de embalaje para esferas generadoras salidas de la fábrica de Roja, con su toga, holgada y marrón, formando pliegues en torno a él. Parecía un volcán diminuto con cabeza blanca. Les sirvió el té una joven que llevaba un sombrero de fieltro y un sobretodo de piel agrietada, tan cohibida por la presencia de Alyss que ni siquiera se atrevía a alzar la vista para mirar a la Princesa.

—Qué tímida es —observó Alyss una vez que la chica se hubo marchado a toda prisa.

—Por lo general, no. Se ha puesto así por ti. Nació aquí, en este campamento. ¿Sabes cómo se hacen llamar todas estas personas?

Alyss negó con la cabeza. ¿Cómo iba a saberlo?

—Alysianos —dijo Jacob.

A Alyss el corazón se le aceleró ligeramente. «¿Alysianos? No, eso es demasiada responsabilidad para mí».

—No creo estar preparada para todo esto —confesó.

Jacob la observó por unos instantes. Sin dejar de mover las orejas en distintas direcciones a cada sonido que percibía, le refirió los cambios que había sufrido Marvilia en los últimos trece años, y aunque su sabiduría abarcaba muchos temas, había cosas que ni siquiera él entendía y que en su mayor parte la concernían a ella. Y entonces le llegó el turno de hablar, de intentar explicar lo que se le antojaba inexplicable.

—Tuve que dar la espalda a todos mis recuerdos de Marvilia —dijo—. Tuve que cerrar mi mente a esos recuerdos para sobrevivir en un mundo que no creía en ellos. Me resistí durante mucho tiempo, pero al final fue...

—¿De modo que por eso ibas a casarte? Alyss asintió con la cabeza.

—Siempre perteneceré en parte a ese otro mundo.

—Bien expresado. Es imposible pasar tanto tiempo en un lugar y no llevar dentro un trocito de él. Pero éste es tu verdadero hogar, Alyss. Éste es el mundo al que perteneces.

—¿Ah, sí? —Echó un vistazo alrededor. «¿Cómo pueden llamarse alysianos

cuando yo misma apenas me siento alysiana? Esto es demasiado. Exigen demasiado»—. Tengo la sensación de que ya no pertenezco a ningún sitio. ¿Qué hay de la familia que dejé allí? ¿Qué hay de Leopoldo, el hombre con quién iba a casarme?

—Seremos generosos con las personas que te cuidaron como a una hija, si podemos permitirnos ese lujo en el futuro. Por lo que se refiere al tal Leopoldo, tenemos cosas más importantes de que preocuparnos que del amor de un hombre, ya sea de este mundo o de cualquier otro.

Alguien los observaba: Alyss sorprendió a Dodge mirándolos desde detrás de una tienda. Alzó la mano para saludarlo, pero él se agachó para perderse de vista y ya no volvió a aparecer.

—Posees una imaginación muy poderosa, Alyss —dijo Jacob Noncelo—. Los alysianos la necesitarán, y el destino del reino depende de ella. En el poco tiempo de que disponemos, mi deber es instruirte en sus usos y limitaciones, de acuerdo con los principios de la Imaginación Blanca.

—Me ha abandonado.

Las orejas de Jacob se rizaron en señal de perplejidad.

—La imaginación no te ha abandonado, Alyss, porque no tiene ningún sitio adonde ir. La llevas en tu interior, te guste o no. Ya lo verás. Naciste para ser una reina guerrera, como tu madre. —Pero en este punto el sabio preceptor hizo una pausa, al recordar a Alyss sentada al revés en el maspíritu después de emerger del estanque de las Lágrimas. Estaba muy desorientada en ese momento, por supuesto. Sí, más valía pensar positivamente—. Sí, lucharás codo con codo con tu ejército —prosiguió—, y te enfrentarás a Roja porque sólo tú tienes la fuerza y el poder para vencerla.

—¿Una reina guerrera? —Alyss soltó una risotada—. ¿Qué sé yo de tácticas de guerra o de armas? Nunca he empuñado una espada en la vida excepto cuando de niña jugaba con Dodge.

—Si consigues recorrer el laberinto Especular, evolucionarás hasta ser una reina guerrera. El laberinto hará salir lo que llevas dentro.

Alyss sacudió la cabeza con escepticismo.

—Ni siquiera yo sé de qué manera actúa el laberinto Especular —continuó Jacob—. El *In Regnum Speramus* antes decía: «Sólo aquélla para quien el laberinto Especular está destinado puede entrar». Ardo en deseos de que llegue el día en que puedas contarme qué hay dentro.

—No lo sé, Jacob. Sencillamente, no lo sé.

¿No cabía la posibilidad de que ella ya no fuese la heredera legítima de la corona?

«Fui princesa en otro tiempo, pero ahora la continuidad se ha roto». Sus años y experiencias en ese otro mundo habían abierto un abismo entre la niña que ella había

sido y la mujer en que supuestamente se había convertido. «Roja acabó con dos generaciones de la realeza de Corazones esa espantosa tarde».

—Háblame de Dodge —le pidió a Jacob.

El preceptor guardó silencio durante un rato largo.

—Ninguno de nosotros ha vuelto a ser el mismo desde el retorno de Roja. Algunos hemos cambiado más que otros. En lo referente al hombre en que se ha convertido Dodge Anders, creo que lo mejor será que lo descubras por ti misma. — Jacob se levantó de un brinco—. Bien, pronto emprenderemos un viaje al valle de las Setas, donde las orugas te informarán. Acábate el té y pon en orden tus pensamientos, pues comenzaremos la clase que debió empezar hace trece años.

Alyss siguió a Jacob con la mirada mientras se alejaba a toda prisa. Sin haber tomado un solo sorbo de su té, y sin pensar en lo que hacía o adonde iba, se puso de pie y cruzó el campamento. Los alysianos que estaban reunidos frente a la entrada de sus tiendas, o cocinando en hogueras encendidas en hoyos revestidos de piedra semipreciosa, se inclinaban ante ella al verla pasar. Unos gritaban: «¡Con Alyss venceremos!»; otros deseaban: «Que la luz de la Imaginación Blanca vuelva a brillar sobre Marvilia, Princesa». Ella intentaba mostrarse lo más esperanzada posible dadas las circunstancias.

«Alysianos. Se hacen llamar alysianos. Y ahora mira adonde he venido a parar».

Se encontraba delante de una tienda; no una tienda cualquiera, sino la de él. Sus pies la habían llevado hasta allí de manera casi inconsciente.

«¿Debería llamar, o...?».

Pero no hizo falta. Allí estaba él, saliendo de la tienda.

—Hola —dijo ella.

Dodge se puso tenso, sacó pecho y enderezó la espalda.

—Princesa.

Ella notó que estaba sorprendido, que lo había pillado desprevenido.

—¿Querías algo? —preguntó ella—. Quiero decir antes, cuando he...

—¿Jacob te ha dicho que debemos embarcarnos en un viaje peligroso al valle de las Setas?

—Sí. —Había pensado, había esperado que se tratara de otra cosa, pero ¿de qué, exactamente?—. Dodge, ¿de verdad crees que puedo dirigir una batalla contra las fuerzas de Roja?

—Sí, lo creo.

—Bueno, al menos uno de los dos lo cree. Estoy segura de que es demasiado tarde para lo que Marvilia esperaba de mí, fuera lo que fuese. Te pediría que me llevaras a casa, pero ya no tengo la menor idea de cuál es mi casa.

De pronto se apoderó de ella una tristeza insoportable, y Alyss deseó que alguien, cualquiera, la abrazara para consolarla. Sin embargo, sus pucheros sólo endurecieron

la actitud de Dodge hacia ella.

—Hay algo que debes ver —dijo.

Si el futuro del reino no hubiese estado en peligro, y si Dodge no hubiese estado tan frío y distante mientras la guiaba al exterior del cuartel general de los alysianos, ella habría podido persuadirse de que se encaminaban hacia una aventura inocua, como cuando vivían en una época menos complicada.

El Valet de Diamantes avanzaba pesadamente por el bosque Eterno cargado con una caja del tamaño y la forma de una panera.

—¿Demostrar mi lealtad? ¿Acaso no la he demostrado ya una y otra vez? ¿Acaso no he entregado a traidores que osaron robarle sus armas? ¿Acaso no la he mantenido informada de las actividades de los alysianos? Ojalá, por una vez, no se dejara dominar por el mal genio... Una cumbre; así es como habría resuelto yo el problema. Hacerles creer a los alysianos que se les concede la condición de estado, engatusarlos para que se confíen. Yo me casaría con la Princesa sin dejar de guardarle lealtad a la reina Roja, de modo que ella controlaría a los alysianos a través de mí. Así es como se manejan las cosas. Pero aquí todo el mundo quiere pelear.

Un gatito del color del oro bruñido asomó la cabeza por la parte superior de la caja.

—No, nada de eso —le dijo el Valet al animal—. Más vale que no se te vea.

Posó la palma de su rechoncha mano sobre la cabeza del gatito e intentó empujarla hacia el interior de la caja, pero el animal bufó con la boca abierta y lo arañó con un ágil movimiento de la pata.

—¡Ay!

El Valet arrojó la caja lejos de sí y se chupó la herida de la mano. Los árboles cercanos parloteaban entre sí. El Valet atisbó la cola del gatito, que sobresalía de la parte superior de la caja y se movía de un lado a otro, pero el animal no emitía sonido alguno. ¿No era ésa una situación ventajosa? ¿Tenía a su rival principal encerrado en una caja! Le sería fácil deshacerse del gatito. Sí, sí. Entonces Roja sólo lo tendría a él como consejero y él la convencería de que pusiera en práctica planes que él sabría aprovechar mejor. Pero ¿y la tarea que se traían entre manos, la emboscada? ¿Y si Roja estaba observándolo justo en ese instante con el ojo de la imaginación? No, más valía que esperase. Deshacerse del gatito era demasiado arriesgado por el momento. Pero en cuanto se presentase la oportunidad...

Recogió la caja y prosiguió su camino por el bosque. La cola del gatito, que seguía ondulando fuera de la caja, le rozó la mano. El Valet se detuvo y echó un vistazo alrededor. ¿Dónde estaba el cuartel general de los alysianos? Siempre le costaba dar con él. ¿A la izquierda quizás? Sí, definitivamente, a la izquierda. No obstante, unos doscientos pasos más adelante, llegó a la conclusión de que el campamento debía de quedar hacia el otro lado. Pero tras avanzar unos cuatrocientos pasos en la dirección opuesta no parecía hallarse más cerca. Se había perdido. El gatito gruñó. Pero entonces el Valet de Diamantes avistó un destello del sol reflejado en un fusil de cristal: dos guardias alysianos patrullaban el perímetro del cuartel general. ¡Ajá! El Valet sabía que no andaba muy desencaminado. Sin embargo, ahora

que se avecinaba la violencia, ¿no convenía más mantenerse a distancia?

Se acercó a los guardias con cautela, casi tan pálido como su amada peluca.

—Debemos reforzar la seguridad ahora que Alyss está aquí —dijo, una vez frente a ellos—. He solicitado que aposten más centinelas en el perímetro.

—Si vos lo estimáis necesario, milord...

—Obviamente, sí.

—Sí, señor.

—¿Está el... guardián del espejo por aquí?

—En estos momentos no, señor.

—Ah, vaya. —El Valet apoyó su peso primero en una pierna y luego en la otra. Estaba sudando; sentía un picor horrible en la cabeza—. ¿Tenéis idea de cuándo volverá?

—No, señor.

—Ah. —Notó que el gatito se rebullía dentro de la caja, impaciente—. Esto... Traigo algo para él.

Los guardias permanecieron callados.

—¿No debería uno de vosotros echarle una ojeada?

Si el guardia que se ofreció voluntario hubiera tenido tiempo, quizá se habría percatado de que el Valet de Diamantes temblaba. Sin embargo, tan pronto como el pobre desdichado acercó la cara a la abertura de la caja para ver qué contenía, los dos brazos viriles del Gato salieron de ella. El Valet se tambaleó hacia atrás y dejó caer la caja. Pero antes de que ésta tocara el suelo, mientras el guardia gritaba, el Gato completó su transformación en el asesino y eliminó a ambos guardias. Una oleada de alerta recorrió los árboles y arbustos del bosque.

El Gato se volvió hacia el Valet, con las garras goteando sangre.

—Llama al Corte.

El Valet se llevó torpemente la mano a un bolsillo. Sacó una burbuja de cristal revestido de mármol, se la acercó a los labios y sopló en ella. Nada. El sonido que emitía sólo resultaba audible para el Corte. Oyó los chasquidos, semejantes a los de unas tijeras, que producían sus extremidades al caminar. Eran tres barajas en total, 156 soldados.

—Esto... Creo que debería esperar aquí —balbució el Valet de Diamantes—. No quiero que mis tratos con Roja salgan a la luz, cosa que ocurrirá si el general Doppelgänger o alguno de los demás me ven.

El Gato sabía que mentía, pero era mejor así; el cobarde del Valet sólo sería un estorbo para él.

—Haz lo que quieras —espetó, y, acompañado por los números altos de los naipes del Corte, irrumpió en el cuartel general de los alysianos mientras los números bajos empezaban a hacer añicos los espejos del perímetro.

Dodge no le había dicho que se alejarían del bosque. Habrían debido informar a alguien. «A Jacob, al general, a Somber... Tendríamos que haberles avisado de que nos íbamos. Este Dodge es tan distinto del que yo conocía...». El Dodge Anders de diez años se jactaba de ceñirse rigurosamente a los procedimientos militares y daba mucha importancia a la comunicación entre los integrantes de una unidad de combate. Sin embargo, había muchas diferencias entre aquel hombre y el chico con quien Alyss había tratado.

Él avanzaba por delante de ella a paso ligero, por lo que Alyss a menudo tenía que trotar a fin de no perderlo de vista. De vez en cuando, él se volvía para asegurarse de que ella aún lo siguiese, pero aun así podría haber sido más considerado. «No le costaría nada tenerme en cuenta y bajar un poco el ritmo».

Llegaron a las afueras de una ciudad destartada, la misma que ella había cruzado hacía unas horas. «¿De verdad será ésta la misma ciudad resplandeciente en la que viví alguna vez? Apenas puedo creerlo». Las casas de empeños, los controles militares, el murmullo constante de voces grabadas que repetían: «O con Roja o a la fosa» y «El camino de Roja es el único camino». La miríada de anuncios luminosos de productos y lugares totalmente desconocidos para Alyss. El único edificio que reconoció fue el teatro Aplu, donde había asistido a funciones de Los Joviales Farsantes, una compañía teatral que gustaba mucho a sus padres. Tenía las puertas y ventanas cegadas con tablas y empezaba a caerse a trozos. Los pocos marvilianos que ella veía se deslizaban por la ciudad como sombras, temerosas y avergonzadas.

«Ya era hora de que me tratara con un poco de consideración».

Dodge la esperaba, más adelante. Pero cuando ella llegó a su lado, descubrió que no se había detenido por cortesía.

—Ésa es tu casa —señaló Dodge—. Roja la dejó en pie para mostrar hasta qué punto han decaído los Corazones y la Imaginación Blanca.

Ella se mareó al contemplar las ruinas del palacio de Corazones, y los recuerdos se le agolparon en la cabeza. «Cuando mi padre y yo jugábamos al corre que te pilló por los pasillos, y siempre me hacía reír para pillarme. “Con las letras de mi nombre, si las cambias de orden, se pueden escribir cosas como ‘alnon’, ‘onnal’ o ‘lonan’”, decía. “Pero si ésas no son palabras”, replicaba yo, y al oír mi voz, él descubría dónde estaba yo, y después de pillarme, contestaba: “Pero, Alyss, yo no he dicho que fueran palabras de verdad”».

»Y había toda clase de recovecos donde esconderme para espiarlos a él y a mamá, y yo lo veía dándole a ella un masaje en la nuca mientras ella estaba en el trono, alzando el rostro hacia él para besarlo».

—¿Podemos entrar?

—Sí, pero debemos ir con cuidado.

Los terrenos del palacio parecían desiertos; no había saqueadores escabullándose con copas y cubiertos en las manos, pues no quedaba nada por robar. Aun así, Dodge desenfundó la espada y guió a Alyss con sigilo hacia la entrada del palacio, hablándole en susurros.

—A veces los pobres y los desesperados se instalan aquí durante un tiempo hasta que mueren por su adicción a los estimulantes de la imaginación o Roja los envía a las minas de Cristal.

Al cruzar la desvencijada verja principal, el corazón de Dodge le latía tan rápidamente como si estuviese en batalla. No había vuelto a poner un pie en el palacio desde el día que enterró a su padre con ayuda del miliciano torre. No había querido volver, pues temía los sentimientos que el lugar pudiera despertar en él. Mantenía el rostro vuelto de manera que Alyss no lo viera, luchando contra emociones a las que ya no estaba acostumbrado.

Dentro, las paredes de las otrora suntuosas salas estaban pintarrajeadas con obscenidades, y lo poco que quedaba del mobiliario y la decoración estaba apilado en montones carbonizados, pues era evidente que lo habían utilizado como combustible para hogueras.

—Está vacío porque la gente robó cosas —explicó Dodge—, justo después de... ya sabes, de ese día.

Alyss extendió el brazo y deslizó la mano por las frías paredes de piedra.

—No está vacío —repuso. Al contrario. El lugar estaba lleno del pasado.

En una curva de uno de los pasillos: «Aquí es donde imaginé el suelo cubierto de bayas de escarajujo, y la morsa resbaló en ellas, y se le cayó la bandeja de té y el mayordomo aplastó las bayas, se revolcó en ellas y acabó todo manchado y de color escarajujo». En la antecámara de la sala del trono de su madre: «Aquí yo les cobraba peaje a los criados, y no los dejaba pasar a menos que me dieran juergatinas o tartitartas».

Había esqueletos de naipes soldado y de milicianos del Ajedrez desperdigados por el pasillo polvoriento que conducía al comedor Sur, donde había muchos más.

Alyss no vio restos de hogueras ahí, ni montones de muebles rotos y chamuscados. Al parecer incluso los sin techo se habían mantenido alejados de allí. El aire olía como si ningún ser vivo lo hubiese respirado desde hacía más de una década. Las paredes presentaban varios agujeros producidos por el ataque de Roja, pero no había armas a la vista. Probablemente se las habían llevado los saqueadores. Lágrimas silenciosas resbalaron por las mejillas de Alyss. Ella se volvió para ver si Dodge lloraba, abrumado por el peso de aquella escena desoladora, pero apenas distinguía sus facciones en la penumbra de la sala.

—¿Tu padre...? —susurró ella.

—Está... enterrado en el jardín. —La voz de Dodge sonó ahogada. Respiraba hondo y con regularidad para intentar conservar la calma. Su pena cedió el paso a la rabia. Le entraron ganas de darle un puñetazo a algo. Quería infligir a alguien el dolor y la sensación de pérdida que lo asediaban en aquel lugar. ¿«Alguien»? Sabía exactamente a quién haría sufrir: al Gato.

Alyss se agachó para recoger del suelo un hueso triangular, carcomido y mellado. Colgaba de una cadena.

—¿Te acuerdas de esto?

Dodge no estaba seguro. No podía tratarse de...

—Tú me lo regalaste. Te prometí que lo guardaría para siempre.

Era el diente de galimatazo, el que él le había dado como regalo de cumpleaños. Alyss abrió el cierre del collar y se lo colocó en torno al cuello, de forma que el diente colgara bajo su garganta.

—Nunca te di las gracias por salvarme la vida, así que... gracias.

Él hizo un mohín, como si esta expresión de agradecimiento le doliera físicamente.

—Dodge, sé que es un poco violento habernos reencontrado después de tanto tiempo. Han pasado tantas cosas... Los dos nos hemos convertido en adultos muy distintos de las personas que creíamos que llegaríamos a ser. Aun así, me esperaba un recibimiento más amistoso por tu parte.

—Siento desilusionarte.

—No es eso lo que quiero decir. Es sólo que... éramos amigos, Dodge. Éramos más que amigos. ¿No fue por eso por lo que pediste que te dejaran ir a buscarme a ese otro mundo?

—Por derrotar a Roja, por enfrentarme al Gato, haría cualquier cosa.

Molesta, Alyss hizo chasquear la lengua.

—¿Por eso bailaste conmigo en la fiesta de disfraces? ¿También fue para derrotar a Roja? ¿Lo hiciste por el Gato?

Dodge no respondió.

Alyss le dio la espalda y examinó su propio reflejo en una esquirola de cristal, el único fragmento que quedaba dentro del marco de un gran espejo decorativo que antes colgaba en la pared este.

—Si ya no significo nada para ti, ¿por qué me has traído aquí?

—Nunca he dicho que no signifiqués nada para mí. —Pero Dodge no se atrevió a continuar; no se fiaba de sí mismo, de modo que volvió a empezar—: Te he traído aquí para recordar a tu corazón lo que hizo Roja, para avivar tu odio. Tú serás el instrumento de mi venganza. Eso es lo que significas para mí. Eso es todo lo que debes significar.

—Conmovedor. —Sus dedos jugaron con el colmillo de galimatazo que

llevaba al cuello. «Quítatelo. Quítatelo y demuéstrole que, si no significa nada para ti, tampoco significa nada para...».

De pronto, su imagen reflejada en el espejo formó ondas y se transformó en la imagen de Roja.

—Que alegría que hayáis venido a vernos. Y ahora, ¡que os corten la cabeza!

Dodge agarró la mano de Alyss y tiró de ella para apartarla del espejo, que estalló en pedazos afilados y cortantes; dagas diminutas lanzadas contra la Princesa. El suelo tembló bajo sus pies, las paredes se estremecieron, las gruesas vigas del techo crujieron y se resquebrajaron, y empezó a caer polvo de hormigón junto con piedras grandes como puños. Dodge y Alyss arrancaron a correr, cubriéndose la cabeza con un brazo para protegerse de la lluvia de cascotes. Saltaban sobre trozos de paredes derribadas y esquivaban las vigas que se les venían encima mientras el viejo palacio se hundía en torno a ellos y trocitos de roca salían disparados hacia ellos y los alcanzaban en la parte posterior de las piernas. A duras penas lograron llegar al exterior para ponerse a salvo.

Alyss se inclinó, tosiendo y limpiándose la boca a causa del polvo. Donde hacía sólo un momento se alzaba el palacio de Corazones, ahora no había más que un montón de escombros.

—Lo ha destruido todo —murmuró Dodge.

Resignación por el pasado, rebeldía contra el presente y esperanza por el futuro; los tres sentimientos invadieron a Alyss a la vez.

—No todo —dijo.

No mientras albergara esperanza.

Algo iba mal en el bosque Eterno. Los árboles y los lucirgueros gritaban, parloteaban y armaban un barullo considerable. Al cabo de un momento, el motivo se hizo patente: innumerables árboles y arbustos habían sido tajados, desgajados, machacados, partidos por la mitad o arrancados de raíz. Las flores yacían pisoteadas, enmudecidas. El poco follaje que seguía con vida les advertía: «¡No paséis! ¡No paséis!». Un sonido inusitado recorría el bosque, unos pasos rítmicos, mecánicos: los de filas interminables de vitróculos que marchaban hacia el cuartel general de los alysianos. Los cadáveres de los guardias alysianos yacían dispersos por el suelo, y los espejos que habían servido para camuflar el campamento estaban rotos; unos se sostenían en pie, aunque torcidos y rajados; otros estaban completamente destrozados.

—Jacob y los demás —jadeó Alyss.

Dio un paso al frente, pero Dodge la agarró del brazo para detenerla.

—No debemos acercarnos. Es demasiado peligroso.

Ya estaban demasiado cerca. Un vitróculo salió de detrás de un matorral situado a poca distancia de ellos, con unas cuchillas mortíferas que le sobresalían del dorso de las manos, y se abalanzó hacia Alyss. Rápidamente, Dodge la derribó. «¡Ay! Pero ¿qué está...?». El vitróculo, tras errar el golpe, se estampó de cabeza contra un árbol seco. «Me ha salvado la vida otra vez». Sin embargo, otros como él se les venían encima. Dodge luchaba con una espada en cada mano. Alyss centró su energía en imaginar a los vitróculos... «¿Cómo? ¿Muertos? ¿Inactivados para siempre? ¿Se los puede matar, como a los marvilianos comunes y corrientes? Concéntrate, concéntrate». Desvió sus esfuerzos hacia Dodge, lo imaginó más fuerte y ágil, pero los vitróculos estaban diseñados para esa clase de combate. Dodge se vio avasallado; pronto no sería capaz de defenderse a sí mismo, y menos aún de defenderla a ella.

«Un arma. Necesito un arma». Alyss se arrastró hasta donde el vitróculo yacía inerte, en medio de varios trozos de corteza de árbol. «Debe de haber un arma en alguna parte». Cogió el objeto en forma de aguacate que colgaba del cinturón del vitróculo, una granada de serpientes, uno de los inventos más recientes de Roja.

Alyss estaba lo bastante familiarizada con armas de guerra para comprender que lo que tenía en la mano era una granada. Tiró de la anilla de la parte superior y arrojó el proyectil contra los vitróculos. La granada se abrió de golpe y de ella salieron despedidos varios objetos enrollados como culebras, que serpenteaban y restallaban en el aire, cargados de electricidad. Dodge se tiró al suelo y rodó para alejarse.

¡Suaap!

Una de las espirales fustigó a un vitróculo en la mejilla, provocando un cortocircuito.

¡Suaap! ¡Suaap, suaap! ¡Suaap!

Los vitróculos cayeron, uno detrás del otro. Dodge y Alyss ya estaban de pie y corriendo cuando se agotó la energía de las espirales y éstas quedaron inmóviles, chisporroteando en el suelo del bosque hasta apagarse. Otro grupo de vitróculos se separó de la columna en que marchaba y se lanzó en su persecución, sorteando troncos en llamas y ramas rotas y bajas.

El estruendo de sus pisadas, cada vez más próximo...

Dodge alzó una espada, se dispuso a asestar una estocada con toda la fuerza que le quedaba cuando, del follaje que los rodeaba, surgieron...

No más vitróculos, sino los generales Doppel y Gänger, montados sobre sendos maspíritus. Dodge intentó frenar el golpe. Demasiado tarde. El general Doppel levantó la espada instintivamente para defenderse, y su acero chocó con el de Dodge.

—¡Dodge! —gritó el general Doppel.

—¡Alyss! —exclamó el general Gänger.

El caballero blanco, la torre y un pelotón de peones llegaron corriendo tras ellos.

—Hemos rastreado el perímetro con la esperanza de encontrar a la Princesa —le explicó la torre a Dodge—, aunque nos temíamos lo peor.

Los vitróculos se juntaron, y de inmediato Dodge y los milicianos se enfrascaron en la batalla. Los generales se apostaron a los lados de Alyss, a fin de protegerla momentáneamente con sus maspíritus.

«Concéntrate, Alyss. Imagina».

Con un alarido de guerra que sonó como un trozo de hierro al rajarse, un vitróculo apartó a golpes a los peones y se dirigió a toda velocidad hacia ella, pero el general Doppel saltó de su cabalgadura a la del general Gänger y le disparó una araña obús al atacante. Al impactar contra él, la araña descomunal le arrancó un pedazo de carne sintética y pálida al sicario, y se puso a masticar sus circuitos vitales. Asustado, el maspíritu se empinó y se alejó velozmente. Dodge, enzarzado en combate con un vitróculo, le propinó una patada en la entrepierna. El vitróculo bajó la vista, desconcertado, pues no era una zona especialmente sensible de su cuerpo. Su desconcierto duró muy poco, pero le dio a Dodge tiempo suficiente para extender el brazo y asir las riendas del maspíritu desbocado cuando pasaba galopando por ahí. El animal continuó con su carrera y lo arrastró a su lado hasta que Dodge consiguió encaramarse sobre su lomo.

—¡Princesa, coge esto!

Alyss se volvió, atrapó en el aire el arma que el caballero blanco le había lanzado: la Mano de Tyman, cinco hojas de espada cortas unidas a una empuñadura. La alzó al ver que un vitróculo arremetía contra ella. Una de las cuchillas se hundió en la cuenca ocular izquierda del sicario y se quedó clavada allí. El vitróculo se desplomó y, mientras el miliciano torre lo remataba, Dodge se acercó rápidamente, montado sobre

el maspíritu, alzó a Alyss y la sentó detrás de sí, en la silla.

—¡Marchaos! —gritó la torre—. ¡Nosotros rechazaremos su ataque, otra vez!

Incluso en medio del horror de la batalla, a Dodge se le escapó una sonrisa. «Otra vez», una broma privada entre soldados aguerridos.

Los generales Doppel y Gänger se fusionaron mientras espoleaban a su montura para que dejara atrás la escaramuza. El maspíritu que llevaba a Dodge y a Alyss galopaba a su lado.

—Somber y Jacob han salido antes para despejar el portal de emergencia —resolló el general Doppelgänger.

Sin embargo, por muy deprisa que huyesen, su sensación de seguridad duraría tan poco como una voluta de humo en la niebla. Ya volvían a tener vitróculos pisándoles los talones.

En teoría, los viajeros poco experimentados del Continuo podían descubrir el portal de emergencia de los rebeldes, al verse accidentalmente proyectados al exterior a través de él. No obstante, el portal estaba conectado al Continuo por medio de una serie tan insólita de vías de cristal (fruto de varios espejos colocados estratégicamente) que ningún viajero que no fuese alysiano había establecido su posición o estaba enterado siquiera de su existencia.

Somber Logan y Jacob Noncelo corrieron a desbrozar la entrada del portal, un espejo grueso y de aspecto antiguo con bordes biselados que estaba instalado en una zona del bosque poco frecuentada por los marvilianos. Somber hundió el rostro en el cristal, echó un vistazo al interior del Continuo y retiró la cabeza al tiempo que el general Doppelgänger, Dodge y Alyss llegaban galopando en sus maspíritus.

—El campo está libre —les informó Somber.

—Yo iré primero —dijo Dodge y, sin una palabra más, se zambulló en el espejo.

—Hay que darse prisa —apremió Jacob, con las orejas trémulas—. Oigo acercarse a nuestros enemigos.

El preceptor guió a Alyss a través de la superficie de cristal líquido y al interior del Continuo. Los siguió el general Doppelgänger, y Somber cerraba la marcha. Era sólo la segunda vez que Alyss entraba en el Continuo. Por un momento, con los ojos desorbitados y embelesada por la belleza de las superficies luminosas que la rodeaban, navegó por el Continuo con tanta facilidad como cualquiera, avanzando como una flecha a lo largo de aquella cuerda de salvamento caleidoscópica al mismo ritmo que Dodge y los demás. Sin embargo, en cuanto recordó que sólo había estado una vez allí antes... ¡Uf!... Perdió el control, flotó hacia arriba y hacia atrás y chocó con el general Doppelgänger.

—¡Focaliza tu voluntad y concéntrate en pensamientos pesados —le gritó el general—, o saldrás despedida por algún espejo!

«¿Pensamientos pesados? ¿Qué son los...?». El general la soltó.

«Oh, oh».

Alyss perdió velocidad de nuevo, y se habría visto succionada hacia el exterior del Continuo si Somber no la hubiese atrapado en el aire. Tirando de la Princesa, el hombre de la Bonetería dirigió su cuerpo hacia Jacob.

—Sujétate a él —le indicó a Alyss.

Ella obedeció y viajó a través del Continuo a caballito.

—¡Vitróculos a la vista!

Sin reducir la marcha, Somber agitó su chistera, que se transformó en letales cuchillas giratorias, y lanzó el arma contra los vitróculos que los seguían como bólidos. Las cuchillas rebotaron entre ellos, hiriendo a uno detrás de otro, antes de

volver a la mano de Somber.

Aun así, los otros vitróculos empezaban a ganar terreno.

Dispararon esferas generadoras. Somber las desvió hacia otras vías de cristal haciendo girar las cuchillas de su chistera tan deprisa que la fuerza del viento que generaban se las llevó lejos. De haber estado solo, habría dado media vuelta para atacar a los vitróculos, pero su deber le exigía que permaneciera junto a Alyss. Tendría que combatirlos más cerca de ella de lo que habría querido. Aminoró la velocidad. Las hojas de sable de su cinturón se desplegaron de golpe y, dando vueltas, Somber dejó que los vitróculos se aproximaran. Tajados y castigados por los sables, se desorientaron. Incapaces de mantener el equilibrio dentro del Continuo, se vieron arrastrados lejos de la arteria principal y expulsados a través de espejos a sitios desconocidos.

—¡Vienen más! —gritó Dodge. Esta vez los tenían delante.

—¡Apartaos! —advirtió el general Doppelgänger.

Dodge se impulsó hacia la orilla del Continuo, y el general disparó una araña obús a los vitróculos que se les venían encima. En mitad de su trayectoria, el proyectil eclosionó, y la araña que salió de él inmovilizó al grupo entero, asiendo a cada uno de ellos con una pata pegajosa mientras los picoteaba con las tenazas que tenía por mandíbulas hasta dejarlos reducidos a carcasas sin vida. ¡Fiuuu! Se vieron expelidos del Continuo.

Dodge se lanzó sobre la araña obús para evitar que atacara a Alyss. El animal se aferró a los brazos y las piernas de Dodge, y aunque no estaba programada para ser longeva —pronto se encogería sobre sí misma y moriría—, disponía de tiempo suficiente para acabar con la vida de Dodge. Abrió las tenazas y embistió el abdomen de Dodge.

«Concéntrate, piensa, imagina».

De la nada apareció un bozal: un artilugio herrumbroso que cubrió las tenazas de la araña de manera que los extremos puntiagudos quedaron redondeados.

—¡Ja! —gritó Alyss, eufórica. Había hecho aparecer la mordaza de la nada. Enloquecida, la araña intentó sacudirse aquel extraño objeto de las fauces. Dodge consiguió liberar uno de sus brazos y, con un solo movimiento amplio y circular de la espada, le cortó las patas a la araña. Acto seguido, clavó su acero en los órganos vitales de la bestia.

—¿Lo has visto? —exclamó Alyss, a caballo sobre Jacob agarrándose con fuerza a su toga—. ¡Lo he imaginado yo!

—Lo he visto —dijo Jacob Noncelo—. Muy impresionante.

Pero más impresionante aún habría sido, pensó el preceptor, si Alyss hubiera imaginado un final feliz para aquella pesadilla. Se aproximaban más vitróculos, por delante y por detrás, y al general Doppelgänger se le habían acabado las arañas obús.

—¿Cómo es posible que ella no estuviera allí? ¿Dónde más podía estar?

Martilleando con el extremo inferior de su cetro en el suelo cada dos palabras, Roja ocasionó que unas rosas carnívoras de tallo corto rodearan los pies del Valet de Diamantes y las patas almohadilladas del Gato, de forma que ambos tenían que moverse sin parar a fin de evitar que las flores les treparan por las piernas.

—Tal vez el Valet de Diamantes no sea tan leal como vos creíais —aventuró el Gato.

—Sí, tal vez. —Roja se volvió hacia el Valet.

—Mi Reina... Es decir, Su Malignidad Imperial..., los alysianos más importantes estaban allí, y habría sido factible exterminarlos si el Gato no se hubiera ocupado únicamente de Alyss.

—¡Yo le ordené que se ocupara únicamente de ella!

—Pero no creo que sea tan peligrosa...

—¿Y a ti quién te ha preguntado nada? —bramó Roja. Su cetro se elevó en el aire, con el extremo afilado apuntando a la palpitante garganta del Valet de Corazones—. ¿Por casualidad tienes nueve vidas, tú?

El Valet tragó saliva.

—Sólo tengo una, y os la consagro a vos, Su Malignidad Imperial.

—Bah. —El cetro de Roja giró como un bastón y se colocó a su costado—. Gato, ¿por qué hay una caja vacía de esferas generadoras en el pasillo?

El receptáculo de municiones entró deslizándose en la sala, movido por la imaginación de Roja.

—Ah, ¿eso? —El Gato había estado esperando esa pregunta. Al Valet de Diamantes le iba a caer una buena—. La hemos encontrado, junto con muchas otras, en el campamento de los alysianos. He mirado los códigos de fabricación. Las robaron de vuestra fábrica hace tres ciclos lunares y medio. Los ladrones fueron interrogados y castigados, pero las doce cajas de armas robadas no estaban donde nos indicaron.

—Ve al grano, Gato, o notarás una punzada en la tripa.

El sicario felino se inclinó en señal de respeto.

—Su Malignidad Imperial, capturasteis a los ladrones gracias a la información obtenida por el Valet de Diamantes. Vos permitís que el rechoncho lord tenga tratos con los alysianos. ¿Cómo pueden haberse apoderado los alysianos de esas armas salvo a través de él? Él conocía el paradero de los ladrones, así que seguramente sabía dónde estaban las armas.

—Qué interesante —murmuró Roja, pensativa—. ¿Así que mi bien alimentado informador ha estado aprovechándose de las libertades que le concedo para

proporcionar armas a mis enemigos?

—¡No! ¡Rotundamente no! —declaró el Valet—. Su Malignidad Imperial, eso es ridículo.

—Ya veremos si es ridículo o no.

La punta afilada del cetro de Roja volvía a estar contra la garganta del Valet de Diamantes. Sin embargo, no había dejado de pensar del todo en Alyss y, en una visión fugaz del ojo de su imaginación, vislumbró a la Princesa, rodeada de superficies luminosas y efervescentes.

—¡Está en el Continuo de Cristal! —chilló Roja—. ¡Romped los espejos! ¡Hasta el último de ellos!

El rostro de Roja, congestionado de rabia, apareció de repente en las vallas y bandos gubernamentales de Marvilópolis.

—¡Haced añicos todos los espejos del reino! ¡YA!

No obstante, la fuerza de su cólera se adelantó a la mayoría de los marvilianos. En bares y antros de consumo de estimulantes de toda Marvilópolis, en los hogares de los marvilianos comunes y corrientes, en las mansiones cercadas y vigiladas de las familias de rango, los espejos estallaron. Los marvilianos ansiosos por destruir corrieron por las calles, rompiendo ventanas y cualquier otro objeto que pudiese servir remotamente como superficie reflectante.

Estaban perdidos, atrapados. Sin duda alguna los matarían: tenían vitróculos delante, vitróculos a la espalda.

«El Continuo está... ¡está desapareciendo!».

A medida que los espejos del reino saltaban en pedazos, las vías cristalinas que componían el Continuo empezaron a desvanecerse. Los vitróculos que perseguían a Alyss huían a su vez del vacío. Y el vacío ganaba terreno.

«Acabar engullido por la nada significa convertirse en nada».

Al menos no sufrirían; uno no sentía nada al convertirse en nada.

El vacío se echó encima de los vitróculos, devoró primero a la retaguardia y rápidamente avanzó por sus filas. Ya no quedaban vitróculos.

Y el vacío seguía acercándose a toda prisa.

—¿Alguien lleva un espejo de bolsillo? —preguntó Dodge.

Alyss y los demás lo miraron, desconcertados. «¿Un espejo de bolsillo? ¿Por qué pide un...?».

—¡Rápido!

Jacob se llevó la mano a los pliegues de su toga y sacó un espejo no más grande que un ala de lucirguero. Dodge lo cogió. Ningún marviliano había intentado jamás lo que él estaba a punto de hacer. Nunca había habido necesidad.

Sujetó el espejo en un ángulo determinado para que reflejara una pequeña parte del Continuo y la regenerase. Tan velozmente como el vacío se tragaba todo lo que tenían detrás, el modesto espejito creaba un tramo equivalente de Continuo delante de ellos. Pero ¿y ahora qué? ¿Estaban condenados a correr por el vacío, a salvo en aquella parte del Continuo (respecto al que Jacob, de haber estado en una situación más tranquila, habría señalado que en rigor ya no era un Continuo, pues no comunicaba con nada, y que sin el espejo de bolsillo ni siquiera *continuaría* existiendo)? ¿Estaban destinados a permanecer atrapados en aquel prisma móvil, moviéndose de un lado a otro a través de la nada hasta que muriesen de hambre o el cansancio ocasionase que a Dodge se le cayese el espejo de las manos?

«¿Qué es eso? ¿Será...? Lo es. Una salida».

Debía de quedar por lo menos un espejo intacto en el reino. Ante ellos, en el vacío, a escasa distancia, había una vía de cristal que no conducía a ningún sitio. En el punto en que antes se unía a la arteria principal del Continuo, ahora se acababa sin más.

—¡Dodge!

—¡Ya lo veo!

Cambiando sutilmente el ángulo del espejo de mano, Dodge logró desviar la trayectoria del grupo hacia aquella vía. La luz adicional y el baile más enérgico de

colores traslúcidos eran como la propia danza de la vida. Dodge, Jacob, Alyss, el general Doppelgänger y Somber, al emerger del Continuo en el mismo orden en que habían entrado, se encontraron en un paisaje semejante a las entrañas abiertas de un volcán, con nubes de humo sulfuroso que se elevaban perezosamente hacia el cielo, y llamaradas que surgían del suelo rocoso entre torrentes de lava burbujeante: estaban en las llanuras Volcánicas.

Avanzaron en fila de a uno por la estrecha cresta de un volcán, tapándose nariz y boca con trozos de tela arrancados de la toga de Jacob para protegerse de la ceniza que flotaba en el aire. Hacía demasiado calor para hablar; apenas podían respirar. Nadie había dicho una palabra desde que habían aparecido en las llanuras Volcánicas y Dodge había sugerido que destruyeran el portal de salida «por si acaso». No debían subestimar la mente diabólicamente imaginativa de Roja; el menor resto del Continuo de Cristal podía bastarle para reconstruirlo por completo, lo que le permitiría acceder a las llanuras rápidamente. Ahora, Roja y su ejército no podían desplazarse más que a pie o a lomos de bestias.

—Ese espejo lo debían de utilizar los cazadores furtivos de galimatazos —había comentado Jacob—. Es una suerte para nosotros que lo hayan pasado por alto, pues, de lo contrario, aún estaríamos... —Se estremeció al pensar en el vacío.

—Si Roja nos ha visto huir por el Continuo, quizá todavía nos esté observando —dijo el general Doppelgänger.

—No podemos evitarlo —dijo Somber. Dodge se impacientó.

—Entonces, en lugar de quedarnos aquí de cháchara, vayamos a donde tengamos que ir.

De modo que Jacob, que llevaba mapas detallados del reino dentro de la calva, los guió hacia el valle de las Setas. Mientras caminaban con cuidado por la pedregosa y accidentada cresta, tenían que mirar hacia abajo constantemente para ver dónde pisaban, lo que les recordaba una y otra vez la altura a la que se encontraban y lo peligrosa que era su situación.

—¡Ah!

Un trozo de lava endurecida golpeó al general Doppelgänger en el hombro. Los alysianos se detuvieron y alzaron la vista. Otra piedra de lava cayó. Y luego otra, y otra más.

«El volcán se mueve».

No era todo el volcán, sólo la capa superior de roca y tierra situada en lo alto de la empinada cuesta que se alzaba sobre ellos.

«Un desprendimiento, una...».

La cresta se desmoronó bajo los pies de los rebeldes. Ellos bajaron rodando por la pendiente hasta el fondo del desfiladero que discurría al pie del volcán. El general Doppelgänger quedó medio sepultado entre la tierra y las rocas. Jacob estaba completamente de cabeza, patas arriba, pero rápidamente se enderezó, tosiendo y escupiendo para no asfixiarse. Alyss, la más liviana de todos, había caído dando tumbos por la escarpada cuesta inferior del volcán hasta detenerse en un lecho de grava. Somber y Dodge se levantaron, sacudiéndose el polvo volcánico de las mangas

de la chaqueta, como si sobrevivir a un desprendimiento de tierras fuera cosa de todos los días para ellos.

—¿Estáis todos bien? —preguntó el general Doppelgänger.

—¿Alyss? —sonó la voz de Dodge, con tono de preocupación.

«Tiznada de negro por el polvo volcánico, con cortes en los antebrazos y las rodillas, y la palma de la mano derecha desollada».

—Estoy bien. —No quería que los demás pensarán que para ella unos cuantos rasguños y moratones eran heridas graves. Se suponía que debía ser lo bastante fuerte para derrotar a Roja—. Alguien nos está observando —dijo.

Un par de ojos color amarillo verdoso los espiaba desde la negrura de una cueva cercana. Antes de que alguien pudiera abrir la boca, la gigantesca y escamosa cabeza de un galimatazo apareció entre dos rocas situadas frente a la entrada de la cueva.

Su larga lengua fustigó a Jacob y produjo un desgarrón humeante en la manga de su toga que dejó al descubierto su delicada piel.

—¡Ay!

Incluso en aquella llanura sofocante, Alyss y los demás notaron el calor que despedía el aliento del galimatazo, fétido debido a la carne de innumerables animales muertos. La criatura abrió sus fauces hasta un extremo que parecía imposible, como una cobra cuando se dispone a devorar un conejo; un gesto amenazador que estaba más bien fuera de lugar, pues el galimatazo habría podido engullir a dos marvilianos enteros a la vez de un solo bocado sin un gran esfuerzo. Los alysianos retrocedieron hacia la cueva. El galimatazo dio una sacudida hacia ellos y lanzó un escupitajo de fuego a Alyss. Ella se arrojó al suelo, y la bola llameante impactó contra la pared del desfiladero, pero a la breve luz de su explosión los rebeldes alcanzaron a ver que los ojos color amarillo verdoso pertenecían a un galimatazo diminuto rodeado de huesos roídos: un recién nacido.

—Está protegiendo a su cría —señaló Jacob.

La galimataza madre se irguió sobre sus patas traseras, preparándose para embestir, y Somber, ágilmente, con un solo movimiento, se quitó la chistera, desplegó las cuchillas y las lanzó contra la roca que sobresalía por encima de la entrada de la cueva.

Zac, zac, zak, zak.

Varias piedras se aflojaron, cayeron y se amontonaron en el suelo, con lo que la boca de la cueva quedó obstruida. Las cuchillas de Somber aún no habían vuelto a sus manos como un bumerán cuando la galimataza madre profirió un alarido de pena y, olvidándose de los alysianos, se puso a arañar y escarbar en las piedras, despejando la salida de la cueva para salvar a su cría. Alyss y los demás aprovecharon para escapar ilesos por el desfiladero.

Aunque nadie lo expresó en voz alta, todos lo sabían: mientras estuvieran en las

llanuras, el peligro de los galimatazos se cernía sobre ellos.

Sorprendentemente, Jacob Noncelo no llevaba un par de cristales de pedernal remetidos en algún lugar de su toga de erudito, así que tuvieron que encender una hoguera a la vieja usanza, con cerillas y una pila de ramas secas. Habían dejado atrás las llanuras Volcánicas y acampado junto a un río ancho, camino del valle de las Setas.

Dodge cubrió la quemadura de Jacob con una hoja humedecida y la ató con un tallo de enredadera resistente. Jacob puso a prueba la movilidad de su brazo. Sin duda sus lamentos y muecas de dolor eran algo exagerados, pues Dodge, tras lanzar una mirada rápida al general Doppelgänger, dijo:

—Quizá tengamos que amputar.

Jacob se quedó paralizado, mudo de espanto.

—Puedes dar clases igual de bien con un brazo que con dos, ¿no?

Jacob abrió y cerró la boca, pero de ella no salió ni un sonido. Dodge y el general Doppelgänger prorrumpieron en carcajadas.

—Te estoy tomando el pelo, Jacob —dijo Dodge—. Te pondrás bien.

—Ah, ja, ja —dijo Jacob, nervioso—. Un poco de frivolidad para aliviar la tensión que soportamos. Sí, ja, ja. —Pero no dejó de protegerse el brazo herido con el sano hasta que Dodge y el general se durmieron. Tras recuperar su compostura habitual, se sentó junto a la Princesa.

—Y ahora, Alyss, comenzaremos esa lección que tantas veces se ha aplazado. Por fortuna, he memorizado la mayor parte de los libros necesarios.

Alyss asintió con la cabeza, pero no estaba de humor para lecciones. El día en sí había sido toda una lección... de supervivencia.

—Cerraré los ojos por un momento —prosiguió Jacob—, para rebuscar en mi mente el material correspondiente. Sólo me llevará unos instantes.

Sin embargo, tan pronto como el preceptor cerró los párpados, se puso a roncar. Las orejas se le abrían y se le cerraban con cada respiración. Alyss esbozó una sonrisa, cansada, y lo arropó con los faldones de su toga, a modo de manta. A continuación, se fue al otro lado de la hoguera para dejarlo dormir tranquilo. Al igual que mucho tiempo atrás, en aquella primera noche que pasó en compañía de Quigly y los huérfanos en un callejón londinense, tenía demasiadas cosas en la cabeza para conciliar el sueño. «¿Cómo funcionaba eso cuando era niña?». «Eso» era su capacidad para hacer aparecer objetos por medio de la fuerza y la intensidad de su imaginación.

¿Cómo lo conseguía? Había tenido suerte con el bozal. No se había propuesto hacer aparecer cosa semejante; sólo había intentado imaginar a Dodge a salvo de las pegajosas patas de la araña.

Somber estaba sentado más allá del resplandor del fuego, limpiando sus armas, con la chistera a un lado. Primero se quitó el brazalete izquierdo, luego el derecho, y comenzó a frotar las cuchillas con una hoja. Alyss nunca había visto a un hombre de la Bonetería sin sus brazaletes. «Tiene todo el aspecto de un marviliano común y corriente». Efectivamente, sobre todo cuando Somber interrumpió su tarea para despojarse de su larga chaqueta y tenderla en el suelo, junto a sí. Sin abrigo y sin armas que delataran su condición, nada en su apariencia lo distinguía de cualquier hombre adulto normal de Marvilia. «Debe de tener sueños, esperanzas, amores y penas al margen de sus responsabilidades, como cualquiera. Qué extraño que yo sepa tan poco de un hombre que ha consagrado su vida a proteger a mi familia». Él la sorprendió mirándolo. Ella sonrió como para disculparse, como si se hubiera inmiscuido en sus asuntos. Somber volvió a concentrarse en la labor de limpiar.

«¿Cómo funcionaba?». Pero ahí estaba el problema. No recordaba que su imaginación tuviera que «funcionar». Simplemente, era.

—Somber...

—¿Sí, Princesa?

—Cuando luchas en una batalla, ¿en qué piensas?

Somber reflexionó por unos instantes.

—En nada, Princesa. Nada en absoluto.

—¿Así que no te dices a ti mismo «voy a lanzar mi chistera y luego voy a atacar con las cuchillas de las muñecas» ni nada por el estilo?

—No.

—No —convino Alyss—, claro que no. Simplemente sucede. Tu cuerpo sabe lo que tiene que hacer.

Somber asintió con la cabeza.

«Es algo inconsciente. Para materializar algo a fuerza de desearlo, ese deseo debe ser tan profundo que no dé cabida a la vacilación. El poder imaginativo, por sí mismo, debe ser algo que se dé por sentado, un hecho demostrado sobre el que no se puede dudar».

Las horas lunares se sucedían, y, al principio, Alyss era demasiado consciente de sus esfuerzos por hacer aparecer objetos, demasiado consciente de los objetos en sí. Un plato, una espada, una corona... Repetía estas palabras una y otra vez para sí. No se materializó corona alguna. En cambio, se formó parte de un plato, pero se esfumó enseguida. Apareció una espada, o mejor dicho el contorno de una espada, liso, sin detalles, como si no hubiese visualizado el arma nítidamente. Al cabo de un rato, la hoguera se extinguió y quedó reducida a un montón de ascuas candentes. A Alyss se le despejó la mente. Mientras se hallaba sumida en una especie de trance, una tapa grande de vidrio como las que cubren los pasteles en las reposterías emergió de la nada, en el aire. Alyss la miró, sin la menor sorpresa. Ladeó la cabeza a la izquierda,

y la tapa de cristal se inclinó hacia la izquierda. Ladeó la cabeza a la derecha, y la tapa se inclinó hacia la derecha. Luego, sin moverse en absoluto, la hizo descender sobre los rescoldos que, asfixiados por la falta de oxígeno, se apagaron por completo. La tapa de vidrio se disolvió en el aire.

Alyss sonrió, exultante, pues no sólo había hecho aparecer un objeto, sino que había controlado su imaginación como nunca antes. «Tengo que ejercitarme. Tengo que... Vaya. Creo que me ha visto». Somber la observaba. En efecto, había presenciado esa demostración de control sobre su poderosa imaginación. El capitán de la Bonetería inclinó la cabeza en señal de respeto. Entonces se oyó un estruendoso ronquido final y Jacob se despertó, tiritando e intentando calentarse con los brazos.

—Hace frío con el fuego apagado, ¿no?

Una vez destruidos los espejos del reino, Roja volvió a descargar su furia contra el Valet de Diamantes.

—Te trato con una indulgencia de la que no gozan los demás. ¿Por qué? Porque se supone que me conviene a mí. Dejo que creas que vas por libre, y a cambio, tú debes proporcionarme información sobre los alysianos. Como Reina, soy quien más sale ganando de todos los tratos, y no me llena de júbilo, «lord» de Diamantes, que hayas estado traicionándome en beneficio propio.

—Su Malignidad...

Roja agitó la mano como para espantar una mosca, y el Valet salió despedido contra una pared de la cúpula de observación. La cola del Gato se meneaba de un lado para otro, alegre y juguetona.

—¿Qué debo hacer contigo? —preguntó Roja.

—Ta... tal vez podría... —comenzó a responder el Valet.

El Gato alzó una pata.

—¡Yo lo sé!

—¡Era una pregunta retórica, idiotas! ¡No os pedía que la contestarais! ¿Desde cuándo necesito ayuda para hacer sufrir a alguien?

Esta vez, el Gato y el Valet de Diamantes optaron prudentemente por no responder.

Roja se deslizó hacia el Valet, con los pies flotando sobre el lustroso suelo, y le acarició la peluca. Sostuvo uno de sus largos rizos en la palma de la mano, estudiándolo por un momento. Con una ferocidad inusitada, arrancó el rizo de un tirón y lo arrojó a un lado. El mechón cayó al suelo y comenzó a aumentar de tamaño y de grosor. Le salieron brazos y piernas, y creció y creció hasta ser el doble de alto que el Valet.

—Lord de Diamantes, saluda a mi peluca bestial —bostezó Roja.

Antes de que el Valet pudiese decir esta boca es mía, la bestia le propinó un golpe brutal en la barriga. El hombre se dobló en dos, luchando por respirar. La Peluca Bestia lo levantó en vilo y lo lanzó hasta el otro extremo de la sala. El Valet cayó pesadamente, como correspondía a su generosa humanidad. La Peluca Bestia se plantó frente a él, lo puso en pie y, mientras lo sujetaba con una peluda extremidad, lo abofeteó con la otra.

El Gato ronroneaba con una amplia sonrisa en la cara, contemplando el sufrimiento del Valet de Diamantes, pero su gozo se vio interrumpido por la voz de Roja, penetrante como una garra, y estridente a causa de la ira y la incredulidad. Roja había vuelto el ojo de su imaginación hacia Alyss. Esperaba no ver nada —Alyss habría debido formar parte del vacío para entonces—, pero en cambio vislumbró a la

Princesa, junto a Somber Logan y los demás, caminando por el terreno calcinado y cubierto de lava de las llanuras Volcánicas.

—¡No está muerta! —chilló—. ¡Alyss no está muerta!

El Valet oyó también estas palabras, pero su cerebro desorientado tardó unos instantes en entender el significado. Entre una y otra de las bofetadas que estaba administrándole la Peluca Bestia, logró balbucir:

—Van a... Buscan... ¡el laberinto Especular!

Roja alzó una mano y la Peluca Bestia se detuvo.

—Debo de estar ablandándome, lord de Diamantes, por creer que tal vez hayas dicho algo digno de ser escuchado.

Fue una suerte para el Valet que Roja hubiese hecho caso omiso de las lecciones que Jacob había intentado enseñarle en su adolescencia. El corpulento noble comprendió de inmediato que sus conocimientos sobre el laberinto Especular podían salvarle la vida. Sin embargo, decidió revelarle lo menos posible. Su salud y bienestar futuros tal vez dependían del goteo de tan valiosa información a Roja.

—El laberinto Especular, Su Malignidad Imperial. Si Alyss logra recorrerlo, desarrollará al máximo el potencial de su fuerza y su poder imaginativo, y entonces estará en condiciones de venceros.

—¡Pero si yo cuento con el Corazón de Cristal! ¡Ella no puede desarrollar su potencial al máximo sin él!

—Me limito a repetir lo que oí decir a Jacob Noncelo, Su Malignidad Imperial.

No habría debido mencionar a Jacob; Roja estaba que echaba humo. El Valet le echó un vistazo rápido a la Peluca Bestia, estaba totalmente inmóvil, como si nunca hubiese cobrado vida. De momento, todo iba bien.

—¿Y si yo recorro el laberinto en lugar de ella? —preguntó Roja.

—Ah, qué astuta, Su Malignidad Imperial. Si recorréis el laberinto, entonces seréis mucho más poderosa. Estoy seguro de que Alyss no podrá derrotaros.

Todo lo que el Valet de Diamantes sabía del laberinto Especular habría cabido en la tercera fosa nasal de un güinuco (que era sumamente pequeña). Cuando era niño, había oído varias veces a su madre evocar con resentimiento el día que la princesa Genevieve había llegado al final del laberinto para convertirse en Reina. Sin embargo, ella no sabía que no bastaba con saber orientarse en el laberinto para convertirse en Reina. Jacob Noncelo no había educado a uno solo de los miembros del clan de Diamantes, de modo que todos ignoraban que sólo la persona para quien estaba destinado el laberinto Especular podía entrar en él. No obstante, al igual que muchos otros jóvenes que se crían rodeados de lujos y comodidades, el Valet de Diamantes no era consciente de su propia ignorancia.

—Ahora veremos si lo que dices es cierto —gruñó Roja—. ¡Traedme el *In Regnum Speramus!*

La morsa entró con sus andares de pato en la cúpula.

—Aquí lo tenéis, Su Malignidad Imperial. *In Regnum...*

El libro se alejó volando de sus aletas y se quedó flotando en el aire ante Roja mientras ella pasaba rápidamente las hojas, buscando alguna mención al laberinto Especular. No encontró una sola. Vio los restos de las páginas arrancadas del libro y sus propias palabras, transcritas con la caligrafía de Jacob.

—¡Bah!

Le pegó un manotazo al libro, que salió disparado hacia la morsa, pero el mayordomo se agachó y el volumen cayó al suelo, donde patinó hasta salir al pasillo.

—Iré a buscarlo, Su Malignidad Imperial —dijo la morsa mayordomo y se marchó a toda prisa en pos del libro, aliviada como siempre que tenía algún pretexto para abandonar rápidamente la compañía de Roja.

Roja se acercó tranquilamente al Valet, a quien la aparente despreocupación de la Reina provocaba una angustia aún mayor.

—Y ahora, mi indigno servidor, vas a decirme dónde está ese laberinto Especular.

—Pero es que no lo sé.

Los dedos de Roja se contrajeron, y al Valet le pareció ver que la Peluca Bestia se movía.

—¡Los alysianos tampoco lo saben! —se apresuró a añadir—. ¡Tienen que preguntárselo a las orugas!

Las orugas: esas larvas fastidiosas y descomunales. Roja había intentado deshacerse de ellas y de sus profecías anticuadas poco después de hacerse con el control del reino. Si había algo que no necesitaba era que esas cosas anduviesen por ahí incitando a la rebeldía con sus predicciones. Sin embargo, cada vez que se proponía eliminarlas, ellas preveían sus ataques y se desvanecían como el humo. Por eso ella había desahogado su rabia contra el valle de las Setas. Pero ¿qué debía hacer ahora? Arrasar el valle no serviría para cumplir sus propósitos.

—He decidido dejar que Alyss se entreviste con las orugas —anunció—. Vigilaremos atentamente a ese Corazoncito dulce y tierno, y cuando descubra la ubicación del laberinto Especular, atacaremos y yo entraré en él. Gato, tú azuza a los rastreadores.

—¿Y por qué no el lord de Diamantes? —protestó el felino.

—Todavía puede resultarme útil.

El Valet le dedicó al peludo sicario de Roja una sonrisita burlona. El Gato lo había metido en el aprieto en que se encontraba. El Gato traicionero era el culpable de los moratones que empezaban a salirle por todo el cuerpo. Tendría que devolverle el favor de alguna manera.

—Veo que no aprecias tus vidas tanto como yo creía, Gato, pues de lo contrario habrías obedecido mi orden ya —señaló Roja.

Mientras el Gato se marchaba a regañadientes a azuzar a los rastreadores, Roja enfocó de nuevo a Alyss con el ojo de su imaginación. ¡Qué maravillosamente cruel era su plan! La señorita Repipi de Corazones la guiaría en persona hasta el laberinto Especular, con lo que se convertiría en la causa de su propia perdición. Qué deliciosamente perverso.

El Gato alcanzaba a oír los chillidos frenéticos de los rastreadores incluso antes de llegar al final del pasillo. Empujó con el hombro el pesado portón para abrirlo y entró en la cámara excavada en el interior del monte Solitario. Los gritos de los rastreadores —estridentes como alaridos de dolor— sonaban tan fuertes que él no oía sus propias pisadas ni su respiración. La cámara estaba débilmente iluminada por unos cristales fosforescentes incrustados en las paredes. Del techo colgaban cientos de jaulas, en cada una de las cuales había encerrados varios rastreadores: los sabuesos de Roja, nacidos de la desconfianza y la paranoia de Roja: seres con cuerpo de ave de presa y cabeza de insecto chupador de sangre.

El Gato andaba de un lado a otro de la cámara, deteniéndose ante cada jaula para agitar ante ella el vestido de boda de Alyss, un recuerdo de su incursión en el cuartel general de los alysianos. Los rastreadores, excitados por el olor de la prenda, apretaban sus ansiosas caras contra los barrotes de las jaulas.

Una vez cumplida su misión, el Gato tiró de una palanca en el suelo, y una pared, que desde el exterior parecía formar parte de la montaña, se deslizó hacia atrás. Las jaulas se abrieron y, profiriendo chillidos salvajes, los rastreadores levantaron el vuelo en plena noche, listos para la caza.

Los alysianos emergieron de un bosquecillo y descubrieron que se encontraban en la cima de una montaña. El valle de las Setas se extendía ante ellos. Los soles empezaban a ocultarse tras el lejano horizonte, y sus rayos sesgados iluminaban las setas enclavadas en medio del círculo de montañas teñidas del azul del ocaso. No había dos setas iguales, y sus colores iban del rosa terroso al marrón no terrenal; algunas eran casi traslúcidas, y todas, con los destellos de los soles en sus sombreretes y las sombras polícromas que proyectaban sobre el suelo del valle, ofrecieron a los alysianos un impresionante espectáculo de luminosidad caleidoscópica.

Los colores del valle reflejaban la esperanza renovada en el pecho de Alyss y sus amigos, y, por un momento, les pareció casi imposible que Roja pudiese sobrevivir a su rebelión. Quizá fueran pocos, pero eran fuertes y resueltos. Tenían fe. Sin embargo, este optimismo duró poco, pues al descender hacia el valle, advirtieron que no era tan hermoso como podría haber sido, o, de hecho, como había sido en otro tiempo. Los micelios de varias setas presentaban la marca del Corte; había sombreretes destrozados en el suelo. Los templos de oración habían volado en pedazos.

En silencio, Jacob guió a los alysianos a través de aquella inesperada escena de profanación hasta un claro, donde se encontraron con cinco orugas gigantes, sostenidas sobre su cuerpo enroscado, fumando todas de un mismo y antiguo narguile.

Cada una se encontraba sobre una seta de color tan característico como el suyo propio: rojo, naranja, amarillo, morado y verde. Las orugas no se mostraron en absoluto sorprendidas al ver a los alysianos y, de hecho, habían reparado en su presencia hacía un buen rato.

—El consejo de orugas —informó Jacob a los demás, y acto seguido dio un paso al frente para dirigirse a las orugas—. Sabios oráculos, necesitamos vuestra ayuda. Hemos...

La oruga anaranjada alzó su extremidad superior derecha, como para interrumpir a Jacob, y el resto de patitas que tenía detrás imitaron el gesto.

—Sabemos por qué estáis aquí.

—¿Qué clase de oráculos seríamos si no lo supiéramos? —dijo la oruga amarilla.

La pipa de agua borboteó mientras la oruga morada aspiraba profundamente. Puso los ojos en blanco y dejó salir el humo por las fosas nasales.

—¡Vaya!

Dodge y el general Doppelgänger intercambiaron una mirada de incertidumbre. Somber se puso alerta, con una mano en el ala de la chistera, escrutando los

alrededores en busca de peligro.

—Oh, sabias y omniscientes orugas —dijo Jacob Noncelo—, os brindamos nuestra humildad y nuestro respeto, y esperamos que...

—Ahora mismo tengo una sensación de *déjà vu* de lo más extraña —comentó la oruga verde.

—No me digas —repuso la oruga amarilla—. ¿Y no has pensado que tal vez es porque has predicho que esto pasaría?

—Ah, sí.

El consejo de orugas rió disimuladamente.

—Nos entristece ver que incluso vuestro hogar se ha visto afectado por el reinado de Roja —continuó Jacob, tenaz—. Si sabéis quiénes somos y por qué hemos venido, entonces ya sabréis que...

A partir de este punto, las orugas corearon el resto de sus palabras:

—... hemos venido por el bien del reino, para instalar a la Reina legítima en el trono y acabar con estos años de brutal tiranía.

La capacidad de las orugas de ver el futuro (o futuros posibles) no siempre las convertía en conversadores agradables.

—¿Nos habéis traído alguna cosilla para picar? —preguntó la oruga anaranjada.

—¿Alguna tartitarta, tal vez? —inquirió la oruga amarilla, esperanzada.

—Pues... —Jacob hurgó en su toga, pero no encontró tartitartas.

«Haré aparecer una docena de tartitartas. Será un buen ejercicio». Alyss intentaba concentrarse, visualizar con nitidez sus imaginaciones, cuando una serie de anillos azules de humo se quedaron flotando sobre su cabeza, procedentes de lo más tupido del bosque de setas.

—Azul ha convocado a Alyss —señaló la oruga anaranjada—. Le dirá todo lo que necesita saber.

Los miembros del consejo guardaron silencio mientras chupaban ávidamente las boquillas de sus narguiles como si de este modo se comunicaran entre sí.

—Adelante, Alyss —la animó Jacob Noncelo—. No pasa nada.

La princesa siguió el rastro de anillos de humo por entre las setas hasta las ruinas de un templo. En el dintel estaban grabadas las palabras: «¿Soñó Laozi con la mariposa, o soñó la mariposa con Laozi?». Frente a la puerta, sentada en una seta azul, estaba la oruga azul, fumando en su propio narguile.

—Gracias por recibirme —dijo Alyss con una reverencia.

—Ejem, hum, hum —carraspeó la oruga y exhaló una vaharada de humo, en medio de la cual apareció Leopoldo. El Príncipe estaba en un salón de Londres, caminando de un lado a otro con nerviosismo, mientras su madre, la reina Victoria, se abanicaba sentada en un sillón acolchado. El decano Liddell y su esposa estaban allí también, muy juntos en un sofá, en una postura muy correcta y rígida. Parecían

tenso, intimidados por la Reina. Alyss sabía que esta escena tenía que ver con ella —«¿por qué si no me la mostraría el oráculo?»—, que Leopoldo iba y venía por la sala porque estaba preocupado por ella, su novia desaparecida. Al menos, había salido vivo. Pero ¿era aquélla una imagen del pasado, o del presente?

—Incluso en ese mundo —explicó la oruga—, donde nadie sabía que eras una princesa, estabas destinada a emparentar con la realeza. Por lo visto, tu sino no te permite negar lo que eres.

—No pretendo negarlo, señor Oruga.

La oruga frunció el entrecejo, dando caladas a su pipa de agua.

—Llámame Azul.

—Ah. De acuerdo. No pretendo negarlo, Azul, es sólo que el tiempo que pasé lejos de Marvilia me dejó confundida. He pasado por tantas cosas, y no hago más que huir de quienes son más poderosos que yo, cosa que no me parece... bueno, demasiado propia de una reina.

—Ejem, hum, hum —dijo Azul, y en la nube de humo que lanzaron sus pulmones de oruga se formaron las palabras: «En ocasiones lo más valiente es huir»—. Cuando huyes, salvas la vida, lo que te obliga a afrontar más incertidumbres y problemas —sentenció—. Sería mucho más fácil para ti darte por vencida. No debes dudar de tu valor, Alyss de Corazones. Quien huye de sus enemigos hasta que reúne la fuerza suficiente para plantarles cara es tan valiente como sabio.

«Pues qué curioso que me sienta más bien como una cobarde».

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—Buscas el laberinto Especular, tal como hizo tu madre antes que tú.

Alyss permaneció callada, recordando lo sorprendida que estaba de ver a su madre entablar combate con tanta decisión. «Seguramente estuvo frente a frente con la oruga Azul, tal como estoy yo ahora». En efecto, y, al igual que entonces, el futuro del reino estaba amenazado por Roja.

Azul pareció leerle el pensamiento.

—Alyss de Corazones, tu madre fue una reina guerrera, como tuviste ocasión de descubrir de forma tan dolorosa. Ella recorrió el laberinto para ascender al trono y aprovechar al máximo sus dones innatos, pero su fuerza tenía un límite. Roja siempre fue más fuerte que ella. Por otro lado, tú, Alyss de Corazones, llevas la fuerza de varias generaciones en las venas. Llega hasta el final del laberinto y lo descubrirás por ti misma.

—¿Y si no lo consigo?

Azul pasó por alto la pregunta.

—Todas las experiencias que has vivido hasta ahora tenían que producirse para que te conviertas en la Reina más poderosa que Marvilia ha conocido. Ha sido necesario forjar en ti el temperamento prudente y juicioso que te guiará como

protectora del Corazón de Cristal. Somber Logan te conducirá hasta la persona que sabe dónde está el laberinto. Busca una tienda de rompecabezas. Reconocerás la llave del laberinto en cuanto la veas, pero tendrás que regresar a Marvilópolis. —Azul formó una O con los labios y sopló una espesa voluta de humo directamente a la cara de la Princesa.

Cuando Alyss despertó, estaba sola. Volvió caminando entre las setas a donde estaban Dodge y los demás. Los miembros del consejo de orugas seguían enroscados sobre sus sombreretes, fumando apaciblemente. Sus expresiones no cambiaron cuando avistaron a Alyss, pero los alysianos clavaron en ella una mirada de expectación.

—Hay que regresar a Marvilópolis —informó ella.

Se oyeron varios gruñidos alrededor de ella.

—¡Eso es como meterse en la boca del galimatazo! —se lamentó Jacob—. O como alborotar un nido de rastreadores, o como...

La oruga verde exhaló una nube de humo que envolvió al preceptor real, cuyo semblante se relajó de inmediato.

—Bueno —dijo, con una sonrisa soñadora—. Supongo que debemos hacer lo que debemos hacer.

—¿A qué parte de Marvilópolis? —preguntó Dodge.

—Azul sólo me ha dicho que Somber puede conducirnos hasta alguien que lo sepa.

Los demás se volvieron hacia el hombre de la Bonetería, pero incluso él, que era capaz de mantener la compostura durante batallas que habrían impulsado a la mayoría de los marvilianos a esconderse tras las faldas de su madre, se irritó un poco al oír esto.

—¿Yo? ¿A quién voy a conocer yo? Me he pasado prácticamente trece años fuera de Marvilia. La gente que conocía está muerta o en la clandestinidad.

Jacob, aún bajo los efectos del humo de la oruga, le posó una mano en el hombro.

—Tranquilízate, mi buen amigo. Seguro que el oráculo no hablaba por hablar. Tiene que haber una razón. Relájate y piensa.

De modo que Somber se puso a pensar. ¿Qué habría hecho hacía trece años? ¿A quién habría acudido en busca de ayuda? ¿Adónde habría ido?

—Hay un lugar —dijo al fin—. No sé si existe todavía, pero yo solía ir allí cuando las fuentes oficiales no me proporcionaban la información que necesitaba.

—Muy bien, pues allí es adonde iremos —dijo el general Doppelgänger.

—Vámonos de una vez —saltó Dodge, consumido por la impaciencia. No le importaba demasiado alborotar el nido de los rastreadores; por el contrario, lo estaba deseando.

Fue un trayecto largo y agotador, muy distinto de los cómodos desplazamientos que antes podían llevarse a cabo en el Continuo de Cristal. Los alysianos, intentando evitar otros encuentros con los galimatazos, rodearon las llanuras Volcánicas, y, por fortuna —aunque sorprendentemente, teniendo en cuenta la agresividad habitual de Roja—, su viaje transcurrió sin incidentes. No toparon con un solo vitróculo o naipe soldado.

Se detuvieron al pie de un edificio abandonado y se quedaron contemplando un lúgubre callejón de Marvilia.

—¿Dónde está? —preguntó el general Doppelgänger.

—Allí. —Somber apuntó con el dedo, mientras dos marvilianos subían dando traspies de una taberna instalada en un sótano y salían tambaleándose al callejón, borrachos.

—¿Ése es el lugar? —se extrañó el general Doppelgänger—. Tiene un aspecto un poco... desagradable.

—Es el único lugar que conozco —repuso Somber. Estudió a sus compañeros: Jacob, con su toga de erudito; el general, Dodge y Alyss con sus uniformes de alysianos. Por mucho que se camuflaran, jamás pasarían por marvilianos comunes y corrientes. Aun así, no convenía que llamaran demasiado la atención exhibiendo sus colores rebeldes, así que Somber plegó su chistera para convertirla en un juego de cuchillas mortíferas que se guardó en un bolsillo interior de la chaqueta. Se quitó la prenda y se envolvió el brazo con ella—. ¿Listos? —preguntó.

Alyss asintió con la cabeza, y los alysianos cruzaron el callejón y entraron en la taberna. Se detuvieron por un momento frente a la entrada para que los ojos se les acostumbrasen a la penumbra, dando al dueño del establecimiento y a un contrabandista viejo y desdentado tiempo para fijarse en ellos. Los demás parroquianos estaban demasiado absortos en sus bebidas para reparar en los recién llegados, semiinconscientes y encorvados en sus deteriorados taburetes de bar o totalmente fuera de combate.

—No hace falta que nos exponamos a las miradas de todos, ¿verdad? —dijo Dodge—. Sentémonos.

No bien habían tomado asiento alrededor de la mesa más cercana, el dueño del bar hizo una señal con la cabeza y de la vacua oscuridad salió una joven que llevaba un sombrero de fieltro y un sobretodo largo no muy distinto del de Somber. Se acercó a los alysianos para tomar el pedido.

«¿Ésa es...? Sí. La chica tímida que vi en el campamento, que nos sirvió el té durante mi primera conversación con Jacob».

—¿Tú? —exclamó Jacob, sorprendido.

—Yo —confirmó la joven.

—Pero... ¿cómo...? No entiendo...

Los demás no habían visto jamás que Jacob se quedara sin palabras.

—Criatura —dijo él, sobreponiéndose—. No sé cómo sobreviviste al asalto contra nuestro campamento y, por supuesto, me alegra verte, tanto como me alegraría encontrar a cualquier otro de los nuestros con vida, pero... ¿qué haces aquí? Eres demasiado joven para trabajar en un lugar como éste.

—Tengo trece años. Soy lo bastante mayor, yo creo. Y afortunada por tener trabajo.

Alyss miró a Dodge, cuya expresión inquisitiva, ligeramente turbada, le indicó que estaba pensando lo mismo que ella. «¿Es ésta la persona con quién debíamos reunimos? Tiene que serlo. Sería demasiada coincidencia». Pero la chica era tan joven..., muy distinta de lo que Alyss esperaba.

—¿Conoces bien la ciudad? —preguntó el general Doppelgänger. La chica se encogió de hombros.

—Mejor que la mayoría.

Somber advirtió que la muchacha tenía una hache pequeña y azul tatuada detrás de la oreja, y se le nubló el rostro.

—Es una híbrida. Hija de civil y de militar. No podemos fiarnos de ella.

—Somber... —empezó a protestar Jacob.

—No necesito tu confianza —replicó la joven—. Me pongo al servicio de la Princesa..., si ella me lo permite. —Con una reverencia demasiado sutil para que quienes los rodeaban se fijaran en ella, le habló a Alyss directamente por primera vez—. Molly la del Sombrero, a vuestras órdenes, Princesa.

Alyss agachó la cabeza en señal de agradecimiento.

—Estamos buscando una tienda de rompecabezas en particular. ¿Sabes algo de ella?

—Creo que sí.

—¿Cómo podemos estar seguros de que no nos conducirás a una trampa? —La pregunta procedía de Somber.

—No podéis.

—Somber, no creo que debamos temer a la muchacha —dijo Jacob Noncelo—. Y, a juzgar por el modo en que nos miran los otros clientes, no nos vendría mal contar con un amigo en este sitio.

Cada vez más parroquianos despertaban de sus sueños éticos durante el tiempo suficiente para clavar en los intrusos sus ojos entrecerrados y amenazadores. Los alysianos no eran bienvenidos allí. El contrabandista desdentado se levantó trabajosamente y salió a toda prisa del bar tras fulminarlos con la mirada.

—Me pregunto adónde irá ése —comentó Dodge con sarcasmo.

—Si tenéis miedo —le dijo Molly a Somber—, podéis quedaros aquí.

—¿Miedo?

—A todo el mundo le pasa.

—¡Espabila! —le gritó el dueño del local.

—Más vale que pidáis algo —susurró Molly.

—Tráenos lo que haga falta para que no te metas en líos —dijo Jacob.

Molly fue a buscar sus bebidas y recibió un alud de insultos del dueño por su supuesta pereza, mientras él llenaba cinco jarras con un brebaje espumoso y humeante.

Jacob sacudió la cabeza.

—¿Qué mundo es éste en que una jovencita tiene que servir copas en un antro así para sobrevivir?

—Es una híbrida —repitió Somber, como si el hecho en sí bastara para prevenirse contra la chica.

—Hemos tenido híbridos en el cuartel general de los alysianos, Somber —señaló el general Doppelgänger—. Cuando se disolvió la Bonetería, varios miembros vivieron con nosotros durante un tiempo. Muchos híbridos nacieron bajo nuestro cuidado. No son tan desleales como tú crees.

—Sólo se guían por su propio interés.

—Ella dice que sabe dónde está la tienda de rompecabezas —intervino Alyss, y se impuso el silencio en la mesa—. La oruga tenía que referirse a ella. Echa un vistazo alrededor. No hay nadie más.

—Suponiendo que éste sea el lugar al que nos envió la oruga —precisó Dodge.

Sin embargo, Alyss había tomado una decisión. Aquél era el lugar. Molly la del Sombrero era la elegida.

—Lo es —aseguró.

Molly se acercó con las bebidas y comenzó a repartirlas en torno a la mesa.

—¿Veis ese cartel, Princesa? ¿El anuncio del hotel y casino de Roja?

—Sí.

—Es una pared falsa. Detrás hay un pasadizo. Lo usamos para salir cada vez que hay una redada. El Corte ya viene de camino.

—Gracias a nuestro amigo sin dientes —dijo Dodge.

En efecto, una división del Corte doblaba en ese momento la esquina del callejón, guiada por el contrabandista desdentado. El inconfundible sonido metálico que producían las piernas de los naipes soldado al marchar resonaba entre los edificios. Cuando llegó a oídos de quienes se encontraban en el interior de la taberna, era casi demasiado tarde. El Corte irrumpió en el local y de pronto los clientes sobrios estaban volcando mesas y atropellándose unos a otros en su desesperación por salir de allí. Dodge, Jacob, el general Doppelgänger y Somber formaron un círculo en torno a

Alyss; los tres primeros con la espada desenvainada, Somber haciendo girar sus cuchillas. Molly la del Sombrero abrió la marcha, agachada para eludir las ávidas manos de los naipes soldados, con el sombrero de fieltro aplanado y convertido en un disco con los bordes afilados. ¡Dinc! ¡Clanc! ¡Pong! El sombrero paraba los golpes de las espadas de los soldados. En formación cerrada, la muchacha de trece años guió a los alysianos a través de la pared falsa, a lo largo de un túnel frío y húmedo por el que salieron al exterior, sanos y salvos.

La calle estaba en calma, sin el menor asomo de la violencia de la que acababan de escapar. Parecía una noche cualquiera en Marvilópolis. Molly siguió caminando tranquilamente, sabiendo perfectamente adonde se dirigía. Los alysianos se quedaron parados, mirándola hasta que ella se detuvo y se volvió hacia ellos.

—Bueno, ¿vais a venir o no?

La avenida Esmeralda era una de las vías más antiguas de la capital. Durante el reinado de Genevieve y en épocas anteriores, abundaban en la elegante avenida las tiendas y los restaurantes de categoría, pero los ricos y privilegiados se mudaron poco a poco a otras zonas, y las calles circundantes se convirtieron en refugio de las bandas de saqueadores, fabricantes de estimulantes de la imaginación y marvilianos que se dedicaban a otras actividades ilegales pero rentables. Los tentáculos de la miseria acabaron por apoderarse de la misma avenida Esmeralda, y el otrora celebre paseo estaba ahora tan invadido por la escoria como las calles que lo rodeaban.

En puntos dispersos de la gloriosa vía venida a menos, los sin techo se calentaban en torno a fosas en las que ardían cristales de pedernal. Interrumpieron las conversaciones que mantenían entre dientes al ver a un extraño grupo de marvilianos acercarse a una tienda que llevaba muchos ciclos lunares cerrada.

«BEZAS Y», rezaba lo que quedaba del letrero que antes anunciaba los artículos que vendía el establecimiento. Su enorme puerta principal, por la que habrían podido pasar fácilmente dos maspíritus lado a lado, estaba cerrada con llave. El escaparate estaba cubierto de polvo y no revelaba nada del interior. Dodge llamó a la puerta.

—Dudo que haya nadie —dijo el general Doppelgänger. Las orejas de Jacob vibraron.

—Oigo problemas. —Más pálido que de costumbre, el preceptor sacó una espada de debajo de la toga y la empuñó con ambas manos.

Poco después, todos lo oyeron. El cielo oscuro se ennegreció cuando una bandada de rastreadores eclipsó la luna entre chillidos estridentes.

Los marvilianos sin techo se dispersaron al tiempo que, gritando, los rastreadores atacaban. Dodge, Alyss, Jacob y el general asestaban mandobles a las bestias con las espadas mientras Somber arrojaba las cuchillas de su chistera hacia el grueso de la bandada. ¡Zimp, zimp, zimp! ¡Zimp, zimp, zimp! Las cuchillas hirieron y mataron a varios rastreadores antes de volver a las manos de Somber. Molly comprimió su propio sombrero para usarlo como escudo y como arma ofensiva, hundiendo sus bordes afilados en el cuerpo de las criaturas cada vez que descendían en picado hacia ella, con sus voraces bocas de insecto abiertas.

—¡Aaah!

Una de ellas le pegó un golpe a Dodge en el hombro y lo derribó, de forma que su espada salió despedida fuera de su alcance. El rastreador voló alrededor de él y se disponía a rematarlo con sus espolones cuando alguien dio una patada a la espada para que se deslizase sobre el suelo en dirección a Dodge.

—¡Rastrea esto! —siseó Dodge entre sus dientes apretados, acuchillando a la bestia. Se apartó rodando de la criatura, que se retorció agónica, y vio a la torre y al

caballero blanco luchar junto a él, junto con una pequeña sección de milicianos supervivientes.

—Espero que no te importe que nos hayamos presentado sin avisar —dijo la torre.

—Hemos seguido a los rastreadores —explicó el caballero blanco.

Uno junto a otro, de pie, Dodge y la torre se volvieron, alzando las espadas hacia arriba justo a tiempo para que un rastreador que se les venía encima se empalase en ellas y pereciese con un alarido espantoso. Una división del Corte de Roja apareció al final de la avenida Esmeralda. Algunos de los naipes soldado llevaban AD52, armas automáticas que disparaban proyectiles muy afilados del tamaño y la forma de naipes comunes y corrientes, a razón de cincuenta y dos por segundo. Los soldados apenas habían doblado la esquina y avistado a los alysianos cuando un número Cuatro disparó una ráfaga de cartas daga.

—¡Cuidado! —gritó el general Doppelgänger.

Los alysianos se arrojaron al suelo boca abajo, salvo Alyss y Molly la del Sombrero, que pegaron la espalda a la fachada de la tienda de rompecabezas en cuanto las primeras cartas daga pasaron zumbando. Entonces...

Somber se plantó de un salto ante ellas y, con las cuchillas de las muñecas activadas, movió los brazos a toda velocidad e hizo caer al suelo el resto de las cartas daga.

De inmediato se produjo otra lluvia de disparos de AD52, pero esta vez Alyss cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y los naipes letales le pasaron por encima o por los lados. Los alysianos se encontraban dentro de una burbuja protectora invisible creada por la imaginación de Alyss. Las cartas daga se desviaron velozmente hacia arriba e hirieron a muchos de los rastreadores. Varios cuerpos de bestias sin vida cayeron en torno a los alysianos y se estrellaron contra el pavimento.

El Corte de Roja estaba cada vez más cerca, y Somber arrojó las cuchillas de su chistera contra el escaparate de la tienda de rompecabezas. Las hojas golpearon el cristal, girando, y abrieron un agujero lo bastante grande para que Alyss pudiera pasar por él.

—¡Entra ahí! —le gritó Somber.

El general Doppelgänger se dividió en los generales Doppel y Gänger, con las espadas preparadas.

Dodge, sin despegar la vista de los naipes soldado que marchaban sobre ellos, le dijo a Alyss:

—Nosotros los mantendremos ocupados. Tú encuentra el laberinto.

«Pero si son demasiados. Incluso con los milicianos, somos menos que ellos». Molly la del Sombrero le tiró de la manga.

«No me queda alternativa. Tengo que entrar».

Antes de que Alyss siguiera a Molly al interior de la tienda, imaginó que los AD52 se taponaban de forma que quedaban inutilizados, y esperó que lo que había imaginado hubiese dado resultado, pero no se quedó para comprobarlo. Los alysianos ya tenían a los naipes soldado encima, y las espadas centellearon. Alyss se lanzó a través del agujero del escaparate al interior de la tienda.

De manera bastante apropiada para un establecimiento especializado en la venta de rompecabezas y juegos, la tienda estaba construida en forma de rompecabezas. Las librerías hechas a mano estaban dispuestas de manera que formaban un laberinto sencillo. Alyss y Molly la del Sombrero corrieron de un lado a otro por los estrechos pasadizos, pero no encontraron nada. Todos los estantes estaban vacíos. Comenzaron a tirar las estanterías al suelo, a abrir todos los armarios, trampillas y ventanas falsas que encontraban.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Molly.

Alyss apenas la oyó por encima del fragor de la batalla que se libraba fuera. «No lo sé exactamente». Pero entonces atisbo un brillo azulado, un destello de color. Alzó la vista, y allí estaba: en el borde del estante más alto de la tienda, un cubo de cristal luminoso.

—¡Allí arriba!

—¡Yo lo cojo!

Molly empezó a trepar por la librería, y cuando se hallaba a media altura, el mueble se inclinó, a punto de caerse. Ella saltó al suelo y se apartó rápidamente para evitar que la estantería se le viniese encima, pero el cubo de cristal estaba en el aire, precipitándose hacia el suelo.

—¡Nooo! —gritó Alyss. Si el cubo se rompía, quizás el reino estaría perdido para siempre.

La Princesa pegó un salto con los brazos extendidos.

La librería cayó con gran estrépito y se partió en varios pedazos.

Alyss atrapó el cubo de cristal. Estaba intacto. Le dio vueltas entre los dedos, buscando alguna pista sobre cómo funcionaba. «¿Qué se supone que debo...?».

¡Cabuuuuurrc!

La puerta de la tienda estalló hacia dentro y Alyss, sin soltar el cubo resplandeciente, se tambaleó hacia atrás y atravesó un espejo pintado de tal modo que parecía formar parte de una pared. El combate se había extendido al interior del establecimiento. Sin embargo, flotando ingrávida dentro del espejo, la Princesa legítima de Marvilia contempló la escena paralizada en el tiempo. Allí estaba Dodge, con la espada en alto, atacando a un naipе número Dos. Allí estaba Somber, detenido en el aire, con los sables de su cinturón desplegados para pelear contra tres naipes soldado a la vez (un par de Cuatros y un Dos). Allí estaban los generales, acudiendo en auxilio de Jacob, a quien aparentemente le había resbalado la espada de la mano.

Y allí estaba Molly la del Sombrero, mirando con los ojos desorbitados la zona del espejo por la que Alyss había caído. Alyss lo veía todo como a través de una película acuosa, y a pesar del peligro de muerte que corrían ella y los alysianos, a pesar de la incertidumbre, se sintió casi serena mientras se dirigía flotando lentamente hacia el laberinto Especular.

Posó los pies suavemente en el suelo de lo que parecía ser una cárcel: una cárcel especular. Estaba rodeada de espejos que se prolongaban indefinidamente hacia arriba y, mirara a donde mirase, veía su reflejo repetido una infinidad de veces, más y más pequeño, hasta perderse en la distancia.

—¿Esto es un laberinto? —dijo en voz alta, pero no oyó únicamente su voz, sino un coro de voces, todas ellas suyas. Los espejos no sólo reflejaban su imagen, sino también sus palabras.

Algo no marchaba bien, aparte del hecho de que no estaba en un laberinto.

«Seguro que me he equivocado de llave, pero... curiosamente, me da la impresión de que no». El reflejo que tenía justo delante, por alguna razón, era inexacto. Alargó el brazo hacia él y —«¡ah!»— el reflejo la agarró de la mano y tiró de ella hacia el interior del espejo.

—Debemos darnos prisa —dijo el reflejo—. Hay mucho que hacer y mucha gente que ver, en muy poco tiempo.

—Pero... —A Alyss no se le ocurrió nada que decir.

El reflejo no le soltaba la muñeca, y la guió a paso acelerado por entre pasillos especulares que se ramificaban y serpenteaban hasta desaparecer a lo lejos, nichos y pasadizos sin salida de superficie reflectante. Incluso el suelo era un espejo. Llevada de un lado para otro, Alyss intuía que su reflejo había tomado aquella ruta tan complicada sólo para confundirla y desorientarla a ella. «Más vale que no tenga que encontrar el camino de regreso». Y es que le habría resultado del todo imposible; Alyss había perdido el norte por completo.

El reflejo la hizo detenerse en lo que parecía una zona de descanso, una sala espejada más amplia que los pasillos junto a los que habían pasado.

—Espera aquí —le indicó el reflejo—. En breve tendrás compañía.

—¡No me dejes! —Pero Alyss ya estaba sola. ¿O no? Su imagen le

devolvía la mirada desde todas las superficies—. ¿Hola? —dijo, y de nuevo un coro de voces (las de sus reflejos) repitió lo que decía. Ella alzó la mano hacia la que tenía más cerca para asirla, pero sus dedos no penetraron en el espejo; sólo chocaron contra la fría superficie de azogue.

«¿Y si se suponía que yo debía seguirla?». Pero Alyss ya no sabía con seguridad en qué dirección se había marchado su reflejo. «Imagina una salida. Eso debe de ser lo que se espera de mí. Seguro que se trata de una prueba». Alyss se preparó para el esfuerzo que requería crear algo con la imaginación, pero, entre un parpadeo y otro, vio a alguien avanzar hacia ella desde la distancia de un espejo. La persona estaba cada vez más cerca, e incluso antes de que Alyss pudiera distinguir los rasgos de la mujer, reconoció la ropa que llevaba.

—¡Madre! —exclamaron ella y sus reflejos con un grito ahogado.

Genevieve iba vestida tal y como su hija la había visto por última vez, pero sin la corona. Se situó justo al otro lado del espejo.

—Alyss —dijo Genevieve, y la sonrisa de nostalgia y orgullo que se dibujó en el rostro de la fallecida Reina provocó que a su hija se le arrasaran los ojos en lágrimas.

—Se ha convertido en una mujer tan hermosa como la imaginaba —comentó una voz masculina.

Alyss volvió la cabeza y en uno de los espejos vio, en lugar de su propia imagen, a su padre, Nolan, que le sonreía afectuosamente.

—¡Papá! —dijo y corrió a abrazarlo, deseosa de sentir el tacto de su padre, desaparecido hacía tanto tiempo. «¡No me importan el laberinto, ni Roja, ni el Corazón de Cristal! ¡Quiero que todos volvamos a estar juntos! ¡Quiero recuperar a mi familia!». Sin embargo, Alyss no podía atravesar el espejo.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¿Dónde estáis?

—Estamos dentro de ti, cariño —respondió su padre. Genevieve exhaló un leve suspiro.

—Si triunfamos sobre Roja, nadie podrá decir que nuestro éxito no supuso un sacrificio para nosotros. Pero a veces pienso que quizá se nos ha exigido demasiado.

—A nosotros y a todos aquéllos que luchan en defensa de la Imaginación Blanca —añadió Nolan.

—Sí, por supuesto —dijo Genevieve—. El camino hacia una victoria de tamaña magnitud está condenado a llenarse de derrotas y fracasos.

Con una afable mirada de compasión, Nolan pasó de un espejo a otro hasta llegar junto a su esposa. La rodeó con el brazo y la besó en la frente, lo que pareció levantarle el ánimo.

—Alyss —prosiguió Genevieve—, es bueno que te hayas propuesto ejercitar tu imaginación. Vas bien encaminada para desarrollar al máximo el potencial y el control de tu imaginación. Pero tus experiencias y lo que has descubierto sobre ti misma no son suficientes. Aún no.

—¡Mírala bien! —rió Nolan—. Es una adulta. No necesita que sus padres le den la lata. Alyss, mi dulce niña, bastará con que tengas la mitad de la fe que los demás depositan en ti para que todo salga bien.

La pareja real dio media vuelta y echó a andar hacia la distancia del espejo.

—¡Esperad! —gritó Alyss—. ¡No os vayáis!

Pero Genevieve y Nolan siguieron caminando.

—¡Esperaaad! ¿Volveré a veros algún día?

Ellos se detuvieron, aparentemente sorprendidos por la pregunta.

—Una y otra, y otra, y otra vez —dijo Nolan.

—Siempre y cuando sepas dónde buscarnos —precisó Genevieve.

Y entonces todos desaparecieron, y el reflejo de Alyss volvió a ocupar el cristal.

Las fuerzas abandonaron a la Princesa. Cayó de rodillas y hundió el rostro entre sus manos. Jamás se recuperaría de la pérdida repentina y violenta de sus padres, nunca aceptaría la ausencia que su muerte había dejado. «¿Cómo podría hacerlo? ¿Acaso podría alguien?». Sus sollozos se amplificaron cuando sus reflejos lloraron con ella.

Lo peor ya había pasado. Lo único que quedaba del arranque de tristeza que había sufrido Alyss era el hipo ocasional y la respiración entrecortada. Alguien le tocó el hombro.

—¡Te he pillado! ¡Paras tú!

Alyss alzó la cabeza y vio a una niña pequeña. «¿Es...? Pero ¿cómo es posible?». Se quitó el cabello de la cara y se frotó los ojos para estar más segura. «Es idéntica a mí».

Era ella: Alyss de Corazones, a los siete años de edad, ataviada con su vestido de cumpleaños.

—¿Quieres que te persiga? —preguntó Alyss. La niña hizo chasquear la lengua, irritada.

—¿Es que nunca has jugado al corre que te pillo?

—Sí, pero... ya hace tiempo de eso. —La Princesa se puso de pie. Encontrarse con una versión más joven de sí misma no era cosa de todos los días. ¿Quién sabía adónde la llevaría aquello?—. Muy bien —dijo—. Más vale que eches a correr, entonces.

Con un chillido de alegría, la niña se alejó a toda prisa por el pasillo. Alyss salió en pos de ella, y las dos recorrieron un pasillo tras otro del laberinto Especular. Con la misma intensidad con que Alyss se había sumido en la congoja unos momentos antes, se dejó llevar ahora por la euforia del juego, riendo cada vez que estaba a punto de alcanzar a la Alyss más joven. Se acercó a una esquina del laberinto y la pequeña se le plantó delante de un salto, como para incitar a la Princesa a intentar atraparla.

—¡Ja!

Las dos se reían con tantas ganas que les costaba correr, y cuando la niña se detuvo para recuperar el aliento, Alyss apretó el paso y la cogió.

—¡Ya te tengo! —exclamó, haciéndole cosquillas.

—¡No, no hagas eso! ¡Basta, basta!

La joven Alyss chillaba de gusto, pues, como era natural, la Princesa sabía dónde tenía más cosquillas. Sin embargo, la niña se puso seria de pronto, apartó las manos de Alyss de un empujón y desvió la mirada hacia algo. Alyss se volvió para ver de qué se trataba. Era un cetro incrustado de diamantes coronado por un corazón blanco de cristal que estaba al final de un amplio pasillo.

—¿Crees que puedes conseguir ese cetro? —preguntó la pequeña. Parecía fácil. Alyss sólo tenía que andar por el pasillo y recogerlo.

—¿Por qué no?

Las paredes del pasillo estaban recubiertas de paneles espejados y perfectamente alineados, uno frente a otro. Alyss dio un paso hasta situarse entre el primer par, y sus reflejos comenzaron a dar vueltas y vueltas hasta formar una especie de vórtice, y de repente ella ya no estaba en el laberinto Especular. Se encontraba en una Nada sin ninguna característica especial, en medio de un torbellino de imágenes que se arremolinaban en torno a ella. Pero ¿se trataba sólo de imágenes? Parecían tan reales, y las personas que aparecían en ellas... sus palabras y gestos herían tanto como los de seres de carne y hueso.

—¡Que le corten la cabeza! ¡Que le corten la cabeza!

Roja descendió en picado hacia la Princesa. Alyss se apartó de un salto, con el corazón desbocado, y entonces...

Ahí estaba Dodge, de niño, con su uniforme de miembro de la

guardia, recibiendo una lección del juez Anders sobre el protocolo que debían observar los integrantes del cuerpo. Sin embargo, al igual que Roja segundos antes, se esfumaron. Ahora tenía delante a Quigly Gaffer, señalándola y riéndose en su cara como si ella fuera la criatura más ridícula que hubiese visto.

—Basta —le dijo ella.

No obstante, a las risotadas de Quigly se sumaron las del resto de los huérfanos de Londres: Charlie Turnbull, Andrew MacLean, Otis Oglethorpe, Francine Forge, Esther Wilkes y Margaret Blemin, así como algunas de las celadoras que había conocido en la inclusa de Charing Cross.

—¡Basta! —gritó.

Sus carcajadas continuaron resonándole en los oídos incluso después de que su imagen se evaporase. Ahora estaba contemplando una escena silenciosa pero confusa: ella y el príncipe Leopoldo, rodeados por quienes parecían ser sus cuatro hijos, de *picnic* en el bosque Eterno con el decano Liddell y su esposa. Dos de los niños eran muy pequeños, pero tenían las facciones de Genevieve y Nolan. Alyss quiso llamar a su familia, pero no le salía la voz. El Gato se erguía sobre su familia, totalmente ajena a su presencia, lamiéndose la sangre de las patas hasta que una gota cayó al suelo y se convirtió en un mar sanguinolento y encrespado en el que su familia empezó a ahogarse. También estaban inmersos en él los alysianos —Dodge, Jacob, Somber, el general Doppelgänger, los milicianos—, todos ahogándose. Pero entonces el mar desaguó por una puerta abierta, arrastrando consigo a sus amigos y seres queridos. Encima de la puerta había un letrero luminoso que indicaba la salida, y junto a él se encontraba el mayordomo morsa.

—Ay, cielos —se lamentó la morsa—. Esto sólo se va a poner peor, Princesa. No tenéis por qué pasar por esto. No es necesario. Por favor, os ruego que os marchéis mientras podáis. —Con la aleta izquierda, le hizo un gesto apremiándola para que saliese por la puerta.

Pero Alyss no se dejó convencer. El laberinto le había mostrado aquellas imágenes para ablandarla, para hacerla más vulnerable a lo que fuera que tuviese que afrontar a continuación. Estaba decidida a afrontarlo.

Le dio la espalda a la morsa, levantó un pie para dar un paso hacia el vacío que tenía ante sí y se encontró de nuevo en el laberinto Especular, en el pasillo que conducía hasta el cetro.

Había conseguido dejar atrás el primer par de paneles espejados.

Avanzó hasta colocarse entre el segundo par, y en el acto el laberinto se desvaneció y ella se encontró en el comedor Sur del palacio de Corazones, el escenario de la invasión de Roja.

«Debería haberme ido, haber escapado».

—No necesito ver esto —dijo.

Todos los presentes en la sala miraban fijamente al gatito que había empezado a cambiar de forma para convertirse en el Gato, cuando...

—¡No! —aulló Alyss.

Una explosión hizo saltar las puertas en pedazos, y Roja y sus soldados renegados irrumpieron en el comedor. Alyss se vio obligada a revivir el horror de aquel momento aciago, presenciar de nuevo el asesinato del juez Anders y la destrucción de su hogar, así como el instante en que ella misma estuvo a punto de morir a manos de Roja. «¡Una vez fue demasiado! ¡Nadie tendría que vivir una experiencia tan espantosa! ¡Nadie!».

Con una furia creciente, observó a Somber y a la Alyss de siete años saltar a través del portal de emergencia del palacio (esa separación final y desgarradora de su madre), y a Genevieve, que se volvió hacia su hermana para enfrentarse a ella a solas. Entonces vio lo que no vio en su día: a su madre sujeta por las rosas carnívoras de Roja, y la decapitación de Genevieve por parte de Roja con un solo golpe del haz de energía escarlata. «¡La asesina de mis padres!».

—¡Aaah!

Arrancó a correr hacia Roja, con furia en el corazón. Pero la distancia que la separaba de Roja aumentó, y de pronto el Dodge de veintitrés años corría a su lado, diciéndole con una voz tensa a causa de la ira:

—El odio te infunde fuerza. No hay más justicia que la de la venganza. Sólo conseguirás vencer a Roja si alimentas tu rabia.

El Gato se interpuso en su camino de un brinco, y Dodge hundió su espada en la bestia una y otra vez. Sin embargo, esto no parecía mitigar su furia, que aparentemente seguiría viva por muchas veces que matara al despiadado esbirro de Roja.

Alyss estaba lo bastante cerca de Roja para atacarla —por fin— cuando la cabeza de su madre, que había rodado hasta un rincón, abrió los ojos y habló.

—La ira se nutre de la Imaginación Negra, Alyss. Si sucumbes a tu ira, te convertirás en un mero peón de la Imaginación Negra, que puede triunfar temporalmente pero no para toda la eternidad.

—¡Pero mira lo que te ha pasado a ti! —replicó Alyss.

—Sí, mírame. ¿No te parece significativo que sea yo quien te dice estas cosas? No obstante, la presión de la rabia en la cabeza de Alyss era demasiado fuerte.

—¡Sí que es significativo! ¡Significa que eras débil y que por eso te derrotaron! —gritó, y acto seguido le arrebató a su tía el cetro y le cortó la cabeza de un solo golpe, tal como Roja había matado a Genevieve.

Roja y las rosas se fundieron en el suelo y Alyss descubrió que se encontraba en una sala circular con paredes de cristal telescópico que le permitían ver el desierto Damero y Marvilópolis en su totalidad.

Jacob entró a toda prisa en la sala con un libro abierto entre las manos, leyéndolo con apremio, ansioso por hacerse entender:

—*Feg lubra messingpla gri bono plam* —leyó el preceptor—. *Tyjk grrsplinuff rosh ingo.*

—¿Jacob?

—*¡Zixwaquit! ¡Zergl grgl! ¡Fffgburglgrgl!*

El preceptor continuó balbuciendo incoherencias, cada vez más alterado ante la incapacidad de Alyss de comprenderlo. Entonces ella vislumbró su propia imagen en un espejo. En lugar de sus facciones habituales, vio a Roja, que le devolvía la mirada. Se había convertido en Roja.

—¡NO!

Destrozó el espejo, y todo aquello que la rodeaba —la sala circular, el Jacob incoherente— estalló en fragmentos en torno a ella, que quedó de pie ante el espejo de entrada del laberinto; al otro lado del cristal, el combate entre alysianos y soldados de Roja seguía detenido en el tiempo.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Qué significa esto?

—Ejem, hum.

Unas volutas de humo cruzaron su campo visual. Al volverse, ella vio a la oruga azul, fumando en su narguile.

—Significa que has fracasado, Princesa.

—¿Yo...? —«No puedo fracasar. El laberinto está destinado para mí»—. Pero...

—No has logrado recorrer el laberinto. Es algo desafortunado para todos nosotros, pero no hay remedio. Debes salir a través del espejo y reincorporarte a la batalla.

«El fracaso no es una opción. No puede serlo». Alyss habría preferido estar en cualquier otro sitio, pero no podía irse todavía, no como una fracasada.

—Es inaceptable —afirmó—. No lo acepto.

Y antes de que Azul pudiese echarle humo a la cara, se internó corriendo en el laberinto. Se perdió enseguida, pero no todo estaba perdido mientras ella permaneciese allí. Todavía podía cumplir con su misión. De lo contrario, ¿qué sería de...?

Una figura apareció más adelante, en el corredor.

—¡Somber!

Oh, cuánto se alegraba de verlo. Pero el capitán de la Bonetería, sin abrir la boca, alzó una espada y se abalanzó hacia ella.

—¡Espera! ¿Qué estás...?

Tenía que hacer algo deprisa. Imaginó que empuñaba una espada y, antes de darse cuenta, estaba enzarzada en combate con el hombre mítico; él como agresor, ella sorprendiéndose a sí misma con una defensa que consistía en reflejar los movimientos de él como un espejo.

Somber bajó el arma al fin y se apartó, con una expresión que denotaba su aprobación.

—Muy bien.

Alyss comprendió que la estaba poniendo a prueba para desarrollar sus habilidades marciales, o mejor dicho, estaba adiestrando su imaginación para que reforzara sus habilidades marciales. No obstante, cuando apareció un segundo Somber Logan...

«¿Tendré que luchar contra dos de ellos?».

Además de con la espada, Alyss se armó con una Mano de Tyman. Intercambió golpes con los dos Somber. Se oyó el entrecocar metálico de las armas. Cada vez que uno de ellos ejecutaba un movimiento que ella no había visto antes, ella rápidamente se apropiaba de él; imaginaba que formaba parte de su repertorio. Pero no le bastaría con visualizarse como una experta en el manejo de la espada; tendría que emplear su imaginación de otras maneras porque un tercer y un cuarto Somber venían hacia ella, y luego un quinto y un sexto. Mientras cruzaba la espada con uno de ellos, imaginó que los demás acusaban también el golpe. Sin embargo, esto resultó insuficiente, pues más réplicas de Somber se aproximaban, así que ella invocó a sus innumerables reflejos para que acudiesen en su ayuda. Éstos emergieron de sus espejos, espada en mano, y ahora por cada Somber Logan había una Alyss de Corazones lista para combatir contra él.

—Excelente —dijo uno de los Somber, y a una señal suya, el resto de los hombres de la Bonetería enfundó las espadas y activó las cuchillas de las muñecas y echó mano de su chistera bumerán.

«Empiezo a cansarme, no estoy segura de cuánto tiempo podré...».

Imaginó que cartas daga salían disparadas de las mangas de su uniforme, pero los Somber las rechazaron con facilidad. Alyss nunca antes había desplegado los poderes de su imaginación con tal precisión e intensidad, ni durante tanto tiempo.

Estaba agotada.

Al prever su inminente derrota, lanzó bolas de una sustancia gomosa desde las mangas de su uniforme. Las bolas se adhirieron a las armas de los Somber, que dejaron de girar. En ese instante, Alyss aspiró hondo y sopló, provocando tal vendaval que los Somber salieron volando y cayeron desparramados por toda la palestra.

El combate había terminado. Alyss estaba sola entre los Somber vencidos, pues los reflejos habían vuelto a sus espejos.

—El control y el poder no lo son todo —aseveró uno de los Somber—. Debes convertirte en el agente a través del cual una causa más elevada que la de cualquier ser individual triunfe. Entonces quizá seas merecedora del Corazón de Cristal.

Los Somber se levantaron del suelo, hicieron una reverencia y se alejaron por los diversos pasillos del laberinto. Después de un breve descanso, Alyss se sentía pletórica de fuerza y salud, mejor que antes de enfrentarse con los Somber.

«Mejor de lo que me he sentido en mucho, mucho tiempo... Quizá mejor que nunca».

Era un bienestar muy parecido al que solía experimentar antes de cumplir siete años, cuando se creía capaz de todo y el mundo le parecía hermoso.

«¿Qué ha sido eso?».

Un crujido, como si alguien alzase un objeto pesado. Y voces.

«¿A la izquierda? Sí, las oigo de nuevo».

Siguió aquellos sonidos y, al llegar al final de un pasadizo estrecho, se encontró con Dodge, Jacob, Somber, el general Doppelgänger, el caballero blanco y la torre, arrodillados, con las manos a la espalda y la cabeza colocada en una guillotina enorme. La reina Roja y el Gato la esperaban junto a la palanca que activaba el mecanismo para hacer caer la cuchilla.

—Pero si te he matado —dijo Alyss.

—¿Ah, sí? —Roja se volvió hacia el Gato—. ¿Por qué no se me ha informado de esto?

El Gato se encogió de hombros.

«¿Esto es real o una fantasía? No puede ser real, puesto que no está muerta, así que no pondré a nadie en peligro si me retiro. Me marcharé sin más».

Pero no podía; la visión de los alysianos aprisionados la mantenía paralizada. No quería arriesgarse, por cuanto de verdadero hubiera en aquella escena. Al margen de las (aparentemente) múltiples vidas de Roja, ¿cómo podía estar Alyss segura de que si alguien moría en el laberinto, seguiría con vida en el exterior?

—Te mataré de nuevo si hace falta —dijo Alyss, dando un paso al frente.

—Tal vez —respondió Roja—, pero eso no salvará a tus amigos.

Alyss volvió a imaginar que le salían bolas de aquella sustancia pegajosa de las mangas y que atascaba con ellas el mecanismo de la guillotina, impidiendo con ello que la cuchilla cayese.

Nada.

Imaginó que la cuchilla se transformaba en agua que se vertía sobre las cabezas de los alysianos.

Nada.

Roja se rió.

—Lo más hermoso de estar aquí —dijo, señalando el laberinto—, es que puedo imaginar que tu imaginación queda inutilizada. Ah, ojalá esto funcionara también en el exterior. Pero basta de cháchara. Si vas a morir (cosa que, de hecho, ocurrirá), estoy segura de que preferirás acabar con ello cuanto antes. Sin ti, esta gente no supone peligro alguno para mí. Sólo hay una manera en que puedes salvarlos: rindiéndote. No perderías nada con ello; al fin y al cabo, te mataré tarde o temprano. Y entonces tanto tus amigos como tú estaréis muertos. No obstante, para ahorrarme molestias, te doy la posibilidad de elegir.

Pero ¿cómo podía estar segura Alyss de que, si se sacrificaba, Roja perdonaría la vida a sus amigos, por no hablar de dejarlos en libertad? ¿No era más probable que, una vez muerta Alyss, Roja eliminase a los alysianos sólo porque podía hacerlo? Por otro lado, ¿y si en un gesto de indulgencia inaudito Roja los dejaba vivir? Habían luchado en defensa de la Imaginación Blanca durante trece años sin Alyss. Si, al acceder a sacrificarse, ella podía arrancarle a Roja la promesa de respetar su vida, ¿no le exigía su deber ese sacrificio? Quizá más adelante se les presentaría la oportunidad de escapar; tal vez Somber encontraría la manera. El espíritu de la Imaginación Blanca perviviría en ellos. Sólo existiría mientras ellos existiesen.

Pensando que se trataba de la última acción de su corta y atribulada vida, la princesa Alyss de Corazones se arrodilló ante su tía.

—Va por mi legado —dijo Roja, alzando su cetro. Pero en el instante en que su fría hoja tocó la tierna nuca de Alyss...

¡Zzzomp!

La escena desapareció y la Princesa se halló justo delante del cetro del corazón blanco.

«¿Lo he...? ¿De verdad he...?».

Extendió la mano hacia el cetro y, en cuanto sus dedos se cerraron en torno a su empuñadura, ella se vio transportada por la magia del laberinto de regreso a la tienda de rompecabezas, donde la encarnizada batalla entre los alysianos y los soldados de Roja se había reanudado.

La llave del laberinto Especular emitía destellos rítmicamente. A Alyss le sorprendió verla en la palma de su mano, pero una Aspirante nunca salía del laberinto con menos de lo que tenía al entrar; aunque, en su caso, Alyss esperaba haber salido con mucho más.

Con el cubo resplandeciente en una mano y el cetro con el corazón blanco en la otra, Alyss permaneció inmutable en medio del combate. Un naipe número Cuatro intentó atacarla, pero ella le sopló y él salió disparado hacia atrás y atravesó una pared de la tienda de rompecabezas.

—¡Princesa! —exclamó Molly la del Sombrero.

—¡Tiene el cetro! —La alegría de Jacob habría provocado que quedase ensartado en la espada de un naipe número Dos si Molly no se hubiera interpuesto con su sombrero escudo.

Un par de números Tres se apartaron de Somber y se dirigieron hacia Alyss, pero incluso antes de que él pudiera reaccionar con un rápido golpe doble, Alyss clavó la punta de su cetro en la pequeña zona situada sobre el peto de los naipes soldado. Éstos se plegaron, inactivos, muertos, al tiempo que un rastreador entraba como un bólido en la tienda y le arrebató a Alyss el cubo luminoso. Molly se disponía a arrojar su sombrero contra la criatura cuando...

—Deja que se lo lleve —dijo Alyss—. Ya no lo necesitamos.

Oyó a los rastreadores dispersarse en el aire, con rumbo al monte Solitario. «Y ahora, a por el resto de los naipes soldado».

Alyss dio un golpe en el suelo con el cetro, que se partió en muchos cetros idénticos pero más pequeños. Ella hizo un pase con la mano, y los cetros salieron propulsados hacia el punto vulnerable de todos los naipes soldado, cada uno de los cuales se plegó y dejó de representar una amenaza. Los alysianos se encontraron de pronto en una calma absoluta, rodeados de cadáveres de miembros del Corte.

Dodge, el general Doppelgänger, los milicianos... todos se volvieron hacia su Princesa. La Imaginación Blanca brillaba en ella con tal pureza —ahora que la cualidad vagamente luminiscente que se apreciaba en ella cuando era niña se mostraba en todo su esplendor, sin las sombras de la inmadurez, la incertidumbre o la renuencia— que ella relucía como un sol, radiante con su nueva fuerza. Todas las dudas que pudieran abrigar los alysianos sobre su capacidad para liderarlos se disiparon en cuanto posaron la vista en ella.

—Yo diría que está preparada, ¿no os parece? —dijo la torre.

Todos los alysianos prorrumpieron en gritos de júbilo, excepto Dodge, cuya oportunidad de vengarse nunca había estado tan cerca. La luminiscencia de Alyss se redujo a un brillo tenue y constante mientras ella estudiaba a su amigo de la infancia.

Su experiencia en el laberinto la hacía más consciente de su comportamiento.

«¿No reconoció la verdad cuando me llevó al palacio en aquella ocasión? ¿No admitió que le importaba más la venganza que reinstaurar la Imaginación Blanca en el poder y devolver a Marvilia la gloria perdida? Más vale que no lo pierda de vista». Ni a él ni a ninguna otra persona que avivase el fuego de su Imaginación Negra con la yesca del odio.

—Vendrán más soldados del Corte —avisó el general Doppelgänger.

—Que vengan —dijo Alyss.

Salió de la tienda de rompecabezas, seguida por los alysianos. Se situó en medio de la avenida Esmeralda y alzó la vista hacia los edificios y las torres desvencijados del barrio en que se encontraban, como si sintiese el dolor de aquellas estructuras inanimadas, las nefastas consecuencias del reinado de Roja que había sufrido su amada Marvilópolis. A continuación, centró su imaginación en las vallas publicitarias holográficas instaladas por toda la ciudad. Sin el menor gesto de esfuerzo, imaginó que aparecía su rostro en lugar de los anuncios y ofertas de recompensas que solían exponerse en ellos.

—Ya no huiré más de ti, Roja. Es hora de que huyas tú.

Mientras Alyss pronunciaba estas palabras en la avenida Esmeralda, sus imágenes holográficas las repetían en todas las calles. Los marvilianos interrumpieron sus actividades, legales o ilegales, para contemplar a la hermosa mujer que les hablaba desde las vallas en las que, hasta entonces, sólo habían visto a Roja. No eran pocos los que querían que la maestra de la Imaginación Negra siguiera en el poder, pues sabían cómo sacar provecho de un mundo gobernado por ella, pero la mayoría de los marvilianos, aunque no se atrevió a manifestarlo en voz alta, se alegró en su fuero interno del retorno de Alyss.

—¿Huir, yo? —se carcajeó Roja. Se quedó mirando al exterior de la cúpula de observación con los ojos entrecerrados una vez que la emisión de Alyss hubo terminado—. La seguridad en sí misma de Alyss de Corazones, totalmente injustificada, será su perdición.

—¡Hoy, Marvilia se verá libre para siempre de Alyss de Corazones! —aseveró el Valet de Diamantes, hinchando su ya hinchada barriga. Quizá se excedió en sus ansias por complacer a Roja, pues ésta, irritada, le echó una ojeada a la Peluca Bestia.

—Os... os ruego que me perdonéis por hablar, Su Malignidad Imperial.

—Ruega todo lo que quieras, idiota empolvado y consentido. Si no consigo entrar en el laberinto Especular pronto, no te servirá de nada.

El Gato desplegó una ancha sonrisa y se lamió los bigotes.

El Señor y la Dama de Diamantes, el Señor y la Dama de Tréboles y el Señor y la Dama de Picas —todos ellos integrantes del Gabinete de Supervisión Militar de Roja— arrastraron los pies, carraspearon y en general escenificaron todos los tics nerviosos a los que recurren las personas que no están seguras de cómo congraciarse con su voluble e imprevisible líder.

—Su Malignidad Imperial —se atrevió a decir la Dama de Tréboles—, con el debido respeto, incluso si Alyss no supone un peligro, creemos que deberíais trasladar el Corazón de Cristal a un lugar más seguro.

A Roja esto le pareció gracioso, en cierta forma patético, pues ni la Dama de Tréboles ni ningún otro miembro del gabinete sabían dónde estaba el Corazón de Cristal.

—¿«Creemos»? —protestó la Dama de Diamantes—. La Dama de Tréboles no habla en nombre de los demás, Su Malignidad Imperial.

—No habla en nombre de los demás en absoluto —la secundó el Señor de Picas.

—¿Acabas de decirme lo que tengo que hacer? —preguntó Roja, con una ceja enarcada, a la Dama de Tréboles.

—Pido disculpas, Su Malignidad Imperial, mi comentario ha sido de lo más inopor...

—¿Acaso crees que mi poder no es suficiente para proteger el Corazón de Cristal? ¿Supones, de hecho, que mi reinado corre peligro?

—No, por supuesto que no. Lo que quería decir es...

La Dama de Tréboles tuvo suerte de que la interrumpieran los chillidos de los rastreadores, semejantes a los berridos de un bebé estrangulado. El Gato salió brincando de la cúpula y regresó antes de que Roja pudiera impacientarse. En una pata llevaba el cubo luminoso, llave del laberinto Especular. Roja extendió la mano, y el cubo voló hacia ella.

—En cualquier caso —dijo, toqueteando cada una de las caras del cubo, apretujándolo, dándole vueltas en todas direcciones—, no hay por qué preocuparse por el Corazón de Cristal. No está en esta fortaleza. ¿Por qué no puedo hacer funcionar esto?

El Valet de Diamantes se acercó.

—Dejadme a mí, Su Malignidad Imperial.

El Valet cogió el cubo. Toqueteó cada una de sus caras, lo apretujó y le dio vueltas en todas direcciones. Lo agitó junto a su oreja, para intentar escuchar si había piezas sueltas dentro, mientras Roja dirigía unas palabras a su gabinete.

—Me niego a abandonar esta fortaleza. Parecería un acto de cobardía, puesto que no tengo nada que temer. Si Alyss quiere enfrentarse a mí, mejor. Acabará con ella. Pero que nadie diga que la reina Roja es una insensible. Si yo no tengo poder, vosotros tenéis aún menos de lo que os hago creer. Alyss no os mimaría tanto como yo. Si así os sentís mejor, ordenad al Corte que prepare una defensa. El Gato se encargará de los vitróculos.

—Su Malignidad Imperial —dijo el Gato y atrajo la atención de Roja señalando con un movimiento de cabeza al Valet de Diamantes, que seguía trasteando con el cubo de cristal.

—¿Qué pasa? —dijo el Valet—. No está roto. Descifrar la clave lleva su tiempo, pero yo estoy a punto. Insisto, no está roto.

—Más vale que no —le advirtió Roja a través de unos labios finos y pálidos.

Salió velozmente de la cúpula, bajó por el pasillo en espiral y atravesó una amplia sala de baile que nunca se había utilizado. La pared del fondo del baño estaba decorada con un enorme mosaico de cuarzo y ágata que representaba el rostro de la Reina. Cuando Roja llegó hasta allí, la boca del retrato se abrió y ella entró en un pasadizo secreto que sólo conocían ella y el Gato. El pasadizo conducía a un balcón que daba al hueco interior de la fortaleza. Era allí, en la cámara secreta del castillo, donde el Corazón de Cristal, sostenido por varios soportes, brillaba con la luz color carmesí oscuro que despedía desde que Roja se había hecho con el poder. Ella se inclinó sobre la baranda del balcón y posó las manos en el cristal para absorber su energía y reunir fuerzas para la batalla que se avecinaba.

La princesa Alyss de Corazones fue vista pidiendo una jarra de sidra en una cervecería próxima al centro de la ciudad. Fue descubierta mordisqueando un kebab de güinuco de la calle Tyman y tratando de pasar desapercibida en la avenida que discurría frente a los bloques residenciales de Roja. La avistaron entrando en la estación de metro de la plaza de Roja y en varios lugares más, enfrascada en actividades de lo más diversas. Sin embargo, los vitróculos y los naipes soldado enviados para eliminar a estas Alyss no encontraban nada, pues dichas Alyss no eran sino espectros, reflejos que habían cobrado vida, imaginaciones de la Princesa de verdad que ella había diseminado por todo el reino para confundir al ojo de Roja, que todo lo veía.

Mientras las fuerzas de Roja estaban ocupadas con los señuelos, Alyss y sus compañeros llegaron a la orilla del desierto Damero. El terreno cuadrulado se extendía ante ellos. El promontorio del monte Solitario se alzaba sobre él a media distancia. El caballero blanco y el miliciano torre se ocupaban de sus hombres, vendando las heridas que habían sufrido en la escaramuza de la avenida Esmeralda, indicándoles que pasaran revista a las reservas de munición y que se cerciorasen de que las armas funcionaran bien. Dodge se encerró en sí mismo, examinando la espada que tenía sobre las rodillas, como para asegurarse de que estaría en condiciones de hacer lo que él se había propuesto: arrebatarle al Gato sus vidas. Alyss debía estar totalmente concentrada en el desarrollo de una estrategia militar sólida, pero no podía evitar lanzarle una mirada a Dodge de vez en cuando, de modo que tenía la atención dividida.

«No quiere escucharme. No quiere escuchar a nadie. ¿Y si hago aparecer a un doble del Gato para que luche contra él? ¿Le ayudaría a desterrar el odio de su alma?».

—Alyss.

—¿Sí?

A juzgar por la expresión de Jacob Noncelo, Somber Logan, Molly la del Sombrero y el general Doppelgänger, era evidente que Alyss había pasado por alto alguna cosa.

—Queda un largo trecho de desierto por cruzar —dijo Jacob, señalando la distancia que aún los separaba de la fortaleza.

—Y está el problema del asalto al monte Solitario, que está muy bien fortificado —agregó el general—. Necesitaremos un ejército más numeroso que el de Roja.

«No debo fomentar el odio. No haré aparecer al Gato».

—Nuestro objetivo es derrocar a Roja —dijo Alyss, en voz lo bastante alta para que Dodge la oyese—. Nuestro objetivo es el Corazón de Cristal, no la venganza.

Dodge no levantó la vista de su espada.

«Me ha oído. Sé que me ha oído».

—Allí donde esté Roja, encontraremos el Corazón de Cristal —afirmó Jacob—. Le interesa permanecer cerca de él para potenciar su fuerza al máximo.

—Pero ¿podréis crear un ejército tan numeroso como el que necesitamos, Princesa? —preguntó el general Doppelgänger.

—No lo sé. —Materializar varios dobles de sí misma era una cosa, pero ¿un ejército entero?

—Debes intentarlo —dijo Jacob.

Ella se volvió hacia los demás. Somber hizo una reverencia en silencio. Molly asintió con la cabeza, ansiosa. Los milicianos se quedaron observando, esperando. Incluso Dodge la miraba. Para hacer aparecer un ejército, tendría que proceder con concentración y precisión extremas. Debía imaginar vívidamente millones de detalles relativos a la vestimenta y las armas; si descuidaba uno solo de ellos, pondría en peligro el conjunto y todas sus imaginaciones habrían sido en vano. Quizá se sentía más fuerte que nunca, pero ¿se sentía lo bastante fuerte para acometer aquella empresa?

Su cetro, que volvía a estar entero, dejaba traslucir la intensidad de su esfuerzo. El corazón de cristal blanco que tenía en la parte superior brillaba cada vez más, comenzó a destellar y crepitar hasta envolver a Alyss en una nube de cargas eléctricas que relampagueaba y lanzaba rayos de energía. Cuando los fuegos de artificio cesaron y Alyss volvió a dirigir la mirada a lo que la rodeaba en vez de a sus visiones interiores, contempló un inmenso ejército de soldados alysianos formados en abanico tras ella. Aunque los soldados situados delante estaban cerca, eran tantos que ella no alcanzaba a ver el final de las filas.

«Lo he conseguido. He...».

Alguien se reía. Alyss se dio la vuelta.

—Lo siento, princesa Alyss —dijo Molly la del Sombrero, tapándose la boca con la mano pero incapaz de parar de reír.

¿Qué mosca le había picado a la chica? Jacob, que nunca se fiaba de las apariencias, se acercó al ejército que Alyss había creado para inspeccionarlo con cuidado.

—Ah.

El ejército se componía de soldados de juguete, figuras no más grandes que las orejas del preceptor.

—La Princesa está demasiado lejos del Corazón de Cristal —dijo él—. No puede vencer a Roja desde aquí.

El general Doppelgänger se dividió en los generales gemelos Doppel y Gänger, y ambos se pusieron a caminar nerviosamente de un lado a otro, en perfecta sincronía.

—¡Bueno, de alguna manera tenemos que llegar hasta donde está ella! —dijo el general Doppel.

—Pero sin un ejército de soldados de tamaño normal —objetó el general Gänger—, nuestra causa está perdida.

Le tocó a Alyss el turno de acercarse a los soldados. A ella le habían parecido de lo más aceptables. «Es curioso cómo la perspectiva puede jugarle malas pasadas a la mente». Recogió uno de los soldados de juguete e imaginó que marchaba de aquí para allá sobre la palma de su mano.

—Tengo una idea —dijo.

La fortaleza estaba bien guarnecida. Los regimientos del Corte de todos los rincones del reino habían sido movilizados y estaban apostados frente al bastión de Roja, dispuestos en primera línea de defensa. Detrás de ellos se encontraban innumerables secciones de vitróculos. Tanto los naipes soldado como los vitróculos estaban equipados con toda la gama de armas disponibles en la Marvilia de Roja: esferas generadoras, granadas de serpientes, arañas obús, AD52, y dagas y espadas de todo tipo.

Cuando los soles salieron para iluminar el nuevo día, Roja estaba desayunando patas de lucirguero crujientes y picantes en la cúpula de observación. El Gato y los miembros de su gabinete, que no habían probado bocado desde el día anterior al mediodía, la observaban con ojos hambrientos, pero no decían esta boca es mía. El Valet de Diamantes había optado sabiamente por excusarse y salir de la cúpula, pero más porque lo ponía muy nervioso que la Reina lo mirase jugar inútilmente con la llave del laberinto Especular que por los gruñidos de su estómago.

Roja hincó el diente en la última pata de lucirguero que quedaba, el último vestigio de la oscuridad nocturna se disipó, y todos lo vieron a la vez. Habría sido imposible pasarlo por alto estando delante del cristal telescópico: un ejército de alysianos, que parecía rivalizar en número con la población de todo el reino, concentrado a escasa distancia, aguardando la señal para atacar. Al igual que las tropas de Roja, los alysianos iban armados con esferas generadoras, granadas de serpientes, arañas obús y AD52.

—¿Cómo ha conseguido Alyss reunir un ejército tan enorme? —preguntó la Dama de Picas.

—Simplemente tendrán un número mayor de bajas —masculló Roja, furiosa. Sentada a horcajadas sobre un maspíritu al frente de los soldados, Alyss alzó el brazo por encima de su cabeza y, momentos después, lo bajó bruscamente. Los alysianos se abalanzaron hacia la fortaleza.

—Reparte la primera mano —ordenó Roja.

En el exterior, el Corte disparó esferas generadoras y arañas obús contra los alysianos que se acercaban. Muchos proyectiles impactaron directamente en las huestes agresoras, de forma que tendrían que haber arrasado columnas enteras. Una vez efectuada esta descarga, los naipes soldado cargaron sobre el humo y las llamas. Roja, segura de sí misma, contemplaba la escena desde su posición privilegiada en la cúpula, pero cuando la humareda se despejó, vio a sus soldados rodeados por alysianos diminutos. Sus armas habían tenido un efecto nulo sobre aquel ejército en miniatura, que prosiguió su avance hacia la fortaleza.

El rostro de Roja se crispó de pronto, cuando cayó en la cuenta de lo que estaba

ocurriendo.

—¿Cómo he podido ser tan estúpida?

El Gato intentaba dilucidar si se trataba de una pregunta retórica cuando ella rugió:

—¡Es un producto de su imaginación!

Roja agitó el brazo con un movimiento desdeñoso, y acto seguido Alyss y su ejército comenzaron a resplandecer de forma que los miles de millones de puntos de energía de que se componían resultaron visibles por unos instantes, antes de estallar y desaparecer por completo. Roja barrió el reino con el ojo de su imaginación.

—¿Dónde estás, Alyss? ¿Dónde anda mi querida sobrinita?

Alyss y los demás oyeron las explosiones y los sonidos ásperos y metálicos que producía el Corte al dirigirse a paso acelerado hacia el ejército imaginado mientras ellos se acercaban a la fortaleza desde el lado opuesto. Hasta ese momento, su aproximación había pasado inadvertida; avanzaban únicamente por los cuadrados negros de brea y piedra volcánica del desierto para que Roja no los localizara. Sin embargo, para entrar en la fortaleza no tenían otra opción que lanzarse al ataque a pecho descubierto.

Parapetado tras una roca negra, Somber hizo salir las cuchillas de su chistera y las lanzó a los naipes soldado y los vitróculos que vigilaban la entrada de la fortaleza. Mientras el arma seguía en el aire, activó las cuchillas de sus muñecas y cargó contra el enemigo. Molly aplanó su sombrero para transformarlo en el escudo de bordes afilados y se situó a su izquierda con Dodge, mientras los generales Doppel y Gänger se colocaban a su derecha, seguidos por los milicianos del Ajedrez.

—Debemos de estar cerca del Corazón de Cristal —le dijo Alyss a Jacob. El preceptor la miró, y las orejas se le curvaron en un gesto inquisitivo.

—Me siento... No sé cómo explicarlo.

La Princesa alargó ambos brazos y extendió sus diez dedos hacia la lucha que se libraba ante ella. Rayos de energía brillantes como estrellas brotaron de sus yemas, se ramificaron y envolvieron a los naipes soldado y los vitróculos hasta que cada uno de ellos estaba sujeto a un extremo de uno de los rayos, cuyo extremo opuesto seguía unido a los dedos de Alyss. Entonces la Princesa alzó los brazos por encima de su cabeza, y tanto los naipes soldado como los vitróculos se elevaron en el aire, impotentes. A continuación, salieron despedidos hacia el cielo, dando vueltas. En algún lugar del desierto Damero empezaron a llover naipes soldado y vitróculos.

Los estampidos de las esferas generadoras al explotar sobre el ejército imaginado por Alyss aún llegaban hasta los oídos de los alysianos, pero cesaron poco después de que ellos entraran en la fortaleza. El silencio sólo podía significar una cosa.

—Ella lo sabe —murmuró Alyss.

—¿Puedes verla? —preguntó Jacob.

Alyss sentía la proximidad del Corazón de Cristal. Nunca antes había sido capaz de visualizar a distancia, pero la imagen de Roja apareció nítida ante el ojo de su imaginación. Su tía estaba de pie en una sala amplia desde la que ascendía un pasillo en espiral, con una sonrisa fría en los labios, haciéndole señas a Alyss de que se acercara. Detrás de la Reina palpitaba con ritmo constante el Corazón de Cristal, oculto de alguna manera.

—Me está esperando —dijo Alyss.

—Deberíamos dividirnos en grupos para estar más seguros —los apremió el general Doppel—. Además, así podremos cercar a Roja si se nos presenta la ocasión. Jacob, Torre, Molly, venid con nosotros.

—Yo me quedo con la princesa Alyss —repuso Molly.

Los demás intercambiaron miradas. La muchacha no parecía dispuesta a dar su brazo a torcer, y no era un buen momento para discutir.

—Dejad que venga conmigo —dijo Alyss.

Los generales agacharon la cabeza: los deseos de la Princesa eran órdenes.

—Torre, Somber y Dodge también os acompañarán —indicó el general Doppel, y fue entonces cuando advirtieron que Dodge ya no estaba con ellos.

—¿Adónde habrá ido? —inquirió el general Gänger.

«A encontrar al Gato». Alyss lo vio con el ojo de su imaginación, avanzando sigilosamente por un pasillo. «¿Y si se cruza con Roja? Intentará luchar contra ella y perderá». La Princesa dirigió una mirada de preocupación a Jacob. Él también sabía por qué Dodge los había abandonado. Y sabía que el deseo egoísta de venganza del joven podía comprometer las posibilidades de éxito de los alysianos.

—Nos repartiremos a los peones —dijo el general Doppel.

—Reuníos con nosotros junto al Corazón de Cristal —propuso Alyss—. Buscad un pasillo en espiral.

Los generales se inclinaron ante ella.

—Para entonces, esperemos que la paz de la Imaginación Blanca se haya reinstaurado en el reino.

Guiándose con la ayuda del ojo de su imaginación, Alyss condujo a Molly, a Somber Logan y a los milicianos a través de la fortaleza. Daba la impresión de que había estado allí antes, por el modo en que se orientaba sin dudar por los pasadizos, directa hacia Roja, mientras, en otro lado, Dodge, eludiendo a los grupos de naipes soldado que patrullaban los lúgubres salones y pasillos (le resultaba fácil evitar al enemigo cuando actuaba solo), iba a la caza del Gato.

—Ven aquí, minino. Ven aquí, minino, minino.

Ya había recorrido silenciosamente las plantas inferiores de la fortaleza, había echado un vistazo a la cueva de los rastreadores y a la cámara de los vitróculos, ambas desiertas, y ahora subía piso a piso, buscando de manera sistemática. Ante él,

el pasillo se curvaba hacia arriba y hacia un lado, como un tirabuzón, hasta perderse de vista. Habría podido tomar cualquiera de los caminos que arrancaban a su derecha o a su izquierda, pero algo —una sensación, un instinto— lo impulsaba a caminar hacia delante. A tres maspíritus de distancia de la sala de baile en que Roja esperaba a Alyss, oyó unos susurros acuciantes que procedían del otro lado de una puerta, a su derecha. A Dodge le daba igual que quizá fuera uno de los últimos actos de su vida. Todo le daba igual excepto enfrentarse a su bigotudo enemigo. Abrió la puerta de una patada y se encontró...

No con el Gato, sino con el Valet de Diamantes y el mayordomo morsa, que se escondían para rehuir la violencia. Ambos dieron un respingo, sobresaltados por la súbita entrada de Dodge, pero el Valet se recuperó enseguida. Sacó un puñal pequeño del bolsillo de su chaleco y lanzó una cuchillada al aire, más o menos en dirección a la morsa.

—¡Toma! ¡Ea! ¡Te hemos pillado! Gracias a Issa que has venido —le dijo a Dodge—. Pensaba que tendría que matarlos a todos yo solo. ¡Hala! ¡Oste! ¡Oste!

El Valet continuó asestando estocadas al aire, pero Dodge no se dejó engañar, más que nada porque el Valet intentaba al mismo tiempo guardarse la llave del laberinto Especular en un bolsillo de sus bombachos.

Para Dodge, cualquiera que hubiese colaborado con los asesinos de su padre era un enemigo.

—Sólo hay una recompensa para los traidores —dijo, y alzó la espada para descargar sobre el Valet de Diamantes un golpe mortal, cuando...

Se oyó el sonido ronco característico de un ronroneo. Dodge dio media vuelta y vio al Gato ante la puerta.

—¿Y mi recompensa cuál es? —inquirió la bestia.

Sin proferir ni un grito de guerra, ni un alarido de ataque, Dodge simplemente arremetió contra el Gato con la espada por delante. La criatura se apartó de un salto, y el acero de Dodge chocó contra la pared de piedra. En ese momento el Gato le propinó un zarpazo en el hombro que le desgarró el uniforme de alysiano. El propio Dodge sólo sufrió unos rasguños; cuatro hilillos de sangre aparecieron en su pálida piel. Podría haber sido peor.

—Un regalito para que haga juego con tu cara —se mofó el Gato, señalando las cicatrices que surcaban la mejilla de Dodge.

Éste hizo una finta hacia la izquierda y, cuando el Gato se movió hacia la derecha para esquivarlo, se volvió y le clavó a la bestia el puño-daga que llevaba en la mano libre, un arma maraviliana antigua, una hoja metálica que en la base tenía cuatro anillas para introducir los dedos.

Una zona del pelaje del Gato se tiñó de sangre, pero no se trataba de una herida mortal. El Gato dio un salto de bailarín de ballet, cayó sobre sus patas delanteras y

golpeó a Dodge con las traseras, dejándole en el pecho unas marcas poco profundas y haciéndolo caer al suelo.

Al ver que la puerta estaba despejada, el Valet de Diamantes y la morsa salieron corriendo de la habitación y se alejaron en direcciones distintas para buscar otro escondrijo.

Alyss se aproximaba rápidamente al pasillo en espiral, flanqueada por Somber y Molly, que la protegían, y de pronto se detuvo.

—¿Qué sucede, princesa Alyss? —preguntó Molly.

Con el ojo de su imaginación, Alyss vio al Gato abalanzarse sobre Dodge, que rodó en el suelo y se levantó, listo para afrontar lo que viniese a continuación, maltrecho y ensangrentado, pero más resuelto que nunca.

—Es Dodge —titubeó ella—. Está...

Pero justo en ese momento, una patrulla de naipes soldado la divisó y echó a correr hacia ella. «Hay que darse prisa». En la pared sólida que Alyss tenía a un lado se materializó una puerta que comunicaba con una de las múltiples salas de la fortaleza que no se utilizaban. En cuanto ella, Molly, Somber y los demás la atravesaron, seguidos a cierta distancia por todos los naipes soldado menos uno, que estaba más cerca de ellos, y justo cuando ese uno —un número Tres— cruzaba la puerta, Alyss imaginó que la abertura dejaba de existir. La puerta se desvaneció, dejando al número Tres medio empotrado en la pared y al resto de los naipes soldado del otro lado, sin posibilidad de darles alcance.

«Dodge». Fijó el ojo de su imaginación en él y lo vio golpear al Gato en la cara con la empuñadura de la espada. «Debería echarle una mano». Hizo aparecer a un segundo Dodge. «No para satisfacer sus impulsos más oscuros, sino para garantizar su supervivencia».

—¡Yo me encargo de esto! —gritó él cuando vio a su doble.

Lanzó una estocada a la versión imaginada de sí mismo, con lo que dio al Gato la oportunidad de apartarlo de un empujón para disponer de más espacio. El doble desapareció, y el Gato acometió a Dodge con las zarpas preparadas para herirlo. Mala jugada. Dodge, con la espada en una mano y el puño-daga en la otra, acuchilló ambas patas a la vez, y antes de que el Gato pudiera retroceder, hundió la espada hasta la empuñadura en el tórax de la bestia. El Gato se encogió en el suelo, sin vida.

—¡Levántate! —bramó Dodge—. ¡Levántate, levántate, levántate!

Le pareció que el Gato tardaba siete vidas en volver en sí. Vio los párpados de la bestia temblar y clavó de nuevo la espada en el pecho peludo. No sabía que Genevieve y Somber ya le habían arrebatado una vida cada uno ni que la propia Roja le había quitado tres más. Ahora que había empezado, que había probado el sabor de la venganza que había anhelado desde hacía tanto tiempo, estaba frenético de rabia,

impaciente por acabar con aquello.

—¡Vamos, levántate!

Dodge sabía que un soldado tenía reflejos más rápidos cuando estaba relajado, pero sus sentimientos se imponían sobre su formación militar, por lo que cometió el error de no subestimar la astucia del Gato. El joven estaba de pie junto a la bestia, atento al menor de sus movimientos. Sin embargo, al volver a la vida, el Gato se quedó inmóvil, como un muerto, de modo que su primer movimiento no fue una contracción de los músculos del ojo, sino un zarpazo que le infirió a Dodge en el muslo la herida más profunda que había sufrido hasta ese momento.

—¡Aaagh!

Dodge cayó hacia atrás. La sangre le corría por los pantalones desgarrados y por la pierna.

Despacio, casi pausadamente, el Gato se puso en pie. Sus heridas se cerraron y él sonrió. Parecía revitalizado, más fuerte que nunca. En cambio, Dodge empezaba a acusar los efectos de las lesiones; reaccionaba con mayor lentitud, y tenía punzadas de dolor en el hombro, la pierna y el pecho. El Gato dio un paso hacia él y, por primera vez durante el combate, Dodge dio un paso hacia atrás, con un murmullo de derrota en la cabeza, cuando...

Alyss llegó por fin a la sala de baile donde Roja la aguardaba. «Te envío mis deseos y mi esperanza de que sobrevivas, Dodge, puesto que no me dejas enviarte otra cosa. Por favor, intenta evitar que tus impulsos más negativos dominen lo que hay de bueno en ti». Se disponía a entrar en la sala cuando una horda de vitróculos emboscados salió al paso de sus soldados, y de pronto Somber, Molly, el caballero y los milicianos estaban luchando por sus vidas en torno a ella. «Roja quiere que me enfrente a ella a solas».

Las espadas entrechocaban con gran estrépito. «Se parecen tanto... Son tan...». En efecto, la manera de combatir de Somber y Molly, el modo particular en que giraban, saltaban, lanzaban patadas y puñetazos y empleaban sus armas de la Bonetería era muy similar. «Ella pelea como todo un miembro de la Bonetería, más que como una híbrida». No obstante, estos pensamientos, tan fugaces como pueden ser los pensamientos, se disiparon enseguida, y cuando Alyss entró en la sala de baile, dejó atrás a los alysianos para que se defendieran solos, pues todo su ser estaba concentrado en su tía, con quien estaba a punto de encontrarse cara a cara por segunda vez en su vida.

Roja había seguido el avance de su sobrina por la fortaleza con irritación creciente.

La chica —pues eso era Alyss para ella, sólo una cría muy mimada en otro tiempo que ahora jugaba a ser mujer— tenía muy poca vergüenza. ¿Cómo podía creerse la heredera de la corona? ¿Qué razonamiento retorcido la había llevado a convencerse de ello? Si, para empezar, Genevieve nunca habría debido ocupar el trono, ¿cómo iba a ser Reina la hija? No, pensó Roja. Ella era y había sido siempre la soberana legítima, y ese día lo demostraría de una vez para siempre.

Alyss se adentró en la sala de baile. Por fin: Alyss de Corazones en persona. El problema era que había ocho Alyss de Corazones. ¿Cuál era la auténtica?

—¿Crees que tus juegucitos te salvarán el pellejo? —espetó Roja, y de su cetro salió disparado un tallo alargado con varias rosas carnívoras en dirección a una de las Alyss. La atravesó sin causarle el menor daño. Un segundo tallo de rosas que lanzaban dentelladas al aire con sus bocas colmilludas voló hacia otra Alyss, pero, de nuevo, nada ocurrió.

«No debo enfadarme, no debo enfadarme». La Alyss de verdad, la tercera por la izquierda, pensó que era una suerte que hubiese materializado a sus dobles, pues por el momento se encontraba paralizada, inesperadamente afectada por hallarse frente a Roja. «¿Acaso no logré dominar la ira en el laberinto? No puedo dejarme llevar por la ira. No lo permitiré. Debo controlarme». No obstante empezaba a acumular la rabia causada por la vieja sensación de abandono que había experimentado tras la muerte de sus padres, por lo injusto que era todo.

—No tengo tiempo para tonterías —dijo Roja—. Que la Alyss auténtica dé un paso al frente.

La Reina disparó un ramo de rosas espinosas contra cada una de las ocho Alyss. Las rosas pasaron a través de siete de ellas sin consecuencias. La Alyss de verdadladeó la cabeza de un modo especial y el ramo dirigido a ella se arrugó y se aplastó, marchito y seco.

—Somos de la misma familia —comentó Alyss.

Roja soltó un resoplido.

—¿Y eso a qué viene?

—Familia —repitió Alyss, más para convencerse a sí misma que para persuadir a Roja.

—¡No me hables de la familia! ¡A ti tus padres no te repudiaron!

—Habría preferido que me repudiaran a ver cómo los asesinaban.

—¡Felicidades!

Roja abrió la boca y exhaló una llamarada de la que surgieron dos galimatazos. Las bestias escupieron fuego directamente contra Alyss. La Princesa desvió las

llamas a sus lados y, blandiendo el cetro de cristal blanco, desintegró a los galimatazos en innumerables puntos de energía. Mientras las partículas flotaban y se arremolinaban en el aire hasta desaparecer, Alyss disparó una serie de esferas generadoras a Roja, que aún no estaba canalizando mucha energía hacia su defensa, pues quería poner a prueba a Alyss y descubrir de qué era capaz, cuáles eran sus puntos fuertes y cuáles sus puntos débiles. Con la actitud de una institutriz gruñona que apaga unas velas, extinguió las esferas generadoras antes de que la alcanzaran, juntando repetidamente los dedos pulgar e índice en el aire. Cada vez que lo hacía, una esfera chisporroteaba y dejaba de existir.

Alyss notó que el Corazón de Cristal le irradiaba su energía, que se imbuía de ella.

«Está detrás de la pared del fondo». Roja, al permanecer cerca de él para potenciar al máximo su fuerza, había ocasionado que los poderes de Alyss también se vieran acrecentados.

Alyss lanzó dos esferas generadoras contra el mosaico de cuarzo y ágata, que saltó en pedazos. El resplandor rojizo del Corazón de Cristal inundó la sala.

Roja se despojó de la cautela como de una piel que le había quedado pequeña.

—¡Es mío! —chilló—. ¡El cristal es mío!

Unas cuchillas en forma de X volaron girando hacia Alyss, quien tuvo que desplegar toda su agilidad para evitar que la rebanaran o la arrollaran; esquivó de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, pero, no bien había conseguido eludir una andanada de cuchillas en X, otra se dirigía hacia ella a toda velocidad: un ejército de armas que no necesitaban de soldados que las manejaran. Hizo aparecer una burbuja de la Imaginación Blanca en torno a sí para protegerse. Una cuchilla en X la golpeó y la derribó. Alyss intentó embotar el filo de las cuchillas, pero eso no impidió que volasen hacia ella, dando vueltas.

«Tengo que pasar a la ofensiva».

Sin dejar de esquivar las cuchillas en X, disparó barajas de cartas daga y un par de arañas obús, pero estaba demasiado absorta defendiéndose para comprobar si aquello servía de algo. Cerró una mano en un puño y se golpeó con él la palma de la otra. Las cuchillas giratorias cayeron de golpe al suelo, inofensivas. Pero ahora tenía otro problema: la sala estaba repleta de unas ruedas enormes, pesadas, negras, recubiertas de pinchos que rodaban amenazadoramente. Esta vez Alyss no reaccionó tan lentamente. Imaginó que aquellas ruedas de pesadilla se convertían en cuadrados y se quedaban atascadas, ancladas por sus pinchos que se clavaban en el suelo.

«No debo dejar que Roja me bombardee. Nunca podré pasar a la ofensiva si me limito a responder a sus ataques».

Materializó una bomba de lo más curiosa; una que no destruía, sino que creaba. Estalló a los pies de Roja, y una jaula luminosa de una aleación reforzada por la

Imaginación Blanca se formó en torno a la Reina.

—¿Crees que puedes retenerme? —Roja se rió y salió de la miniprisión como si no estuviese allí. Tras ella, el Corazón de Cristal ya no brillaba con una luz roja uniforme, sino que cambiaba de color constantemente, del rosa al blanco, del blanco al rojo, del rojo a un vetado rojo y blanco.

Tía y sobrina se hallaban en medio de un torbellino de Imaginaciones Blanca y Negra, cuyos vientos soplaban con fuerza alrededor de ellas, zumbando y crepitando, cargados de electricidad, en medio de rayos que centelleaban en todas direcciones. «Dame fuerza, Corazón de Cristal. Dame...». Una de las arañas obús de Alyss debió de ir a dar muy lejos del blanco, pues Dodge y el Gato resultaban perfectamente visibles a través de un boquete irregular abierto en la pared que ella tenía a su derecha.

«No debería haber apartado la vista de Roja ni por un...».

Alyss se volvió a tiempo para ver una esfera enorme que se le venía encima. Materializó otra igual, y las dos esferas colisionaron.

El tremendo impacto provocó una onda expansiva que estremeció toda la sala. Roja se mantuvo firme, pero Alyss se vio despedida hacia atrás y cayó al suelo violentamente. «¿Cómo han podido torcerse tanto las cosas?». Hacía un momento estaba de pie, defendiéndose de su tía; al momento siguiente estaba tumbada y presentaba la viva imagen de la derrota. Hacía un momento, Dodge luchaba contra el Gato de igual a igual; al momento siguiente, el Gato estaba tomando impulso para destriparlo de un zarpazo, mientras Dodge se enfrentaba a su muerte inminente como...

—¡Dodge! —gritó Alyss y, en un acto reflejo, hizo aparecer un AD52 en sus manos, justo antes de que algo la golpeará en la cabeza. Un velo negro le enturbió la vista, y ella quedó inconsciente, dando a Roja la ventaja que necesitaba para poner acabar por fin con la advenediza Princesa.

Alice despertó en la cama, con frío pero sudando. El príncipe Leopoldo, la señora Liddell y el decano la contemplaban de pie con una mezcla de preocupación y alivio en el semblante.

—¿Qué es esto? —preguntó Alice, aturdida.

—Esto —respondió la señora Liddell— es tu cama. Estás en casa, querida.

—Nos has dado un buen susto, cariño —dijo el príncipe Leopoldo—. ¿Recuerdas algo de lo ocurrido?

«¿Que si lo recuerdo?». No se atrevía a contestar.

—Te desmayaste en la iglesia y has estado sumida en una especie de delirio desde entonces.

«¡No! ¡Imposible!».

—He estado en Marvilia —repuso.

El rostro de la señora Liddell se tensó. El decano Liddell se aclaró la garganta.

—¿Te refieres a algo parecido a lo del libro de Carroll? —preguntó Leopoldo con afabilidad.

—¡No tiene nada que ver con el libro!

Su vehemencia los asustó. Ella no se encontraba bien. Estaba demasiado débil para alterarse de esa manera.

—Alice —dijo la señora Liddell—. Has estado muy enferma. Quizá será mejor que te dejemos descansar.

—Vendré a ver cómo sigues dentro de poco —prometió el Príncipe.

Leopoldo y los Liddell se volvieron hacia la puerta. «Pero no pueden marcharse. Aún no». No podían dejarla tan confundida, tan —tuvo que reconocerlo en su fuero interno— desilusionada. «¿Nada de aquello era real? ¿El Dodge adulto, mi entrevista con la oruga azul, el laberinto Especular?». Se incorporó en la cama.

—Pero...

—¿Qué ocurre? —preguntó el decano.

—¿De verdad he estado aquí durante todo este tiempo?

—Por supuesto.

«¿Puede ser que todo haya sido un sueño febril?». Se tumbó de nuevo sobre la almohada. «Era tan vívido... ¿Cómo es posible que no haya sucedido?».

—¡Es una trampa, Alyss! —gritó Dodge, que entró en la habitación a través de la pared, armado con un AD52—. ¡Veas lo que veas, es una ilusión!

Se marchó tan deprisa como había llegado, a través de la pared. Ni los Liddell ni Leopoldo se habían percatado de la intrusión. Alyss los estudió atentamente, y ahora que sabía qué buscar, alcanzaba a vislumbrar los miles de millones de puntos de energía de los que se componían. Notó algo en la mano: el cetro del corazón blanco.

«De modo que Dodge está bien. Ha sobrevivido a la lucha con el Gato». En efecto, Dodge, al ver la muerte tan cerca, no había dudado en usar el AD52 en cuanto se materializó en su mano. En vez de perder la vida, se ganó otra más de las del Gato, de manera que a la bestia ya sólo le quedaba una.

Alyss hizo que la ilusión se esfumara. La cama y los muebles, los Liddell, el príncipe Leopoldo... todos se desvanecieron, y ella se encontró en el suelo de la sala de baile del monte Solitario. Roja se erguía ante ella, a punto de descargarle un golpe con el cetro para cortarle la cabeza.

«¡No estoy loca, no, no estoy loca, pero estoy!».

Cuando el cetro de Roja se hallaba a sólo unos centímetros maravilianos de su hermoso cuello, Alyss sopló con fuerza y la malvada Reina salió volando hacia atrás. La Princesa se levantó de un salto. Roja seguía en el aire cuando Alyss lanzó un rayo de energía de su dedo índice. El haz se agarró a Roja, y Alyss, meneando el dedo adelante y atrás, estampaba a la Reina contra las dos paredes de la sala que quedaban en pie. Desorientados, los productos de la imaginación de Roja se difuminaron y se apagaron, de forma que cada vez resultaban menos amenazadores para Alyss, cuyos poderes parecían aumentar en proporción directa a su seguridad en sí misma.

«El objetivo de evitar la ira, de no enfadarse ni alterarse nunca, no es realista. Se trata de una cuestión de grados».

La ira de Alyss la informaba, pero no la dominaba, aunque parecía dispuesta a golpear a Roja contra las paredes hasta matarla, una muerte más bien brutal si hubiera llegado a producirse, pero Roja logró liberarse de la lanza de energía que la sujetaba, cortándola con la punta afilada de su cetro, y cayó al suelo.

Ahora le tocaba a Alyss poner a su tía a la defensiva. Le disparó una baraja tras otra de cartas daga. Hizo aparecer arañas obús en explosión, y los arácnidos gigantes acapararon toda la atención de su tía. Alyss aplastó fácilmente las rosas negras y voraces que serpenteaban hacia la Princesa enviadas por Roja, desvió las esferas y las cuchillas volantes, e inmovilizó en el aire sin problemas las lanzas de energía negra (Alyss se sintió halagada al ver que su tía le copiaba esta idea) con sus propias lanzas blancas.

Quizá la proximidad del Corazón de Cristal fortaleciera tanto a Roja como a Alyss, pero ésta advirtió que era la más fuerte de las dos. Roja debió de tomar conciencia de ello también, pues, frustrada e irritada en sumo grado, renunció a imaginar más cosas y arremetió contra Alyss con el cetro en alto.

Blandían sus cetros como espadas, las dos guerreras poderosas enzarzadas en un noble combate a la vieja usanza, cuerpo a cuerpo. El espacio que las rodeaba relumbraba y zumbaba y crepitaba y humeaba con la tormenta eléctrica desatada por los poderes de su imaginación. Entonces, veloz como el ala batiente de un güinuco, Alyss enganchó el corazón blanco de su cetro en una curva nudosa del cetro de Roja

y lo tiró bruscamente al suelo, donde lo hizo explotar con una descarga de energía imaginativa incandescente.

«¿La mato o...? Pero ¿qué hago con ella, si no? Representará una amenaza mientras viva. ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo...?».

Roja apretó las manos en puños que convirtió en mazas carnosas.

—Soy más fuerte que tú, Roja.

—¡No me vencerás! —gritó Roja; Alyss se preparó para otro ataque, pero se dio cuenta demasiado tarde de lo que ocurría. Contempló con ojos incrédulos a Roja lanzarse al interior del Corazón de Cristal.

¡Crrrrcchsss! ¡Sisssssss! ¡Crrrch! ¡Zzzzsszz!

El cristal chisporroteó y se encendió. Empezó a vibrar, a emitir un zumbido grave y constante que se hizo más profundo e intenso.

El Gato, preocupado por tener ante sí a un Dodge armado con un AD52 y por el hecho de que sólo le quedaba una vida, se fijó en qué dirección fluía la energía imaginativa. Bufó y arrancó a correr hacia el cristal. Dodge le disparó una ráfaga de cartas daga, pero la bestia era muy rápida y se introdujo de un salto en el cristal, cuyos violentos movimientos internos ocasionaron que toda la fortaleza del monte Solitario se estremeciera de forma amenazadora, como si estuviese a punto de venirse abajo, cuando...

El rumor cesó. Todo estaba en calma. El Corazón de Cristal despedía un brillo blanco invariable.

La sección de alysianos capitaneada por los generales Doppel y Gänger se había reunido en la sala de baile y, junto con Somber, Molly y los demás, había derrotado a los vitróculos. Todos se quedaron estupefactos en medio del silencio que suele imponerse tras sucesos tan extraordinarios e inesperados. Y es que, en toda la historia milenaria del reino, nadie había saltado jamás al interior del Corazón de Cristal, y nadie sabía qué consecuencias tendría aquello en el futuro.

El general Doppel fue el primero en recuperarse. Vio a Dodge sentado en el suelo, jadeando, bañado en sangre; suya y del Gato.

—¡Llamad a un cirujano!

—No será necesario, señor. En absoluto. Estoy aquí y tengo justo lo que hace falta. —El mayordomo morsa pasó por encima de vitróculos muertos y cruzó la sala bamboleándose con un botiquín que contenía una varilla candente para limpiar y restañar heridas, una manga con nodos de energía interconectados y núcleos fundidos y un rollo de piel cultivada en el laboratorio con un cauterizador láser. La morsa le hizo una reverencia a Alyss, contenta de que el destino le hubiese brindado la ocasión —. Os doy cordialmente la bienvenida, reina Alyss —dijo.

Esto arrancó a Alyss de su estado de aturdimiento. Nadie la había llamado «reina» antes.

La morsa procedió a curar las heridas de Dodge. El joven contemplaba el Corazón de Cristal, inexpresivo.

«Imposible saber en qué piensa. ¿Está satisfecho por lo ocurrido? ¿Ha colmado su ansia de venganza o...?».

Se produjo un alboroto repentino a la entrada de la sala de baile: el Señor y la Dama de Diamantes, el Señor y la Dama de Tréboles y el Señor y la Dama de Picas se abrieron paso a empujones entre los milicianos reunidos y se acercaron rápidamente a Alyss con expresiones de gran alivio.

—Hemos oído un estruendo espeluznante —dijo la Dama de Diamantes—, y cuando ha terminado, hemos venido tan deprisa como hemos podido, sin apenas atrevernos a abrigar la esperanza de...

—Vuestra victoria satisface nuestras aspiraciones más profundas para al reino —la atajó el Señor de Picas.

—Sí —añadió la Dama de Diamantes—, totalmente. Ha sido espantoso... ¡Hemos padecido una tiranía terrible a manos de esa mujer!

—Roja nos ha retenido como rehenes, reina Alyss —intervino la Dama de Tréboles.

—¿De verdad? —inquirió Alyss, dirigiendo una mirada escéptica a Jacob.

—Bueno, más que físicamente, éramos sus rehenes mentalmente —matizó la Dama de Tréboles—. Si no hubiésemos obedecido a Roja, tal como todos los marvilianos estaban obligados a hacer, nos habría enviado a las minas de Cristal.

—Y me avergüenza reconocer —dijo la Dama de Diamantes— que nuestra familia, un linaje noble que data de las eras más antiguas, recibió un trato atroz por parte de la reina anterior.

—¿Vosotros? —se carcajeó el Señor de Tréboles—. Mi esposa y yo hemos

sufrido mucho más que cualquiera de vuestro clan, e incluso diría que...

—¿Por qué no decís la verdad? —lo interrumpió la Dama de Picas—. Si alguien merece el título de personas peor tratadas por Roja, creo que somos mi marido y yo.

Las damas y los señores rompieron a hablar a la vez. Discutían sobre quién era el más perjudicado por el régimen de Roja, hasta que Alyss se llevó un dedo a los labios —chiss—, y todos callaron.

—En cuanto las circunstancias lo permitan, se instaurará un tribunal para determinar si os habéis comportado de manera honorable durante el reinado de Roja o si, por el contrario, sois culpables de crímenes de guerra —dijo Alyss.

—¿Crímenes de guerra? —barbotó la Dama de Picas.

El caballero blanco y sus peones rodearon a las familias nobles.

—Pero aquél que quizás es el más culpable no está aquí —dijo Jacob Noncelo.

—¿Te refieres a este individuo? —preguntó la torre. Todos se volvieron hacia el miliciano, que había entrado en la sala sujetando al Valet de Diamantes—. Lo he encontrado escondido en un armario, perdiéndose toda la diversión.

—¡Suéltame! No eres más que un... ¡un miliciano! —El Valet se liberó de la torre con una sacudida, se alisó el chaleco, se dio unas palmaditas en la peluca y se inclinó ante Alyss—. Reina Alyss, no he hecho otra cosa que servirlos lo mejor que he podido. Arriesgué la vida por vos al infiltrarme en esta fortaleza. ¡Que viva la Imaginación Blanca!

La morsa ya había terminado de atender a Dodge, quien se acercó cojeando al Valet de Diamantes. Sin abrir la boca, sacó la llave del laberinto Especular del bolsillo del corpulento señor.

—¿Cómo ha llegado esto aquí? —balbuceó el Valet.

—¿Cómo has podido, hijo? —se escandalizó la Dama de Diamantes—. ¡Qué vergüenza! ¡Oh, qué vergüenza!

—¡Nuestro único hijo nos ha traicionado! —se lamentó el Señor de Diamantes, aunque tanto él como su esposa estaban al corriente de las actividades del Valet.

Alyss apuntó con el dedo a los pies del Valet, una bomba creadora estalló, y una miniprisión se formó en torno a él.

Debido a la violencia de la batalla, la corona de Roja había caído al suelo. Jacob la recogió.

—Morsa, si eres tan amable...

—¡Oh, por supuesto! —exclamó la morsa.

—... dale brillo a esto y prepáralo para la coronación de Alyss. —El preceptor se volvió hacia la joven Reina. Le quedaba poco por enseñarle a Alyss de Corazones que ella no hubiera aprendido por experiencia propia a lo largo de su vida. La joven miraba pensativa el Corazón de Cristal—. ¿Alyss?

—¿Qué sucederá? ¿Deberíamos enviar a alguien a buscarlos? Jacob meditó su

respuesta durante un buen rato antes de hablar.

—Es posible que Roja ya no exista tal y como la conocíamos, pero del mismo modo que un invento, cuando penetra en el cristal, sirve de inspiración a seres de otros mundos, el espíritu de Roja pervivirá siempre como una fuerza impulsora. Al saltar al interior del cristal, se ha vuelto inmortal. En cuanto a las formas que puede adoptar en el futuro, no me atrevo a hacer pronósticos. Pero lo cierto es que temo por el universo.

Alyss permanecía callada, absorta en sus pensamientos. «Debería haberla matado. Debería...».

—Y ahora... respecto a la familia que cuidó de ti en ese otro mundo...

—¿Sí!

—Algo me dice que están preocupados por su hija perdida. —Las orejas de Jacob se torcieron con picardía—. Sé que sólo soy un albino extremadamente sabio y que no tienes por qué hacerme caso, pero te sugiero que materialices una Alice Liddell de carne y hueso y con personalidad propia. Dota a tu gemela de una imaginación tan fecunda como la tuya y envíala a vivir la vida que ya no te corresponde.

«¿Puedo hacer eso?».

—Pero ¿cómo? Y... ¿soy capaz?

Jacob sonrió. Quizá todavía quedaban cosas que podía enseñarle a Alyss, después de todo.

—Mira en torno a ti —le dijo—. Fíjate en lo que has logrado. Yo pensaba que, a estas alturas, ya sabrías que eres capaz de todo.

Siguiendo sus indicaciones, Alyss posó las manos en el cristal y...

¡Pum! ¡Zzzz!

Un destello blanco y cegador ocasionó que todos se taparan los ojos. En su centro, Alyss, fundida en un abrazo sinérgico con el cristal, imaginó los millones de rasgos diminutos que componían a Alice Liddell, hasta los poros de su piel, y en algún lugar de las afueras de Oxford, Inglaterra, una mujer adulta surgió de lo que parecía un charco común y corriente, espantando a una oca sedienta.

Tras pasar varias semanas en Londres viviendo a cuenta del príncipe Leopoldo, los Liddell regresaron a Oxford. Se habían sentado a cenar cuando Alice entró por la puerta principal. Sobre un sonido de fondo de gritos ahogados, exclamaciones de alivio, sorpresa, alegría y cualquier otro sentimiento positivo que pudiera suscitar el milagroso retorno de Alice, ella les explicó cómo había escapado de sus secuestradores (una banda de estibadores escoceses que pretendían hacer chantaje a la familia real, según dijo), una hazaña a la que ella misma restaba importancia por no considerarla nada del otro mundo.

Durante la ausencia de Alice, y tras convencerse de que nunca la volvería a ver, el príncipe Leopoldo se había enamorado de otra: la princesa Elena de Waldeck. A Alice

pareció disgustarle menos que a su madre enterarse de que Leopoldo tenía un nuevo amor. Al cabo de poco tiempo, se casó con un hombre más apropiado para su condición social: Reginald Hargreaves, tesorero del colegio universitario de su padre. El príncipe Leopoldo y la princesa Elena se casaron poco después.

Durante el resto de su vida, Alice y el Príncipe se profesaron un sincero afecto. Y, quizás en recuerdo del enlace que había estado a punto de producirse, Alice dio a su primer hijo el nombre de Leopoldo, y el Príncipe llamó Alice a su primera hija. Todos ellos vivieron satisfechos para siempre, excepto quizá la señora Liddell, que apreciaba razonablemente a Reginald Hargreaves, pero no dejaba de pensar cuán maravilloso habría sido que Alice se casara con un príncipe.

El desorden en que se encontraba el reino no se prestaba a grandes celebraciones, de modo que Alyss dispuso que su coronación fuese breve y austera. La única concesión que hizo a la pompa fue retransmitir el acontecimiento en las vallas patrocinadas por el gobierno y los cristales anuncio de Marvilópolis. Quería que al pueblo le quedase claro que tenía una nueva Reina. En ninguna de las vallas o carteles volverían a aparecer ofertas de recompensas para marvilianos que traicionaran a los defensores de la Imaginación Blanca, ni publicidad de los numerosos productos e inventos de Roja.

La flamante Reina y su séquito —Dodge, Jacob, Somber, Molly, el general Doppelgänger, la torre y el caballero— se retiraron a la cúpula de observación del monte Solitario después de la coronación.

—¿Qué es eso? —preguntó Molly la del Sombrero con una mueca al ver un objeto grande y peludo que ocupaba cierto espacio cerca de un panel telescópico.

La morsa se bamboleaba por la sala con una bandeja, ofreciendo copas de vino a los presentes.

—Ah, sí, es la Peluca Bestia —dijo—, un juguete del Valet de Diamantes. ¿Nunca había visto usted una Peluca Bestia antes?

—Es muy fea. No me gusta —respondió Molly.

La morsa se mostró de acuerdo. En efecto, era muy fea.

Con el tiempo, un nuevo palacio de Corazones se edificaría en el lugar donde antes se alzaba el viejo, y en su jardín destacaría la tumba del juez Anders, así como monumentos dedicados a la reina Genevieve, el rey Nolan y los numerosos y valientes alysianos que perdieron la vida durante el tiránico reinado de Roja. Sin embargo, no convenía bajar la guardia durante la reconstrucción de Marvilia. Había que dar caza y destruir a los vitróculos y los naipes soldado si no se encontraba la manera de reprogramarlos. Aunque quizá los principios de la Imaginación Blanca volverían a prevalecer en el reino, seguiría habiendo problemas, como en la época de Genevieve. Los seguidores de la Imaginación Negra tendrían que estar controlados; los miembros de la población adictos al cristal artificial o a los estimulantes de la imaginación tendrían que ser rehabilitados; aquellos que se habían enriquecido mediante prácticas comerciales ilícitas tendrían que abrazar un código profesional más ético o de lo contrario cerrar sus negocios.

—Reina Alyss.

—¿Sí?

Era Somber Logan. Al parecer, le costaba encontrar las palabras.

—He dado... consagrado mi vida a vuestra protección y la de vuestra madre. He hecho todo cuanto estaba en mi mano, y si en alguna ocasión no fui capaz de cumplir

con las responsabilidades de mi puesto...

—Has hecho más de lo que cualquier reina razonable podría pedir.

El hombre de la Bonetería hizo una reverencia en señal de agradecimiento.

—Y deseo continuar a vuestro servicio, pero quisiera haceros una petición poco ortodoxa. Me gustaría... pedir una licencia temporal.

«De modo que el hombre no está tan embebido en su trabajo, después de todo, y quizá tenga intereses y afectos fuera de él». Alyss lo recordó sentado junto al fuego la noche en que ella logró ejercer el control sobre su imaginación por primera vez; el aspecto tan normal que presentaba sin sus armas. «Sí, le hará bien vivir durante un tiempo como un marviliano normal, no como el legendario Somber Logan, sino como un hombre».

—Esperaba que restablecieras la Bonetería —dijo.

—Y lo haré, mi Reina, en cuanto me reincorpore al servicio activo. —Contempló la posibilidad de exponerle sus motivos (la pérdida de cierta mujer que no había tenido ocasión de llorar), pero le falló la voz. La pena le paralizó la lengua por unos instantes.

—¿Quién cuidará de mí mientras tanto? —preguntó Alyss. Somber dirigió la vista a Molly la del Sombrero.

—Ahí tenéis toda la protección que necesitáis.

Molly sonrió de oreja a oreja, gratamente sorprendida, y se levantó el sombrero.

—Somber, además de un miembro de la Bonetería, eres un hombre, y si necesitas un tiempo para encargarte de asuntos personales, lo tendrás. Licencia concedida.

—Gracias, reina Alyss.

Se excusó para retirarse, y Molly, casi botando de gusto, lo siguió a través de la sala. ¡La guardia personal más joven que había tenido una reina! La chica acribilló a Somber a preguntas mientras Alyss echaba un vistazo a Jacob Noncelo y el general Doppelgänger, que estaban enzarzados en un debate sobre si el zumo de bayas de escarujo era o no bueno para la salud. El caballero blanco apoyaba al preceptor, mientras que la torre se puso de parte del general, no porque a ninguno de los dos milicianos le importase el tema, sino porque disfrutaban viendo discutir a los dos renombrados marvilianos. Entonces los ojos de Alyss se posaron en Dodge, que estaba solo frente a un panel telescópico, contemplando las ruinas del palacio de Corazones. La Reina se le acercó.

—Lo reconstruiremos —le aseguró. Dodge asintió con la cabeza.

—No nos olvidaremos de nadie, Dodge. Ni del juez Anders, ni del naípe soldado más humilde; de nadie.

Él asintió de nuevo.

—Te debo un agradecimiento —dijo, dando unas palmaditas al AD52 que llevaba sujeto al muslo con correas.

—Me alegro de que tu orgullo no te haya impedido usarlo.

—Debería haberlo usado más.

Ella entendió a qué se refería. Había matado al Gato, pero, sobre todo, el Gato había escapado. Sólo el tiempo diría si el enfrentamiento de Dodge con la bestia había bastado para aflojar el nudo de Imaginación Negra que le rodeaba la garganta, sacarle las espinas de odio que le habían dado un motivo para vivir durante tanto tiempo. Alyss esperaba que él fuera capaz de superar la ira. Anhelaba que el muchacho que había conocido en otra época se encarnase en el cuerpo del hombre.

«Quizá llegemos a conocernos otra vez, a resucitar el amor que había entre nosotros; un amor que, aunque éramos muy jóvenes, no tenía nada de infantil». El diente de galimatrazo que él le había regalado... «Lo llevaré al cuello para demostrarle que no me he olvidado y que todavía siento algo por él. Será una especie de amuleto para ahuyentar sus impulsos más oscuros».

Apartó la vista de Dodge Anders y atisbo su imagen reflejada en un espejo. Se acordó del momento en que, cuando estaba en el laberinto, se encontró en aquella misma sala y vio, en lugar de su reflejo, el rostro de Roja, que le devolvía la mirada desde ese mismo espejo. Pero ahora, su propia imagen tembló y se desvaneció. En lugar de ella, aparecieron Genevieve y Nolan, abrazados, sonriendo orgullosos. Su presencia parecía indicar que el progreso del reino, la sublevación triunfante de los alysianos, los éxitos y fracasos que les deparaba el futuro..., todo se había originado en ella, en la fuerza y la sabiduría que latían en el interior de Alyss, la Reina más poderosa que Marvilia había conocido.

—Todo está en tu cabeza —dijo Genevieve.

—Lo sé —respondió Alyss, y a pesar de los sinsabores del pasado y de la incertidumbre del futuro, ella no habría renunciado a ese momento por nada—. ¿No es maravilloso?



FRANK BEDDOR (Minnesota, EE. UU.). Escritor americano, es conocido por su serie de libros dedicados a la literatura para jóvenes adultos *La guerra de los espejos*, obra que complementa con novela gráfica y juegos de mesa. También es productor de cine (entre sus películas destacan *Algo pasa con Mary* y *Wicked*) y en su juventud fue esquiador profesional, siendo campeón mundial en la modalidad de estilo libre en dos ocasiones.